Robert Graves

Los mitos griegos

Ariel

Robert Graves

LOS MITOS GRIEGOS

EDITORIAL ARIEL, S. A.
BARCELONA

Título original:
Greek Myths

Traducción de
Lucía Graves

1.ª edición: junio 1984
2.ª edición: septiembre 1984
3.ª edición: noviembre 1984
4.ª edición: octubre 1986
5.ª edición: enero 1991
6.ª edición: septiembre 1995
7.ª edición: enero 1998
8.ª edición: julio 1999
9.ª edición: febrero 2001

Provença, 260 - 08008 Barcelona

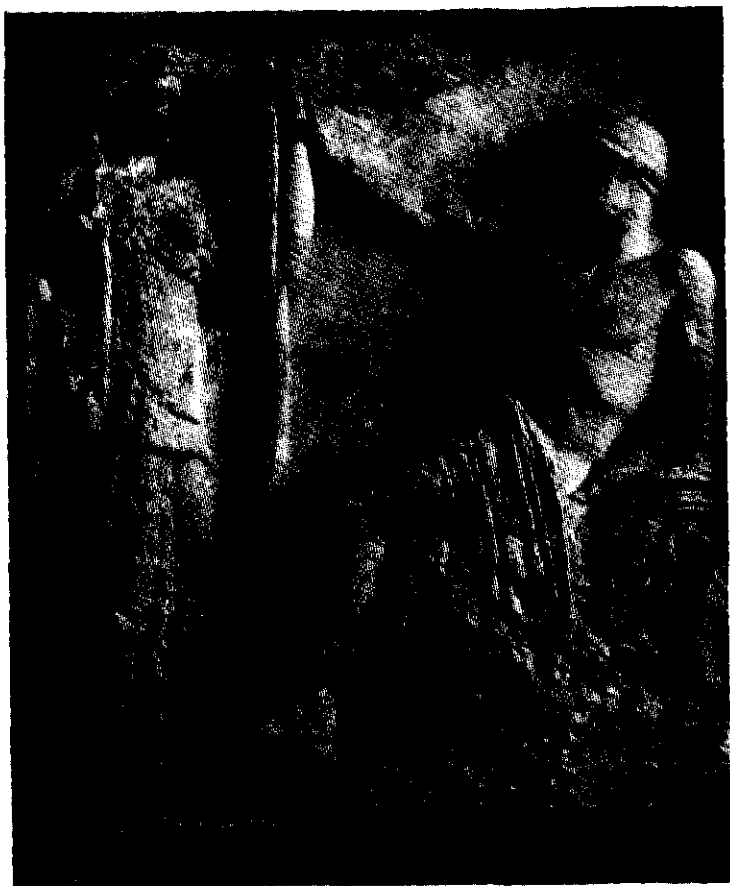
ISBN: 84-344-1019-2

Depósito legal: B. 6.940 - 2001

Impreso en España



1. EN EL PRINCIPIO



Zeus y Hera (Museo Arqueológico, Palermo, Sicilia)

El mito pelasgo de la creación

En el principio, Eurínome,* diosa de Todas las Cosas, se alzó desnuda del Caos, pero no encontró nada sólido en que apoyar los pies y por consiguiente separó los mares del firmamento, bailando solitaria sobre sus olas. Bailó en dirección al sur, y el viento que se levantó tras ella parecía algo nuevo y aparte con que poder empezar un trabajo de creación. Se dio la vuelta y agarró este viento del norte, lo frotó entre sus manos y he aquí que apareció la serpiente Ofión. Eurínome bailó para calentarse, más y más desenfrenadamente, hasta que Ofión, sintiéndose lujurioso, se enroscó alrededor de aquellos miembros divinos y sintió deseos de copularse con ella. Así fue como Eurínome quedó encinta.

Luego adoptó la forma de una paloma que incubaba sobre las olas y a su debido tiempo puso el huevo universal. A petición suya, Ofión se enroscó siete veces alrededor de este huevo, hasta que se empolló y se partió en dos. De él fueron cayendo todas las cosas que existen, sus hijos: el sol, la luna, los planetas, las estrellas, la tierra con sus montañas y sus ríos, sus árboles, sus hierbas y criaturas vivientes.

A continuación la diosa creó los siete poderes planetarios, colocando sobre cada uno a un Titán o a una Titánide. Pero el primer hombre fue Pelasgo, el predecesor de los pelasgos; brotó de la tierra de Arcadia, seguido de varios más, a los que enseñó a construir cabañas y a alimentarse de bellotas, y a coserse túnicas de piel de cerdo, como las que en un tiempo llevaban las gentes humildes en Eubea y en Fócide.

* La transcripción de los nombres sigue la establecida por Pierre Grimal. *(N. de T.)*

Los mitos homérico y órfico de la creación

Hay quien dice que todos los dises y que todas las criaturas vivientes surgieron del Océano que circunda el mundo, y que Tetis fue la madre de todos sus hijos.

Pero los órficos dicen que la Noche de alas negras, una diosa por la que el propio Zeus siente un temor reverente, fue cortejada por el Viento y puso un huevo de plata en el seno de la Oscuridad; y que de este huevo salió Eros y puso en movimiento el Universo. Eros era bisexual y tenía alas de oro, y con sus cuatro cabezas unas veces rugía como un toro o un león y otras silbaba como una serpiente o balaba como un carnero. La Noche vivía con él en una cueva y se revelaba en forma de tríada: Noche, Orden y Justicia. Ante esta cueva se sentaba la ineludible madre Rea, tocando un tambor de bronce para captar la atención del hombre y obligarlo a escuchar los oráculos de la diosa. Eros creó la tierra, el cielo y la luna, pero la triple diosa gobernaba el universo hasta que su cetro pasó a manos de Urano.

El mito olímpico de la creación

En el principio de todas las cosas la Madre Tierra surgió del Caos y dio a luz a su hijo Urano mientras dormía. Contemplándola tiernamente desde las montañas, él dejó caer sobre ella una fértil lluvia que penetró en sus hendiduras secretas, y le hizo producir hierba, flores y árboles, con las bestias y las aves propias para cada planta. Esta misa lluvia hizo fluir los ríos y así se crearon los lagos y los mares.

Sus primeros hijos de forma semihumana fueron los gigantes de cien manos llamados Briareo, Giges y Coto. Después aparecieron los tres Cíclopes salvajes de un solo ojo, constructores de gigantescos muros y maestros herreros, con cuyos hijos se encontró Ulises en Sicilia. Se llamaban Brontes, Estéropes y Arges, y sus espíritus han habitado el volcán Etna desde que Apolo los mató en venganza por la muerte de Asclepio.

Las cinco edades del hombre

Algunos dicen que la Tierra produjo a los hombres espontáneamente, como sus mejores frutos. Era la llamada raza de oro, súbditos de Crono, que vivían sin preocupaciones y sin trabajar, comiendo sólo bellotas, frutos silvestres y miel que goteaba de los árboles y bebiendo leche de oveja y de cabra; no envejecían jamás y siempre estaban bailando y riendo mucho; la muerte, para ellos, no era más terrible que el sueño. Ahora ya han desaparecido todos, pero sus espíritus sobreviven y son los genios de los alegres retiros rústicos, donantes de buena fortuna y defensores de la justicia.

Después vino la raza de plata, comedores de pan, y creados también por acción divina. Los hombres estaban totalmente sometidos a sus madres y no se atrevían a desobedecerlas, aunque éstas vivieran cien años. Eran pendencieros e ignorantes y nunca ofrecían sacrificios a los dioses pero al menos no se declaraban la guerra unos a otros. Zeus los destruyó a todos.

Luego vino la raza de bronce, hombres que cayeron como frutos de los fresnos, y llevaban armas de bronce. Comían carne además de pan y se deleitaban con la guerra, pues eran insolentes y despiadados. La peste se los llevó a todos.

La cuarta raza de hombres también era de bronce, pero más noble y generosa, pues los habían engendrado los dioses en mujeres mortales. Lucharon gloriosamente en el sitio de Tebas, en la expedición de los argonautas y en la guerra de Troya. Se convirtieron en héroes y habitan los Campos Elíseos.

La quinta raza es la raza actual de hierro, descendientes indignos de la cuarta. Son degenerados, crueles, injustos, maliciosos, lujuriosos, malos hijos y traicioneros.

La castración de Urano

Urano engendró a los Titanes en la Madre Tierra, después de haber arrojado a sus rebeldes hijos, los Cíclopes, al Tártaro, un lugar tenebroso en el mundo sub-

terráneo que está situado a la misma distancia de la tierra como la que hay entre la tierra y el firmamento; un yunque que cayera al Tártaro tardaría nueve días en tocar su suelo. En venganza, la Madre Tierra persuadió a los Titanes a atacar a su padre; así lo hicieron, dirigidos por Crono, el menor de los siete, a quien ella armó con una hoz de pedernal. Sorprendieron a Urano mientras dormía y fue con esta hoz de pedernal que el despiadado Crono lo castró, sujetando sus órganos genitales con la mano izquierda (que desde entonces ha sido considerada como la mano del mal agüero) y lanzándolos al mar después, junto con la hoz, cerca del cabo Drépano. Pero algunas gotas de la sangre que manaba de la herida cayeron sobre la Madre Tierra, y ella parió a las Tres Erinias —furias que se vengan de los crímenes de parricidio y perjurio— llamadas Alecto, Tisífone y Megera.

Entonces los Titanes liberaron a los Cíclopes del Tártaro, y otorgaron la soberanía de la tierra a Crono.

Sin embargo, en cuanto Crono se encontró en posesión del mando supremo volvió a encerrar a los Cíclopes en el Tártaro junto con los gigantes de las cien manos, y después de haber tomado a Rea por esposa, gobernó en Élide.

El destronamiento de Crono

Crono se casó con su hermana Rea, a quien está consagrado el roble. Pero la Madre Tierra, y también su moribundo padre Urano, habían profetizado que uno de sus propios hijos lo destronaría. Así pues, cada año se tragaba a los hijos que le daba Rea: primero a Hestia, luego a Deméter y a Hera, luego a Hades, y luego a Posidón.

Rea estaba furiosa. Dio a luz a Zeus, su tercer hijo, en plena noche en el monte Liceo, en Arcadia, donde ninguna criatura proyecta su sombra, y después de bañarlo en el río Neda, lo entregó a la Madre Tierra; ésta se lo llevó a Licto, en Creta, y lo escondió en la cueva de Dicte, en el monte Egeo. La Madre Tierra lo dejó allí para que fuera criado por Adrastea, una ninfa del

Fresno, y su hermana Io, ambas hijas de Meliseo, y por la diosa-cabra Amaltea. Se alimentaba de miel, y bebía la leche de Amaltea, junto con su hermano adoptivo, la cabra Pan.

Los Curetes, que eran hijos de Rea, montaban guardia armada alrededor de la cuna de oro del pequeño Zeus, la cual colgaba de un árbol (para que Crono no pudiera hallarlo ni en el cielo, ni en la tierra, ni en el mar). Los Curetes golpeaban sus escudos con sus lanzas para ahogar el ruido de su llanto, y evitar que Crono pudiera oírlo desde lejos. Pues Rea había envuelto una piedra con sus pañales y se la había entregado a Crono en el monte Taumacio, en Arcadia; Crono se la había tragado, creyendo que se estaba tragando al infante Zeus.

Zeus llegó a la edad viril entre los pastores de Ida, ocupando otra cueva; luego fue en busca de Metis, la Titánide, que vivía junto a la corriente del Océano. Siguiendo su consejo visitó a su madre, Rea, y le pidió que le nombrara copero de Crono. Rea le ayudó de buena gana en su tarea de venganza; le proporcionó la pócima emética que Metis le había encargado mezclar en el aguamiel de Crono. Después de tomar un buen trago, Crono vomitó primero la piedra y luego a los hermanos y hermanas mayores de Zeus. Salieron ilesos, y en agradecimiento le pidieron que los encabezara en una guera contra los Titanes, quienes eligieron al gigantesco Atlante como jefe, pues Crono ya no estaba en la plenitud de sus fuerzas.

La guerra duró diez años, pero por fin la Madre Tierra profetizó la victoria para su hijo Zeus si éste tomaba por aliados a los que Crono había confinado al Tártaro. Así pues, Zeus se acercó sigilosamente a Campe, la carcelera del Tártaro, la mató, cogió sus llaves y después de haber liberado a los Cíclopes y a los gigantes de las cien manos, los fortaleció con comida y bebida divinas. Como consecuencias de este acto, los Cíclopes le entregaron a Zeus el rayo, como arma ofensiva; a Hades le dieron un casco de oscuridad; a Posidón un tridente. Después de que los tres hermanos hubieran celebrado un consejo de guerra, Hades entró sin ser visto en presencia de Crono para robarle sus armas; y mien-

tras Posidón le amenazaba con el tridente, desviando de este modo su atención, Zeus hizo caer sobre él un rayo. Los gigantes de las cien manos empezaron entonces a coger rocas y a arrojarlas contra el resto de los Titanes, que huyeron despavoridos cuando la cabra Pan dio un grito repentino. Los dioses corrieron en su persecución. Crono y todos los Titanes derrotados, con excepción de Atlante, fueron recluidos en el Tártaro, y guardados allí por los gigantes de las cien manos. Atlante, al ser su jefe de batalla, recibió un castigo ejemplar, pues le ordenaron sostener los cielos sobre sus hombros.

El nacimiento de Atenea

Las propias sacerdotisas de Atenea cuentan la siguiente historia sobre su nacimiento:

A Zeus le apeteció el contacto carnal con la Titánide Metis, quien adoptó formas muy diversas para escapar de él hasta que por fin la atrapó y la dejó encinta. Entonces un oráculo de la Madre Tierra declaró que daría a luz una niña y que, si algún día Metis volvía a concebir, daría a luz un niño destinado a deponer a Zeus, del mismo modo en que Zeus había depuesto a Crono, y Crono a Urano. Por consiguiente Zeus, después de haber persuadido a Metis con palabras melosas a tumbarse en un lecho, abrió de pronto la boca y se la tragó; éste fue el fin de Metis, aunque él luego alegaba que le daba consejos desde el interior de su vientre. A su debido tiempo Zeus se sintió preso de un horrible dolor de cabeza mientras paseaba por la orilla del lago Tritón; parecía que el cráneo le iba a estallar y se puso a chillar furiosamente hasta que todo el firmamento resonaba con su eco. Hermes se le acercó corriendo, pues en seguida adivinó la causa de la aflicción de Zeus. Persuadió a Hefesto a traer su cuña y su mazo para abrir una brecha en el cráneo de Zeus, y de él saltó Atenea, completamente armada, dando un tremendo grito.

Las Parcas

Hay tres Parcas unidas, vestidas con túnicas blancas, que Érebo engendró en la Noche: sus nombres son Cloto, Láquesis y Átropo. De ellas Átropo es la más pequeña en estatura, pero la más terrible.

Zeus, que sopesa las vidas de los hombres e informa a las Parcas de sus decisiones puede, según dicen, cambiar de idea y salvar a quien le plazca, cuando el hilo de la vida, hilado por el huso de Cloto y medido con la vara de Láquesis, está a punto de ser cortado por las tijeras de Átropo.

Por el contrario, hay quien cree que el propio Zeus está sometido a las Parcas, tal como confesó en una ocasión la sacerdotisa Pitia en un oráculo; pues no son hijas suyas, sino hijas partenogenéticas de la gran diosa Necesidad, contra la cual ni siquiera los dioses pueden luchar, y que es conocida por el nombre de «El Destino Fuerte».

El nacimiento de Afrodita

Afrodita, diosa del Deseo, se alzó desnuda de la espuma del mar y surcando las olas en una venera, desembarcó primero en la isla de Citera; pero como le pareció una isla muy pequeña, continuó su viaje hasta el Peloponeso, y finalmente se instaló en Pafos, en Chipre, que sigue siendo la sede principal de su culto. Allí donde ella pisara brotaban hierba y flores. En Pafos las Estaciones, hijas de Temis, corrieron a vestirla y adornarla. Se echa a volar acompañada de palomas y gorriones.

Hera y sus hijos

Hera, hija de Crono y de Rea, después de su nacimiento en la isla de Samos, o, según algunos, en Argos, fue criada en Arcadia por Temeno, hijo de Pelasgo. Las Estaciones fueron sus niñeras. Después de haber desterrado a Crono, el padre de ambos, el hermano gemelo

de Hera, Zeus, la buscó en Cnosos, en Creta, o, según dicen algunos, en el monte Tórnax, en Argólide, donde la cortejó, al principio sin éxito. Sólo se apiadó de él cuando se disfrazó de cuco enlodado y entonces lo calentó tiernamente contra su pecho. Él volvió a adoptar su forma verdadera y la violó, y ella se vio obligada a casarse con él por vergüenza.

Todos los dioses trajeron obsequios a la boda y entre ellos destacó el de la Madre Tierra que consistía en un árbol con manzanas de oro que regaló a Hera y que más adelante fue guardado por las Hespérides en el jardín que Hera poseía en el monte Atlas. Ella y Zeus pasaron su noche de bodas en Samos, y duró trescientos años.

Hera y Zeus tuvieron por hijos a las deidades Ares, Hefesto y Hebe, aunque algunos dicen que Hefesto era su hijo partenogenético, prodigio en el que Zeus no quiso creer hasta haberla aprisionado en una silla mecánica con brazos que se plegaban alrededor del asiento, obligándola así a jurar por el río Estige que no estaba mintiendo.

Zeus y Hera

Sólo Zeus, el padre de los Cielos, podía blandir el rayo, y fue con la amenaza de su fatídica descarga que lograba controlar a su pendenciera y rebelde familia del monte Olimpo. También ordenaba los cuerpos celestiales, decretaba las leyes, imponía juramentos y pronunciaba oráculos. Cuando su madre Rea, al ver los problemas que ocasionaría su lujuria, le prohibió casarse, él se encolerizó y amenazó con violarla. Aunque ella se convirtió instantáneamente en una temible serpiente, no logró intimidar a Zeus, quien se convirtió en una serpiente macho y, después de enroscarse alrededor de ella formando un nudo indisoluble, cumplió su amenaza. Fue entonces cuando empezó su larga serie de aventuras amorosas. Engendró a las Estaciones y a las Tres Parcas en Temis, a las Cárites en Eurínome, a las Tres Musas en Mnemósine, con quien yació durante nueve noches, y, según dicen algunos, a Perséfone, la

reina del mundo subterráneo, con quien su hermano Hades se casó por la fuerza, en la ninfa del Estige. De este modo no le faltaba poder ni encima ni debajo de la tierra; y su esposa Hera le igualaba en una sola cosa: que todavía podía otorgar el don de la profecía al hombre o la bestia que ella quisiera.

Llegó un día en que el orgullo y el mal genio de Zeus se hicieron tan intolerables que Hera, Posidón, Apolo, y todos los demás dioses olímpicos, con excepción de Hestia, lo rodearon de pronto mientras dormía en su lecho y lo ataron con tirillas de cuero, haciendo cien nudos, de manera que no pudo moverse. Los amenazó con matarlos al instante, pero los dioses habían puesto el rayo fuera de su alcance y se rieron de él de modo insultante. Mientras celebraban su victoria y discutían celosamente sobre quién sería su sucesor, la Nereida Tetis, previendo una posible guerra civil en el Olimpo, corrió en busca de Briareo, el gigante de las cien manos, quien rápidamente desató las correas, utilizando todas las manos a la vez, y liberó a su amo. Ya que Hera había sido quien había dirigido la conspiración en su contra, Zeus la colgó de los cielos con un brazalete de oro en cada muñeca y un yunque sujeto a cada tobillo. Las demás deidades estaban indignadísimas, pero no se atrevieron a rescatarla, a pesar de lo mucho y de lo lastimosamente que se quejaba. Finalmente Zeus prometió liberarla si juraban no rebelarse nunca más contra él, cosa que hicieron todos, uno por uno, y de mala gana. Zeus castigó a Posidón y a Apolo enviándolos como esclavos al rey Laomedonte, para quien construyeron la ciudad de Troya; pero a los otros los perdonó, considerando que habían actuado bajo coacción.

Los nacimientos de Hermes, Apolo, Ártemis y Dioniso

El amoroso Zeus yació con numerosas ninfas descendientes de los Titanes o de los dioses y, después de la creación del hombre, también con mujeres mortales; engendró nada menos que a cuatro grandes deidades olímpicas fuera del matrimonio. Primero tuvo

a Hermes con Maya, hija de Atlante, la cual dio a luz en una cueva en el monte Cilene, en Arcadia. Luego tuvo a Apolo y a Ártemis con Leto, hija de los Titanes Ceo y Febe, transformándose y transformándola a ella en codornices mientras se ayuntaban; pero la celosa Hera envió a la serpiente Pitón a perseguir a Leto por todo el mundo, y decretó que no podría parir en ningún lugar donde brillara el sol. Transportada en alas del Viento del Sur, Leto llegó por fin a Ortigia, cerca de Delos, donde dio a luz a Ártemis la cual, en cuanto hubo nacido, ayudó a su madre a cruzar los angostos estrechos y allí, entre un olivo y una palmera que crecían en la ladera norte del monte Cinto, en Delos, la asistió en el nacimiento de Apolo en el noveno día de su parto. Delos, que hasta entonces había sido una isla flotante, quedó fija en el mar para siempre y se decretó que nadie podría morir ni nacer allí: los enfermos y las mujeres embarazadas eran transportados en balsas a Ortigia.

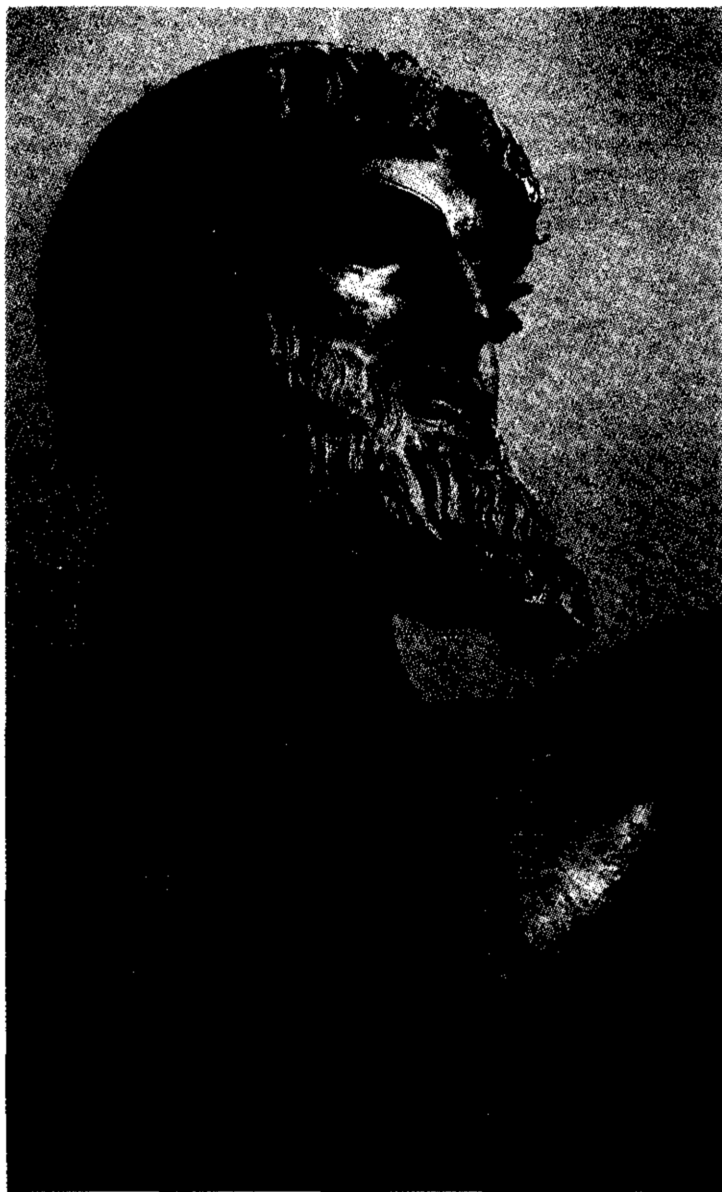
Finalmente Zeus, disfrazado de mortal, tuvo relaciones amorosas secretas con Sémele («luna»), hija del rey Cadmo de Tebas, y la celosa Hera, disfrazada de vieja vecina, aconsejó a Sémele, que entonces ya estaba embarazada de seis meses, que le hiciera a su misterioso amante una petición: que no la engañara más y que se revelara ante ella adoptando su naturaleza y forma auténticas. De otro modo, ¿cómo podría saber que no era en realidad un monstruo? Sémele siguió su consejo y cuando Zeus le denegó su petición, ella le prohibió que siguiera compartiendo su cama. Entonces Zeus se encolerizó y se le apareció en forma de rayos y truenos, y ella fue consumida. Pero Hermes salvó a su hijo seismesino; lo metió en el muslo de Zeus, cosiéndolo después, para que madurara allí durante tres meses más, y una vez transcurrido el debido tiempo, asistió el parto. Por eso a Dioniso se le llama «nacido dos veces» o «el niño de la puerta doble».

El nacimiento de Eros

Hay quien sostiene que Eros, nacido del huevo universal, fue el primero de los dioses ya que sin él no

podía haber nacido ninguno de los demás. Otros indican que era hijo de Afrodita y de Hermes, o de Ares, o del propio padre de Afrodita, Zeus; o que era el hijo de Iris y del Viento del Oeste. Era un niño muy desmandado, que no mostraba respeto alguno por la edad o las posiciones, y que pasaba el tiempo volando con sus alas de oro, disparando por doquier sus flechas armadas de lengüetas o encendiendo corazones a propósito con sus terribles antorchas.

2. LOS DIOSES OLÍMPICOS



Posidón. Detalle de una estatua de bronce (Museo Arqueológico Nacional, Atenas)

Naturaleza y hechos de Posidón

Cuando Zeus, Posidón y Hades, después de haber derrocado a su padre Crono, echaron suertes para decidir a quién corresponderían el cielo, el mar y el tenebroso mundo subterráneo, dejando la tierra como propiedad de los tres, Zeus ganó el cielo, Hades el mundo subterráneo y Posidón el mar. Posidón, que puede igualarse a su hermano Zeus en dignidad, aunque no en poder, y que es de naturaleza hosco y pendenciero, se dispuso inmediatamente a construir su palacio submarino de Ege, en Eubea. En sus espaciosas cuadras guarda un tiro de caballos blancos y un carro de oro; cuando este carro se aproxima las tormentas cesan al instante.

Puesto que necesitaba una esposa que se sintiera a gusto en las profundidades del mar, cortejó a la Nereida Tetis; pero cuando Temis profetizó que cualquier hijo nacido de Tetis sería más importante que su padre, le permitió que se casara con un mortal llamado Peleo. Anfitrite, a quien se acercó a continuación, huyó a las montañas Atlas para escapar de él, pero Posidón envió a unos mensajeros, en pos de ella; entre ellos se encontraba un tal Delfino, y éste intercedió por el dios de manera tan encantadora que Anfitrite cedió. Posidón puso la imagen de Delfino entre las estrellas en forma de constelación, el Delfín.

Anfitrite le dio tres hijos a Posidón: Tritón, Rode y Bentesicime; pero él le causó casi tantos celos como los que Zeus daba a Hera, con sus aventuras amorosas con diosas, ninfas y mortales.

Posidón siente avidez por los reinos terrestres, y en una ocasión reclamó como suyo el país de Ática, clavando su tridente en la Acrópolis de Atenas, donde inmediatamente brotó una fuente de agua marina que todavía puede verse. Más adelante, durante el reinado de

Cécrope, Atenea vino a tomar posesión del país de una manera más apacible, plantando el primer olivo junto a la fuente. Posidón se encolerizó y la retó a batirse con él en combate singular, pero Zeus se interpuso y les ordenó que sometieran la disputa a un arbitraje. El propio Zeus no expresó ninguna opinión, pero mientras que todos los demás dioses apoyaron a Posidón, todas las diosas apoyaron a Atenea. Así pues, por una mayoría de un voto, la corte decretó que Atenea tenía más derechos sobre el país, ya que le había entregado el mejor obsequio.

Posidón también se disputó Trecén con Atenea, y en esta ocasión Zeus emitió una orden por la cual la ciudad debía ser compartida por un igual entre los dos. A continuación intentó infructuosamente reclamarle Egina a Zeus, y Naxos a Dioniso; y cuando reclamó Corinto junto con Helio sólo percibió el Istmo, mientras que a Helio le fue otorgada la acrópolis. Lleno de cólera, intentó arrebatarle a Hera la tierra de Argólide, y se negó a presentarse ante sus pares en el Olimpo porque, según él, tenían prejuicios en su contra. En consecuencia Zeus refirió esta cuestión a los dioses-río Ínaco, Cefiso y Asterión, quienes juzgaron a favor de Hera.

Posidón se jacta de haber creado al caballo, aunque algunos dicen que, cuando era un recién nacido, Rea le dio uno a Crono para que se lo comiese; y de haber inventado la brida, aunque Atenea ya lo había hecho antes que él; pero nadie disputa su pretensión de haber instituido las carreras de caballos. Ciertamente los caballos le están consagrados, tal vez debido a su persecución amorosa de Deméter. Se dice que, agotada y desalentada por la búsqueda de su hija Perséfone y sintiéndose poco dispuesta a entretenerse en juegos amorosos, se transformó en yegua. Sin embargo no pudo engañar a Posidón quien se transformó en caballo semental y la cubrió; de esta escandalosa unión brotaron la ninfa Despoina y el caballo salvaje Arión.

Naturaleza y hechos de Hermes

Cuando Hermes nació en el monte Cilene, su madre

Maya lo envolvió en pañales y lo acostó en una criba, pero creció con una rapidez asombrosa convirtiéndose en seguida en un niño pequeño, y en cuanto su madre le hubo vuelto la espalda, bajó sin ser visto y fue en busca de aventuras. Cuando llegó a Pieria, donde Apolo cuidaba de un excelente rebaño de vacas, decidió robarlas. Pero como temía que sus huellas le delatarían, se apresuró a confeccionarles unos zapatos con la corteza de un roble caído, y las ató a las patas de las vacas, que se llevó luego por la noche. Apolo se percató de su pérdida, pero se había dejado engañar por el truco de Hermes, y se vio obligado a ofrecer una recompensa por la captura del ladrón. Sileno y sus sátiros se desplegaron en distintas direcciones para lograr dar con él, pero su búsqueda fue infructuosa hasta que un grupo de ellos que pasaba por Arcadia oyó el sonido amortiguado de una música. La ninfa Cilene, desde la boca de la cueva, les dijo que un niño de extraordinario talento, para quien ella trabajaba como niñera, había construido un juguete musical muy ingenioso con el caparazón de una tortuga y un poco de tripa de vaca, con el cual había arrullado a su madre hasta hacerla dormir.

—¿Y de dónde consiguió la tripa de vaca? —preguntaron los vigilantes sátiros, observando dos pieles extendidas junto a la cueva.

—¿Acaso estáis acusando al pobre niño de robo? —preguntó Cilene.

Intercambiaron duras palabras.

En aquel momento llegó Apolo, entró en la cueva, despertó a Maya y le dijo en un tono severo que Hermes debía devolver las vacas robadas. Maya señaló al niño, todavía envuelto en pañales y simulando estar dormido.

—¡Qué acusación tan absurda! —exclamó.

Pero Apolo ya había reconocido las pieles. Cogió a Hermes, se lo llevó al Olimpo, y una vez allí, le acusó formalmente de robo, presentando las pieles como pruebas. Zeus, a quien le disgustaba tener que creer que su propio hijo recién nacido era un ladrón, le aconsejó que se declarara inocente, pero Apolo no se dejó disuadir y por fin Hermes confesó.

—Bueno, está bien, ven conmigo —dijo—, y podrás

tener tu rebaño. Sólo he matado a dos reses, y éstas las descuarticé en doce partes iguales como sacrificio a los doce dioses.

—¿*Doce* dioses? —preguntó Apolo—. ¿Cuál es el doceavo?

—Tu sirviente, señor —respondió Hermes con modestia—. Yo sólo me comí mi parte correspondiente, aunque tenía mucha hambre, y quemé el resto, como es debido.

Este fue el primer sacrificio de carne que jamás se haya hecho.

Los dos dioses regresaron al monte Cilene y allí Hermes recogió algo que había escondido bajo una piel de oveja.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Apolo.

Como respuesta Hermes le enseñó la lira de concha de tortuga que acababa de inventar, y con ella, utilizando el plectro que también había inventado, tocó una melodía tan cautivadora que fue perdonado de inmediato. Condujo a Apolo hasta Pilos y allí le entregó el resto del ganado, que había ocultado en una cueva.

—¡Te propongo un trato! —exclamó Apolo—. Tú te quedas con las vacas, y yo me llevo la lira.

—¡Trato hecho! —dijo Hermes, y se estrecharon la mano.

Mientras las vacas hambrientas pacían, Hermes cortó unos juncos, formó con ellos una flauta de pastor, y tocó otra melodía. Apolo, nuevamente encantado, exclamó:

—¡Te propongo un trato! Si tú me das esta flauta, yo te daré el bastón de oro con el que pastoreo a mi ganado; en adelante serás el dios de todos los ganaderos y pastores.

—Mi flauta vale mucho más que tu bastón —contestó Hermes—. Pero haré el intercambio si además me enseñas a presagiar.

—Esto es algo que no puedo hacer —dijo Apolo—, pero si vas a ver a mis viejas nodrizas, las Trías, ellas te enseñarán.

Volvieron a darse la mano, y después de acompañar al niño nuevamente al Olimpo, Apolo le contó a Zeus todo lo sucedido. Zeus no pudo menos que reírse.

—Por lo visto eres un diosecito muy ingenioso, elocuente y persuasivo —le dijo.

—Entonces déjame ser tu heraldo, padre —respondió Hermes—, y yo me haré responsable de la seguridad de todas las propiedades divinas, y no mentiré jamás, aunque no puedo prometer que diré siempre toda la verdad.

—No se te exigiría tanto —dijo Zeus con una sonrisa—. Pero entre tus obligaciones estarían la de hacer tratados, la promoción del comercio, y el mantenimiento del libre derecho de paso para viajeros en todos los caminos del mundo.

Zeus le entregó una vara de heraldo que todo el mundo tenía obligación de respetar; un sombrero redondo para protegerlo de la lluvia, y unas sandalias aladas con las que podría desplazarse de un lado a otro con la velocidad del viento.

Más tarde, las Trías enseñaron a Hermes a predecir el futuro observando el movimiento de unos guijarros en un cuenco de agua; y él mismo inventó el juego de las tabas y el arte de adivinar el porvenir con ellas. Hades también le empleó como heraldo, para llamar a los moribundos con suavidad y elocuencia, colocando su vara de oro sobre sus ojos.

Luego ayudó a las Tres Parcas a componer el alfabeto, inventó la astronomía, la escala musical, las artes del boxeo y de la gimnasia, los pesos, las medidas y el cultivo del olivo.

Hermes tuvo numerosos hijos, incluyendo a Equión, el heraldo de los argonautas, a Autólico el ladrón, y a Dafnis, el inventor de la poesía bucólica.

Naturaleza y hechos de Afrodita

Raras veces se dejó persuadir Afrodita a prestar a las demás diosas su ceñidor mágico que tenía el don de hacer que todos se enamoraran de su portadora, pues era muy celosa de su posición. Zeus la había entregado en matrimonio a Hefesto, el dios forjador cojo; pero el verdadero padre de los tres hijos que ella le dio —Fobo, Deimo y Harmonía— fue Ares, el dios de

la Guerra. Hefesto no supo nada de este engaño hasta que una noche los amantes permanecieron demasiado tiempo juntos en cama, en el palacio tracio de Ares; Helio, al salir, los vio y se lo dijo a Hefesto.

Hefesto, muy enfadado, se retiró a su herrería, y a golpes de martillo tejió una red de bronce de las que se utilizan para cazar; era fina como una gasa pero completamente irrompible, y la ató secretamente a los postes y a los lados de su lecho de matrimonio.

—Querida esposa —le dijo a Afrodita—, voy a tomarme unas pequeñas vacaciones en Lemnos, mi isla favorita.

Afrodita no se ofreció a acompañarle y cuando se hubo perdido de vista, mandó llamar apresuradamente a Ares. Los dos se fueron alegremente a la cama, pero al amanecer se encontraron enredados en la malla, desnudos y sin posibilidad de escapar. Hefesto los sorprendió allí y convocó a todos los dioses para que fueran testigos de su deshonra. Entonces anunció que no liberaría a su esposa hasta que los regalos de boda que le había entregado a Zeus le fueran devueltos.

Los dioses llegaron corriendo, pero las diosas, por delicadeza, se quedaron en sus casas. Apolo, dándole un codazo a Hermes, preguntó:

—A ti no te importaría estar en el lugar de Ares, a pesar de la red, ¿verdad?

Hermes juró que no le importaría, aunque fueran tres las redes y aunque todas las diosas le estuvieran mirando. Con eso, los dos dioses se pusieron a reír a carcajadas, pero Zeus estaba tan indignado que se negó a devolver los regalos de boda, o a intervenir en el asunto. Posidón hizo ver que se compadecía de Hefesto.

—Ya que Zeus se niega a colaborar —le dijo— yo me ocuparé de que Ares, como pago por su liberación, te entregue el equivalente de los regalos de boda en cuestión.

—Todo esto está muy bien —replicó Hefesto con pesimismo—. Pero si Ares no cumple el pago, tendrás que tomar su lugar bajo la red.

—No creo que Ares deje de cumplir —dijo Posidón noblemente—. Pero si así fuera, estoy dispuesto a pagar la deuda y a casarme yo mismo con Afrodita.

Así pues, Ares fue puesto en libertad y regresó a Tracia; y Afrodita marchó a Pafos, donde renovó su virginidad en el mar.

Sintiéndose halagada por la franca confesión de Hermes de su amor por ella, Afrodita pasó la noche con él poco después; el fruto de aquella noche fue Hermafrodito, un ser de doble sexo. Y contenta también con la intervención de Posidón en su favor, le dio dos hijos, Rodis y Herófilo. Más adelante Afrodita se entregó a Dioniso y con él engendró a Príapo, un niño feo con enormes órganos genitales. Es jardinero y lleva un cuchillo de podar.

Aunque Zeus jamás fue al lecho con su hija adoptiva Afrodita, la magia de su ceñidor le hacía sentir una tentación constante, y por fin decidió humillarla haciendo que se enamorara locamente de un mortal. Se trataba del apuesto Anquises, rey de los dárdanos, un nieto de Ilo, y una noche, cuando él dormía en su cabaña de pastor en el monde Ida, en Tróade, Afrodita le visitó disfrazada de princesa frigia, y yació con él. Cuando se despidieron al amanecer, ella reveló su identidad, y le hizo prometer no contarle a nadie que habían dormido juntos. Anquises se horrorizó al saber que había descubierto la desnudez de una diosa, y le suplicó que le perdonara la vida. Ella le aseguró que no tenía nada que temer, y que el hijo de ambos, Eneas, sería famoso.

Un día la mujer del rey Cíniras de Chipre se jactó estúpidamente de que su hija Esmirna era incluso más hermosa que Afrodita. La diosa se vengó de este insulto haciendo que Esmirna se enamorara de su padre y subiera a su lecho una noche oscura, después de que su niñera lo hubiese emborrachado hasta tal punto que no se daba cuenta de lo que hacía. Más tarde, Cíniras descubrió que era padre y abuelo del hijo que esperaba Esmirna, y enloquecido por la cólera, agarró una espada. Rápidamente Afrodita convirtió a Esmirna en un árbol de mirra que la espada, al caer, partió en dos. De él salió el infante Adonis. Afrodita ocultó a Adonis en un arca, que confió a Perséfone, reina de los Muertos.

Perséfone sintió curiosidad por abrir el arca y encontró a Adonis. Era tan hermoso que lo sacó y lo crió en su propio palacio. La noticia llegó a oídos de Afrodi-

ta, quien se dirigió de inmediato al Tártaro a reclamar a Adonis; y en vista de que Perséfone no le daba su consentimiento, pues por aquel entonces ya le había convertido en su amante, recurrió a Zeus. Zeus, bien consciente de que Afrodita también quería yacer con Adonis, se negó a juzgar tan deshonrosa disputa y la transfirió a un tribunal menor, presidido por la musa Calíope. El veredicto de Calíope fue que Perséfone y Afrodita tenían igual derecho sobre Adonis, pero que había que permitirle tomarse unas breves vacaciones anuales para descansar de las exigencias amorosas de ambas. Así pues, dividió el año en tres partes iguales, de las que él debía pasar una con Perséfone, otra con Afrodita y la tercera solo.

Afrodita no jugó limpio: al llevar puesto su ceñidor mágico todo el tiempo, persuadió a Adonis a concederde la parte del año que le correspondía a él, a escatimarle a Perséfone la que le correspondía a ella, y de este modo desobedecer la orden del tribunal.

Perséfone se ofendió mucho, y con razón, y marchó a Tracia donde le dijo a Ares, su benefactor, que Afrodita ahora prefería a Adonis antes que a él. Ares se puso celoso, y disfrazado de jabalí salvaje, arremetió contra Adonis cuando éste estaba de cacería en el monte Líbano, clavándole los colmillos y dándole muerte ante los propios ojos de Afrodita. De su sangre brotaron anémonas y su alma descendió al Tártaro. Afrodita, llorando, fue a ver a Zeus, y le suplicó que Adonis tuviera que pasar sólo la mitad más oscura del año con Perséfone, y que le dejara ser su compañero durante los meses de verano, petición que Zeus le concedió magnánimamente.

Naturaleza y hechos de Ares

Ares, el dios tracio, es amante de la batalla por el puro placer de la lucha, y su hermana Éride siempre está creando motivos para la guerra. Al igual que ella, él nunca apoya a una ciudad o a un ejército más que a otro, y se deleita con las matanzas de hombres y los saqueos de las ciudades. Todos los demás inmortales le

desprecian, con excepción de Éride, y de Afrodita, y del codicioso Hades que recibe con satisfacción a los guerreros muertos en guerras despiadadas.

Ares no ha sido siempre victorioso. En dos ocasiones ha sido derrotado por Atenea en batalla; en otra, los gigantescos hijos de Aloeo lo conquistaron y le tuvieron prisionero en una vasija de bronce hasta que fue liberado por Hermes; y en otra Heracles le hizo salir huyendo. Siente un desprecio tan profundo por los litigios que le resulta imposible comparecer ante un tribunal como demandante, y sólo lo ha hecho una vez como defensor: eso fue cuando se le acusó de la muerte de Halirrotio, hijo de Posidón. Declaró que el acto estaba justificado, alegando que había salvado a su hija Alcipe de ser violada. Ya que nadie más había sido testigo del incidente, el tribunal le declaró inocente. Este fue el primer veredicto jamás pronunciado en un juicio por asesinato, y la colina sobre la cual se había celebrado la causa se conoció con el nombre de Areópago.

Naturaleza y hechos de Hestia

Hestia goza de la gloria de ser la única entre todos los grandes olímpicos que no participa en guerras o disputas. Además, al igual que Ártemis y que Atenea, siempre se ha resistido a todas las invitaciones amorosas que ha recibido; ya que después del derrocamiento de Crono, cuando Posidón y Apolo se ofrecieron como pretendientes rivales, ella juró por la cabeza de Zeus que permanecería virgen para siempre. Por ello Zeus, en agradecimiento, le otorgó la primera víctima de todos los sacrificios públicos, porque había preservado la paz en el Olimpo.

Era la diosa del Hogar y en todas las casas particulares y ayuntamientos protegía a los suplicantes que corrían a pedirle protección. A Hestia se le rendía una reverencia universal, no sólo por ser la más apacible, la más recta y la más caritativa de todas las deidades olímpicas, sino también por haber inventado el arte de construir casas; y su fuego era tan sagrado que si alguna vez

se apagaba un hogar, tanto si sucedía por accidente o como señal de luto, se reavivaban las llamas con la ayuda de una rueda de encender.

Naturaleza y hechos de Apolo

Apolo era hijo de Zeus y de Leto. Temis lo alimentó con néctar de ambrosía, y cuando tenía cuatro días pidió un arco y unas flechas y se dirigió de inmediato al monte Parnaso, donde estaba escondida la serpiente Pitón, el enemigo de su madre. Gravemente herida por sus flechas, la serpiente Pitón huyó al oráculo de la Madre Tierra en Delfos, pero Apolo se atrevió a seguirla hasta el santuario, y allí, junto al abismo sagrado, acabó con ella.

La Madre Tierra informó de este ultraje a Zeus, quien no sólo ordenó a Apolo que acudiera a Tempe para purificarse, sino que además instituyó los Juegos Pitios en honor de Pitón. Apolo, sin alterarse en lo más mínimo, hizo caso omiso de la orden de Zeus de acudir a Tempe. En lugar de eso, se dirigió a Agila, acompañado de Artemis; y luego, como aquel lugar no le gustaba, a Tarra, en Creta, donde el rey Carmanor realizó la ceremonia.

Cuando regresó a Grecia, Apolo buscó a Pan, y después de haber conseguido por medio de halagos que revelase el arte de la profecía, se apoderó del oráculo délfico. Cuando Leto supo esta noticia, fue con Artemis a Delfos, y allí se apartó para ejecutar un rito privado en una arboleda sagrada. El gigante Ticio interrumpió sus devociones e intentó violarla; Apolo y Artemis, al oír los gritos, acudieron corriendo y le dieron muerte con una lluvia de flechas, venganza que Zeus, padre de Ticio, tuvo la gentileza de considerar como un acto de piedad. En el Tártaro torturaron a Ticio extendiéndolo con los brazos y las piernas bien sujetos al suelo, mientras dos buitres devoraban su hígado.

Luego Apolo mató al sátiro Marsias. Así fue como ocurrió:

Un día, Atenea construyó una flauta doble con huesos de ciervo, y la tocó en un banquete de los dioses.

Al principio no podía entender por qué Hera y Afrodita reían silenciosamente, tapándose la boca con las manos, a pesar de que su música parecía deleitar a las otras deidades. Así pues, se marchó sola a un bosque frigio, volvió a coger la flauta junto a un arroyo, y observó su imagen en el agua mientras tocaba. Dándose cuenta inmediatamente del aspecto ridículo que le daban aquellas mejillas hinchadas, arrojó la flauta al suelo y echó una maldición sobre quien la recogiera.

Marsias tropezó con la flauta, y en cuanto se la acercó a los labios se puso a tocar sola, inspirada por la memoria de la música de Atenea. El sátiro viajó por Frigia, deleitando a los campesinos ignorantes, quienes exclamaron que ni el propio Apolo habría podido tocar mejor música, ni siquiera con su lira; y Marsias tuvo la insensatez de no contradecirles. Esto naturalmente provocó la ira de Apolo, quien le invitó a participar en un concurso, el ganador del cual debía infligir el castigo que quisiese sobre el perdedor.

El concurso acabó en empate, hasta que Apolo, dirigiéndose a Marsias, exclamó:

—Te desafío a que hagas con tu instrumento todo lo que yo puedo hacer con el mío. Ponerlo boca abajo y tocar y cantar a la vez.

Esto, con la flauta, era evidentemente imposible, y Marsias no logró hacer frente al desafío. Entonces Apolo se vengó de él de la manera más cruel, desollándolo vivo y clavando su piel en un pino cerca del nacimiento del río que ahora lleva su nombre.

Más adelante, Apolo ganó otro concurso musical, que fue presidido por el rey Midas. Esta vez superó a Pan, convirtiéndose en el reconocido dios de la Música. Otra de sus tareas fue, en un tiempo, la de guardar los rebaños y ganados de los dioses, pero más tarde delegó este trabajo en Hermes.

Aunque Apolo se niega a atarse con los lazos del matrimonio, ha dejado encinta a muchas ninfas y mujeres mortales, entre ellas a Ptía, y a la musa Talía, y a Corónide, a Aria y a Cirene. También sedujo a la ninfa Dríope, pero no siempre tenía éxito en el amor. En una ocasión intentó robarle a Idas su esposa Marpesa, pero ésta se mantuvo fiel a su marido. En otra,

persiguió a Dafne, la ninfa de la montaña, una sacerdotisa de la Madre Tierra, hija del río Peneo en Tesalia; pero cuando la alcanzó ella pidió auxilio a la Madre Tierra, quien, justo a tiempo, la hizo desaparecer y se la llevó a Creta, donde fue conocida como Pasífae. La Madre Tierra dejó en su lugar un laurel, y con sus hojas Apolo se hizo una corona para consolarse.

También se dio el caso del apuesto joven Hiacinto, un príncipe espartano, de quien no sólo se enamoró el poeta Támiris —el primer hombre que cortejó a uno de su mismo sexo— sino también el propio Apolo, el primer dios en hacerlo. Pero el Viento del Oeste también se había encaprichado de Hiacinto, y se volvió locamente celoso de Apolo. Un día en que Apolo le estaba enseñando al muchacho a lanzar un disco, el Viento del Oeste lo atrapó en el aire, lo arrojó con todas sus fuerzas contra la cabeza de Hiacinto, y lo mató. De su sangre brotó la flor del jacinto, sobre la que todavía pueden hallarse sus iniciales.

Apolo sólo provocó la cólera de Zeus en una ocasión, después de la famosa conspiración para destronarle. Sucedió cuando su hijo Asclepio, el médico, tuvo la temeridad de resucitar a un muerto, y robarle de este modo un súbdito a Hades; naturalmente Hades presentó una queja ante el Olimpo, luego Zeus mató a Asclepio con un rayo, y Apolo, para vengarse, mató a los Cíclopes. Zeus se enfureció al perder a sus armeros, y hubiese desterrado a Apolo al Tártaro de no ser porque Leto suplicó su perdón. La sentencia quedó reducida a un año de duros trabajos, que Apolo tuvo que cumplir en los rediles de las ovejas del rey Admeto de Feras. Apolo obedeció el consejo de Leto, y no sólo cumplió humildemente la sentencia, sino que además le concedió a Admeto grandes beneficios.

Naturaleza y hechos de Ártemis

Ártemis, la hermana de Apolo, va armada de arco y flechas, igual que él, y tiene el poder de enviar pestes o muertes repentinas a los mortales, como también el de curarlos. Es la protectora de los niños pequeños, y

de todos los animales mamantones, pero también adora la caza.

Un día, cuando todavía era una niña, su padre Zeus le preguntó qué regalos le gustarían.

—Te ruego que me concedas la virginidad eterna —respondió Ártemis—; tantos nombres como tiene mi hermano Apolo; un arco y flechas como los suyos; el oficio de traer la luz; una túnica de caza que me llegue a las rodillas; sesenta ninfas del Océano, como damas de honor; veinte ninfas del río para cuidar de mis coturnos y alimentar a mis sabuesos; todas las montañas del mundo; y finalmente, cualquier ciudad que tú elijas para mí, pero con una me bastará porque tengo intención de pasar la mayor parte de mi tiempo en las montañas. Desgraciadamente, puesto que mi madre Leto me parió sin dolores, las Parcas me han nombrado patrona de los partos.

Zeus sonrió con orgullo y dijo:

—Tendrás todo eso, y todavía más: en lugar de una ciudad tendrás treinta, y gozarás de participaciones en muchas otras, y además, te nombro guardiana de sus carreteras y puertos.

Ártemis le dio las gracias y se dirigió primero al monte Leuco en Creta, luego a la corriente del Océano, donde eligió a las ninfas para atenderla. Luego visitó a los Cíclopes en la isla de Lipara. Brontes, que había recibido instrucciones de fabricar lo que ella pidiese, la sentó sobre sus rodillas; pero a ella no le gustaron sus muestras de afecto y le arrancó un puñado de pelos de su pecho, dejándole una calva que le quedó hasta el día de su muerte. Las ninfas se aterrorizaron al ver el aspecto salvaje de los Cíclopes, y no sin razón, pues siempre que una niña es desobediente su madre la amenaza con Brontes, Arges o Estéropes. Pero Ártemis, muy audaz, les pidió que le forjaran un arco de plata, con un carcaj lleno de flechas, a cambio de lo cual les dejaría comer la primera presa que cayese. Con estas armas se dirigió a Arcadia, donde Pan le entregó tres sabuesos de orejas gachas, dos de ellos abigarrados y otro moteado, que juntos eran capaces de arrastrar leones vivos hasta sus perreras; también le dio siete galgos veloces de Esparta.

En una ocasión el dios-río Alfeo, hijo de Tetis, se atrevió a enamorarse de Ártemis y a seguirla por toda Grecia; pero ella llegó a Letrini, en Élide, y allí se enlodó la cara, y la de sus ninfas, con arcilla blanca, de modo que resultaba imposible distinguirla de sus compañeras. Alfeo se vio forzado a retirarse, perseguido por risas burlonas.

Ártemis exige de sus compañeras la misma castidad perfecta que practica ella. Cuando Zeus hubo seducido a una de estas ninfas, llamada Calisto, hija de Licaón, Ártemis se dio cuenta de que estaba encinta. La convirtió en oso, luego llamó a su jauría, y los perros la hubieran perseguido hasta matarla si Zeus, quien más tarde puso su imagen entre las estrellas, no la hubiese atrapado, alzándola hasta los cielos. Árcade, el hijo de Calisto, se salvó, y llegó a ser el progenitor de los arcadios.

En otra ocasión, Acteón vio a Ártemis por casualidad cuando se bañaba en un arroyo cercano, y se quedó para observarla. Por si acaso él se atrevía después a jactarse ante sus compañeros de haberla visto desnuda, Ártemis lo convirtió en ciervo y, con su propia jauría de cincuenta sabuesos, lo hizo despedazar.

Naturaleza y hechos de Hefesto

Hefesto, el dios herrero feo y malhumorado, era tan débil cuando nació que su madre Hera, asqueada, lo dejó caer desde el Olimpo para librarse de aquella vergüenza. No obstante, él sobrevivió a este percance, sin sufrir daño en el cuerpo, porque cayó al mar y tanto Tetis como Eurínome estaban cerca y pudieron rescatarle. Estas diosas gentiles lo guardaron con ellas en una gruta subterránea, y allí fue donde instaló su primera herrería y premió su amabilidad haciéndoles toda clase de objetos ornamentales y útiles.

Cuando hubieron transcurrido nueve años, Hera se encontró con Tetis, que lucía un broche hecho por él y le preguntó:

—¿Dónde has podido encontrar esta maravillosa joya?

Tetis vaciló, pero Hera le sonsacó la verdad. Inme-

diatamente fue en busca de Hefesto y le hizo regresar al Olimpo, y allí le instaló en una herrería muchísimo mejor que la anterior, le agasajó mucho y arregló que se casara con Afrodita.

Hefesto se reconcilió con Hera hasta tal punto que se atrevió a reprocharle al propio Zeus el haberla colgado de las muñecas desde el firmamento cuando ella se rebeló contra él. Pero lo único que hizo Zeus, que estaba furioso, fue volver a tirarle por segunda vez del Olimpo. Estuvo todo un día cayendo. Cuando dio contra la tierra en la isla de Lemnos se rompió las dos piernas, y aunque era inmortal le quedaba poca vida en el cuerpo cuando los habitantes de la isla lo encontraron. Después, una vez perdonado y de regreso en el Olimpo, sólo pudo andar con la ayuda de unos soportes de oro.

Naturaleza y hechos de Deméter

Aunque las sacerdotisas de Deméter, diosa de los trigales, iniciaban a las novias y a los novios en los secretos del lecho, ella no tiene esposo propio. Cuando todavía era joven y alegre, tuvo con Zeus, su hermano, a Core y al lujurioso Yaco, sin casarse con él. También tuvo a Pluto con el Titán Yasión de quien se enamoró en la boda de Cadmo y Harmonía. Inflamados por el néctar, los amantes se escabulleron y yacieron juntos abiertamente en un campo que había sido labrado tres veces. A su regreso, Zeus, que se imaginaba lo que habían estado haciendo, y encolerizado porque Yasión se había atrevido a tocar a Deméter, lo mató con un rayo.

Pero Deméter tiene un espíritu apacible y Erisictón, hijo de Triopas, fue uno de los pocos hombres a quien trató con dureza. Erisictón tuvo la osadía de invadir una arboleda que los pelasgos habían plantado para ella en Dotio, y ponerse a cortar los árboles sagrados, para proporcionar la madera de su nueva sala de banquetes. Dométer adoptó la forma de Nicipe, la sacerdotisa de la arboleda, y ordenó suavemente a Erisictón que desistiese. Sólo cuando él la amenazó con su hacha se reveló la diosa en su esplendor y le condenó a sufrir hambre perpetua. Cuanto más comía, más hambriento y más

flaco se volvía, hasta que sus padres ya no pudieron permitirse el lujo de seguir proporcionándole comida, y se convirtió en un mendigo que vagaba por las calles, comiendo inmundicias.

Hades se enamoró de Core, y fue a ver a Zeus para pedirle que le permitiese casarse con ella. Zeus temió ofender a su hermano mayor si se negaba, pero sabía que Deméter no le perdonaría si Core quedaba confinada en el Tártaro; así que respondió que no podía darle su consentimiento, ni tampoco negárselo. Esto animó a Hades a raptar a la muchacha, cuando estaba recogiendo flores en una pradera. (Pudo haber sido en cualquier lugar de las regiones, tan distantes unas de otras, que Deméter recorrió en su larga búsqueda de Core, pero sus propias sacerdotisas dicen que fue en Eleusis.) Buscó a Core durante nueve días y nueve noches, sin comer ni beber, llamándola infructuosamente sin cesar. Las únicas noticias que pudo conseguir fueron las que le dio la vieja Hécate, la cual había oído a Core una mañana temprano, gritando: «¡Un rapto! ¡Un rapto!», pero al correr en su ayuda no había encontrado ni rastro de ella.

El décimo día, Deméter llegó disfrazada a Eleusis, donde fue acogida por el rey Celeo y su esposa Metanira; luego la invitaron a quedarse como nodriza para Demofonte, el príncipe recién nacido. La hija coja de los reyes, llamada Yambe, intentó consolar a Deméter y la ama seca, la vieja Baubo, la persuadió, gracias a una broma, a beber agua de cebada: gimió como si estuviera de parto y entonces, inesperadamente, sacó de debajo su falda a Yaco, el propio hijo de Deméter, el cual saltó a los brazos de su madre y la besó.

—¡Oh, con qué avidez bebes! —exclamó Abante, un hijo mayor de Celeo. Y dicho esto, Deméter lo metamorfoseó en lagarto.

Sintiéndose algo avergonzada, Deméter decidió entonces hacerle un favor a Celeo, convirtiendo a Demofonte en un ser inmortal. Aquella noche lo sostuvo encima del fuego para quemar su mortalidad. Metanira acertó a entrar en la sala y rompió el hechizo; y en consecuencia Demofonte murió.

—¡Qué desafortunada es mi casa! —se quejó Celeo.

—Sécate las lágrimas —dijo Deméter—. Todavía te quedan tres hijos a quienes tengo intención de conceder dones tan grandes que olvidarás tu doble pérdida.

Pues Triptólemo, que cuidaba del ganado de su padre, había reconocido a Deméter y le había dado la noticia que ella necesitaba: diez días antes, su hermano Eumolpo, un pastor de ovejas y Eubuleo, un porquero, habían salido a los campos cuando de pronto la tierra se abrió, tragándose los cerdos de Eubuleo ante sus propios ojos; luego había aparecido un carro, tirado por caballos negros, y se había precipitado al abismo. La cara del conductor era invisible, pero con el brazo derecho sujetaba fuertemente a una muchacha que chillaba.

Deméter hizo llamar a Hécate. Juntas fueron a hablar con Helio, que todo lo ve, y le obligaron a admitir que Hades había sido el malvado en cuestión. Deméter estaba tan furiosa que siguió vagando por el mundo, prohibiendo a los árboles que diesen frutos y a la hierba que creciese. Zeus le envió primeramente un mensaje a través de Iris y luego una delegación de los dioses olímpicos, con obsequios conciliadores, suplicándole que aceptara su voluntad. Pero ella se negó a regresar al Olimpo, y juró que la tierra permanecería estéril hasta que Core le fuera devuelta.

A Zeus sólo le quedaba una salida. Mandó a Hermes llevar un mensaje a Hades: «Si no devuelves a Core, ¡todos estamos perdidos!», y otro a Deméter: «Podrás recuperar a tu hija, con la sola condición de que aún no haya probado la comida de los muertos».

Puesto que Core se había negado a probar siquiera un mendrugo de pan desde el momento de su rapto, Hades se vio obligado a disimular su irritación, diciéndole mansamente:

—Muchacha, pareces muy desgraciada aquí, y tu madre llora por ti. Por ello he decidido hacerte regresar a tu hogar.

Las lágrimas de Core dejaron de fluir, pero justo cuando se disponía a regresar a Eleusis, uno de los jardineros de Hades, Ascálafo, exclamó:

—Ya que he visto a la señora Core coger una granada y comer siete granos, ¡estoy dispuesto a atestiguar que ha probado la comida de los muertos!

En Eleusis Deméter abrazó a Core, llena de alegría; pero cuando se enteró de lo de la granada, se sintió más desanimada que nunca y volvió a decir:

—Ni regresaré al Olimpo, ni quitaré mi maldición de la tierra.

En vista de esto, Zeus persuadió a Rea a que fuera a suplicarle, y por fin llegaron a un acuerdo. Core pasaría tres meses del año en compañía de Hades, como reina del Tártaro, con el título de Perséfone, y se quedaría con Deméter los otros nueve.

Finalmente Deméter consintió en regresar a casa. Antes de abandonar Eleusis instruyó a Triptólemo, a Eumolpo y a Celeo (junto con Diocles, rey de Feras, el cual había estado buscando asiduamente a Core durante todo este tiempo) en su adoración y misterios. A Triptólemo le proporcionó maíz en grano, un arado de madera, y un carro tirado por serpientes, y lo mandó recorrer todo el mundo para enseñarle a la humanidad el arte de la agricultura. Pero castigó a Ascálafo por haber sido un delator.

Naturaleza y hechos de Atenea

Atenea inventó la flauta, la trompeta, la olla de barro, el arado, el rastrillo, la yunta para los bueyes, la brida de los caballos, el carro, y la nave. Fue la primera en enseñar la ciencia, los números, y todas las artes de las mujeres. Aunque es la diosa de la guerra, no obtiene ningún placer en la batalla; prefiere solucionar disputas, y mantener la ley por medios pacíficos. En tiempos de paz no lleva arma alguna, y si alguna vez le hacen falta, suele pedírselas prestadas a Zeus. Su misericordia es grande: cuando los votos de los jueces están igualados siempre da un voto decisivo para liberar al acusado. Sin embargo, en la batalla no pierde nunca, ni siquiera cuando lucha contra el propio Ares, ya que tiene mejores conocimientos de tácticas y estrategia, y todos los capitanes sensatos se dirigen a ella para pedirle consejo.

Muchos dioses, Titanes y gigantes, se hubieran casado de buen grado con Atenea, pero ella ha rechazado

todas las ofertas. En una ocasión, al no querer pedirle prestadas las armas a Zeus, le pidió a Hefesto que le fabricara un juego para ella sola. Hefesto se negó a cobrarle nada, diciendo que haría el trabajo por amor. Cuando Atenea, al no percatarse de la insinuación contenida en sus palabras, entró en la herrería para observarle, Hefesto de pronto se dio media vuelta e intentó ultrajarla. El dios había sido víctima de una malévola broma: Posidón le había informado que Atenea iba de camino a verle con el consentimiento de Zeus, esperando que le hiciera el amor violentamente. Cuando ella logró separarse, Hefesto eyaculó sobre su muslo. Ella se limpió la simiente con un puñado de lana, que luego tiró con asco; cayó al suelo cerca de Atenas y accidentalmente fertilizó a la Madre Tierra. Repugnada ante la idea de dar a luz a un hijo que Hefesto había intentado engendrar en Atenea, la Madre Tierra declaró que no aceptaría responsabilidad alguna por él.

—Muy bien —dijo Atenea—. Yo misma me ocuparé de él.

Así pues, se hizo cargo de la criatura, lo llamó Erictonio, y como no quería que Posidón se riera por el éxito de su broma, lo escondió en un cesto sagrado; luego entregó el cesto a Aglauro, la hija mayor del rey ateniense Cécrope, con órdenes de vigilarlo con cuidado.

Cécrope, un hijo de la Madre Tierra, fue el primer rey en reconocer la paternidad. También instituyó la monogamia, dividió el país de Ática en doce comunidades, construyó templos en honor a Atenea, y abolió ciertos sacrificios sangrientos a favor de sobrias ofrendas de coca de cebada. Su esposa se llamaba Aglaulo, y sus tres hijas Aglauro, Herse y Pándroso. Una tarde, cuando las muchachas habían regresado de un festival, llevando sobre sus cabezas los cestos sagrados de Atenea, Hermes sobornó a Aglauro para que le facilitara el acceso a Herse, de quien se había enamorado locamente. Aglauro se quedó con el oro de Hermes, pero no hizo nada para ganárselo, porque Atenea le había hecho sentir envidia de la buena fortuna de Herse; en consecuencia, Hermes convirtió a Aglauro en piedra, e hizo su voluntad con Herse. Después de que Herse le hubiera dado dos hijos, Céfalo y Cérix, ella y Pándroso y Agrau-

lo, la madre de ambas, sintieron curiosidad por echar una ojeada bajo la tapa del cesto que Aglauro había sostenido. Al ver a una criatura con una cola de serpiente en lugar de piernas, se pusieron a chillar de miedo y se precipitaron desdo la alto de la Acrópolis.

Atenea se sintió tan apenada que dejó caer la enorme roca que había estado transportando a la Acrópolis como fortificación adicional, y quedó transformada en el monte Licabeto. En cuanto al cuervo que le había traído la noticia, le cambió el color de blanco a negro, y prohibió a todos los cuervos que en adelante visitaran la Acrópolis. Erictonio se refugió bajo la égida de Atenea, y ella le crió con tanta ternura que algunos la tomaron por su madre. Su imagen fue colocada entre los astros como la constelación Auriga, ya que había sido él quien había introducido el cuadriyugo.

Atenea, aunque es tan modesta como Ártemis, es mucho más generosa. Un día, Tiresias la sorprendió accidentalmente cuando se estaba bañando; ella le puso las manos sobre los ojos y lo cegó, pero le dio visión interna a modo de compensación.

Naturaleza y hechos de Pan

Hay quien dice que Hermes engendró a Pan en su unión con Dríope, hija de Dríope, o con la ninfa Enoe. Se dice que era tan feo al nacer que su madre huyó de él atemorizada, y Hermes se lo llevó al Olimpo para divertir a los dioses; pero Pan era hermano adoptivo de Zeus y por lo tanto mucho mayor que Hermes. Aún hay otros que afirman que es hijo de Crono y de Rea; o de Zeus y de Hibris, siendo éste el relato menos improbable.

Vivía en Arcadia, donde guardaba rebaños de vacas y ovejas y también colmenas; participaba en las jaranas de las ninfas de los montes, y ayudaba a los cazadores a encontrar sus presas. Por lo general, era despreocupado y perezoso; lo que más le gustaba era su siesta, y se vengaba de quienes le molestaban con un grito repentino que les hacía poner los pelos de punta.

Pan sedujo a varias ninfas, tales como Eco, y Eufe-

me, la nodriza de las Musas, quien le dio por hijo a Croto, el Arquero del Zodíaco. En cierta ocasión intentó violar a la casta Pitis, quien sólo logró escapar de él metamorfoseándose en abeto, una rama del cual llevó desde entonces como corona. En otra ocasión persiguió a la casta Siringe hasta el río Ladón, donde ella se transformó en junco; allí, como le era imposible diferenciarla de todos los demás, cortó varios juntos al azar, y con ellos hizo una siringa. Su mayor éxito en el amor fue la seducción de Selene, que consiguió disimulando su aspecto de cabra negra y peluda con vellones blancos bien lavados. Sin haberse dado cuenta de quién era, Selene accedió a montar sobre su lomo y dejarle hacer lo que quisiese con ella.

Los dioses olímpicos, a la vez que despreciaban a Pan, se aprovechaban de sus poderes. Apolo le sonsacó el arte de predecir el futuro, y Hermes copió su flauta, declaró que era un invento suyo, y lo vendió a Apolo.

Pan es el único dios que ha muerto. Un tal Tamo, marinero en una nave que viajaba rumbo a Italia, oyó una voz divina que le gritaba desde la costa: «¡Tamo, cuando llegues a Palodes, proclama que el gran dios Pan ha muerto!» Así lo hizo Tamo y la noticia fue recibida desde la orilla con lamentos.

NATURALEZA Y HECHOS DE DIONISO

Cumpliendo órdenes de Hera, los Titanes se apoderaron del hijo recién nacido de Zeus, Dioniso, y lo despedazaron hasta dejarlo hecho trizas. Luego hirvieron los pedacitos en un caldero, pero su abuela Rea lo rescató y lo reconstruyó. Perséfone, a quien entonces Zeus había confiado su cuidado, lo llevó ante el rey Atamante de Orcómeno y su mujer Ino, a quien persuadió a criar al niño en las habitaciones de las mujeres, disfrazado de niña. Pero era imposible engañar a Hera, y la pareja real fue castigada con la locura.

Luego Hermes transformó temporalmente a Dioniso en cabrito, o carnero, y lo presentó a las ninfas Macris, Nisa, Erato, Bromia y Baque, del monte Nisa. Las ninfas cuidaron de Dioniso, y en pago por este servicio,

Zeus más tarde colocó sus imágenes entre las estrellas, formando la constelación de las Híades. En el monte Nisa Dioniso inventó el vino, que es lo que más fama le ha dado.

Cuando llegó a la edad viril, Hera le reconoció como hijo de Zeus y también lo enloqueció. Empezó a vagar por todo el mundo, acompañado de su tutor Sileno y de un ejército salvaje de sátiros y ménades, armados con una vara cubierta de hiedra, con piñas de pino en la punta, llamada *thyrsus*, y también con espadas, serpientes y bramaderas. Navegó con rumbo a Egipto, y a su regreso trajo la viña; y en Faros el rey Proteo le recibió hospitalariamente.

Entre los libios del delta del Nilo, frente a Faros, se encontraban ciertas reinas amazonas a quienes Dioniso invitó a marchar con él sobre los Titanes. La derrota de los Titanes conseguida por Dioniso y la restauración del rey Amón, fue la primera de sus múltiples victorias militares. A continuación tomó rumbo al este y se dirigió a la India; conquistó todo el país y enseñó a sus habitantes el arte de la vinicultura dotándoles además de leyes y fundando grandes ciudades. A su regreso las amazonas se rebelaron contra él, y persiguió a toda una multitud de ellas hasta Efeso. Otras huyeron a Samos, y Dioniso las siguió con navíos, matando a muchas.

Luego Dioniso regresó a Europa pasando por Frigia, donde su abuela Rea lo purificó de los muchos asesinatos que había cometido durante su demencia, y le inició en sus misterios. Después invadió Tracia; pero en cuanto su gente hubo desembarcado junto a la desembocadura del río Estrimón, Licurgo, rey de los edonios, capturó a la totalidad del ejército, exceptuando al propio Dioniso, quien se zambulló en el mar y fue a refugiarse a la gruta de Tetis. Rea ayudó a los prisioneros a escapar y enloqueció a Licurgo: mató con un golpe de hacha a su propio hijo Driante, creyendo que estaba cortando una vid, y todo el país de Tracia se volvió estéril ante el horror del crimen. Cuando Dioniso anunció que esta esterilidad continuaría hasta que se diese muerte a Licurgo, los edonios le condujeron al monte

Pangeo, donde unos potros salvajes le despedazaron el cuerpo.

Dioniso no encontró más oposición en Tracia, y continuó su viaje rumbo a Tebas, donde invitó a las mujeres a acompañarle en sus bacanales en el monte Citerón. Penteo, rey de Tebas, que tenía aversión por el aspecto disoluto de Dioniso, lo arrestó, junto con sus ménades, pero enloqueció, y en lugar de esposar a Dioniso, esposó un toro. Las ménades escaparon una vez más y corrieron furiosamente por el monte. Penteo intentó detenerlas, pero ellas, inflamadas por el vino y el éxtasis religioso, le desgarraron los miembros. Su madre Ágave dirigió la revuelta y fue ella quien le arrancó la cabeza.

En Orcómeno, las tres hijas de Minia, llamadas Alcítoe, Leucipe y Arsipe, se negaron a participar en las bacanales, aunque el propio Dioniso las había invitado, apareciéndoseles en forma de muchacha. Entonces cambió su forma, convirtiéndose sucesivamente en león, toro, y pantera, y las enloqueció. Leucipe ofreció a su propio hijo en sacrificio, y las tres hermanas, después de haberle despedazado y devorado, corrieron frenéticamente por el monte casi sin rozar el suelo, hasta que por fin Hermes las transformó en pájaros.

Cuando toda Beocia había reconocido la divinidad de Dioniso, el dios recorrió todas las islas del Egeo, propagando la alegría y el terror dondequiera que fuese. A su llegada a Icaria, vio que su barco era innavegable y alquiló otro a unos marineros tirrenios que afirmaban estar a punto de zarpar hacia Naxos. Pero resultaron ser piratas, y, sin haberse percatado de su divinidad, se dirigieron a Asia a venderlo como esclavo. Dioniso hizo que creciera una parra en la cubierta que envolviese el mástil, y que una hiedra trepara por el cordaje al mismo tiempo; también transformó los remos en serpientes, y él mismo se convirtió en león, llenando la nave de bestias fantasmagóricas y del sonido de flautas, provocando que los piratas, aterrorizados, saltaran al agua, convirtiéndose en delfines.

Fue en Naxos donde Dioniso conoció a la hermosa Ariadna, que hagía sido abandonada por Teseo, y se casó con ella sin demora. Los hijos que le dio fueron

Enopión, Toante, Estáfilo, Latramis, Evantes y Tauró-polo. Más adelante colocó su diadema nupcial entre las estrellas.

De Naxos llegó a Argos y castigó a Perseo, quien al principio luchó contra él y dio muerte a muchos de sus seguidores, inoculando la locura en las mujeres argivas. Perseo se apresuró a admitir su error, y apaciguó a Dioniso con la construcción de un templo en su honor.

Finalmente, después de haber establecido su culto por todo el mundo, Dioniso ascendió a los cielos, y ahora se sienta a la derecha de Zeus, como uno de los Doce Grandes.

Los dioses del mundo subterráneo

Cuando los espíritus descienden al Tártaro, cada uno va provisto de una moneda que sus piadosos parientes han colocado bajo la lengua del muerto. De este modo pueden pagar a Caronte, el avaro barquero que los transporta en un barco destartalado al otro lado del Éstige. Los espíritus que no llevan monedas tienen que permanecer eternamente en la orilla más cercana, a no ser que hayan eludido a Hermes, su guía, y hayan entrado sigilosamente por una puerta trasera. Un perro con tres cabezas llamado Cerbero guarda la orilla opuesta del río Éstige.

La primera región del Tártaro contiene los sombríos Gamonales, donde las almas de los héroes vagan sin rumbo entre la multitud de muertos menos distinguidos que se agitan como murciélagos. Su única alegría es la que les proporcionan las libaciones de sangre que les ofrecen los vivos: cuando beben vuelven a sentirse casi hombres. Más allá de estos campos se encuentran el Érebo y el palacio de Hades y Perséfone. Cerca de allí, los espíritus recién llegados son juzgados diariamente por Minos, Radamantis y Éaco, en el cruce de tres caminos. A medida que se van dando los veredictos, los espíritus reciben instrucciones de tomar uno de los tres caminos: el que lleva de regreso a los Gamonales, si no son ni virtuosos ni malvados; el que

conduce al campo de castigos del Tártaro, si son malvados, o el que lleva a las huertas del Elíseo, si son virtuosos.

El Elíseo, gobernado por Crono, se encuentra cerca de los dominios de Hades, pero no forma parte de ellos; es un país alegre, de día continuo, sin frío ni nieve, donde los juegos, la música y los jolgorios no cesan jamás, y en el que sus habitantes pueden elegir el renacimiento sobre la tierra siempre que quieran. Cerca de allí se encuentran las Islas de los Bienaventurados, reservadas para quienes han nacido tres veces, y tres veces hayan merecido el Elíseo.

Hades casi nunca visita la atmósfera superior, excepto para asuntos de trabajo, o cuando de pronto se siente dominado por la lujuria. En una ocasión deslumbró a la ninfa Mente con el esplendor de su carro dorado y sus cuatro caballos negros, y la hubiese seducido sin dificultad de no haber sido por la reina Perséfone que metamorfoseó a Mente en menta aromática. No permite voluntariamente que escape ninguno de sus súbditos, y pocos de quienes visitan el Tártaro regresan con vida para poderlo describir.

Hades no sabe nunca lo que está ocurriendo en el mundo superior, o en el Olimpo, excepto por información fragmentaria que le llega cuando los mortales golpean la tierra con sus manos y le invocan con juramentos y maldiciones. El bien que más estima es el casco de invisibilidad que le fue entregado en señal de agradecimiento por los Cíclopes cuando consintió en liberarlos por orden de Zeus. Todas las riquezas de joyas y de metales preciosos ocultos bajo la tierra le pertenecen, pero no tiene ninguna propiedad sobre la tierra, excepto ciertos tenebrosos templos en Grecia.

Sin embargo, la reina Perséfone puede mostrarse graciosa y compasiva. Le es fiel a Hades, pero no tiene hijos con él y prefiere la compañía de Hécate, diosa de las brujas, a la de su esposo.

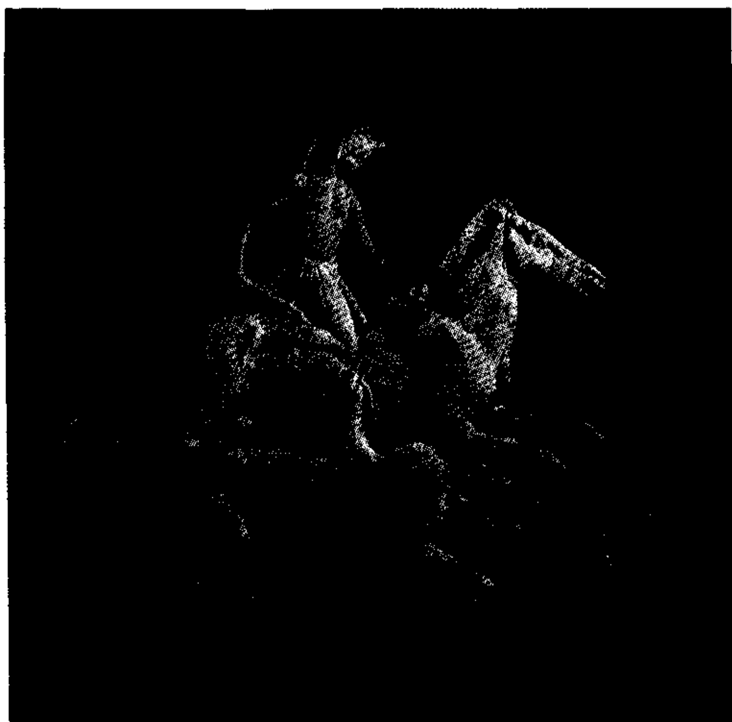
Tisífone, Alecto y Megera, las Erinias o Furias, viven en Érebo, y son más viejas que Zeus y que todos los demás olímpicos. Su tarea consiste en escuchar las quejas que le traen los mortales sobre la insolencia de los jóvenes hacia los ancianos, de los hijos hacia los padres

de los anfitriones hacia los invitados, y de los dueños de casas o los ayuntamientos hacia los suplicantes, y en castigar tales crímenes acosándolos inexorablemente. Estas Erinias son viejas feas, con serpientes en lugar de pelo, cabezas de perro, cuerpos negros como el carbón, alas de murciélago, y ojos inyectados de sangre. En las manos llevan látigos con tachones de latón, y sus víctimas mueren atormentadas. Es poco prudente mencionarlas por su nombre en el curso de una conversación; por eso suelen llamarse las Euménides, que significa «Las bondadosas», del mismo modo en que a Hades se le llama Plutón, o Pluto, «El Rico».

Tique y Némesis

Tique es la hija de Zeus, a quien él ha otorgado el poder de decidir cuál será la fortuna de este o aquel mortal. Sobre algunos prodiga obsequios del cuerno de la abundancia, y a otros los priva de todo lo que poseen. Tique es totalmente irresponsable en sus adjudicaciones, y corre de aquí para allá haciendo malabarismos con una pelota para demostrar la incertidumbre del azar. Pero si alguna vez sucede que un hombre a quien ella haya favorecido, se jacta de sus abundantes riquezas y no sacrifica parte de ellas a los dioses, ni alivia la pobreza de sus conciudadanos, entonces la antigua diosa Némesis interviene para humillarle. Némesis sostiene una rama de manzano en una mano, y una rueda en la otra, y lleva puesta una corona adornada con ciervos; el látigo cuelga de su cinturón.

3. SOBRE HÉROES, DIOSES Y HOMBRES



Pegaso y Belerofonte con la Quimera (Museo Británico)

Orfeo

Orfeo, hijo de Eagro, el rey tracio, y de la Musa Calíope, fue el poeta y músico más famoso de todos los tiempos. Apolo le obsequió con una lira, y las musas le enseñaron a utilizarla, de tal modo que no sólo hechizaba a las bestias salvajes sino que además lograba que los árboles y las rocas dejaran sus sitios para seguir el sonido de la música.

Después de una visita a Egipto, Orfeo se unió a los argonautas, con quienes navegó a Cólquide, ayudándoles con su música a superar muchas dificultades; y a su regreso se casó con Eurídice, y se estableció entre los cicones salvajes de Tracia.

Un día, cerca de Tempe, en el valle del río Peneo, Eurídice se encontró con Aristeo, quien intentó forzarla. Al huir pisó una serpiente y murió a causa de la mordida que ésta le dio; pero Orfeo tuvo la osadía de descender al Tártaro, con la esperanza de recuperarla. A su llegada, no sólo hechizó al barquero Caronte, al perro Cerbero, y a los tres Jueces de los Muertos, con su melancólica música, sino que además suspendió temporalmente las torturas de los condenados y ablandó hasta tal punto el corazón fiero de Hades que obtuvo permiso para devolver a Eurídice al mundo superior. Hades le impuso una sola condición: que Orfeo no mirara atrás hasta que ella estuviese a salvo bajo la luz del sol. Eurídice siguió a Orfeo por el oscuro pasadizo, guiada por los sonidos de su lira, y no fue hasta que vio de nuevo la luz del sol que él se volvió para ver si todavía le seguía, perdiéndola de este modo para siempre.

Cuando Dioniso invadió Tracia, Orfeo no quiso honrarle, sino que enseñó otros misterios sagrados y predicó a los hombres de Tracia la maldad del sacrificio con asesinato. Irritado por esto, Dioniso incitó a las ména-

des para que atacaran a Orfeo en Deyo, Macedonia. Después de haber esperado primero a que sus esposos entraran en el templo de Apolo, donde Orfeo servía como sacerdote, las ménades cogieron las armas apiladas afuera, irrumpieron en el edificio, asesinaron a sus maridos, y le arrancaron las extremidades a Orfeo. Arrojaron la cabeza al río Hebro, pero bajó flotando, todavía cantando, hasta el mar, y las aguas la llevaron hasta la isla de Lesbos.

Las Musas recogieron llorando los miembros de Orfeo y los enterraron en Leibetra, al pie del monte Olimpo, donde los ruiseñores cantan ahora más dulcemente que en ningún otro lugar del mundo. En cuanto a la cabeza de Orfeo, después de ser atacada por una envidiosa serpiente lemnia (que Apolo transformó inmediatamente en piedra), recibió sepultura en una cueva en Antisa, consagrada a Dioniso. Allí profetizó día y noche hasta que Apolo, descubriendo que sus oráculos en Delfos, Grinia y Claro habían sido abandonados, fue allí, y erguido sobre la cabeza exclamó:

—¡Deja de entrometerte en mis asuntos!

Con estas palabras la cabeza calló. La lira de Orfeo también había sido arrastrada por la corriente hasta Lesbos y había sido guardada en un templo de Apolo, por cuya intercesión, y la de las Musas, fue colocada en el firmamento en forma de constelación.

Ganimedes

Ganimedes, hijo del rey Tros, el que dio su nombre a Troya, era el joven más hermoso que existía, y por este motivo fue elegido por los dioses para servir de copero a Zeus. Se dice que Zeus, deseando tener a Ganimedes también como compañero de lecho, se disfrazó con plumas de águila y lo raptó en la llanura de Troya.

Más tarde Hermes presentó a Tros, en nombre de Zeus, una vid de oro, obra de Hefesto, y dos estupendos caballos, en compensación por su pérdida, asegurándole al mismo tiempo que Ganimedes se había vuelto inmortal, exento de las miserias de la vejez, y que en aquel momento estaba sonriendo, con un cuenco de

oro en la mano, mientras le servía un brillante néctar al Padre de los Cielos.

La rebelión de los gigantes

Enfurecidos porque Zeus había recluido a sus hermanos los Titanes en el Tártaro, ciertos gigantes, altos y temibles, tramaron un asalto a los cielos. Habían nacido de la Madre Tierra en Flegras, lugar de Tracia, y eran veinticuatro en total.

Sin previo aviso agarraron rocas y tizones y los arrojaron hacia arriba desde las cimas de sus montes, poniendo en peligro a los olímpicos. Hera profetizó que los gigantes jamás morirían por mano de ninguna deidad, sino únicamente por la de un solo mortal, vestido con una piel de león; y que incluso éste no podría hacer nada a no ser que los dioses se anticiparan al enemigo en su búsqueda de cierta hierba de invulnerabilidad, que crecía en un lugar secreto de la tierra. Inmediatamente Zeus fue a pedir consejo a Atenea; luego la envió a avisar a Heracles, el mortal con la piel de león, y prohibió a Eos, a Selene y a Helio que relucieran durante un tiempo. Bajo la luz de las estrellas, Zeus se puso a buscar a tientas, encontró la hierba, y logró llevarla a los cielos.

Los olímpicos ya podían trabar batalla con los gigantes. Heracles soltó su primera flecha contra Alcineo, el jefe del enemigo. Alcineo cayó, pero volvió a ponerse en pie de un salto, porque aquella era su tierra natal de Flegras.

—¡Rápido! —exclamó Atenea—. ¡Arrástralo a otro país!

Heracles cogió a Alcineo y lo arrastró hasta el otro lado de la frontera tracia, donde lo despachó con una maza.

Seguidamente Porfirión entró en los cielos dando un gran salto desde la alta pirámide de rocas que los gigantes habían amontonado, y ninguno de los dioses logró mantenerse firme. Se abalanzó sobre Hera, con la intención de estrangularla, pero una flecha disparada por Eros le hirió en el hígado, y cambió su cólera por luju-

ria. Zeus, al ver que su esposa estaba a punto de ser ultrajada, derribó a Porfirión con un rayo. El gigante se puso en pie nuevamente, pero Heracles, que regresaba en el momento oportuno, le hirió de muerte con una flecha. Mientras tanto Efialtes había golpeado a Ares hasta ponerlo de rodillas, pero Apolo hirió al infeliz en el ojo izquierdo y Heracles le clavó otra flecha en el derecho. Así murió Efialtes.

Y sucedió que, cada vez que un dios hería a un gigante, era Heracles quien tenía que asestarle el golpe mortal. Las diosas Hestia y Deméter, amantes de la paz, no participaron en el conflicto y observaban consternadas, retorciéndose las manos.

Sintiéndose desalentados, los demás gigantes huyeron de nuevo a la tierra, perseguidos por los olímpicos. Atenea lanzó una enorme jabalina contra Encélado que lo aplastó por completo y se transformó en la isla de Sicilia. Y Posidón partió un trozo de la isla de Cos con su tridente y lo arrojó contra Polibotes; esto se convirtió en la cercana isla de Nisiros, bajo la cual está enterrado el gigante.

El resto de los gigantes opusieron su última resistencia en Batos, cerca de Trapezunte, en Arcadia. Hermes, después de tomar prestado el casco de invisibilidad de Hades, derribó a Hipólito, y Ártemis atravesó a Gración con una flecha, mientras que, con sus manos de mortero, las Parcas rompían las cabezas de Agrio y Toante. Ares, con su lanza, y Zeus, con su rayo, se encargaron entonces de los demás, aunque llamaron a Heracles para que despachara a cada gigante cuando caía.

Tifón

En venganza por la destrucción de los gigantes, la Madre Tierra yació con el Tártaro, y al poco tiempo dio a luz al menor de sus hijos, Tifón, el mayor monstruo que jamás haya existido. De los muslos hacia abajo estaba formado por serpientes enroscadas, y sus brazos, que alcanzaban cien leguas de distancia en cada dirección, tenían, en lugar de manos, numerosas cabezas de

serpientes; su cabeza de asno, de aspecto brutal, tocaba las estrellas, sus vastas alas oscurecían el sol, sus ojos echaban fuego, y de su boca arrojaba rocas encendidas. Cuando empezó a correr en dirección al Olimpo, los dioses huyeron aterrorizados a Egipto, donde se disfrazaron de animales.

Atenea fue la única que permaneció firme, y le echó en cara a Zeus su cobardía, hasta que el dios volvió a adoptar su auténtica forma y lanzó un rayo contra Tifón, seguido de un golpe de la misma hoz de pedernal que había servido para castrar a Urano. Tifón huyó al monte Casio, y allí los dos lucharon a brazo partido. Tifón enroscó sus miríadas de espirales alrededor de Zeus, le arrancó su hoz y, después de cortar con ella los tendones de sus manos y pies, lo arrastró hasta la cueva de Coricia. Zeus no podía mover ni un dedo, y Tifón había escondido los tendones en una piel de oso, vigilada por Delfine, una hermana monstruo con cola de serpiente.

La derrota de Zeus propagó la consternación entre los dioses, pero Hermes se acercó secretamente a la cueva, y allí Pan asustó a Delfine con un grito repentino, mientras Hermes sustraía los tendones y volvía a colocarlos en los miembros de Zeus.

Zeus regresó al Olimpo y, montado en un carro tirado por caballos alados, persiguió una vez más a Tifón con rayos. Tifón llegó al monte Hemo en Tracia, y desde allí cogió montañas enteras y las lanzó contra Zeus; pero éste interpuso sus rayos, de modo que rebotaron sobre el monstruo, hiriéndole horriblemente. Huyó hacia sicilia y allí Zeus puso fin a la carrera y al combate arrojando el monte Etna sobre él; y hasta nuestros días el fuego sale con fuerza de su cono.

El diluvio de Deucalión

El diluvio de Deucalión, llamado así para distinguirlo del diluvio de Ogigia y otros, fue causado por la ira de Zeus contra los impíos hijos de Licaón, el hijo de Pelasgo. Las noticias de sus crímenes llegaron al Olimpo, y el propio Zeus los visitó, disfrazado de viajero po-

bre. Tuvieron la desvergüenza de ofrecerle sopa de menudos, mezclando las tripas de su hermano Níctimo con los menudos de oveja y cabra que contenía. Zeus no se dejó engañar, y apartando la mesa de un golpe, los convirtió a todos en lobos, con excepción de Níctimo, a quien devolvió la vida.

A su regreso al Olimpo, Zeus, asqueado, soltó un gran diluvio sobre la tierra, con la intención de acabar con toda la raza humana; pero Deucalión, rey de Ptía, advertido por su padre, el Titán Prometeo, construyó un arca, la avitualló, y subió a bordo de ella junto con su mujer Pirra. Entonces sopló el Viento del Sur, cayó la lluvia, y los ríos corrieron con estruendo hacia el mar que creció a una velocidad asombrosa y se llevó todas las ciudades de las costas y de los llanos, hasta que por fin el mundo entero quedó sumergido, con excepción de unas cuantas cimas de montañas, y parecía que todas las criaturas mortales hubieran perecido, todas menos Deucalión y Pirra. El arca estuvo flotando durante unos nueve días, hasta que por fin las aguas se calmaron, y se detuvo en el monte Parnaso.

Al desembarcar, ofrecieron un sacrificio al Padre Zeus, y bajaron a rezar ante el altar de Temis, junto al río Cefiso. Suplicaron humildemente que se renovara la humanidad, y Zeus, que oía sus voces en la distancia, envió a Hermes a asegurarles que cualquier petición que hicieran se les otorgaría sin tardanza. Temis se les apareció en persona, diciendo:

—¡Cubrid vuestras cabezas, y arrojad hacia atrás los huesos de vuestra madre!

Puesto que Deucalión y Pirra tenían distintas madres, ambas muertas ya, decidieron que la Titánide se refería a la Madre Tierra, cuyos huesos eran las rocas que yacían en la orilla del río. Así pues, agachándose con las cabezas cubiertas, recogieron rocas y las tiraron por encima del hombro; éstas se convirtieron en hombres o en mujeres, según si las había cogido Deucalión o Pirra.

Sin embargo, Deucalión y Pirra resultaron no ser los únicos sobrevivientes del Diluvio, pues Megaro, un hijo de Zeus, se había levantado de su lecho al oír los gritos de unas grullas que le ordenaban subir a la cima del

monte Gerania, lugar que se salvó de las aguas. Del mismo modo, los habitantes de Parnaso se despertaron al oír los aullidos de unos lobos, y los siguieron hasta la cumbre de la montaña. A su nueva ciudad le pusieron por nombre Licorea, en recuerdo de los lobos. Así pues, el diluvio no sirvió de mucho, pues algunos de los parnasios emigraron a Arcadia, y revivieron las abominaciones de Licaón.

Este Deucalión era el hermano de Ariadna la cretense y el padre de Oresteo, rey de los locrios de Ozolia, en cuyos tiempos una perra dio a luz un trozo de madera, que Oresteo plantó y de la que brotó una cepa. Otro de sus hijos, Anfictión, hospedó a Dioniso, y fue el primer hombre que mezcló el vino con agua. Pero su hijo mayor, y el más famoso, fue Helén, padre de todos los griegos.

Atlante y Prometeo

Prometeo, el creador de la humanidad, que algunos incluyen entre los Titanes, era hijo o bien del Titán Eurimedonte, o bien de Jápeto y de la ninfa Clímene; y sus hermanos fueron Epimeteo, Atlante y Menecio.

Atlante y Menecio se unieron a Crono y a los Titanes en su guerra infructuosa contra los dioses olímpicos. Zeus mató a Menecio con un rayo, pero perdonó a Atlante, a quien condenó a soportar el peso de los cielos sobre sus espaldas para toda la eternidad.

Atlante era el padre de las Pléyades, de las Híades, y de las Hespérides; y ha sostenido los cielos desde entonces, excepto cuando Heracles lo relevó temporalmente en la tarea. Algunos dicen que Perseo petrificó a Atlante, convirtiéndole en el monte Atlas, cuando le enseñó la cabeza de la Gorgona.

Prometeo, que era más sensato que Atlante, previó el resultado de la rebelión contra Crono, y por lo tanto prefirió luchar del lado de Zeus, persuadiendo a Epimeteo a hacer lo mismo. Desde luego, era el más sabio de su raza, y Atenea le enseñó arquitectura, astronomía, matemáticas, navegación, medicina, metalurgia y otras

artes útiles, que él transmitió a la humanidad. Pero Zeus, que había decidido extirpar a toda la raza humana, y sólo la perdonaba debido a la insistente petición de Prometeo, empezó a enfadarse por sus crecientes poderes y talentos.

Un día en que tuvo lugar una disputa en Sición sobre cuáles de las porciones de un toro sacrificado había que ofrecer a los dioses, y cuáles había que reservar para los hombres, Prometeo fue elegido para actuar como árbitro. Para ello desolló y descuartizó un toro, y cosió su pellejo para formar dos bolsas abiertas, que luego llenó con lo que había cortado. Una bolsa contenía toda la carne, pero ésta estaba oculta debajo del estómago, y la otra contenía los huesos, ocultos bajo una buena capa de grasa. Cuando le dio a Zeus a elegir entre ambas, Zeus eligió la bolsa que contenía los huesos y la grasa (todavía considerada como la porción divina) pero castigó a Prometeo negándose a entregar el fuego a la humanidad.

Prometeo se dirigió inmediatamente a Atenea, rogándole que le permitiera entrar clandestinamente en el Olimpo, cosa que ella le otorgó. A su llegada, encendió una antorcha con el carro de fuego del Sol y seguidamente partió un trozo de carbón candente, que metió en el hueco formado por la médula de una gigantesca rama de hinojo. Luego, después de apagar su antorcha, salió sigilosamente de allí, sin ser descubierto, y entregó el fuego a la humanidad.

Zeus juró que se vengaría. Ordenó a Hefesto que fabricara una mujer de barro, y a los cuatro Vientos que le infundieran aliento, y a todas las diosas que la adornaran. Esta mujer, llamada Pandora, la más hermosa jamás creada, fue enviada por Zeus como regalo a Epimeteo, pero Epimeteo, a quien su hermano había advertido que no aceptara ningún obsequio de Zeus, se excusó respetuosamente. Más encolerizado que nunca, Zeus mandó encadenar a Prometeo, desnudo, a un pilar en las montañas Cáucasas, donde un ávido buitre le iba arrancando trozos del hígado durante todo el día, causándole un dolor que no tenía fin porque cada noche el hígado volvía a crecer hasta estar nuevamente entero.

Pero Zeus excusó su salvajismo haciendo circular

un rumor falso: Atenea, dijo, había invitado a Prometeo al Olimpo para una aventura amorosa secreta.

Epimeteo, alarmado por la suerte de su hermano, se apresuró a casarse con Pandora, a quien Zeus había creado tan insensata, traviesa y perezosa como bella. Al poco tiempo abrió una jarra que, según Prometeo había advertido a Epimeteo, debía mantenerse cerrada, y en la cual había encarcelado con dificultad a todos los Males que podrían plagar a la humanidad, tales como la Vejez, la Fatiga, la Enfermedad, la Demencia, el Vicio y la Pasión. Todos salieron en una nube, picando a Epimeteo y a Pandora y atacando luego a la raza de los mortales. No obstante, la engañosa Esperanza, a quien Prometeo también había encerrado en la jarra, los disuadió con sus mentiras de cometer un suicidio colectivo.

Eos

Al término de cada noche Eos, la hija de los Titanes Hiperión y Tía, se alza de su lecho en el este, sube a su carro y se dirige al Olimpo donde anuncia la llegada de su hermano Helio. Cuando aparece Helio, le acompaña en sus viajes hasta que informa de su llegada, sanos y salvos, a las orillas occidentales del Océano.

En una ocasión Afrodita se enfadó porque encontró a Ares en el lecho de Eos, y la maldijo imponiéndole un deseo constante por jóvenes mortales, a quienes desde aquel momento empezó a seducir secreta y vergonzosamente. El primero fue Orión, luego Céfalo, luego Clito, aunque estaba casada con Astreo, que procedía del linaje de los Titanes.

Finalmente, Eos raptó a Ganimedes y a Titono, hijos de Tros. Cuando Zeus le robó a Ganimedes, ella le suplicó que le concediera la inmortalidad a Titono, y él accedió a su petición. Pero olvidó pedirle además una juventud eterna, y Titono fue envejeciendo día a día, su voz se volvió estridente y cuando Eos se cansó de cuidarle, se convirtió en cigarra.

Orión

Orión, un cazador de Hiria, en Beocia, el hombre más apuesto que existía, era el hijo de Posidón y de Euríale. Un día en que fue a Hiria, en Quios, se enamoró de Mérope, hija del hijo de Dioniso, Enopión. Enopión había prometido a Orión la mano de Mérope si éste libraba su isla de las bestias salvajes y peligrosas que la infestaban; y Orión se dispuso a hacerlo. Pero cuando por fin hubo acabado su tarea, y reclamó a Mérope por esposa, Enopión le dijo que corrían rumores de que todavía quedaban leones, osos y lobos escondidos en los montes, y se negó a entregársela.

Una noche Orión, hastiado, se bebió todo el contenido del pellejo de vino de Enopión, y se inflamó tanto que irrumpió en el dormitorio de Mérope y la obligó a yacer con él. Cuando llegó el amanecer Enopión invocó a su padre, Dioniso, quien envió a unos sátiros para que le sirvieran todavía más vino, hasta que se durmió; una vez dormido, Enopión le sacó los dos ojos y lo arrojó a la orilla del mar. Un oráculo anunció que el ciego recobraría la vista si viajaba al este y volvía las cuencas de sus ojos hacia Helio en el punto en que comienza a levantarse del Océano. Orión se hizo a la mar inmediatamente en un pequeño barco de remos, y siguiendo el sonido del martillo de un Cíclope, llegó a Lemnos. Una vez allí, entró en la herrería de Hefesto, arrebató a un aprendiz llamado Cedalión, y cargándolo sobre sus espaldas, se lo llevó como guía. Cedalión guió a Orión por tierra y mar, hasta llegar al punto más lejano del Océano; fue allí donde Eos se enamoró de él y su hermano Helio le devolvió la vista.

Después de visitar Delos en compañía de Eos, Orión regresó para vengarse de Enopión a quien, no obstante, no logró encontrar en Quios, porque estaba oculto en una cámara subterránea que le había construido Hefesto. Navegó rumbo a Creta, adonde creía que Enopión podía haber huido buscando la protección de su abuelo Minos, y allí Orión conoció a Ártemis, que compartía con él su amor por la caza. Ártemis pronto le persuadió de que debía olvidar su venganza y venir a cazar con ella.

Pero Apolo era consciente de que Orión no había

rechazado la invitación de Eos de acceder a su lecho en la isla sagrada de Delos. Ante el temor de que su hermana Ártemis se mostrara tan susceptible como Eos, Apolo fue a ver a la Madre Tierra, y después de repetirle las palabras jactanciosas de Orión de que libraría toda la tierra de animales salvajes y de monstruos, dispuso que un escorpión monstruoso le diera caza. Orión atacó al escorpión, pero al descubrir que su armadura estaba a prueba de todas las armas mortales, se tiró de cabeza al mar y echó a nadar en dirección a Delos donde esperaba recibir la protección de Eos. Entonces Apolo llamó a Ártemis y le dijo:

—¿Ves aquel objeto negro que se mueve en el agua, allá lejos, cerca de Ortigia? Es la cabeza de un malvado llamado Candaor que acaba de seducir a Opis, una de tus sacerdotisas hiperbóreas. ¡Te desafío a que lo atravieses con una flecha!

Pues bien, Candaor era el apodo beocio de Orión, aunque Ártemis lo ignoraba. Apuntó con cuidado, disparó, y cuando salió a nado para recoger su presa, descubrió que había atravesado la cabeza de Orión con su flecha. Desconsolada, le imploró a Asclepio, hijo de Apolo, que lo reviviese, y éste consintió; pero antes de que pudiese completar su tarea, Apolo lo mató con un rayo. Entonces Ártemis colocó la imagen de Orión entre las estrellas, perseguido eternamente por el Escorpión; su espíritu ya había descendido a los Gamonales del Tártaro.

HELIO

Helio es un hermano de Selene y de Eos. Cuando ya el canto del gallo lo ha despertado, y Eos lo ha anunciado, conduce su carro de cuatro caballos atravesando los cielos desde un palacio en el lejano oriente, cerca de Cólquide, a otro palacio, tan magnífico como el primero, en el lejano occidente, donde sus caballos pastan en las Islas de Bienaventurados. Regresa a su hogar por la corriente del Océano, que fluye alrededor del mundo, embarcando su carro y su tiro en un transbordador dorado.

Helio puede ver todo lo que ocurre en la tierra, pero no es muy buen observador: incluso, en una ocasión, no se fijó que los compañeros de Ulises le estaban robando su ganado. Rodas es su dominio absoluto. Ocurrió que, cuando Zeus estaba distribuyendo islas y ciudades entre los distintos dioses, se olvidó de incluir a Helio entre éstos.

—¡Ay de mí! —exclamó—. Ahora tendré que empezar de nuevo.

—No, mi señor —respondió Helio cortésmente—, hoy he visto señales de una nueva isla que emerge del mar, al sur de Asia Menor. Yo ya me contentaré con eso.

Zeus mandó llamar a la Parca Láquesis para que fuera testigo de que tal isla nueva perteneciese a Helio; y cuando Rodas ya se hubo alzado bien por encima de las olas, Helio la reclamó y allí engendró siete hijos y una hija en la ninfa Rodo. Hay quien dice que Rodas había existido antes de sus tiempos, y que volvía a emerger después del gran diluvio que había enviado Zeus. Los habitantes aborígenes eran los telquines, y Posidón se enamoró de uno de ellos, la ninfa Halia, en la cual engendró a Rodo. Los telquines, previendo el diluvio, se hicieron a la mar en todas direcciones, y abandonaron sus derechos sobre Rodas. Así pues, Rodo quedó como única heredera, y sus siete hijos habidos con Helio gobernaron la isla después de que volviera a emerger de las aguas. Se convirtieron en astrónomos célebres, y cuando uno de ellos, llamado Actis, fue desterrado por fratricidio, huyó a Egipto. Allí fundó la ciudad de Heliópolis, y fue el primero en enseñar astrología a los egipcios, inspirado por su padre Helio. Los rodios construyeron el Coloso, con una altura de setenta codos, en su honor.

Una mañana Helio cedió ante los ruegos de su hijo Faetonte, que le había estado importunando a fin de que le diese permiso para conducir el carro del sol. Faetonte quería demostrar a sus hermanas Prote y Clímene que era un muchacho estupendo, y su amante madre Rodo le animó. Pero como no tenía la fuerza suficiente para dominar la carrera de los caballos blancos, Faetonte los llevó primero tan lejos de la tierra que

todo el mundo empezó a tiritar, y luego tan cerca que abrasó los campos. Zeus, en un ataque de cólera, le dio muerte con un rayo, y cayó al río Po. Sus apenadas hermanas fueron transformadas en álamos arraigadas en su orilla.

Tereo

Tereo, uno de los hijos de Ares, gobernó a los tracios que entonces ocupaban Dáulide, en Focia, y después de actuar como mediador en una disputa sobre fronteras para Pandión, rey de Atenas y padre de los gemelos Butes y Erecteo, se casó con la hermana de éstos que se llamaba Procne y que le dio un hijo, Itis.

Desgraciadamente Tereo se había enamorado de Filomela, la hermana menor de Procne. Un año más tarde, después de ocultar a Procne en una cabaña rústica cerca de su palacio en Dáulide, anunció su muerte a Pandión, y éste le ofreció a Filomela para tomar el lugar de Procne. Cuando Filomela llegó al palacio Tereo la forzó a yacer con él. Procne pronto se enteró de la noticia pero Tereo le cortó la lengua y la encerró en los aposentos de los sirvientes; sólo pudo comunicarse con Filomela tejiendo un mensaje secreto en los dibujos del vestido de novia: «Procne está entre los esclavos».

Entretanto, un oráculo había advertido a Tereo que Itis moriría por mano de un pariente de sangre, y sospechando que su hermano Driante estaba preparando una conspiración con asesinato para apoderarse del trono, lo mató inesperadamente de un hachazo. Aquel mismo día Filomela leyó el mensaje tejido en su túnica. Corrió a los aposentos de los sirvientes y liberó a Procne.

—¡Oh, quién pudiese vengarse de Tereo, que me ha hecho creerte muerta y me ha seducido! —gimió Filomela.

Procne, al no tener lengua, no podía responder, pero salió corriendo, cogió a su hijo Itis, lo mató, lo destripó, y luego lo hirvió en una caldera de cobre para que se lo comiese Tereo a su regreso.

Cuando Tereo se dio cuenta de qué carne había estado comiendo, agarró el hacha con la que había dado muerte a Driante y persiguió a las hermanas mientras huían del palacio. Pronto les dio alcance y estaba a punto de cometer un asesinato doble cuando los dioses los convirtieron a los tres en pájaros; Procne se transformó en golondrina, Filomela en ruiseñor y Tereo en abubilla.

Bóreas

Oritía, hija de Erecteo, rey de Atenas, y de su esposa Praxítea, estaba un día danzando junto al río Iliso cuando Bóreas, hijo de Astreo y de Eos, y hermano del viento del Sur y del viento del Oeste, la raptó. Envuelto en un manto de oscuras nubes, la violó.

Bóreas amaba a Oritía desde hacía ya tiempo, y había pedido su mano repetidas veces, pero Erecteo había intentado apartarlo de su propósito hasta que por fin Bóreas, quejándose de que había perdido demasiado tiempo con sus palabras, había recurrido a su violencia natural.

Se la llevó a la ciudad de Ciconas en Tracia, y allí Oritía se convirtió en su esposa y le dio dos hijos, Calais y Zetes, que desarrollaron alas cuando llegaron a la edad viril; también tuvo dos hijas, llamadas Quíone y Cleopatra.

Un día, disfrazado de semental de crines negras, cubrió a doce de las tres mil yeguas que pertenecían a Erictonio, hijo de Dárdano, que solían pacer en las praderas húmedas junto al río Escamandro. De esta unión nacieron doce potras; eran tan veloces que podían correr por encima de las espigas maduras del maíz sin doblarlas siquiera, o por encima de las crestas de las olas.

Los atenienses consideraban a Bóreas como cuñado suyo, y después de haberle invocado con éxito en una ocasión para que destruyese la flota del rey Jerjes, construyeron en su honor un magnífico templo a orillas del río Iliso.

Io

Io, hija del dios-río Ínaco, era una sacerdotisa de la Hera argiva. Zeus, que había sido hechizado por Iinge, hija de Pan y de Eco, se enamoró de Io, y cuando Hera le acusó de infidelidad y transformó a Iinge en torcecuello como castigo, dijo mintiendo:

—Jamás he tocado a Io.

Dicho lo cual, convirtió a Io en una vaca blanca, que Hera reclamó como suya y la entregó a Argo Panoptes para que la guardara, diciéndole:

—Ata a este animal en secreto a un olivo en Nemea.

Pero Zeus envió a Hermes a rescatarla, y él mismo le enseñó el camino a Nemea disfrazado de pito. Aunque Hermes era el más listo de todos los ladrones, sabía que no podría robar a Io sin que lo detectara uno de los cien ojos de Argo; así pues, tocó la flauta para que se durmiera, luego lo aplastó con un canto rodado, le cortó la cabeza, y liberó a Io. Hera, después de haber puesto los ojos de Argo en la cola de un pavo real, como recuerdo constante de su atroz asesinato, envió un tábano a picar a Io y a perseguirla por todo el mundo.

Al principio Io fue a Dodona, y pronto llegó al mar llamado el Jónico en su honor, pero allí dio media vuelta y viajó hacia el norte hasta llegar al monte Hemo y luego, pasando por el delta del Danubio, siguió el curso del sol alrededor del mar Negro, atravesando el Bósforo crimeo y siguiendo el río Hibristes hasta su nacimiento en el Cáucaso, donde Prometeo todavía languidecía en su roca. Regresó a Europa pasando por Cólquide, el país de los cálibes, y por el Bósforo tracio; y desde allí salió a galope atravesando Asia Menor hasta Tarso y Yope, y desde allí a Media, Bactriana y la India, pasando por el sudoeste a través de Arabia, cruzando la llanura del Bósforo indio, hasta llegar a Etiopía. Desde allí viajó en dirección sur partiendo del nacimiento del Nilo, donde los pigmeos libran una batalla constante con las grullas, y por fin encontró descanso en Egipto. Allí Zeus le devolvió su forma humana, y después de casarse con Telégono, dio a luz a Épafo —su hijo con Zeus, pues el dios la había *tocado* provechosamente— y fundó el culto de Isis, nombre que ella daba a Demé-

ter. Épafo, de quien se rumoreaba que era el toro divino Apis, reinó sobre Egipto y tuvo una hija llamada Libia, la madre, por su unión con Posidón, de Agenor y de Belo.

EUROPA Y CADMO

Agenor, el hijo de Libia y de Posidón, y gemelo de Belo, abandonó Egipto para instalarse en la Tierra de Canaán, donde se casó con Telefasa, quien le dio por hijos a Cadmo, Fénix, Cílix, Taso, Fineo, y a una hija llamada Europa.

Zeus se enamoró de Europa y mandó a Hermes conducir el ganado de Agenor a la playa de Tiro, donde ella y sus compañeras solían pasear. El propio Zeus se unió al rebaño, disfrazado de toro blanco como la nieve. Europa quedó prendada de su belleza y, al descubrir que era tan manso como un cordero, dominó su miedo y empezó a jugar con él; al final se subió sobre su lomo, y lo dejó deambular con ella hasta la orilla del mar. De pronto el toro se echó a nadar, mientras ella miraba hacia atrás aterrorizada viendo cómo la costa iba retrocediendo. Después de subir vadeando a tierra cerca de Gortina, en Creta, Zeus se transformó en águila y violó a Europa. Ésta le dio tres hijos: Minos, Radamantis y Sarpedón.

Agenor envió a sus hijos en busca de su hermana, prohibiéndoles que regresaran sin ella. Zarparon inmediatamente, pero, al no tener idea alguna de dónde había ido el toro, cada cual tomó un rumbo distinto. Fénix viajó en dirección oeste, al lugar que hoy llamamos Cartago; Cílix se dirigió al país de los hipaqueos, al que dio su nombre, Cilicia; y Fineo a Tinia, una península que separa al mar de Mármara del mar Negro. Taso y sus seguidores se dirigieron primero a Olimpia y luego emprendieron viaje hacia la isla de Taso para colonizarla y explotar sus ricas minas de oro.

Cadmo viajó con Telefasa a Rodas, y allí dedicó una caldera de bronce a Atenea de Lindo, y construyó el templo de Posidón. Después hicieron escala en Tera, y construyeron un templo similar, y finalmente llegaron

al país de los edonios tracios. Allí murió Telefasa y Cadmo continuó el camino a pie, con sus compañeros, hasta llegar al oráculo délfico. Cuando preguntó dónde podría encontrar a Europa, la pitonisa le aconsejó que desistiera de su búsqueda y que se dedicara a seguir a una vaca y construir una ciudad en el lugar en que el animal se dejara caer de cansancio.

Al salir de allí, Cadmo se encontró con unos ganaderos al servicio del rey Pelagonte, quienes le vendieron una vaca. La guió en dirección a poniente, atravesando Beocia, sin dejarla descansar, hasta que por fin se dejó caer donde se alza ahora la ciudad de Tebas, y allí erigió una imagen de Atenea.

Cadmo advirtió a sus compañeros que había que sacrificar la vaca a Atenea sin demora y los envió en busca de agua lustral de la fuente de Castalia, pero no sabía que estaba guardada por una enorme serpiente. La serpiente mató a casi todos los hombres de Cadmo, y éste se vengó aplastándole la cabeza con una roca. En cuanto hubo ofrecido el sacrificio a Atenea, la diosa se le apareció, ordenándole que sembrara los dientes de la serpiente en la tierra. Él la obedeció e inmediatamente brotaron unos Hombres Sembrados equipados con armas. Cadmo arrojó una piedra entre ellos y empezaron a alborotarse, acusándose unos a otros de haberla tirado, y lucharon tan fieramente que sólo sobrevivieron cinco: Equión, Udeo, Ctonio, Hiperenor y Peloro, quienes ofrecieron sus servicios a Cadmo.

Cadmo y Harmonía

Cuando Cadmo hubo servido siete años de esclavitud para expiar el asesinato de la serpiente de Castalia, Atenea le otorgó el país de Beocia. Con la ayuda de sus Hombres Sembrados, construyó la acrópolis tebana, llamada «La Cadmea» en su honor, y, una vez iniciado en los misterios que Zeus había enseñado a Yasión, se casó con Harmonía, la hija de Afrodita y de Ares.

Fue ésta la primera boda mortal a la que asistieron los dioses olímpicos. En la casa de Cadmo se colocaron

doce tronos de oro para ellos, y todos trajeron regalos. Afrodita le entregó a Harmonía el famoso collar fabricado por Hefesto que concedía una belleza irresistible a quien lo llevara puesto. Atenea le regaló una túnica dorada que también concedía una dignidad divina a quien se la ponía, y Hermes una lira. El presente del propio Cadmo para Harmonía fue otra exquisita túnica; y Electra, la madre de Yasión, le enseñó los ritos de la Gran Diosa; mientras que Deméter le aseguró una próspera cosecha de cebada al yacer con Yasión durante las celebraciones en un campo labrado tres veces.

En su vejez, Cadmo dimitió del trono tebano a favor de su nieto Penteo, que su hija Ágave había tenido con Equión, y vivió tranquilamente en la ciudad. Pero cuando Penteo fue muerto por su madre, Dioniso predijo que Cadmo y Harmonía gobernarían a multitudes de bárbaros. Estos mismos bárbaros, dijo, saquearían muchas ciudades griegas hasta que, por fin, expoliarían un templo de Apolo, a raíz de lo cual sufrirían un justo castigo; pero Ares convertiría a Cadmo y a Harmonía en serpientes y vivirían felices por tiempos infinitos en las Islas de los Bienaventurados.

Por lo tanto, Cadmo y Harmonía emigraron al país de los enqueleos y éstos, al ser atacados por los ilirios, los eligieron como sus jefes. Entonces Ágave estaba casada con Licoterses, rey de Iliria, pero al enterarse de que sus padres mandaban las fuerzas enqueleas, asesinó también a Licoterses, y entregó el reino a Cadmo. Cuando llegaron a la vejez y ya se había cumplido toda la profecía, Cadmo y Harmonía se transformaron debidamente en serpientes negras con manchas azules y fueron enviados por Zeus a las Islas de los Bienaventurados.

Belo y las Danaides

El rey Belo, que gobernaba en Quemis, de la Tebas egipcia, era el hijo de Libia y de Posidón, y hermano gemelo de Agenor. Su esposa Anquínoe, hija de Nilo, le dio dos hijos gemelos, Egipto y Dánao, y un tercer

hijo, Cefeo. A Egipto le fue entregado el reino de Arabia, pero también sometió al país de los melámpodes, y le dio su nombre, Egipto. Tuvo cincuenta hijos con varias madres y Dánao, que fue enviado a gobernar Libia, tuvo cincuenta hijas, llamadas las Danaides, también nacidas de varias madres distintas.

A la muerte de Belo, los gemelos riñeron a causa de la herencia, y Egipto, haciendo un gesto conciliador, propuso una boda en masa entre los cincuenta príncipes y las cincuenta princesas. Dánao no quiso consentir y, cuando un oráculo confirmó sus temores de que Egipto tenía planeado matar a todas las Danaides, se preparó para huir de Libia.

Con ayuda de Atenea, construyó una nave para sí mismo y para sus hijas y juntos navegaron hacia Grecia, pasando por Rodas. Allí Dánao dedicó una imagen a Atenea, en un templo que habían construido para ella las Danaides.

De Rodas siguieron navegando hasta el Peloponeso y desembarcaron cerca de Lerna, donde Dánao anunció que había sido elegido por voluntad divina para convertirse en rey de Argos. Gelanor, el rey argivo, hubiera sin duda conservado su trono, a pesar de las afirmaciones de Dánao de que Atenea le apoyaba, de no haber sido por un lobo que bajó con gran audacia de los montes, atacando un rebaño de vacas que pastaba cerca de las murallas de la ciudad, y matando el toro principal. Esto fue interpretado como un augurio de que Dánao tomaría el trono por la violencia si se oponían a él, y por consiguiente persuadió a Gelanor de que dimitiera pacíficamente.

Dánao, convencido de que el lobo había sido en realidad Apolo, dedicó el famoso santuario en Argos a Apolo Lobuno, y se convirtió en un gobernante tan poderoso que todos los pelasgos de Grecia se llamaron a sí mismos dánaos. También construyó la ciudadela de Argos, y sus hijas trajeron los Misterios de Deméter de Egipto, y los enseñaron a las mujeres pelasgas.

Cuando Dánao llegó a Argólide, este país sufría una prolongada sequía, desde que Posidón había secado todos los ríos y los arroyos. Mandó a sus hijas en busca de agua, con órdenes de aplacar a Posidón. Una de ellas,

que se llamaba Amimone, molestó sin querer a un sátiro que dormía, mientras perseguía un ciervo por el bosque. El sátiro se levantó de un salto e intentó violarla, pero Posidón, a quien ella invocó, arrojó su tridente contra el sátiro. El sátiro esquivó el tridente mientras huía, el arma se clavó, vibrando, en una roca, y el propio Posidón yació con Amimone, la cual se alegró de poder ejecutar tan agradablemente las órdenes de su padre. Al enterarse de cuál era su mandado, Posidón le dijo que arrancara su tridente de la roca. Al hacerlo, brotaron tres chorros de agua de los agujeros hechos por los dientes. Este manantial, hoy en día llamado el Amimone, es el nacimiento del río Lerna, que nunca deja de fluir, ni siquiera en pleno verano.

Entonces Egipto envió a sus hijos a Argos, prohibiéndoles que regresaran hasta haber castigado a Dánao y a toda su familia. A su llegada suplicaron a Dánao que revocara su anterior decisión y les permitiese casarse con sus hijas, con la intención, no obstante, de asesinarlas en su noche de bodas. Al ver que seguía negándose, sitiaron Argos. Se dio el caso de que la ciudadela argiva estaba en aquellos momentos sin agua. Viendo que la sed pronto le obligaría a capitular, Dánao prometió hacer lo que le pedían los hijos de Egipto, en cuanto levantaran el sitio.

Se organizó una boda conjunta, y Dánao casó a las parejas; pero durante la fiesta repartió secretamente unos alfileres de punta muy afilada que sus hijas debían ocultar en su cabello; y a medianoche cada una clavó el suyo en el corazón de su esposo. Sólo hubo un sobreviviente: siguiendo los consejos de Ártemis, Hipermestra salvó la vida de Linceo, porque había respetado su virginidad, y le ayudó a huir. Al amanecer, Dánao se enteró de la desobediencia de Hipermestra, y fue juzgada, con peligro de su vida; pero los jueces argivos la absolvieron.

Las cabezas de los hombres asesinados fueron enterradas en Lerna, y sus cuerpos recibieron todas las honras fúnebres al pie de las murallas de Argos; pero, aunque Atenea y Hermes purificaron a las Danaides en el lago de Lerna con permiso de Zeus, los jueces de los Muertos las han condenado al trabajo interminable de

transportar agua en jarras perforadas como cribas.

Linceo e Hipermestra volvieron a verse unidos, y Dánao, después de haber decidido que casaría a las demás hijas antes del mediodía del día de su purificación, mandó venir a los pretendientes. Propuso una carrera matrimonial, en la que el vencedor podría ser el primero en elegir esposa, y los demás podrían hacerlo a continuación, siguiendo el orden por el que terminasen la carrera. Puesto que no logró encontrar hombres suficientes que quisiesen arriesgar sus vidas casándose con unas asesinas, sólo corrieron unas cuantos; pero cuando la noche de bodas hubo pasado sin ningún desastre para los nuevos novios, aparecieron más pretendientes, y se celebró otra carrera al día siguiente. Más adelante, Linceo mató a Dánao, y reinó en su lugar. Entretanto, Egipto había venido a Grecia, pero al enterarse de la suerte de sus hijos, huyó a Aroe, donde murió, y fue enterrado en Patras, en un santuario de Sarapis.

LEDA

Algunos dicen que cuando Zeus se enamoró de Némesis, ésta huyó de él arrojándose al agua y se convirtió en pez; y que él la persiguió en forma de castor. Ella saltó a tierra, y se transformó en este o aquel animal salvaje, pero no conseguía librarse de Zeus, porque él tomaba la forma de animales todavía más salvajes o veloces. Por fin se echó a volar en forma de ánsar; él se convirtió en cisne, y la pisó triunfalmente en Ramnunte, en Ática. Némesis vino a Esparta donde Leda, la esposa del rey Tindáreo, encontró al poco tiempo un huevo color jacinto en un pantano; se lo llevó a casa y lo escondió en un arca: de él salió Helena de Troya.

Pero la versión más difundida asegura que fue la propia Leda la que gozó de la compañía de Zeus disfrazado de cisne a orillas del río Eurotas; y que puso un huevo del que salieron Helena, Cástor y Pólux; y que, en consecuencia, fue deificada como la diosa Némesis. Y ocurrió que Tindáreo, el esposo de Leda, también había estado con ella aquella misma noche y aunque al-

gunos afirman que los tres eran hijos de Zeus —y también Clitemestra, que había salido con Helena de un segundo huevo—, otros indican que sólo Helena era hija de Zeus, y que Cástor y Pólux eran hijos de Tindáreo; y aún hay otros que dicen que Cástor y Clitemestra eran hijos de Tindáreo, mientras que Helena y Pólux eran hijos de Zeus.

Ixión

Ixión, hijo de Flegias, el rey lapita, acordó casarse con Día, hija de Deyoneo. Después de invitar a Deyoneo a un banquete, preparó una trampa delante del palacio, bajo la cual ardía un gran fuego de carbón en el que el confiado Deyoneo cayó y se quemó. Zeus, que solía portarse tan mal como él cuando estaba enamorado, no sólo purificó a Ixión, sino que le invitó a comer a su mesa.

Ixión era un desagradecido, y planeó seducir a Hera; pero Zeus, adivinando sus intenciones, formó con una nube a una falsa Hera con la que Ixión, demasiado ebrio ya para darse cuenta del engaño, gozó debidamente. Fue sorprendido en flagrante por Zeus, quien ordenó a Hermes que lo azotara despiadadamente y lo atara luego a una rueda de fuego que daba vueltas sin cesar por los cielos.

La falsa Hera le dio a Ixión un niño inútil llamado Centauro, de quien se dice que, cuando llegó a la edad viril, engendró centauros equinos en yeguas magnesias, de los cuales el más célebre fue el sabio Quirón.

Sísifo

Sísifo, hijo de Eolo, se casó con una Pléyade llamada Mérope, la hija de Atlante, y de esta unión nacieron Glauco, Ornitión y Sinón. Mérope era dueña de un magnífico rebaño de vacas en el Istmo de Corinto.

Cerca de su casa vivía Autólico, hijo de Quíone, cuyo hermano gemelo Filamón había sido engendrado

por Apolo, aunque el propio Autólico afirmaba ser hijo de Hermes.

Pues bien, Autólico era un ladrón consumado al haber recibido de Hermes el poder de metamorfosear cualquier animal que robara. Así pues, aunque Sísifo se daba cuenta de que sus propios rebaños se iban volviendo cada vez más pequeños, mientras que los de Autólico crecían, al principio no le fue posible declararlo culpable de robo. En consecuencia, un día grabó el monograma SS en la parte inferior de las pezuñas de todo su ganado. Aquella noche, Autólico se llevó como siempre lo que quiso, y al amanecer las huellas de las patas que halló en la carretera le proporcionaron pruebas suficientes a Sísifo como para llamar a los vecinos y hacerlos testigos del robo. Visitó los establos de Autólico y reconoció a sus animales robados por sus pezuñas marcadas. Entonces, dejando a sus testigos para que reconviniesen al ladrón, corrió por la casa, y mientras afuera seguía la disputa, sedujo a Anticlea, la hija de Autólico. Tuvieron un hijo, Ulises, y la forma en que se produjo su concepción es suficiente para explicar su habitual astucia.

Sísifo fundó Efira, conocida más adelante como Corinto, y la pobló de hombres que habían brotado de setas.

Después de que Zeus raptara a Egina, su padre, el dios-río Asopo, vino a Corinto en su búsqueda. Sísifo sabía muy bien lo que había ocurrido con Egina, pero no quiso revelar nada si Asopo no se comprometía a proveer la ciudadela de Corinto de una fuente perenne. Así pues, Asopo hizo brotar la fuente Pirene: entonces Sísifo le dijo todo lo que sabía.

Zeus, que había escapado por poco a la venganza de Asopo, mandó a su hermano Hades que se llevara a Sísifo al Tártaro y le castigara eternamente por haber revelado secretos divinos. Pero Sísifo no se dejó acobardar: con gran astucia esposó al propio Hades persuadiéndole a que le demostrara cómo se utilizaban las esposas, y cerrándolas rápidamente después. De este modo Hades fue hecho prisionero y permaneció como tal en casa de Sísifo durante algunos días, hasta que por fin Ares, cuyos intereses quedaban amenazados,

llegó apresuradamente, lo liberó, y puso a Sísifo en sus garras.

Sin embargo, Sísifo se reservó otro truco. Antes de descender al Tártaro, dio órdenes a su esposa Mérope de no enterrarle; cuando llegó al palacio de Hades se dirigió inmediatamente a Perséfone y le dijo que, como no había sido enterrado, no tenía ningún derecho de estar allí, sino que deberían haberle dejado en el otro lado del río Éstige.

—Déjame regresar al mundo superior —suplicó— para arreglar mi entierro y vengarme de la desatención que me han mostrado. Mi presencia aquí no es conforme con la ley. Regresaré antes de que pasen tres días.

Perséfone se dejó engañar y le concedió su ruego; pero en cuanto Sísifo volvió a encontrarse bajo la luz del sol, faltó a la promesa hecha a Perséfone. Finalmente Hermes fue enviado a hacerle regresar por la fuerza.

Entonces se le dio a Sísifo un castigo ejemplar. Los jueces de los Muertos le enseñaron un enorme bloque de piedra —idéntico en su tamaño a la roca en que se había transformado Zeus cuando huía de Asopo— y le ordenaron que lo hiciera rodar cuesta arriba hasta la cima de un monte, dejándolo caer por la otra ladera. Hasta ahora no ha logrado hacerlo. En cuanto está a punto de alcanzar la cumbre, se ve obligado a retroceder, por el peso de la malvada piedra, que vuelve a caer, dando saltos, hasta abajo del todo; y allí, abatido por el cansancio, la recoge y tiene que empezar de nuevo, aunque el sudor baña sus brazos y sus piernas, y una nube de polvo se alza sobre su cabeza.

Mérope, sintiéndose avergonzada por ser la única Pléyade con un marido en el mundo Subterráneo —y además, un criminal— abandonó a sus seis hermanas estrelladas en el firmamento nocturno y no se la ha vuelto a ver jamás.

Alcestis

Alcestis, la más hermosa de las hijas de Pelias, fue pedida en matrimonio por muchos reyes y príncipes.

Al no querer que peligrara su posición política por negar su mano a alguno de ellos, Pelias hizo saber que casaría a Alcestis con el hombre que lograra enganchar un jabalí salvaje y un león a su carro y dar vueltas con ellos por la pista de carreras. Inmediatamente, Admeto, rey de Feras, mandó venir a Apolo, a quien Zeus había obligado a servirle como pastor durante un año, y le preguntó:

—¿Te he tratado con el respeto debido a tu divinidad?

—Desde luego que sí —asintió Apolo.

—Entonces —suplicó Admeto—, te ruego que me ayudes a conseguir a Alcestis, permitiéndome cumplir las condiciones de Pelias.

—Será un placer para mí —respondió Apolo.

Heracles le prestó su ayuda y pronto Admeto ya estaba conduciendo su carro por la pista de carreras, tirado por aquel par de animales salvajes.

No se sabe por qué Admeto omitió el acostumbrado sacrificio a Ártemis antes de casarse con Alcestis, pero la diosa no tardó en castigarle. Cuando entró en la cámara nupcial aquella noche, Admeto retrocedió horrorizado. En lugar de encontrarse con una bella novia desnuda, le esperaba un nudo enredado de serpientes silbantes. Admeto corrió invocando a Apolo, y éste intercedió amablemente a su favor ante Ártemis. Después de haber ofrecido sin demora el sacrificio olvidado, todo se resolvió, y Apolo incluso obtuvo una promesa de Ártemis según la cual, cuando llegara la muerte de Admeto, éste podría seguir con vida con la condición de que algún miembro de su familia muriera voluntariamente por amor a él.

El fatídico día llegó antes de lo que Admeto esperaba. Hermes entró volando en el palacio una mañana y le mandó bajar al Tártaro. Reinó una consternación general; Admeto corrió a ver a sus ancianos padres, y les suplicó, primero a uno y luego al otro, que le entregaran lo poco que quedaba de su existencia. Ambos se negaron rotundamente, diciendo que debería contentarse con su suerte, como hacía todo el mundo.

Entonces, por amor a Admeto, Alcestis tomó un veneno y su espíritu descendió al Tártaro; pero Heracles

llegó inesperadamente con una nueva maza de olivo silvestre, y la rescató.

ATAMANTE

Atamante, el eolio, hermano de Sísifo y de Salmoneo, gobernaba en Beocia. Cumpliendo órdenes de Hera, se casó con Néfele, un fantasma creado por Zeus a imagen de la diosa cuando quiso engañar al lapita Ixión, y que ahora vagaba desconsoladamente por las salas del Olimpo. Le dio a Atamante dos hijos: Frixo y Leuconte, y una hija, Hele. Pero Atamante se sentía agraviado por el desdén que le mostraba Néfele, y al enamorarse de Ino, hija de Cadmo, la llevó secretamente a su palacio al pie del monte Lafistio, y allí engendró en ella a Learco y a Melicertes.

Cuando se enteró por medio de los sirvientes de palacio de que tenía una rival, Néfele regresó enfurecida al Olimpo y se quejó ante Hera de que había sido insultada. Hera se puso de su parte y juró:

—¡Mi venganza eterna caerá sobre Atamante y los suyos!

Entonces Néfele regresó al monte Lafistio; allí dio cuenta públicamente del juramento de Hera, y exigió que muriera Atamante. Pero los hombres de Beocia, que temían a Atamante más que a Hera, no quisieron escuchar a Néfele; y las mujeres de Beocia adoraban a Ino, quien las había instado a tostar el maíz reservado para sembrar, sin que lo supiesen sus esposos, a fin de que la cosecha fracasara. Ino sabía por anticipado que cuando llegara el momento en que debiera brotar el grano, y no apareciese ningún tallo, Atamante mandaría preguntar al oráculo délfico qué era lo que estaba mal. Ya había sobornado a los mensajeros de Atamante para que regresaran con una respuesta falsa: que la tierra sólo recobraría su fertilidad si Frixo, el hijo de Néfele, era sacrificado en honor a Zeus en el monte Lafistio.

Este Frixo era un joven apuesto, de quien se había enamorado su tía Biádice, la mujer de Creteo, y a quien, al ver que rechazaba sus requerimientos de amor, ella

acusó de intentar violarla. Los hombres de Beocia, creyéndose la historia de Biádice, aplaudieron la sabia elección de Apolo de una ofrenda expiatoria y exigieron la muerte de Frixo; y seguidamente Atamante, llorando fuertemente, se llevó a Frixo a la cima de la montaña. Estaba a punto de cortarle la garganta cuando Heracles, que por casualidad se encontraba por aquella zona, llegó corriendo y le arrebató violentamente el pedernal de sacrificio de las manos.

—¡Mi padre Zeus —exclamó Heracles— detesta los sacrificios humanos!

No obstante, Frixo hubiese perecido, a pesar de la súplica, de no haber sido por un carnero dorado con alas, proporcionado por Hermes por orden de Hera —o, según dicen algunos, por el propio Zeus— que de pronto descendió volando del Olimpo para rescatarle.

—¡Súbete sobre mi lomo! —exclamó el carnero, y Frixo obedeció.

—¡Llévame a mí también! —suplicó Hele—. ¡No me dejes a merced de mi padre!

Así pues, Frixo la levantó y la sentó detrás de él, y el carnero voló hacia levante, dirigiéndose al país de Cólquide, donde Helio alberga sus caballos en un establo. Al poco rato, Hele se sintió mareada y se soltó; cayó en el estrecho entre Europa y Asia, que ahora se llama el Helesponto en su honor; pero Frixo llegó sano y salvo a Cólquide, y, una vez allí, sacrificó el carnero a Zeus el Redentor. Su vellón de oro se hizo famoso, una generación más tarde, cuando los argonautas fueron en su búsqueda.

Intimidados por el milagro del monte Lafistio, los mensajeros de Atamante confesaron que habían sido sobornados por Ino para que trajeran una respuesta falsa de Delfos; y pronto todas sus estratagemas, y las de Biádice, salieron a la luz. En vista de esto, Néfele volvió a exigir la muerte de Atamante, y la cinta de sacrificio que había llevado Frixo le fue colocada en la cabeza; sólo la nueva intervención de Heracles pudo salvarle de la muerte.

Pero Hera estaba furiosa con Atamante y lo enloqueció, no sólo por Néfele, sino porque había tolerado que Ino albergara al infante Dioniso, hijo bastardo

de Zeus y de la hermana de éste, Sémele, y lo dejara vivir en el palacio disfrazado de niña. De pronto Atamante agarró su arco y gritó:

—¡Mirad, un ciervo blanco! ¡Apartaos mientras disparo!

Diciendo estas palabras, atravesó el corazón de Learco, y luego despedazó su cuerpo todavía tembloroso.

Ino tomó en sus brazos a Melicertes, su hijo menor, y huyó; pero le hubiera sido imposible escapar a la venganza de Atamante si el infante Dioniso no le hubiera cegado momentáneamente, haciéndole azotar a una cabra que tomó equivocadamente por su esposa. Ino corrió a la roca Moluria desde donde se arrojó al mar y pereció ahogada; esta roca se convirtió más tarde en un lugar de mala reputación, porque el salvaje Escirón solía lanzar desde allí a los extranjeros. Pero Zeus, recordando la generosidad que Ino le había demostrado a Dioniso, no quiso enviar su espíritu al Tártaro y en vez de eso la deificó convirtiéndola en la diosa Leucotea. También deificó a Melicertes, convirtiéndolo en el dios Palemón, y lo envió al Istmo de Corinto montado sobre un delfín; los Juegos Ístmicos, fundados en su honor por Sísifo, se celebraban allí cada cuatro años.

Atamante, desterrado de Beocia, y sin hijos porque el que le quedaba, Leuconte, había enfermado y luego muerto, preguntó al oráculo délfico dónde debía establecerse, y obtuvo esta respuesta:

—Allí donde unos animales salvajes te inviten a cenar.

Vagando sin propósito hacia el norte, sin comida ni bebida, se encontró con una manada de lobos que estaban devorando un rebaño de ovejas en una solitaria llanura tesalia. Los lobos huyeron cuando se acercó, y Atamante y sus hambrientos compañeros se comieron la carne que quedaba. Entonces recordó el oráculo y, después de haber adoptado a Haliarto y Corono, sus sobrinos nietos de Corinto, fundó una ciudad a la que llamó Alos, en recuerdo de sus viajes, o en honor a su doncella Alos; y el país se llamó Atamania; después se casó con Temisto y formó una nueva familia.

Las yeguas de Glauco

Glauco, hijo de Sísifo y de Mérope, y padre de Belerofonte, vivía en Potnias, cerca de Tebas, donde, menospreciando el poder de Afrodita, no permitió que sus yeguas criasen. Esperaba que de este modo se volverían más fogosas que los demás concursantes de las carreras de carros, que constituían su principal interés. Pero Afrodita estaba irritada y se quejó ante Zeus de que había llegado incluso a alimentar a las yeguas con carne humana. Zeus le dio permiso para que tomara las medidas que quisiese contra Glauco, y entonces la diosa llevó de noche a las yeguas a beber agua de un pozo que le estaba consagrado, y a pacer junto al pozo, donde crecía una hierba llamada hipomane. Hizo esto justo antes de que Jasón celebrara los juegos fúnebres en honor a Pelias en la playa de Yolco; y en cuanto Glauco hubo enganchado sus yeguas a la cuadriga, éstas se desbocaron, tumbaron el carro, lo arrastraron por el suelo, enredado en las riendas, de punta a punta del estadio, y luego se lo comieron vivo.

El espíritu de Glauco, llamado Taraxipo o Excitacaballos, empezó entonces a vagar por el Istmo de Corinto, donde su padre Sísifo le había enseñado por primera vez el arte del auriga, y se deleitaba asustando a los caballos en los Juegos Ístmicos, causando así muchas muertes.

Perseo

Abante, rey de Argólide y nieto de Dánao, se casó con Aglaya, a cuyos hijos gemelos, Preto y Acrisio, legó su reino, pidiéndoles que reinaran alternativamente. Su riña, que empezó en el útero, se volvió más enconada que nunca cuando Preto yació con Dánae, la hija de Acrisio, y casi no logró escapar con vida. En vista de que Acrisio se negaba entonces a dejar el trono al término de su mandato, Preto huyó a la corte de Yóbates, rey de Licia, con cuya hija, Antea, contrajo matrimonio; y al poco tiempo regresó al mando de un ejército

licio. Se desencadenó una batalla sangrienta, pero como ningún bando sacaba ventaja al otro, Preto y Acrisio acordaron, aunque de mala gana, dividir el reino entre los dos. La parte que correspondió a Acrisio fue Argos y sus alrededores; la de Preto fue Tirinto, el Hereeo, Mídea y la costa de Argólide.

Acrisio, que estaba casado con Aganipa, no tenía ningún hijo, sino sólo esta hija llamada Dánae a quien Prèto había seducido; y cuando preguntó a un oráculo cómo podía procurarse un heredero varón, recibió esta respuesta:

—No tendrás hijos, y tu nieto te matará.

Para prevenir este detino, Acrisio encerró a Dánae en un calabozo con puertas de bronce, guardado por perros salvajes; pero, a pesar de estas precauciones, Zeus se le apareció en forma de lluvia dorada, y ella le dio un hijo llamado Perseo. Cuando Acrisio se enteró del estado de Dánae, no quiso creer que Zeus era el padre, y sospechó de su hermano Preto, pero como no se atrevía a matar a su propia hija, la encerró junto con el pequeño Perseo en un arca de madera, que luego arrojó al mar. Este arca fue arrastrada por las aguas hacia la isla de Sérifos, donde un pescador llamado Dictis la subió a la playa y encontró a Dánae y a Perseo aún con vida. Se los llevó en seguida a su hermano, el rey Polidectes, quien crió a Perseo en su propia casa.

Pasaron algunos años y Perseo, que ya había llegado a la edad viril, defendió a Dánae contra Polidectes, quien había intentado obligarla a casarse con él. Polidectes reunió a sus amigos y, fingendo que estaba a punto de ir a pedir la mano de Hipodamía, hija de Pélope, les rogó que contribuyeran con un caballo cada uno a su regalo de pedida.

—Desgraciadamente —dijo Perseo— no poseo ningún caballo, ni tampoco oro con el que pudiese comprar uno. Pero si tienes intención de casarte con Hipodamía, y no con mi madre, me las ingeniaré para obtener el regalo que tú me digas.

Luego añadió con imprudencia:

—Incluso la cabeza de la Gorgona Medusa, si fuera necesario.

—Esto es algo que, en efecto, me complacería mucho

más que cualquier caballo del mundo —respondió Polidectes en seguida.

Pues bien, la Gorgona Medusa tenía serpientes por cabellos, enormes dientes, la lengua colgante, y, en general, una cara tan fea que todo aquel que la observaba quedaba petrificado de miedo.

Atenea había oído por casualidad esta conversación, y como era una enemiga declarada de Medusa, acompañó a Perseo en su aventura. Primero le guió hasta la ciudad de Dicterión, en Samos, donde se exhiben imágenes de las tres Gorgonas, permitiéndole de este modo distinguir a Medusa de sus hermanas inmortales Esteno y Euríale; luego le advirtió que no mirara nunca a Medusa directamente, sino únicamente su reflejo, y para ello le entregó un escudo muy pulido.

Hermes también ayudó a Perseo, dándole una hoz irrompible con la que pudiese cortarle la cabeza a Medusa. Pero Perseo todavía necesitaba un par de sandalias aladas, una bolsa mágica para contener la cabeza decapitada, y el oscuro casco de invisibilidad que pertenecía a Hades. Todas estas cosas estaban al cuidado de las ninfas del Éstige, a quienes Perseo tenía que recurrir para conseguirlas; pero las únicas personas que conocían su paradero eran las hermanas de las Gorgonas, las tres Grayas, que se asemejaban a cisnes, y que sólo contaban con un ojo y un diente entre las tres. Así pues, Perseo salió en busca de las Grayas que estaban en sus tronos al pie del monte Atlas. Se acercó a ellas arrastrándose sigilosamente, se apoderó del ojo y del diente mientras lo iban pasando de una a otra hermana, y se negó a devolvérselos hasta que le dijeran dónde vivían las ninfas del Éstige.

Entonces Perseo recogió las sandalias, la bolsa y el casco de manos de las ninfas, y voló rumbo al oeste al país de los hiperbóreos, donde encontró a las Gorgonas dormidas, entre formas erosionadas de hombres y animales salvajes que habían sido petrificados por Medusa. Fijó la mirada en el reflejo del escudo, Atenea guió su mano, y cortó la cabeza de Medusa con un solo golpe de su hoz; hecho lo cual, y causándole gran sorpresa, el caballo alado Pegaso, y el guerrero Crisaor, que sujetaba una espada de oro, brotaron, completamente

crecidos, de su cuerpo sin vida. Perseo metió la cabeza apresuradamente en la bolsa y huyó; y aunque Esteno y Euríale a quienes sus nuevos sobrinos habían despertado, se levantaron para perseguirle, el casco le hizo invisible, y logró escapar sano y salvo en dirección sur.

A la puesta del sol, Perseo se posó cerca del palacio del Titán Atlante a quien, como castigo por su falta de hospitalidad, mostró la cabeza de la Gorgona, transformándolo así en una montaña; y al día siguiente giró en dirección este y voló a través del desierto libio, junto con Hermes que le ayudaba a sostener la pesada cabeza. Por el camino dejó caer el ojo y el diente de las Grayas en el lago Tritón; y algunas gotas de sangre gorgónea cayeron sobre la arena de desierto, criando una multitud de serpientes venenosas.

Perseo se detuvo para refrescarse en Quemis, lugar de Egipto, y luego continuó su vuelo. Cuando dobló la curva que forma la costa de Filistía avistó a una mujer desnuda encadenada a un acantilado, y se enamoró de ella al instante. Se trataba de Andrómeda, hija de Cefeo, el rey etíope de Yope, y de Casiopea. Casiopea se había jactado de que tanto ella como su hija eran más hermosas que las Nereidas, y éstas se quejaron del insulto a su protector, Posidón. Posidón envió un diluvio y una monstruosa bestia marina para que arrasara Filistía; y cuando Cefeo consultó el oráculo de Amón, éste le dijo que su única esperanza de salvación consistía en sacrificar a Andrómeda al monstruo. Así pues, sus súbditos le habían obligado a encadenarla a una roca, desnuda con excepción de algunas joyas, y dejarla allí para ser devorada.

Al volar hacia Andrómeda, Perseo vio a Cefeo y a Casiopea que observaban ansiosamente desde la cercana costa, y se posó junto a ellos. Con la condición de que, si la rescataba, sería su esposa y regresaría con él a Grecia, Perseo volvió a alzar el vuelo, cogió su hoz, y lanzándose desde arriba, decapitó al monstruo que se estaba acercando.

Cefeo y Casiopea lo acogieron de mala gana como yerno y, por insistencia de Andrómeda, la boda se celebró inmediatamente; pero las celebraciones fueron interrumpidas groseramente cuando Agenor, el herma-

no gemelo del rey Belo, entró encabezando un grupo armado, y reclamó a Andrómeda para sí. Sin duda debió de acudir a la llamada de Casiopea, ya que tanto ella como Cefeo faltaron en seguida a la palabra dada a Perseo, alegando que aunque las circunstancias les habían obligado a prometerle la mano de Andrómeda, los derechos de Agenor eran previos a los de Perseo.

—¡Perseo debe morir! —exclamó Casiopea furiosamente.

En la lucha que sobrevino a continuación, Perseo derribó a muchos de sus adversarios, pero como le sobrepasaban mucho en número, se vio obligado a sacar la cabeza de la Gorgona y convertir a los doscientos restantes en piedra. Posidón colocó las imágenes de Cefeo y de Casiopea entre las estrellas; pero más adelante, Atenea puso la imagen de Andrómeda en una constelación más insigne, pues había insistido en casarse con Perseo, a pesar de la desconfianza de sus padres.

Perseo regresó apresuradamente a Sérifos, llevándose consigo a Andrómeda, y descubrió que Dánae y Dictis, amenazados por la violencia de Polidectes, se habían refugiado en un templo. En vista de lo cual, se dirigió inmediatamente al palacio donde Polidectes estaba banqueteando y anunció que había traído el prometido regalo de bodas. Fue recibido por una lluvia de insultos, y entonces exhibió la cabeza de la Gorgona y los convirtió a todos en piedra. Luego entregó la cabeza a Atenea, quien la colocó en su égida; y Hermes devolvió las sandalias, la bolsa y el casco a la custodia de las ninfas del Éstige.

Después de elevar a Dictis al trono de Sérifos, Perseo zarpó con rumbo a Argos. Acrisio, al tener noticia de su próxima llegada, huyó a Larisa, en Pelasgiótide, pero quiso el azar que Perseo fuera invitado a asistir a los juegos fúnebres de aquel lugar, y que participara en el concurso quíntuplo. Cuando llegó el turno del lanzamiento de discos, su disco, desviado de su camino por el viento y por la voluntad de los dioses, golpeó el pie de Acrisio y lo mató. Tremendamente apenado, Perseo enterró a su abuelo en el templo de Atenea que coronaba la acrópolis local y luego, sintiéndose avergonzado de reinar en Argos, marchó a Tirinto, donde Preto había

sido sucedido por su hijo Megapentes, y convino en cambiar de reino con él.

Los gemelos rivales

Cuando la descendencia masculina de la casa de Policaón llegó a su fin después de cinco generaciones, los mesenios invitaron a Perieres, hijo de Eolo, a ser su rey, y éste casó con Gorgófone, la hija de Perseo. Ella le sobrevivió y fue la primera viuda que volvió a casarse; su nuevo esposo fue el espartano Ébalo. Hasta entonces había sido costumbre que las mujeres se suicidaran a la muerte de sus maridos.

Afareo y Leucipo eran los hijos de Gorgófone y de Perieres, mientras que Tindáreo e Icario eran fruto de su matrimonio con Ébalo. Tindáreo sucedió a su padre en el trono de Esparta, y su hermano Icario lo compartía con él; pero Hipocoonte y sus doce hijos expulsaron a ambos. Después de refugiarse en la corte del rey Testio de Etolia, Tindáreo se casó con su hija Leda, quien le dio por hijos a Cástor y a Clitemestra, al tiempo que daba a Zeus sus hijos Helena y Pólux. Más tarde, después de haber adoptado a Pólux, Tindáreo volvió a hacerse con el trono de Esparta.

Entretanto, su hermanastro Afareo había sucedido a Perieres en el trono de Mesene, compartiéndolo con Leucipo, quien disfrutaba de poderes menores. Afareo tomó por esposa a su hermanastra Arene, con quien tuvo por hijos a Idas y a Linceo; aunque, en realidad, Idas era hijo de Posidón. Pues bien, las hijas de Leucipo, las Leucípides, a saber, Febe, una sacerdotisa de Atenea, e Hilaíra, una sacerdotisa de Ártemis, fueron prometidas a sus primos, Idas y Linceo; pero Cástor y Pólux, comúnmente conocidos como los Dioscuros, las raptaron, y tuvieron dos hijos con ellos; esto ocasionó una feroz rivalidad entre los dos pares de gemelos.

Los Dioscuros, que nunca se separaban el uno del otro en ninguna aventura, se convirtieron en el orgullo de Esparta. Cástor era famoso como soldado y domador de caballos, Pólux como el mejor boxeador de sus tiempos; ambos ganaron premios en los Juegos Olímpicos.

Sus primos y rivales mostraban la misma entrega mutua; Idas tenía más fuerza que Linceo, pero Linceo tenía una vista tan aguda que podía ver en la oscuridad o adivinar el paradero de un tesoro escondido.

Eveno, un hijo de Ares, se había casado con Alcipe, y había sido padre de una niña, Marpesa. En un intento por conservar su virginidad, invitó a cada uno de sus pretendientes por turno a hacer una carrera de carros con él; el vencedor conseguiría la mano de Marpesa, el vencido perdería su cabeza. Pronto un gran número de cabezas se hallaban clavadas en las paredes de la casa de Eveno y Apolo, al enamorarse de Marpesa, expresó su repulsa por una costumbre tan bárbara y dijo que pronto pondría fin al asunto retando a Eveno a una carrera. Pero Idas tambén se había prendado de Marpesa, y le suplicó a su padre Posidón que le dejara un carro alado. Antes de que Apolo pudiera actuar, se había dirigido en el carro a Etolia, y había arrebatado a Marpesa cuando se encontraba en medio de un grupo de bailarinas. Eveno le dio caza, pero no logró alcanzarlo, y se sintió tan mortificado que, después de dar muerte a sus caballos, se arrojó al río Licormas, llamado desde entonces el Eveno.

Cuando Idas llegó a Mesene, Apolo intentó quitarle a Marpesa. Se batieron en duelo, pero Zeus los separó y ordenó que Marpesa decidiera con quién prefería casarse. Ante el temor de que Apolo la desechara cuando envejeciera, como había hecho con muchos otros de sus amores, eligió a Idas por esposo.

Idas y Linceo fueron dos de los cazadores de Calidón, y navegaron en el *Argo* a Cólquide. Un día, después de la muerte de Afareo, ellos y los Dioscuros hicieron las paces y decidieron unir fuerzas para hacer una incursión en Arcadia y robar ganado. La incursión resultó fructuosa; echaron suertes y le tocó a Idas dividir el botín entre los cuatro. Para ello cuarteó una vaca, y decretó que la mitad del botín quedaría adjudicado al que se comiese primero su porción, y el resto a quien quedara en segundo lugar. Casi antes de que los demás se dispusieran a empezar el concurso, Idas engulló su porción y luego ayudó a Linceo a tragarse la suya; pronto desapareció el último pedazo, y él y Linceo se lleva-

ron el ganado hacia Mesene. Los Dioscuros se quedaron allí, hasta que Pólux, el más lento de los dos, hubo terminado de comer; acto seguido, se dirigieron resueltamente a Mesene y protestaron ante los ciudadanos que Linceo había perdido el derecho a su parte del botín por haber aceptado la ayuda de Idas, y que Idas había perdido el derecho a la suya por no haber esperado a que todos los concursantes estuviesen preparados. Dio la casualidad de que Idas y Linceo se encontraban en el monte Taigeto, ofreciendo un sacrificio a Posidón; así que los Dioscuros se apoderaron del disputado ganado, y también de otros bienes robados, y se ocultaron en un roble hueco donde aguardaron el regreso de sus rivales. Pero Linceo los había avistado desde la cima del Taigeto, y su hermano Idas, corriendo montaña abajo, arrojó su lanza contra el árbol y con ella atravesó a Cástor. Al salir Pólux para vengarse de su hermano, Idas arrancó la lápida esculpida de la tumba de Afareo, y se la tiró. Aunque quedó aplastado por la piedra, Pólux consiguió matar a Linceo con su lanza; en este momento Zeus intervino en defensa de su hijo, matando a Idas con un rayo.

Después de haber colocado un trofeo junto a la pista de carreras de Esparta, para celebrar su victoria sobre Linceo, Pólux rezó de este modo a Zeus:

—¡Padre, no dejes que sobreviva a mi hermano!

Pero como estaba escrito que sólo uno de los hijos de Leda moriría, y puesto que el padre de Cástor, Tindáreo, había sido un mortal, Pólux, por ser hijo de Zeus, fue debidamente llevado al cielo. Sin embargo, se negó a aceptar la inmortalidad a no ser que Cástor pudiera compartirla con él, y en consecuencia Zeus permitió a ambos que pasaran sus días alternativamente en el aire superior, y bajo tierra en Terapne. Y para premiar aún más su amor fraternal, colocó sus imágenes entre los astros, formando los Gemelos.

Posidón convirtió a Cástor y a Pólux en salvadores de marineros náufragos, y les otorgó el poder de enviar vientos favorables; en respuesta a un sacrificio de corderos blancos ofrecido en la proa de cualquier navío, acudían apresuradamente surcando los cielos, seguidos de una comitiva de gorriones. Presidían los Juegos Es-

partanos, y puesto que habían inventado las danzas guerreras y la música belicosa, eran los patrones de todos los bardos que cantaban antiguas batallas.

Belerofonte

Belerofonte, hijo de Glauco y nieto de Sísifo, abandonó Corinto caído en desgracia por haber dado muerte a un tal Belero y luego a su propio hermano. Corrió a suplicarle refugio a Preto, rey de Tirinto: pero (así lo quiso la mala fortuna) Antea, la mujer de Preto, se enamoró de él a primera vista. Al ver que él rechazaba sus requerimientos de amor, ella lo acusó de haber intentado seducirla, y Preto se creyó esta historia. Pero no se atrevía a arriesgarse a la venganza de las Furias asesinando a un suplicante, y por este motivo le envió a casa de Yóbates, el padre de Antea, rey de Licia, con una carta sellada que decía: «Te ruego hagas desaparecer de este mundo al portador de esta carta; ha intentado violar a mi esposa, tu hija.»

Yóbates, que también se sentía reacio a maltratar a un invitado real, le pidió a Belerofonte que le prestara un servicio: destruir a la Quimera, un monstruo que echaba fuego por la boca, y que tenía cabeza de león, cuerpo de cabra y cola de serpiente. Antes de emprender esta tarea, Belerofonte consultó con el adivino Poliido, quien le aconsejó que primero atrapara y domara al caballo alado Pegaso.

Belerofonte encontró a Pegaso bebiendo en Pirene, en la acrópolis de Corinto, y le echó por la cabeza una brida de oro que muy oportunamente le había regalado Atenea. Entonces Belerofonte venció a la Quimera: voló por encima del monstruo, montado sobre Pegaso, lo llenó de flechas y luego metió entre sus mandíbulas un pedazo de plomo que había colocado en la punta de su lanza. El aliento llameante de la Quimera derritió el plomo, provocando que bajara goteando por su garganta y le quemara los órganos vitales.

Pero Yóbates, lejos de premiar a Belerofonte, le envió de inmediato a luchar contra los guerreros sólimos y sus aliados, las amazonas; los conquistó a ambos

remontándose sobre ellos, fuera del alcance de sus flechas y dejando caer grandes rocas sobre sus cabezas. A continuación rechazó el ataque de una banda de piratas carios; pero en vista de que Yóbates no le daba ninguna muestra de gratitud, ni siquiera entonces, sino que, por el contrario, envió a los guardas de palacio a tenderle una emboscada a su regreso, Belerofonte rezó para que, mientras él fuera avanzando a pie, Posidón inundara la llanura de Janto a sus espaldas. Posidón escuchó su plegaria, y envió unas olas enormes que poco a poco corrían hacia delante, y como ningún hombre lograba persuadirle de que se retirara, las mujeres jantias se levantaron las faldas hasta la cintura y corrieron hacia él. El recato de Belerofonte fue tal que se dio media vuelta y echó a correr; y las olas retrocedieron con él.

Convencido ya de que Preto debió equivocarse en relación al intento de violar a Antea, Yóbates sacó la carta, y exigió un informe exacto de los hechos. Cuando supo la verdad, rogó a Belerofonte que le perdonara, le concedió la mano de su hija Filónoe, y le nombró heredero del trono de Licia.

Cuando estaba en la cumbre de su fortuna, Belerofonte tuvo la insolencia de subir volando al Olimpo, como si fuera un inmortal; pero Zeus envió un tábano a picar a Pegaso por debajo de la cola, haciéndolo encabritarse y arrojar a su jinete deshonrosamente a tierra. Belerofonte, que había caído en un matorral de espinos, erró por la tierra, cojo, ciego, solitario y maldito, eludiendo siempre los caminos de los hombres, hasta que la muerte se lo llevó.

El jabalí de Calidón

Eneo, rey de Calidón en Etolia, se casó con Altea. Primero tuvieron a Toxeo, y luego a Meleagro, de quien se decía que era en realidad hijo de Altea por su unión con Ares. Cuando Meleagro tenía siete días, las Parcas anunciaron que sólo viviría mientras cierto tizón que

ardía en el hogar no se consumiese. Altea sacó el tizón del fuego inmediatamente y lo apagó echándole un jarro de agua; luego lo escondió en un cofre.

Cuando Meleagro creció, se convirtió en el mejor lanzador de jabalina de Grecia. Tal vez todavía seguiría vivo de no haber sido por Eneo, quien se olvidó de incluir a Ártemis en sus sacrificios anuales a los dioses. Ártemis, informada de esto, envió un enorme jabalí para que devastara Calidón; pero Eneo mandó heraldos a todas partes para que invitasen a los más valientes luchadores de Grecia a cazar el jabalí, prometiéndoles que quien le diera muerte recibiría su piel y sus colmillos.

Muchos respondieron a la llamada, entre ellos la casta y veloz Atalanta, hija única de Yaso y de Climene. Yaso había deseado tener un heredero varón, y el nacimiento de Atalanta le había decepcionado hasta tal punto que la abandonó en el monte Partenio cerca de Calidón, donde fue amamantada por una osa que Ártemis había enviado para socorrerla. Atalanta se hizo mujer entre un clan de cazadores que la encontraron y criaron, pero permaneció virgen, y siempre iba armada.

Eneo agasajó regiamente a los componentes de la cacería, y aunque Anceo y Cefeo se negaron al principio a ir de caza con una mujer, Meleagro declaró que a no ser que retirasen su objeción, anularía por completo la caza. La verdad era que Meleagro se había enamorado repentinamente de Atalanta, y deseaba congraciarse con ella. Sus tíos, los hermanos de Altea, sintieron una inmediata antipatía por la muchacha, convencidos de que su presencia sólo ocasionaría problemas. Así pues, la caza empezó bajo malos augurios; Ártemis se había ocupado de ello.

La primera sangre que se derramó fue humana: dos centauros, Hileo y Reco, que se habían unido a la cacería, decidieron violar a Atalanta, ayudando cada uno al otro por turno. Pero en cuanto echaron a correr hacia ella, la joven los derribó a los dos de un flechazo.

Al poco rato, el jabalí apareció saltando, mató a dos de los cazadores, desjarretó a otro, e hizo subirse a un árbol al joven Néstor. Jasón y varios otros le arrojaron jabalinas sin dar en el blanco; Ificles fue el único

que logró rozarle el lomo. Entonces Telamón y Peleo se acercaron audazmente con sus lanzas; pero Telamón tropezó y, mientras Peleo lo estaba levantando, el jabalí los vio y embistió. Atalanta disparó muy oportunamente una flecha que se le clavó detrás de la oreja, y lo hizo huir corriendo. Anceo blandió su hacha de batalla ante el jabalí mientras éste atacaba, pero no fue lo bastante rápido; un instante más tarde yacía castrado y destripado. Llevado por la excitación, Peleo mató a Euritión con una jabalina destinada al animal, que Anfiarao había conseguido cegar. Acto seguido, la bestia arremetió contra Teseo, cuya jabalina erró el blanco; pero Meleagro también lanzó su arma, atravesándole su costado derecho, y entonces, cuando el jabalí empezó a dar vueltas enloquecido por el dolor, clavó profundamente su lanza hasta herirle en el corazón.

El jabalí cayó muerto por fin.

Inmediatamente, Meleagro lo despellejó, y entregó la piel a Atalanta, diciendo:

—Tú hiciste correr la primera sangre, y si hubiéramos dejado tranquilo al animal, pronto hubiera sucumbido, gracias a tu flecha.

Sus tíos se sintieron muy ofendidos. El mayor, Plexipo, argüía que había sido el propio Meleagro quien se había ganado la piel y que, si él la rechazaba, debería haberla entregado a la persona más ilustre de los presentes, es decir, a él mismo, por ser el cuñado de Eneo. El hermano menor de Plexipo le apoyó, alegando que había sido Ificles, y no Atalanta, quien había derramado la primera sangre; y el enamorado Meleagro, en un arrebato de furia, los mató a los dos.

Mientras Altea observaba los cuerpos sin vida que llegaban al hogar, echó una maldición sobre Meleagro que le impidió defender Calidón cuando sus dos tíos supervivientes declararon la guerra contra aquella ciudad. Por fin su esposa Cleopatra lo persuadió a tomar las armas, y entonces Meleagro mató a estos dos tíos; en vista de esto, las Furias ordenaron a Altea que sacase el tizón del cofre y lo arrojara al fuego. Meleagro sintió de pronto que se abrasaba por dentro, y el enemigo pudo vencerle con facilidad. Altea y Cleopatra se colgaron, y Artemis transformó a todas sus espantadas

hermanas, exceptuando a dos le ellas, en gallinas de Guinea.

Contentísimo por el éxito de Atalanta, Yaso la reconoció por fin como hija suya; pero cuando llegó al palacio sus primeras palabras fueron:

—Hija mía, ¡prepárate a recibir marido!

Fue un anuncio muy desagradable, pues el oráculo délfico había prevenido a Atalanta contra el matrimonio.

—Padre —respondió—, consentiré con una condición. Todo aquel que pretenda mi mano deberá o bien vencerme en una carrera pedestre, o bien dejar que le mate.

—Que así sea —dijo Yaso.

Muchos príncipes desafortunados perdieron sus vidas en consecuencia, porque Atalanta era la mortal más veloz de la tierra; pero Melanión, un hijo del arcadio Anfidamante, invocó la ayuda de Afrodita. Ésta le dio tres manzanas de oro y le dijo:

—Haz que se retrase Atalanta dejando que caigan estas manzanas, una tras otra, durante la carrera.

La estratagema dio resultado. Atalanta se detuvo para recoger todas las manzanas, una por una, y llegó a la meta justo detrás de Melanión.

La boda se celebró, pero la advertencia del oráculo se justificó porque un día, cuando pasaban por un recinto consagrado a Zeus, Melanión persuadió a Atalanta a entrar dentro y yacer con él allí. Irritado al ver que su recinto había sido profanado, Zeus los transformó a los dos en leones: pues los leones no se acoplan con leones, sino únicamente con leopardos, y de este modo nunca más pudieron volver a disfrutar de su unión. Este fue el castigo de Afrodita, primero por la obstinación de Atalanta de permanecer virgen, y luego por su falta de gratitud en el asunto de las manzanas de oro.

Midas

Midas, hijo de la Gran Diosa de Ida y de un sátiro, era un rey amante del placer que gobernaba a los bri-

gios en Bromio, ciudad de Macedonia, donde plantó sus célebres jardines de rosas. En su infancia, se había visto cómo una procesión de hormigas que transportaba granos de trigo subía por el lado de su cuna, colocando los granos entre sus labios mientras dormía, prodigio que los adivinos interpretaron como augurio de la gran riqueza que llegaría a poseer.

Un día, dio la casualidad de que el viejo y disoluto sátiro Sileno, antiguo pedagogo de Dioniso, se separó del grueso del tumultuoso ejército dionisíaco mientras marchaba desde Tracia para adentrarse en Beocia, y fue hallado durmiendo la borrachera en los jardines. Los jardineros lo ataron con guirnaldas de flores y lo llevaron ante Midas, a quien contó maravillosas historias. Midas, encantado con las fábulas de Sileno, lo agasajó durante cinco días y cinco noches, y luego ordenó a un guía que le escoltara hasta el cuartel general de Dioniso.

Dioniso, que había estado preocupado por la suerte de Sileno, mandó preguntar a Midas cómo quería que le recompensara. Éste respondió sin vacilar:

—Te ruego me otorgues el don de convertir en oro todo lo que toque.

Sin embargo, no sólo se convirtieron en oro las piedras, las flores y los muebles de su casa, sino también los alimentos que comía y el agua que bebía. Pronto Midas suplicó que le liberaran de su deseo, porque rápidamente se estaba muriendo de hambre y de sed; en vista de lo cual Dioniso le dijo que visitara el nacimiento del río Pactolo, cerca del monte Tmolo, y se lavara allí.

Midas obedeció, y quedó inmediatamente libre del tacto de oro, pero las arenas del río Pactolo siguen siendo doradas y brillantes aún en nuestros días.

Habiendo entrado de este modo en Asia, Midas fue adoptado por el rey frigio Gordias, quien no tenía hijos. Cuando todavía era un pobre campesino, Gordias se había sorprendido un día al ver un águila real posarse sobre el timón de su carro de bueyes. Condujo su tiro a Telmiso, en Frigia, donde había un oráculo digno de confianza; pero en las puertas de la ciudad se encontró con una joven profetisa la cual, al ver el águila real

todavía posada sobre el timón, insistió en que el rey debía ofrecer sacrificios a Zeus de inmediato.

—Déjame venir contigo, campesino —dijo—, para asegurarme de que elijas las víctimas correctas.

—No faltaba más —respondió Gordias—. Pareces ser una joven sabia y considerada. ¿Estás dispuesta a casarte conmigo?

—En cuanto hayan sido ofrecidos las sacrificios —respondió ella.

Entretanto, había muerto inesperadamente el rey de Frigia, sin dejar descendencia, y un oráculo anunció: «¡Frigios, vuestro nuevo rey se está acercando con su novia, sentado en un carro de bueyes!»

Cuando el carro entró en la plaza del mercado de Telmiso, Gordias fue aclamado unánimemente como rey. En agradecimiento, dedicó el carro a Zeus, junto con su yunta, que había atado al timón de una forma peculiar. Entonces un oráculo declaró que quien descubriese la manera de deshacer el nudo se convertiría en el señor de toda Asia. Por consiguiente la yunta y el timón fueron depositados en la acrópolis de Gordio, donde los sacerdotes de Zeus los guardaron celosamente durante siglos, hasta que Alejandro el macedonio cortó el nudo con su espada. Después de la muerte de Gordias, Midas heredó el trono, fomentó el culto de Dioniso, y fundó la ciudad de Ancira.

Midas asistió al famoso concurso musical entre Apolo y Marsias, arbitrado por el dios-río Tmolo. Tmolo otorgó el premio a Apolo y éste, al ver que Midas discrepaba del veredicto, le castigó con un par de orejas de asno. Durante mucho tiempo, Midas logró ocultarlas bajo un gorro frigio; pero su barbero, habiéndose percatado de la deformidad, vio que le resultaba imposible guardar para sí el vergonzoso secreto, tal como se lo había ordenado Midas so pena de muerte. Por ello cavó un agujero a orillas del río, y, después de haberse asegurado de que no había nadie en las cercanías, metió allí la cabeza y susurró:

—¡El rey Midas tiene orejas de burro!

Acto seguido, rellenó el agujero y se marchó, en paz consigo mismo, hasta que brotó un junco en la orilla del río que susurraba el secreto a todo aquel que pa-

saba por allí. Cuando Midas descubrió que su desgracia era ya del dominio público, condenó a muerte al barbero, bebió sangre de toro y pereció miserablemente.

NARCISO

Narciso era un tespio, hijo de la ninfa azul Liríope, a quien en una ocasión había gozado el dios-río Cefiso. El adivino Tiresias le dijo a Liríope, la primera persona en consultar con él:

—Narciso llegará a ser muy viejo, mientras no se conozca a sí mismo.

Cualquiera podría haberse enamorado comprensiblemente de Narciso, incluso cuando era niño, y al alcanzar los dieciséis años de edad, su camino estaba cubierto de amantes de ambos sexos que habían sido cruelmente rechazados; pues se sentía obstinadamente orgulloso de su propia belleza.

Entre éstos se encontraba la ninfa Eco, la cual ya no podía utilizar su voz, excepto para repetir tontamente la de otra persona: un castigo por haber entretenido a Hera con largas historias mientras las concubinas de Zeus hacían su escapatoria. Un día en que Narciso salió a cazar ciervos con una red, Eco le siguió a hurtadillas, anhelando poder dirigirse a él, pero incapaz de ser la primera en hablar. Por fin Narciso, al descubrir que se había alejado de sus compañeros, gritó:

—¿Hay alguien aquí?

—¡Aquí! —respondió Eco, cosa que sorprendió a Narciso, pues no se veía a nadie.

—¡Ven!

—¡Ven!

—¿Por qué huyes de mí?

—¿Por qué huyes de mí?

—¡Reunámonos aquí!

—¡Reunámonos aquí! —repitió Eco, y, saliendo de su escondite, corrió a abrazar a Narciso. Pero él la apartó bruscamente, y se marchó corriendo.

—¡Moriré antes de que tú puedas yacer conmigo! —exclamó.

—¡Yace conmigo! —suplicó Eco.

Pero Narciso se había ido, y ella pasó el resto de su vida languideciendo de amor y humillación, hasta que sólo quedó su voz.

Un día Narciso envió una espada a Aminias, su más porfiado pretendiente. Aminias se mató en el umbral de la casa de Narciso, invocando a los dioses para que vengaran su muerte. Ártemis escuchó la plegaria. En Donacón, lugar de Tespia, Narciso llegó a una fuente, clara como la plata, y cuando se dejó caer, agotado, sobre la hierba del borde para saciar su sed, se enamoró de su reflejo, y se quedó mirando el agua embelesado. ¿Cómo podía soportar poseer y al mismo tiempo no poseer?

Aunque no había perdonado a Narciso, Eco sintió lástima por él; y cuando se clavó el puñal en el pecho repitió compasivamente: «¡Ay de mí, ay de mí!», y también sus últimas palabras: «¡Oh joven, amado en vano, adiós!» mientras expiraba. Su sangre bañó la tierra, y de ella brotó la flor blanca del narciso con su corola roja.

Arión

Arión de Lesbos, un hijo de Posidón y de la ninfa Onee, era un maestro en el arte de tocar la lira. Un día su patrocinador, Periandro, el tirado de Corinto, le concedió permiso, aunque de mala gana, para ir a Ténaro, en Sicilia, a concursar en un festival de música. Arión ganó el premio, y obtuvo tantos obsequios valiosos que éstos incitaron la codicia de los marineros encargados de traerle nuevamente a Corinto.

—Sintiéndolo mucho, Arión —advirtió el capitán del barco—, tendrás que morir.

—¿Qué crimen he cometido? —preguntó Arión.

—Eres demasiado rico —respondió el capitán.

—Si me perdonas la vida, te daré todos mis premios —dijo, suplicando, Arión.

—En cuanto llegaras a Corinto faltarías a tu promesa —dijo el capitán—, y yo haría lo mismo, en tu lugar. Un regalo forzado no es un regalo.

—Muy bien —dijo Arión con resignación—. Pero te ruego que me permitas cantar una última canción.

Cuando el capitán le hubo concedido el permiso, Arión, vestido con su más hermosa túnica, subió a la proa y allí invocó a los dioses con melodías apasionadas, y después se arrojó por la borda. El barco siguió navegando.

Sin embargo, su canción había atraído a un grupo de delfines, uno de los cuales hizo que Arión montase sobre su lomo, y aquella noche adelantó a la nave y llegó a Corinto varios días antes de que anclara allí. Periandro se alegró muchísimo al enterarse de su milagrosa huida, y cuando el barco entró en puerto, mandó venir al capitán y a la tripulación, a quienes pidió noticias de Arión con simulada preocupación.

—Se ha entretenido en Ténaro —respondió el capitán— debido a la pródiga hospitalidad de los ciudadanos.

Periandro les hizo jurar a todos que ésta era la verdad, y entonces les enfrentó de pronto con Arión. Incapaces de negar su culpa, fueron ejecutados allí mismo. Más adelante Apolo colocó las imágenes de Arión y de su lira entre las estrellas.

4. MINOS Y TESEO



Toro saltando (Palacio Real de Minos, Knossos, Creta)

Minos y sus hermanos

Cuando Zeus abandonó a Europa, después de haber engendrado en ella a Minos, a Radamantis y a Sarpedón, en Creta, ella se casó con Asterio, rey en aquellos tiempos. El matrimonio no tuvo hijos, y por consiguiente Asterio adoptó a Minos, a Radamantis y a Sarpedón, y los nombró sus herederos. Pero cuando los hermanos llegaron a la edad viril, riñeron por el amor de un hermoso muchacho llamado Mileto, hijo de Apolo y de la ninfa Aria. Habiendo decidido Mileto que Sarpedón era quien más le gustaba, fue desterrado de Creta por Minos, y zarpó con una gran flota a Caria, en Asia Menor, donde fundó la ciudad y el reino de Mileto.

Después de la muerte de Asterio, Minos reclamó el trono cretense, y como prueba de su derecho a reinar, se jactó de que los dioses responderían a cualquier plegaria que les ofreciese. Después de haber dedicado un altar a Posidón y de haber hecho todos los preparativos para un sacrificio, rezó para que un toro saliera del mar. Al instante, un toro de un blanco deslumbrante llegó nadando a la costa, pero Minos quedó tan prendado de su belleza que lo envió a unirse a sus propios rebaños, y sacrificó otro toro en su lugar. La pretensión al trono por parte de Minos fue aceptada por todos los cretenses, exceptuando a Sarpedón, el cual, llorando todavía la pérdida de Mileto, declaró que la intención de Asterio había sido dividir el reino en partes iguales entre sus tres herederos; y, efectivamente, el propio Minos ya había dividido la isla en tres zonas, eligiendo una capital para cada una.

Después de ser expulsado de Creta por Minos, Sarpedón huyó a Cilicia, en Asia Menor, y allí se alió a Cílix contra los milios, los conquistó, y se convirtió en su rey. Zeus le otorgó el privilegio de vivir durante tres

generaciones; y cuando finalmente murió, el reino milio se llamó Licia, en honor a su sucesor Lico.

Mientras tanto, Minos se había casado con Pasífae, una hija de Helio y de la ninfa Creta; pero Posidón, para vengarse de la ofensa que le había hecho Minos, hizo que Pasífae se enamorara del toro blanco que él había retenido del sacrificio. Ella confió su pasión antinatural a Dédalo, el famoso artesano ateniense, quien por aquel entonces vivía en el exilio en Cnosos. Dédalo prometió ayudarla, y construyó una vaca de madera hueca, que colocó sobre unas ruedas escondidas en sus patas, y la empujó hasta un prado cerca de Gortina donde estaba pastando el toro de Posidón. Luego, habiéndole enseñado a Pasífae a abrir las puertas plegables en el lomo de la vaca y a introducirse en ella con las piernas metidas en sus patas traseras, se retiró discretamente. Al poco rato el toro se acercó despacio y montó la vaca, de modo que Pasífae colmó todo su deseo, y más tarde dio a luz al Minotauro, un monstruo con cabeza de toro y cuerpo humano.

Minos consultó un oráculo para saber cuál sería la mejor forma de evitar el escándalo y ocultar la deshonra de Pasífae. Esta fue la respuesta:

—¡Ordena a Dédalo que te construya un retiro en Cnosos!

Así lo hizo Dédalo, y Minos pasó el resto de sus días en el inextricable Laberinto, en cuyo seno ocultó a Pasífae y al Minotauro.

Radamantis, que era más prudente que Sarpedón, se quedó en Creta; vivió en paz con Minos, y le fue concedida una tercera parte de los dominios de Asterio. Fue famoso por su justicia y rectitud como legislador, e inexorable en sus castigos a los malhechores; legislaba para los cretenses y también para los habitantes de las islas de Asia Menor. Cada nueve años visitaba la cueva de Zeus y traía a su regreso una nueva serie de leyes, costumbre que más tarde siguió su hermano Minos. Legó unas tierras en Creta a su hijo Gortis, en cuyo honor se puso el nombre de Gortina a esta ciudad cretense. Radamantis también legó unas tierras en Asia Menor a su hijo Éritro; y la isla de Quios a Enopión, el hijo de Ariadna, el primer hombre

a quien Dioniso enseñó a fabricar vino; y Lemnos, a Toante, otro de los hijos de Ariadna.

Finalmente Radamantis huyó a Beocia porque había matado a un pariente suyo, y vivió en el exilio en Ocálea, donde se casó con Alcmena, la madre de Heracles, después de la muerte de Anfitrión. Pero hay quien dice que Alcmena se casó con Radamantis en los Campos Elíseos, después de su muerte, pues Zeus le había nombrado uno de los tres jueces de los Muertos; sus colegas fueron Minos y Éaco, y residía en los Campos Elíseos.

Escila y Niso

Minos fue el primer rey que controló el mar Mediterráneo, dejándolo libre de piratas, y en Creta gobernó noventa ciudades. Cuando los atenienses hubieron asesinado a su hijo Androgeo, decidió vengarse de ellos, y para ello navegó por el Egeo reuniendo naves y reclutas armados. Algunos isleños convinieron en ayudarle, otros se negaron. Entretanto Minos estaba saqueando el Istmo de Corinto. Puso sitio a la ciudad de Nisa, más tarde llamada Mégara, gobernada por Niso el egipcio, el cual tenía una hija llamada Escila. En la ciudad se alzaba una torre, y Escila solía pasar gran parte de su tiempo en lo alto de este edificio. Subía allí cada día, cuando empezó la guerra, para observar la lucha.

El sitio de Nisa fue muy largo, y pronto Escila llegó a conocer los nombres de todos los guerreros cretenses. Impresionada por la belleza de Minos, se enamoró perversamente de él.

Una noche Escila entró sigilosamente en el dormitorio de su padre, y cortó el famoso mechón dorado del que dependían su vida y su trono; luego, robándole las llaves de la ciudad, abrió las puertas y salió sin ser vista. Se dirigió de inmediato a la tienda de Minos, y le ofreció el mechón de cabello a cambio de su amor. Aquella misma noche, después de haber entrado en la ciudad y de haberla saqueado, yació con Escila, como había acordado; pero no quiso llevársela a Creta, porque detestaba el crimen del parricidio. Sin embargo,

Escila nadó en persecución de su nave, y se agarró a la popa hasta que el espíritu de su padre Niso se precipitó sobre ella en forma de águila marina, con garras y un pico ganchudo. Escila, aterrorizada, soltó la nave y se ahogó; su alma se echó a volar en forma de martinete.

Esta guerra se fue prolongando hasta que Minos, viendo que no podía subyugar a los atenienses, rezó a Zeus para que vengara la muerte de Androgeo; y en consecuencia, toda Grecia padeció terremotos y hambre. Los reyes de los distintos estados se reunieron en Delfos para consultar con el oráculo, y recibieron instrucciones de hacer que Éaco ofreciera plegarias a los dioses en su nombre. Hecho esto, los terremotos cesaron en todas partes, menos en Ática.

Entonces los atenienses intentaron librarse del maleficio sacrificando a las hijas de Hiacinto sobre la tumba del Cíclope Geresto como ofrenda a Perséfone. Estas muchachas habían venido a Atenas procedentes de Esparta. Sin embargo, los terremotos continuaron, y cuando los atenienses consultaron nuevamente con el oráculo délfico, éste les dijo que tenían que indemnizar a Minos de la forma que él exigiese; esto resultó ser un tributo de siete jóvenes y de siete doncellas, que debían enviar cada nueve años a Creta para ser devorados por el Minotauro.

Dédalo y Talos

El parentesco de Dédalo es discutible. Según unos, su madre se llama Alcipe; según otros, Mérope; y aún hay otros que la llaman Ifínoe; y todos le dan un padre distinto, aunque por lo general convienen en que pertenecía a la casa real de Atenas. Era un herrero maravilloso, y había recibido sus enseñanzas en este arte de la propia Atenea.

Uno de sus aprendices, Talos, hijo de su hermana Policaste, ya le había sobrepasado como artesano a la edad de doce años. Un día Talos recogió casualmente del suelo la mandíbula de una serpiente, y al descubrir que podía utilizarla para cortar un palo en dos, la

copió en hierro y de este modo inventó la sierra. Esta y otras invenciones suyas le proporcionaron una gran reputación en Atenas y Dédalo, que afirmaba haber sido él el primero en forjar una sierra, pronto se volvió insoportablemente celoso. Llevó a Talos hasta el tejado del templo de Atenea, en la Acrópolis, y de repente lo empujó, haciéndole caer por el borde. Pero a pesar de los grandes celos que sentía, no le hubiese hecho ningún daño a Talos de no haber sido porque sospechaba que mantenía relaciones incestuosas con su madre Policaste. Entonces Dédalo bajó corriendo de la Acrópolis y metió el cuerpo de Talos en una bolsa, con la intención de enterrarlo en secreto. Pero su crimen no pasó desapercibido, y por consiguiente el Areópago lo desterró, acusado de asesinato.

Pues bien, Talos, o Talo, era también el nombre del sirviente de bronce con cabeza de toro, perteneciente a Minos, que Zeus le había regalado a éste para guardar la isla de Creta. Fue forjado por Hefesto en Cerdeña, y tenía una única vena que iba desde su cuello hasta los talones, donde quedaba taponada por un alfiler de bronce. Su labor consistía en correr tres veces al día alrededor de la isla y arrojar rocas a todas las naves extranjeras; y también en ir tres veces al año, más pausadamente, por los pueblos de Creta, exhibiendo las leyes de Minos inscritas en tablillas de bronce. Al final, Minos dio muerte a Talos sacándole el alfiler y dejando escapar su sangre vital.

Dédalo se refugió en una de las comunidades de Ática, cuyas gentes se llaman dedálidos en su honor; y luego en Cnosos, en Creta, donde el rey Minos estuvo encantado de recibir a un artesano tan hábil. Vivió allí durante bastante tiempo, gozando de paz y de altos privilegios, hasta que Minos, al descubrir que había ayudado a Pasífae a copularse con el toro blanco de Posidón, lo encerró durante un tiempo en el Laberinto, junto con su hijo Ícaro; pero Pasífae los liberó a los dos.

Sin embargo no resultaba fácil escapar de Creta, ya que Minos guardaba todos sus navíos bajo vigilancia militar, y en aquellos momentos ofrecía una gran recompensa por su captura. Pero Dédalo se fabricó un par de

alas, y luego otro para Ícaro; las plumas grandes estaban unidas con hilo, pero las más pequeñas quedaban sujetas con cera. Después de haberle atado las alas a Ícaro, le dijo con lágrimas en los ojos:

—¡Escucha bien, hijo mío! No subas demasiado alto, no sea que el sol derrita la cera, ni vueles demasiado bajo, no sea que el mar moje las plumas.

Acto seguido, metió los brazos en sus alas y se echaron a volar.

—¡Sígueme de cerca —exclamó—, no marques tu propio rumbo!

Mientras se alejaban apresuradamente de la isla en dirección nordeste, batiendo sus alas, los pescadores, los pastores y los labradores que fijaban la vista en el cielo, los tomaron por dioses.

Habían dejado atrás Naxos, Delos, y Paros, a mano izquierda, y a la derecha iban dejando Lebintos y Calimne, cuando Ícaro desobedeció las instrucciones de su padre y empezó a remontarse hacia el sol, regocijado por la sustentación de sus grandes y majestuosas alas. Al poco rato, Dédalo volvió la cabeza y ya no pudo ver a Ícaro; pero unas plumas esparcidas flotaban abajo, sobre las olas. El calor del sol había derretido la cera, y el joven Ícaro había caído al mar y perecido ahogado. Dédalo dio vueltas hasta que el cuerpo subió a la superficie, y luego lo llevó a la cercana isla hoy en día llamada Icaria, donde le dio sepultura. Esta isla le ha dado el nombre al mar que la rodea.

Dédalo voló rumbo a poniente, hasta posarse en Cumas, cerca de Nápoles, donde dedicó sus alas a Apolo y le construyó un templo con tejado de oro. Después visitó la ciudad de Camico, en Sicilia, donde fue recibido de modo hospitalario por el rey Cócalo, y vivió entre los sicilianos, disfrutando de gran fama y erigiendo muchos bellos edificios.

Mientras tanto, Minos había reunido una flota, y había salido en busca de Dédalo. Se llevó consigo una concha de Tritón, y dondequiera que fuese prometía una recompensa a quien lograra pasar por ella una hebra de lino: problema que, como bien sabía, sólo Dédalo podría solucionar. Al llegar a Camico, ofreció la concha a Cócalo, quien se comprometió a hacerla enhebrar; y

efectivamente, Dédalo descubrió cómo hacerlo. Atando un hilo de telaraña a una hormiga, agujereó la punta de la concha e hizo que la hormiga subiese por las espirales atrayéndola con la miel que había untado alrededor del agujero. Luego ató un hilo de lino a la otra punta del hilo de telaraña, y también lo hizo pasar por la espiral, tirando de él. Cócalo devolvió la concha enhebrada y reclamó la recompensa, y Minos, convencido de que por fin había descubierto el escondite de Dédalo, exigió su rendición. Pero las hijas de Cócalo no estaban dispuestas a perder a Dédalo, quien les construía preciosos juguetes, y con su ayuda tramaron un plan. Dédalo hizo pasar una tubería por el techo del cuarto de baño, y por ella echaron agua hirviente sobre Minos, mientras éste disfrutaba de un baño caliente. Cócalo devolvió el cuerpo sin vida a los cretenses, diciendo que Minos había tropezado con una alfombra y había caído en una caldera de agua hirviendo.

Los seguidores de Minos lo enterraron con grandes pompas, y Zeus lo nombró juez de los Muertos en el Tártaro, dándole por colegas a su hermano Radamantis y a su enemigo Éaco. Pero Dédalo abandonó Sicilia para reunirse con Yolao, el sobrino y auriga de Heracles de Tirinto, quien condujo a muchos atenienses y tespios a Cerdeña. Muchas de sus obras sobrevivieron en Cerdeña; las llamaron dédalas.

El nacimiento de Teseo

La primera esposa de Egeo fue Mélite, hija de Hoples; y la segunda, Calcíope, hija de Rexenor; pero ninguna de ellas le dio hijos. Atribuyendo esto, y las desgracias de sus hermanas Procne y Filomela, a la cólera de Afrodita, introdujo su culto en Atenas, y luego fue a consultar el oráculo délfico. El oráculo le advirtió que no desatara la boca de su abultado odre hasta llegar al punto más alto de Atenas, no fuera que un día muriera de pena, una respuesta que Egeo no supo interpretar.

De regreso a su casa se detuvo en Corinto; y allí

Medea le hizo jurar solemnemente que la protegería de todos sus enemigos si en alguna ocasión ella se refugiara en Atenas, y a cambio, se comprometió a procurarle un hijo por arte de magia. Luego visitó la ciudad de Trecén, donde sus viejos compañeros Piteo y Trecén, hijos de Pélope, habían venido recientemente desde Pisa para compartir un reino con el rey Ecio.

Pues bien: cuando Piteo todavía vivía en Pisa, Belerofonte le había pedido la mano de su hija Etra, pero había sido desterrado a Caria en deshonra antes de que pudiera celebrarse la boda; aunque todavía estaba prometida a Belerofonte, tenía pocas esperanzas de que regresara. Por consiguiente Piteo, sintiendo lástima por su virginidad forzosa, e influenciado por Medea, la cual les estaba hechizando a todos desde lejos, emborrachó a Egeo, y lo mandó a la cama con Etra. Más tarde, aquella misma noche, Posidón también la gozó. Sin embargo, Posidón concedió generosamente la paternidad a Egeo de cualquier hijo nacido de Etra en el curso de los próximos cuatro meses.

Cuando Egeo se despertó y vio que estaba en el lecho de Etra, le dijo que si naciera un hijo de ambos no debía descubrirlo ni tampoco hacerle marchar, sino criarlo secretamente en Trecén. Luego zarpó de nuevo hacia Atenas para celebrar las fiestas Panateneas; pero antes había escondido su espada y sus sandalias bajo una roca hueca, conocida como el Altar del Fuerte Zeus, que se hallaba en el camino entre Trecén y Hermíone. Si, una vez crecido el niño, lograba mover esta roca y recuperar las prendas, debía ser enviado a Atenas. Mientras tanto, Etra debía guardar silencio, por si acaso los sobrinos de Egeo, los cincuenta hijos de Palante, conspiraban para matarla. La espada era una reliquia heredada de Cécrope.

En un lugar llamado Genetlio, de camino entre la ciudad y el puerto de Trecén, Etra dio a luz un niño. Fue criado en Trecén, donde su guardián Piteo hizo correr discretamente el rumor de que Posidón había sido su padre; y un tal Cónidas fue su pedagogo.

Un día Heracles estaba cenando en Trecén con Piteo, y en el transcurso de la cena se quitó la piel de león y la arrojó sobre una banqueta. Cuando entraron los

niños de palacio, chillaron y huyeron, todos menos Teseo, de siete años de edad, el cual corrió en busca de un hacha que había sobre un montón de leña, y regresó valientemente, dispuesto a atacar a un león de verdad.

A los dieciséis años visitó Delfos y ofreció a Apolo los primeros mechones de cabello cortados a la edad viril. Sin embargo, sólo se afeitó la parte anterior de la cabeza, como hacen los árabes y los misios, o como los guerreros abantes de Eubea, quienes de este modo no permiten ninguna ventaja a sus enemigos en la lucha cuerpo a cuerpo. Tanto la forma de tonsura como el recinto en el que había realizado la ceremonia, se llamaron más tarde «teseos». Teseo se había convertido en un joven fuerte, inteligente y prudente; y Etra, después de llevarle a la roca bajo la cual Egeo había ocultado la espada y las sandalias, le contó la historia de su nacimiento. No le fue nada difícil mover la roca y recuperar las prendas. Sin embargo, a pesar de las advertencias de Piteo y de los ruegos de su madre, no quiso ir a Atenas por mar, ruta que no ofrecía peligro alguno, sino que insistió en tomar el camino por tierra; le impulsaba el deseo de emular los hechos de su primo hermano Heracles, a quien admiraba enormemente.

Los Trabajos de Teseo

Teseo salió dispuesto a librar la costa que se extendía entre Trecén y Atenas de los bandidos que la acosaban. No quería empezar peleas, pero se vengaría de todo aquel que se atreviese a molestarle, haciendo que el castigo se ajustase al crimen, como era la costumbre de Heracles. En Epidauro, Perifetes el lisiado le salió al paso. Perifetes, a quienes algunos llamaban hijo de Posidón, y otros hijo de Hefesto y de Anticlea, poseía una enorme maza de bronce con la que solía matar a los caminantes; de ahí su apodo Corunetes, u «hombre del garrote». Teseo le arrebató la maza de sus manos y lo apaleó hasta matarlo. Sintiéndose muy satisfecho con el tamaño y el peso de la maza, la llevó siempre

consigo desde entonces, orgullosamente; y aunque él había logrado evitar su golpe mortal, en sus manos este arma siempre mataba sin fallar.

En el punto más estrecho del Istmo, donde pueden verse los dos golfos, el Corintio y el Sarónico, vivía Sinis, el hijo de Polipemón. Había recibido el apodo de Pitiocamptes, o «doblador de pinos», porque era tan fuerte que podía doblar las copas de los pinos hasta hacerlas tocar el suelo. A menudo pedía a algún inocente viajero que le ayudara en su tarea, pero luego, de pronto, se desasía del árbol; cuando el tronco volvía a enderezarse bruscamente, el viajero era lanzado por los aires y moría al caer. Otras veces doblaba las copas de dos árboles vecinos hasta que se juntaban y ataba uno de los brazos de la víctima a cada una de las copas, de modo que su cuerpo quedaba partido en dos cuando Sinis soltaba los árboles.

Teseo luchó con Sinis, lo venció, y lo castigó de la misma forma en que él había castigado a los demás. En aquel momento, una hermosa muchacha corrió a esconderse en un matorral de juncos y de espárragos silvestres. Él la siguió, y después de una larga búsqueda la encontró invocando las plantas, prometiendo no quemarlas ni destruirlas jamás si ellas la ocultaban bien. Al ver que Teseo juraba no tratarla con violencia, consintió en salir, y resultó ser Perigune, la hija de Sinis. Perigune se enamoró de Teseo a primera vista, perdonándole el asesinato de su odioso padre, y, a su debido tiempo, le dio un hijo, Melanipo.

Después de esto, en Cromión, Teseo cazó y mató a una cerda salvaje, monstruosa y fiera, que había dado muerte a tantos habitantes de aquel lugar que ya no se atrevían siquiera a labrar sus campos. Luego, siguiendo el camino de la costa, Teseo llegó a los escarpados peñascos que se alzaban perpendiculares al mar, y que se había convertido en la fortaleza del bandido Escirón. Escirón solía sentarse sobre una roca y obligar a quien pasara por allí a lavarle los pies: cuando se agachaban para hacerlo los arrojaba de una patada por el acantilado y caían al mar, donde una tortuga gigante nadaba de aquí para allá, esperando para de-

vorarlos. Teseo se negó a lavarle los pies a Escirón, lo levantó de la roca y lo precipitó al agua.

Continuando su viaje a Atenas, Teseo se encontró con Cerción el arcadio. Éste desafiaba a los caminantes a que lucharan con él y luego los estrujaba hasta darles muerte con su poderoso abrazo; pero Teseo lo levantó por las rodillas, y con gran satisfacción para Deméter, que fue testigo de aquella lucha, lo precipitó de cabeza contra el suelo. La muerte de Cerción fue instantánea. Teseo no confiaba tanto en la fuerza como en la habilidad, pues había inventado el arte de la lucha libre, cuyos principios no habían sido comprendidos hasta entonces.

Al llegar a Coridalo, en Ática, Teseo mató a Polipemón, el padre de Sinis, apellidado Procrustes, quien vivía junto a la carretera y tenía dos camas en su casa, una pequeña, y otra grande. Ofrecía posada a los viajeros para una noche, y tendía a los hombres bajos en la cama grande, estirándolos en un potro hasta que alcanzaban la justa medida; a los altos los ponía en la cama pequeña, y serraba la parte de las piernas que sobresalía. Pero hay quienes dicen que sólo utilizaba una cama, y que alargaba o acortaba a sus huéspedes para adaptarlos a su tamaño. Fuera como fuese, Teseo le trató del mismo modo en que él había tratado a los demás.

Teseo y Medea

Cuando llegó a Ática, Teseo fue recibido junto al río Cefiso por los hijos de Fítalo, quienes lo purificaron por la sangre que había derramado, pero en especial por la de Sinis, que era pariente suyo por vía materna. Después, los Fitálidas acogieron a Teseo como huésped suyo, y ésta fue la primera muestra verdadera de hospitalidad que había recibido desde que abandonó Trecén. Vestido con una larga prenda que le llegaba hasta los pies, y con el cabello primorosamente trenzado, entró en Atenas. Cuando pasaba por el templo casi acabado de Apolo el Delfín, un grupo de albañiles que trabajaban en el tejado lo tomaron por una

muchacha, y le preguntaron con impertinencia cómo era que tenía permiso para pasear sin acompañante. Sin dignarse a responder, Teseo desenganchó los bueyes del carro de los albañiles y lanzó a uno de ellos por los aires, haciéndolo volar por encima del tejado del templo.

Ahora bien, mientras Teseo estaba creciendo en Trecén, Egeo había mantenido la promesa hecha a Medea. Le había dado cobijo en Atenas cuando huyó de Corinto en el célebre carro tirado por serpientes aladas, y se había casado con ella, confiando, y con razón, que sus hechizos le permitirían engendrar un heredero; pues él no sabía todavía que Etra le había dado un hijo, Teseo. Medea, sin embargo, reconoció a Teseo en cuanto llegó a la ciudad, y se sintió celosa por Medo, su hijo habido con Egeo. Por consiguiente convenció a Egeo que Teseo venía como espía o asesino, y le hizo invitarlo a una fiesta en el templo del Delfín; Egeo, que utilizaba el templo como residencia, debía ofrecerle entonces una copa de vino que ella ya le había preparado. Esta copa contenía matalobos, un veneno que ella había traído de Aquerusia, en Bitinia. Algunos dicen que cuando se sirvió la ternera asada Teseo desenvainó su espada, con la intención de trincharla, atrayendo así la atención de su padre. Otros afirman que ya se había llevado la copa inocentemente a los labios, cuando Egeo se fijó en las serpientes de la familia de los Erectidas esculpidas en la empuñadura de marfil de la espada, y que entonces arrojó el veneno al suelo.

Este acontecimiento fue seguido del mayor regocijo jamás visto en Atenas. Egeo abrazó a Teseo, convocó una asamblea pública, y lo reconoció como hijo suyo. Encendió fuegos en todos los altares y amontonó obsequios junto a las imágenes de los dioses; se sacrificaron innumerables bueyes enguirnaldados, y tanto en el palacio como en la ciudad, nobles y plebeyos banquetearon juntos, y cantaron a los gloriosos hechos de Teseo que ya sobrepasaban en número a sus años de vida.

Luego Teseo salió en persecución vengativa de Medea, quien lo esquivó formando una nube mágica a su alrededor; y probablemente abandonó Atenas con Me-

do, y con una escolta que Egeo tuvo la generosidad de proporcionarle.

Palante y sus cincuenta hijos, quienes incluso antes de todo esto habían declarado que Egeo no era un verdadero Erectida y que no tenía ningún derecho al trono, se sublevaron abiertamente cuando este extranjero despreocupado amenazaba con frustrar sus esperanzas de poder algún día gobernar Atenas. Dividieron sus fuerzas: Palante con veinticinco de sus hijos y un gran número de secuaces, avanzaron hacia la ciudad desde Esfeto, mientras que los otros veinticinco estaban emboscados en Gargeto. Pero Teseo, que fue informado de sus planes por un heraldo llamado Leos, sorprendió los emboscados y aniquiló a toda la tropa. Después de esto, Palante pidió la paz.

Teseo en Creta

Es una cuestión discutible si fue Medea quien persuadió a Egeo para que enviase a Teseo a luchar contra el feroz toro blanco de Posidón, o si fue después de la expulsión de Medea de Atenas que Teseo emprendió la labor de destruir al monstruo de aliento de fuego, esperando de este modo congraciarse aún más con los atenienses. Traído por Heracles desde Creta, soltado en la llanura de Argos y enviado desde allí cruzando el Istmo hasta Maratón, el toro había matado a cientos de hombres entre las ciudades de Probalinto y Tricorinto. Sin embargo, Teseo agarró con audacia aquellos cuernos asesinos y arrastró el toro triunfalmente por las calles de Atenas, subiendo la empinada cuesta de la Acrópolis, donde lo sacrificó a Atenea, o a Apolo.

Para que le compensaran por el asesinato de Androgeo, Minos había ordenado a los atenienses que enviaran siete muchachos y siete doncellas cada nueve años al Laberinto cretense, donde les aguardaba el Minotauro para devorarlos. El Minotauro, cuyo nombre era Asterio, era el monstruo con cabeza de toro, fruto de la unión entre Pasífae y el toro blanco. Poco después de la llegada de Teseo a Atenas venció la fecha del tri-

buto por tercera vez, y sintió tanta lástima por los padres de aquellos niños que corrían el riesgo de resultar elegidos por sorteo, que se ofreció como una de las víctimas, a pesar de los fervorosos intentos de Egeo por disuadirle.

En las dos ocasiones anteriores, la nave que había transportado a las catorce víctimas había llevado velas negras, pero Teseo confiaba en que los dioses estaban de su parte, y por ello Egeo le dio una vela blanca para que la izara a su regreso, en señal de éxito.

Cuando se hubo efectuado el sorteo en el Tribunal de Justicia, Teseo condujo a sus compañeros al templo del Delfín y allí ofreció en nombre de ellos al dios Apolo una rama de olivo consagrada, a la que iba atado un trozo de lana blanca. Las catorce madres trajeron provisiones para el viaje, y contaron fábulas y cuentos heroicos a sus hijos para animarlos. Pero Teseo cambió a dos de las doncellas víctimas por un par de jóvenes afeminados, poseedores de extraordinario valor y presencia de ánimo. Les ordenó que tomaran baños calientes, que no se expusiesen a los rayos solares, se perfumaran el cabello y el cuerpo con aceites de ungüento, y que practicaran los gestos y la forma de hablar y de andar de las mujeres. De este modo pudo engañar a Minos haciéndolos pasar por doncellas.

El oráculo délfico había advertido a Teseo que se llevara a Afrodita como guía y compañera durante su viaje. Así pues, le ofreció un sacrificio en la playa; y he aquí que la víctima, una cabra, se convirtió en macho cabrío en su agonía. Este prodigio le valió a Afrodita su título de Epitragia.

Teseo zarpó el sexto día de Muniquión [abril]. Cada año en esta fecha, los atenienses enviaban vírgenes al templo del Delfín para propiciar a Apolo, pues Teseo había olvidado hacerlo antes de su partida. El enojo del dios quedó demostrado en una tormenta, que le obligó a cobijarse en Delfos y ofrecer allí sacrificios tardíos.

Cuando la nave llegó a Creta unos días más tarde, Minos bajó a caballo al puerto para contar las víctimas. Se enamoró de una de las doncellas atenienses y la habría gozado allí mismo de no ser por Teseo, quien

protestó diciendo que era su deber, como hijo de Posidón, defender a las vírgenes de todo ultraje que pudiera cometer algún tirano. Minos, riendo lascivamente, contestó que nunca había oído decir que Posidón mostrara un delicado respeto por ninguna de las vírgenes de las que se encaprichaba.

—¡Ja! —exclamó—. ¡Demuestra que eres un hijo de Posidón, yendo a recogerme esta chuchería!

Y diciendo estas palabras, arrojó al mar su anillo con sello de oro.

—¡Demuestra tú primero que eres hijo de Zeus! —replicó Teseo.

Así lo hizo Minos. Su plegaria: «¡Padre Zeus, escúchame!» fue respondida de inmediato por un rayo y un trueno. Sin más discusión, Teseo se tiró de cabeza al agua, y un nutrido grupo de delfines lo acompañó haciéndole honores hasta el palacio de las Nereidas. Algunos dicen que la Nereida Tetis le entregó la corona de joyas, el regalo de bodas que le había hecho Afrodita, y que más tarde llevaría Ariadna; otros, que fue la propia diosa marina Anfitrite quien se la entregó, y que mandó a las Nereidas nadar en todas direcciones hasta encontrar el anillo de oro. Pero lo cierto es que, cuando Teseo salió del mar, llevaba tanto el anillo como la corona.

En efecto, Afrodita había acompañado a Teseo: pues no sólo dos de las doncellas atenienses invitaron al caballeroso Teseo a sus lechos, y no fueron rechazadas, sino que, además, la propia hija de Minos, Ariadna, se enamoró de él a primera vista.

—Te ayudaré a matar a mi hermanastro, el Minotauro —le prometió secretamente—, si me dejas regresar a Atenas como tu esposa.

Teseo aceptó con mucho gusto esta oferta, y juró que se casaría con ella. Pues bien, antes de abandonar Creta, Dédalo le había entregado a Ariadna un ovillo mágico de hilo y le explicó cómo entrar y salir del Laberinto. Debía abrir la puerta de entrada y atar el cabo suelto al dintel; entonces el ovillo rodaría por el suelo, disminuyéndose al avanzar y dirigiéndose, por tortuosos caminos llenos de recodos, hasta el mismo escondrijo que ocupaba el Minotauro. Ariadna entregó

este ovillo a Teseo, y le mandó seguirlo hasta que llegara al lugar donde se encontraba el monstruo dormido, al que debía agarrar por los pelos y sacrificar a Posidón. Luego podría encontrar el camino de regreso volviendo a hacer un ovillo con el hilo.

Aquella misma noche Teseo hizo lo que se le había dicho; pero no se sabe con certeza si mató al Minotauro con una espada que le había dado Ariadna, o sólo con sus manos, o con su célebre maza. Un friso esculpido en Amicle muestra al Minotauro atado y llevado triunfalmente por Teseo a Atenas; pero este relato no es el más conocido.

Cuando Teseo salió del Laberinto, manchado de sangre, Ariadna lo abrazó apasionadamente, y condujo a todo el grupo de atenienses al puerto. Pues mientras tanto, los dos jóvenes de aspecto afeminado habían matado a los guardias de las habitaciones de las mujeres y habían liberado a las doncellas víctimas. Todos subieron sigilosamente a bordo de su nave, y se alejaron remando apresuradamente. Pero aunque había desfondado varios navíos cretenses, para evitar una persecución, sonó la alarma y se vio obligado a entablar una batalla naval en el puerto, antes de huir, afortunadamente sin sufrir pérdidas, al amparo de la noche.

Unos días más tarde, después de desembarcar en la isla que entonces se llamaba Día, pero que más tarde fue conocida como Naxos, Teseo dejó a Ariadna dormida en la playa y se hizo nuevamente a la mar. El motivo por el que actuó así será siempre un misterio. Hay quienes dicen que la abandonó a favor de una nueva amante, Egle, hija de Panopeo; otros aseguran que, durante el tiempo en que se vio obligado por el viento contrario a permanecer en Día, reflexionó sobre el escándalo que causaría la llegada de Ariadna a Atenas. Y aún hay otros que dicen que Dioniso se le apareció a Teseo en un sueño y le exigió con amenazas que le entregara a Ariadna, y que, al despertar Teseo y ver la flota de Dioniso que recalaba en Día, levó anclas, preso de un súbito terror, pues Dioniso lo había hechizado de tal manera que le hizo olvidar la promesa hecha a Ariadna e incluso su existencia.

Sea cual fuere la verdad, los sacerdotes de Dioniso

en Atenas afirman que cuando Ariadna se encontró sola en la playa desierta, rompió a llorar amargamente, recordando cómo había temblado mientras Teseo salía a matar a su monstruoso hermanastro; cómo había hecho votos silenciosamente por su éxito; y cómo, por amor a él, había abandonado a sus padres y a su patria. En aquel momento invocó a todo el universo pidiendo venganza, y el Padre Zeus asintió con la cabeza. Entonces, suave y dulcemente, Dioniso y su alegre séquito de sátiros y de ménades vinieron a socorrer a Ariadna. Él se casó con ella sin demora, colocando sobre su cabeza la corona de Tetis, y ella le dio muchos hijos. De ellos sólo Toante y Enopión son llamados algunas veces hijos de Teseo. La corona, que más adelante fue puesta entre los astros por Dioniso formando la Corona Boreal, la había hecho Hefesto con oro color fuego y joyas rojas de la India, colocadas en forma de rosas.

Para resumir la historia de Teseo: desde Naxos navegó rumbo a Delos y allí ofreció un sacrificio a Apolo, celebrando juegos atléticos en su honor. Fue entonces cuando introdujo la nueva costumbre de coronar al ganador con hojas de palmera y colocar un tallo de palmera en su mano derecha. También tuvo la prudencia de dedicarle al dios una pequeña imagen de madera de Afrodita, obra de Dédalo, que Ariadna había traído consigo de Creta y había dejado a bordo de su nave, pues podría haber sido tema de comentarios cínicos entre los atenienses.

Ariadna pronto se vengó de Teseo. Tal vez apenado por haberla perdido, o llevado por la alegría de ver la costa de Ática, de la que había estado alejado debido a los prolongados vientos, Teseo olvidó izar la vela blanca. Egeo, que observaba desde la Acrópolis, lugar en que iba a erigirse el templo de la Victoria sin Alas, divisó la vela negra, se desmayó, y cayó de cabeza encontrando la muerte abajo, en el valle. Pero hay quienes afirman que se arrojó deliberadamente al mar, que desde entonces se llamó el mar Egeo.

Teseo no fue informado de este triste accidente hasta haber completado los sacrificios prometidos solemnemente a los dioses para que le concedieran un regre-

so seguro; luego enterró a Egeo, y le honró con un santuario de héroe.

La federalización de Ática

Cuando Teseo sucedió a su padre y ocupó el trono de Atenas, reforzó su soberanía ejecutando a casi todos sus adversarios, exceptuando a Palante y al resto de sus cincuenta hijos. Unos años más tarde también mató a éstos, como medida preventiva, y después de haber sido purificado de su sangre en Trecén, donde reinaba ahora su hijo Hipólito, pasó un año entero en aquella ciudad. A su regreso, acusó a su hermanastro, llamado también Palante, de desafección, y lo desterró inmediatamente; Palante entonces fundó la ciudad de Palantio en Arcadia.

Teseo demostró ser un soberano observante de la ley y promovió la política de la federalización, que fue la base del bienestar del que más adelante gozó Atenas. Hasta entonces, Ática se había dividido en doce comunidades, cada una de las cuales manejaba sus propios asuntos sin consultar con el rey ateniense, excepto en casos de emergencia. Los eleusinios incluso llegaron a declarar la guerra a Erecteo, y abundaron otras peleas de destrucción mutua. Para que estas comunidades renunciaran a su independencia, Teseo debía dirigirse uno por uno, a cada clan y familia; y así lo hizo. Descubrió que los pequeños propietarios rurales y los siervos estaban dispuestos a obedecerlo, y persuadió a la mayoría de los grandes terratenientes a aceptar su plan, prometiéndoles que aboliría la monarquía y la sustituiría por la democracia, aunque continuaría siendo comandante en jefe y juez supremo. Los que aun así no se dejaron convencer por los argumentos que utilizaba, al menos respetaban su fuerza.

De este modo Teseo tuvo la autoridad necesaria para disolver todos los gobiernos regionales después de convocar a sus delegados en Atenas, donde les proporcionó una Sala de Consejos y un Tribunal de Justicia. Pero les prohibió intervenir en las leyes de propiedades privadas. A continuación unió los barrios de los

alrededores a la ciudad propiamente dicha, que hasta entonces había estado formada por la Acrópolis y las posesiones ubicadas inmediatamente al sur de ésta, entre las cuales se encontraban los antiguos templos de Zeus Olímpico, de Apolo Pítico, de la Madre Tierra, de Dioniso de los Pantanos, y el Acueducto de las Nueve Fuentes.

Al decimosexto día de Hecatombeón [julio] lo denominó «Día de la Federalización» y decretó que fuera día festivo en honor a Atenea; en este día también se ofrecía un sacrificio incruento a la Paz. Al cambiar el nombre de Fiestas Ateneas por el de «Fiestas Panateneas», las abrió a todo el país de Ática; también introdujo el culto de Afrodita Federal y de la Persuasión. A continuación, habiendo renunciado al trono, tal como había prometido, dio a Ática su nueva constitución, y bajo los mejores auspicios: pues el oráculo délfico profetizó que Atenas surcaría ahora los mares tormentosos con la misma seguridad con que lo haría una vejiga de cerdo.

Para agrandar todavía más la ciudad, Teseo invitó a todos los extranjeros respetables a convertirse en conciudadanos suyos. Sus heraldos, que recorrieron toda Grecia, utilizaron una fórmula, a saber: «¡Venid acá, ciudadanos todos!». Grandes multitudes entraron en tropel en Atenas, y Teseo dividió a la población de Ática en tres clases: los eupátridas, o «los que merecen ser bien tratados por su patria»; los georgos, o «agricultores»; y los demiurgos o «artesanos». Los eupátridas se encargaron de los asuntos religiosos, proporcionaron magistrados, interpretaron las leyes, encarnando la más alta dignidad; los georgos labraron la tierra y constituyeron la espina dorsal del estado; los demiurgos, la más numerosa, con mucho, de las tres clases, proporcionaron artesanos tan variados como adivinos, cirujanos, heraldos, carpinteros, escultores y reposteros. De este modo, Teseo se convirtió en el primer rey en fundar un estado libre asociado, y éste es el motivo por el que Homero, en el *Catálogo de Naves*, sólo considera a los atenienses como pueblo soberano.

Teseo, el primer rey ateniense que acuñó monedas, estampó en las suyas la imagen de un toro. Esto dio

pie a que el nivel de valores se cotizara en términos de «diez bueyes» o de «cien bueyes», durante un tiempo considerable. Para emular a Heracles, el cual había nombrado a su padre Zeus patrón de los Juegos Olímpicos, Teseo nombró entonces a su padre Posidón patrón de los Juegos Ístmicos. A continuación, Teseo justificó el derecho ateniense a la soberanía de Mégara y luego, después de haber convocado a los delegados peloponeses en el Istmo, les persuadió a componer una vieja disputa acerca de la frontera con sus vecinos los jonios. En un lugar acordado por ambas partes, erigió la famosa columna que en su lado este llevaba inscritas estas palabras: «¡Esto no es el Peloponeso, sino Jonia!», y en el oeste: «¡Esto no es Jonia, sino el Peloponeso!». También obtuvo el consentimiento de los corintios para que los atenienses recibieran el puesto de honor en los Juegos Ístmicos.

Teseo y las amazonas

Hay quienes dicen que Teseo participó en la triunfal expedición de Heracles contra las amazonas, y que recibió como botín a su reina Antíope, llamada también Melanipa; pero que esto no representó para ella un destino tan desafortunado, como muchos creían, porque había traicionado la ciudad de Temiscira junto al río Termodonte, entregándosela a él, en prueba de la pasión que ya había despertado en su corazón.

Otros afirman que Teseo visitó su país unos años más tarde, en compañía de Pirítoo y de sus camaradas; y que las amazonas, contentísimas por la llegada de tantos y tan apuestos guerreros, no les mostraron violencia. Antíope fue a recibir a Teseo con obsequios, pero no había hecho más que subir a la nave cuando el griego levó anclas y se fugó con ella.

Oritía, la hermana de Antíope, a quien algunos confunden con Hipólita, cuyo ceñidor se había llevado Heracles, juró que se vengaría de Teseo. Pactó una alianza con los escitas y encabezó un gran ejército de amazonas, atravesando el hielo del Bósforo cimerio, cruzando luego el Danubio y pasando por Tracia, Tesalia y

Beocia. En Atenas acampó en el Areópago y allí ofreció un sacrificio a Ares, acontecimiento que, según algunos, le valió el nombre al monte; pero primero ordenó a un destacamento que invadiera Laconia y disuadiera a los peloponeses de reforzar a Teseo por el Istmo.

Las fuerzas atenienses ya estaban formadas, pero a ninguno de los dos flancos le apetecía dar comienzo a las hostilidades. Por fin, siguiendo el consejo de un oráculo, Teseo ofreció un sacrificio a Fobo, hijo de Ares, y trabó batalla el séptimo día de Boedromión, fecha en la que se celebraba la fiesta de Boedromias en Atenas; aunque hay quien asegura que el festival ya había sido fundado en honor a la victoria de Juto sobre Erecteo. El frente de batalla de las amazonas se extendía desde el lugar que más tarde sería llamado Amazonio hasta el monte Pnix cerca de Crisa. Sin embargo, el ala izquierda de los atenienses atacó desde el Paladio, desde el monte Ardeto y desde el Liceo y obligó al ala derecha de las amazonas a retirarse a su campamento, causándoles numerosas bajas.

Algunos dicen que las amazonas sólo ofrecieron condiciones para la paz después de cuatro meses de dura lucha; el armisticio, que se pactó cerca del santuario de Teseo, se conmemoró más adelante con el sacrificio amazónico en la víspera de su festival. Pero otros dicen que Oritía y algunas de sus seguidoras escaparon a Mégara, donde murió de pena y desesperación; y que las amazonas que quedaron, expulsadas de Ática por el victorioso Teseo, se establecieron en Escitia.

Ésta, de todas formas, fue la primera vez que los atenienses rechazaron una invasión extranjera. Algunas de las amazonas que cayeron heridas en el campo de batalla fueron enviadas a Calcis para ser curadas, y Molpadia está enterrada cerca del templo de la Madre Tierra. Otras yacen en Amazonio.

Parece ser que la verdad sobre Antíope fue que sobrevivió a la batalla, y que finalmente Teseo se vio obligado a matarla, tal como había predicho el oráculo de Delfos, cuando entabló una alianza con el rey cretense Deucalión y se casó con su hermana Fedra. La celosa Antíope, que no era su esposa legal, interrumpió los festejos de la boda irrumpiendo totalmente arma-

da, y amenazando a los invitados. Teseo y sus compañeros cerraron apresuradamente las puertas, y la despacharon en un combate encarnizado, aunque ella le había dado un hijo, Hipólito, y jamás había yacido con ningún otro hombre.

FEDRA E HIPÓLITO

Después de casarse con Fedra, Teseo envió a su hijo bastardo Hipólito a Piteo, quien lo adoptó como heredero del trono de Trecén. De este modo, Hipólito no tenía ningún motivo para disputar el derecho de sus hermanos legítimos Acamante y Demofonte, a reinar sobre Atenas.

Hipólito, que había heredado de su madre Antíope la devoción exclusiva por la casta Ártemis, edificó un templo nuevo dedicado a esta diosa en Trecén, no lejos del teatro. En eso Afrodita, decidida a castigarle por lo que ella tomó como un insulto a su persona, se encargó de que cuando Hipólito asistiera a los Misterios Eleusinos, Fedra se enamorara locamente de él.

Ya que en aquel momento Teseo se hallaba de viaje en Tesalia con Pirítoo, Fedra siguió a Hipólito hasta Trecén. Allí erigió el templo de Afrodita Atisbadora para mirar desde lo alto al gimnasio, y diariamente observaba sin ser vista cómo el joven se mantenía en forma, corriendo, saltando, y practicando la lucha libre, completamente desnudo. En el recinto del templo crecía un viejo mirto; Fedra tenía costumbre de pinchar sus hojas, en arrebatos de pasión frustrada, con una horquilla adornada con piedras preciosas. Más tarde, cuando Hipólito asistió a las Fiestas Panateneas y se hospedó en el palacio de Teseo, Fedra utilizaba el templo de Afrodita en la Acrópolis para el mismo propósito.

Fedra no reveló su deseo incestuoso a nadie, pero comía poco, dormía mal, y se volvió tan débil que su vieja nodriza adivinó por fin la verdad, y oficiosamente le imploró que enviara una carta a Hipólito. Así lo hizo Fedra, confesándole su amor, y diciendo que gracias a este amor se había convertido al culto de Árte-

mis, cuyas dos imágenes de madera, traídas de Creta, acababa de rededicar a la diosa. ¿No le gustaría venir un día de cacería? «Nosotras, las mujeres de la casa real de Creta», escribió, «estamos sin duda predestinadas a sufrir deshonra en el amor; fíjate en mi abuela Europa, en mi madre Pasífae, y finalmente ¡en mi propia hermana Ariadna! ¡Oh, desdichada Ariadna, abandonada por tu padre, el desleal Teseo, quien desde entonces ha asesinado a tu real madre —¿por qué no te han castigado las Furias por mostrar una indiferencia tan poco filial por su suerte?— y que sin duda algún día me asesinará a mí! Cuento contigo para que te vengues de él rindiendo homenaje a Afrodita en mi compañía. ¿No podríamos marchar y vivir juntos, durante un tiempo al menos, utilizando como excusa una cacería? Entretanto, nadie puede sospechar los verdaderos sentimientos que sentimos el uno por el otro. Ya vivimos bajo el mismo techo, y nuestro afecto será considerado como algo natural, e incluso digno de elogio.»

Hipólito, horrorizado, quemó esta carta y entró en la cámara de Fedra, gritándole reproches; pero ella se desgarró la ropa, abrió las puertas de la cámara de par en par, y exclamó:

—¡Socorro, socorro! ¡Me han violado!

Luego se colgó del dintel, y dejó una nota acusándole de crímenes monstruosos.

Al recibir la nota, Teseo maldijo a Hipólito, y dio órdenes para que abandonara Atenas de inmediato, y que no regresara jamás. Más tarde recordó los tres deseos que le concedió su padre Posidón, y rezó con fervor para que Hipólito muriera aquel mismo día.

—Padre —suplicó—, ¡haz que una bestia cruce el camino de Hipólito, mientras se dirige hacia Trecén!

Hipólito había salido de Atenas a toda velocidad. Cuando conducía su carro por la parte más angosta del Istmo, una enorme ola, que incluso sobrepasó la Roca Moluria, avanzó rugiendo hacia la costa; y de su cresta saltó un gran lobo marino, bramando y arrojando agua. Los cuatro caballos de Hipólito se desviaron bruscamente hacia el acantilado, enloquecidos de terror, pero como era un auriga muy experto, impidió que cayeran por el borde. La bestia empezó entonces a ga-

lopar de modo amenazador detrás del carro, y el joven no logró mantener su tiro en línea recta. No lejos del santuario de Ártemis Sarónica había un olivo silvestre, y fue en la rama de este olivo donde quedaron atrapadas las riendas de Hipólito. Su carro fue lanzado hacia un lado contra un montón de rocas y quedó roto en pedazos. Hipólito, enredado en las riendas y arrojado primero contra el tronco de un árbol y luego contra las rocas, fue arrastrado por sus caballos hasta morir, mientras el perseguidor desaparecía.

Los atenienses erigieron un túmulo en memoria de Hipólito, cerca del templo de Temis, porque su muerte había sido causada por maleficios. Algunos dicen que Teseo, acusado de haberle asesinado, fue declarado culpable, condenado al ostracismo, y desterrado a Esciros, donde acabó su vida en deshonra y dolor. Pero la creencia más generalizada es que su ruina se debió a un intento de violar a Perséfone.

El espíritu de Hipólito descendió al Tártaro y Ártemis, altamente indignada, suplicó a Asclepio que hiciera revivir su cuerpo. Asclepio abrió las puertas de su botiquín de marfil y sacó la hierba con la que había revivido al cretense Glauco. Con ella tocó tres veces el pecho de Hipólito, repitiendo ciertos ensalmos, y la tercera vez que lo tocó, el muerto levantó la cabeza del suelo. Pero Hades y las tres Parcas, escandalizados por esta violación de privilegios, persuadieron a Zeus para que matara a Asclepio con un rayo.

Lapitas y centauros

Algunos dicen que Pirítoo el lapita era hijo de Ixión y de Día, hija de Deyoneo; otros, que era hijo de Zeus el cual, disfrazado de semental, persiguió a Día antes de seducirla.

Pirítoo, que gobernaba a los magnetes, en la desembocadura del río Peneo, había recibido increíbles informes sobre la fuerza y el valor de Teseo, y un día decidió ponerlos a prueba haciendo una incursión en Ática y llevándose un rebaño de vacas que pacía en Maratón. Teseo salió inmediatamente en su persecución, y

entonces Pirítoo se volvió audazmente para enfrentarse a él; pero fue tal la admiración que cada cual sintió por el noble aspecto del otro, que el rebaño quedó olvidado y los dos se juraron eterna amistad.

Pirítoo se casó con Hipodamía, hija de Butes, e invitó a todos los dioses olímpicos a su boda, exceptuando a Ares y a Éride; recordó el daño causado por Éride en la boda de Peleo y de Tetis. Puesto que vinieron más convidados de los que cabían en el palacio de Pirítoo, sus primos los centauros, junto con Néstor, Ceneo, y otros príncipes tesalios, se sentaron en mesas colocadas en una gran cueva cercana, sombreada por árboles.

Sin embargo, los centauros no estaban acostumbrados al vino, y cuando olfatearon su fragancia, apartaron la leche agria que se les había servido y corrieron a llenar sus cuernos de plata con el vino de los odres. Desconociendo sus efectos, bebieron el fuerte licor a grandes tragos sin mezclarlo con agua, emborrachándose tanto que cuando la novia fue acompañada a la cueva para saludarlos, Euritión se levantó de un salto de su taburete, volcó la mesa y se la llevó de allí, arrastrándola por el cabello. Inmediatamente, los demás centauros siguieron su desvergonzado ejemplo, esparrancándose lascivamente encima de las mujeres y de los muchachos que primero encontraron.

Pirítoo y su paraninfo Teseo corrieron en persecución de Hipodamía, le cortaron las orejas y la nariz a Euritión, y con ayuda de los lapitas lo echaron de la cueva. La lucha que tuvo lugar a continuación, en la cual murió el lapita Ceneo, duró hasta el anochecer; y así fue como empezó la larga enemistad entre los centauros y sus vecinos los lapitas, maquinada por Ares y por Éride en venganza por el desaire que habían recibido.

En esta ocasión los centauros sufrieron una seria derrota, y Teseo les obligó a abandonar sus antiguos terrenos de caza en el monte Pelión y huir a la tierra de los eticios cerca del monte Pindo. Pero no fue tarea fácil subyugar a los centauros, quienes, después de esto y habiendo rehecho sus fuerzas, invadieron el territorio de los lapitas. Cogieron por sorpresa al principal ejército lapita, haciendo una carnicería, y cuando los super-

vivientes huyeron a Fóloe, en Élide, los vengativos centauros los expulsaron y convirtieron Fóloe en una fortaleza de bandidos para uso propio. Finalmente los lapitas se establecieron en Malea.

TESEO EN EL TÁRTARO

Después de la muerte de Hipodamía, Pirítoo persuadió a Teseo, cuya esposa Fedra se había ahorcado hacía poco, a visitar Esparta en su compañía y a raptar a Helena, una hermana de Cástor y de Pólux, los Dioscuros, con quienes ambos ambicionaban estar conectados por vínculos matrimoniales. Juraron apoyarse mutuamente en esta peligrosa empresa, sortear a Helena una vez la hubiesen conquistado, y luego raptar a otra de las hijas de Zeus para el perdedor, fuese cual fuese el peligro que ello implicara.

Habiendo tomado esta decisión, entraron en Lacedemonia al mando de un ejército y luego, cabalgando por delante del grueso de las fuerzas, arrebataron a Helena mientras estaba ofreciendo un sacrificio en el templo de Artemis Erguida en Esparta, y se alejaron con ella a galope. Pronto dejaron atrás a sus perseguidores, librándose de ellos en Tegea, donde, tal como habían convenido, echaron suertes para decidir quién se quedaría con Helena; y Teseo resultó ganador. Sin embargo previó que los atenienses no verían con buenos ojos el que hubiese provocado una pendencia con los temibles Dioscuros, y por ello envió a Helena, que todavía no era núbil, al pueblo ático de Afidna, donde encargó a su amigo Afidno que la cuidara con el mayor esmero y secreto. Etra, la madre de Teseo, acompañó a Helena y la cuidó sumamente bien.

Pasaron algunos años y cuando Helena ya había alcanzado la edad en que Teseo pudiese casarse con ella, Pirítoo le recordó su pacto. Juntos consultaron el oráculo de Zeus, y su respuesta irónica fue:

—¿Por qué no visitáis el Tártaro y exigís a Perséfone, la esposa de Hades, para ser la novia de Pirítoo? Ella es la más noble de todas mis hijas.

Teseo se sintió escandalizado cuando Pirítoo, que

se tomó en serio esta sugerencia, le dijo que debía cumplir su promesa; pero no se atrevió a negarse y poco después descendieron al Tártaro, espada en mano; al poco rato ya estaban llamando a las puertas del palacio de Hades. Hades escuchó con calma su insolente ruego, y simulando hospitalidad, les invitó a que se sentaran. Sin sospechar nada se acomodaron en el diván que él les ofreció, pero resultó ser la Silla del Olvido que inmediatamente se convirtió en su propia carne, de modo que no podían volver a levantarse sin mutilar sus cuerpos. Unas serpientes enroscadas silbaban en torno a ellos, y fueron azotados por las Furias y lacerados por los dientes de Cerbero, mientras Hades los observaba, sonriendo inexorablemente.

Sufrieron este tormento durante cuatro largos años, hasta que Heracles, que cumpliendo órdenes de Eristeo vino a llevarse a Cerbero, los reconoció al ver cómo le alargaban las manos, enmudecidos, suplicándole su ayuda. Perséfone recibió a Heracles como a un hermano, permitiéndole graciosamente que soltara a los malhechores y los llevara nuevamente al aire superior, si acaso podía. Entonces Heracles asió a Teseo fuertemente por las dos manos y tiró de él con fuerza gigantesca hasta que, con un ruido desgarrador, lo arrancó de su asiento; pero un buen trozo de su carne se quedó pegado a la roca, y es éste el motivo por el que los descendientes atenienses de Teseo tienen las nalgas tan absurdamente pequeñas. A continuación agarró las manos de Pirítoo, pero la tierra tembló a modo de aviso, y desistió; después de todo, Pirítoo había sido el alma de esta empresa blasfema.

La muerte de Teseo

Durante la ausencia de Teseo en el Tártaro, los Dioscuros reunieron un ejército de laconios y de arcadios, marcharon sobre Atenas, y exigieron la devolución de Helena. Al ver que los atenienses negaban que la estuvieran protegiendo, o que tuviesen la menor idea de dónde pudiera encontrarse, los Dioscuros empezaron a devastar el país de Ática, hasta que los habitantes

de Decelía, que desaprobaban la conducta de Teseo, los condujeron a Afidna, donde hallaron y rescataron a su hermana. Entonces los Dioscuros arrasaron Afidna; pero los decelianos quedaron exentos de todos los impuestos espartanos y obtuvieron el derecho a ocupar los sitios de honor en los festivales de aquel pueblo: sus tierras fueron las únicas que se salvaron de la Guerra del Peloponeso, cuando los invasores espartanos devastaron Ática.

Se dio el caso de que Péteo, hijo de Orneo y nieto de Erecteo, había sido desterrado por Egeo, y los Dioscuros, para mortificar a Teseo, hicieron que su hijo Menesteo regresara de su exilio, y le nombraron regente de Atenas. Este Menesteo fue el primer demagogo. Durante la ausencia de Teseo en el Tártaro, se congració con el pueblo recordando a los nobles el poder al que habían perdido el derecho con la Federalización, y diciendo a los pobres que se estaban quedando sin país ni religión, y que se habían sometido a un aventurero de origen oscuro, el cual, no obstante, había dejado vacante el trono y, según se rumoreaba, estaba muerto

Cuando Afidna cayó, y Atenas estaba en peligro, Menesteo persuadió al pueblo a acoger a los Dioscuros en la ciudad como sus benefactores y libertadores. De hecho se comportaron muy correctamente, y sólo pidieron ser admitidos en los Misterios Eleusinos, como lo había sido Heracles. Este ruego les fue otorgado, y los Dioscuros se convirtieron en ciudadanos honorarios de Atenas. Afidno fue su padre adoptivo, del mismo modo en que Pilio lo había sido de Heracles en una ocasión similar. Desde entonces se les rendían honores divinos a la salida de su constelación, en agradecimiento a la clemencia que habían mostrado con los plebeyos; y llenos de alegría devolvieron a Helena a Esparta, junto con Etra, la madre de Teseo, y una hermana de Pirítoo que se convirtió en su sierva. Algunos dicen que hallaron a Helena todavía virgen; otros, que Teseo la había dejado encinta y que en Argos, en su viaje de regreso a su casa, dio a luz una niña, Ifigenia, y dedicó un santuario a Ártemis, en agradecimiento por su feliz alumbramiento.

Teseo, que regresó poco después del Tártaro, erigió

inmediatamente un altar dedicado a Heracles el Salvador, y le reconsagró todos sus templos y arboledas con excepción de cuatro de ellas. Sin embargo, las torturas lo habían debilitado muchísimo, y encontró Atenas tan tristemente corrompida por la facción y la sedición, que ya no le fue posible mantener el orden. Después de haber sacado a sus hijos a escondidas de la ciudad de Eubea, donde Elpenor, hijo de Calcodonte, los había protegido, y de haber luego maldecido solemnemente el pueblo de Atenas desde el monte Gargeto, zarpó hacia Creta, donde Deucalión había prometido cobijarle.

Una tormenta hizo que la nave se desviase de su rumbo, y la primera tierra que avistaron fue la isla de Esciros, cerca de Eubea, donde el rey Licomedes, a pesar de ser amigo íntimo de Menesteo, lo recibió con todo el esplendor debido a su fama y linaje. Teseo, que había heredado una hacienda en Esciros, pidió permiso para establecerse allí. Pero Licomedes hacía ya tiempo que consideraba esta hacienda como suya y so pretexto de mostrar a Teseo sus límites, le indujo engañosamente a subir a la cima de un alto peñasco, lo empujó por el precipicio y luego hizo creer que había caído accidentalmente mientras paseaba, borracho, después de un almuerzo.

Menesteo, que había quedado en posesión absoluta del trono, fue uno de los pretendientes de Helena, y dirigió las fuerzas atenienses a Troya, donde alcanzó gran fama como estratega pero fue muerto en batalla. Los hijos de Teseo le sucedieron.

Teseo tocaba con gran destreza la lira y junto con Heracles y Hermes se ha convertido ahora en patrón de todos los gimnasios y de todas las escuelas de lucha libre de Grecia. Su parecido con Heracles es proverbial. Participó en la gran Cacería de Calidón, se vengó de los campeones que cayeron en Tebas, y el único motivo por el que no llegó a ser uno de los argonautas fue que estaba detenido en el Tártaro cuando éstos zarparon hacia Cólquide.

Los esclavos y labriegos maltratados, cuyos antepasados se habían dirigido a él para ser protegidos contra sus opresores, solían buscar refugio en su santuario,

donde se le ofrecían sacrificios el octavo día de cada mes. Es posible que se eligiera este día porque la primera vez que llegó a Atenas procedente de Trecén fue el octavo día de Hecatombeón, y porque regresó de Creta el octavo día de Pianepsión. O tal vez porque era hijo de Posidón: pues los hechos de Posidón también se celebran en aquel día del mes, ya que el ocho, al ser el primer cubo de un número par, representa el poder inquebrantable de Posidón.

5. TEBAS Y MICENAS



La esfinge preguntando a Edipo. Jarrón ático (Museo Vaticano)

Edipo

Layo, hijo de Lábdaco, se casó con Yocasta, y gobernó Tebas. Apenado porque al cabo de mucho tiempo todavía no había tenido hijos, consultó secretamente el oráculo de Delfos, el cual le informó que esto para él representaba una bendición, ya que cualquier hijo que naciera de Yocasta se convertiría en un asesino. Por consiguiente repudió a Yocasta, sin darle ninguna explicación por la decisión tomada, cosa que la irritó hasta tal punto que, después de haberle emborrachado, consiguió mañosamente que volviera a sus brazos en cuanto hubo anochecido. Cuando, nueve meses más tarde, Yocasta dio a luz un niño, Layo lo arrebató de los brazos de la niñera, le agujereó los pies con un clavo, y después de atárselos, lo dejó abandonado en el monte Citerón.

Sin embargo, las Parcas habían decretado que este niño alcanzaría una vigorosa vejez. Un pastor corintio lo encontró, le puso por nombre Edipo, porque tenía los pies deformados por la herida del clavo, y se lo llevó a Corinto. Allí reinaba por aquel entonces el rey Pólibo, y como no tenía hijos, se alegró de poder criar a Edipo como si fuera un hijo propio.

Un día en que un joven corintio se burló de él diciendo que no se parecía en lo más mínimo a sus supuestos padres, Edipo fue a preguntar al oráculo délfico cuál era el futuro que le aguardaba.

—¡Aléjate, desgraciado! —exclamó la pitonisa con repugnancia—. ¡Matarás a tu padre y te casarás con tu madre!

Puesto que Edipo amaba a Pólibo y a Peribea, su reina, decidió inmediatamente no regresar a Corinto. Pero en el angosto desfiladero entre Delfos y Dáulide quiso el azar que se encontrara con Layo, quien le ordenó bruscamente que se apartara del camino para

dejar paso a sus superiores. Layo viajaba en carro y Edipo iba a pie. Edipo replicó que únicamente reconocía como superiores a los dioses y a sus propios padres.

—¡Tanto peor para ti! —exclamó Layo y ordenó a su auriga Polifontes que siguiera adelante. Una de las ruedas magulló el pie de Edipo y llevado por la cólera, dio muerte a Polifontes con su lanza. Luego arrojó a Layo a la carretera donde cayó enredado en las riendas, y arreó a latigazos a las caballerías, haciéndole morir arrastrado. El rey de Plateas tuvo que enterrar ambos cuerpos.

Layo se estaba dirigiendo al oráculo, para preguntar qué debía hacer para librar Tebas de la Esfinge. Este monstruo, con cabeza de mujer, cuerpo de león, cola de serpiente y alas de águila, había volado hasta Tebas desde el punto más lejano de Etiopía. Hera la había enviado recientemente para castigar la ciudad de Tebas porque Layo había raptado al niño Crisipo. Habiéndose establecido cerca de la ciudad, la Esfinge proponía a todos los caminantes tebanos este acertijo que le habían enseñado las Tres Musas:

—¿Cuál es el ser, con una sola voz, que tiene a veces dos pies, otras tres, otras cuatro, y que es más débil cuantos más tiene?

A los que no podían adivinar el acertijo los estrangulaba y devoraba en el acto.

Cuando Edipo se aproximaba a Tebas, adivinó la respuesta.

—El hombre —dijo— porque anda a gatas cuando es pequeño, se mantiene firme sobre sus dos pies en su juventud, y se apoya en un bastón en la vejez.

Sintiéndose humillada, la Esfinge saltó del monte Ficio, estrellándose contra el suelo del valle. En vista de esto los tebanos le aclamaron rey, y se casó con Yocasta, sin saber que era su madre.

Entonces cayó una peste sobre Tebas, y el oráculo délfico, al ser nuevamente consultado, respondió:

—¡Expulsad al asesino de Layo!

Edipo, que ignoraba con quién se había encontrado en el desfiladero, maldijo públicamente al asesino de Layo y lo sentenció al exilio.

El ciego Tiresias, el más célebre adivino de Grecia en aquellos tiempos, exigió entonces entrevistarse con Edipo. Algunos dicen que en cierta ocasión, en el monte Cilene, Tiresias había visto a dos serpientes cuando se estaban copulando. Al atacarle las dos serpientes, él las golpeó con su bastón, matando a la hembra. Inmediatamente Tiresias fue transformado en mujer y llegó a ser una famosa ramera; pero siete años más tarde acertó a ver la misma escena en el mismo lugar, y en esta ocasión recobró su virilidad dando muerte a la serpiente macho.

Cierta vez Hera reprochó a Zeus por sus múltiples infidelidades. Él las defendió sosteniendo que, de todos modos, cuando compartía el lecho con ella, ella pasaba un rato muchísimo más agradable, pues obtenía infinitamente más placer del acto sexual que él.

—¡Qué tonterías! —exclamó Hera.

Tiresias, que fue llamado para poner fin a la discusión basándose en su experiencia personal, respondió:

Si el placer del amor en diez partes dividía
Tres por tres a las mujeres, una a los hombres daría.

Hera estaba tan exasperada por la sonrisa triunfal de Zeus, que cegó a Tiresias; pero Zeus le compensó con visión interna, y con una vida extendida a siete generaciones.

En aquella ocasión Tiresias se presentó en la corte de Edipo, y reveló a éste la voluntad de los dioses: que cesaría la peste sólo si un Hombre Sembrado muriera por la ciudad. El padre de Yocasta, Meneceo, uno de los que habían surgido de la tierra cuando Cadmo sembró los dientes de la serpiente, se arrojó inmediatamente desde lo alto de las murallas.

Tiresias entonces siguió anunciando:

—Ahora cesará la peste. Pero los dioses habían pensado en otra persona, en alguien que ha matado a su padre y se ha casado con su madre. Sabed, reina Yocasta, ¡que se trata de vuestro esposo Edipo!

Al principio, nadie quiso creer a Tiresias, pero pronto sus palabras quedaron confirmadas por una carta

enviada por Peribea desde Corinto. Escribió diciendo que la súbita muerte del rey Pólibo le permitía ahora revelar las circunstancias de la adopción de Edipo. Yocasta, llena de vergüenza y dolor, se ahorcó, mientras que Edipo se cegó con un alfiler que sacó de su vestido.

Algunos dicen que Creonte, el hermano de Edipo, lo expulsó y que éste, después de vagar durante muchos años de país en país, guiado por su fiel hija Antígona, llegó finalmente a Colono, en Ática. Las Erinias, que tienen allí una arboleda, le dieron caza hasta matarlo, y Teseo enterró su cuerpo en el recinto de los Solemnes, en Atenas, llorándole al lado de Antígona.

Los siete contra Tebas

Tantos príncipes visitaron Argos con la esperanza de casarse con Egialea, o con Deípile, las hijas del rey Adrasto, que ante el temor de crear enemigos poderosos si elegía a dos de ellos, cualesquiera que fuesen, por yernos, consultó el oráculo délfico. La respuesta de Apolo fue ésta:

—Engancha a un carro de dos ruedas el jabalí y el león que luchan en tu palacio.

Entre los pretendientes menos afortunados se encontraban Polinices y Tideo. Polinices y su hermano gemelo Eteocles habían sido elegidos reyes conjuntos de Tebas después del destierro de Edipo, su padre. Convinieron en reinar durante años alternos, pero Eteocles, a quien le correspondió el primer mandato, no quiso renunciar al trono al final del año, alegando la mala disposición mostrada por Polinices, y lo desterró de la ciudad. Tideo, hijo de Eneo de Calidón, había matado a su hermano Melanipo en una cacería; aunque declaró que había sido un accidente, se había profetizado que Melanipo le mataría a él, y por consiguiente los calidonios se figuraron que había intentado impedir su destino, y también él fue desterrado.

Pues bien, el emblema de Tebas es un león, y el emblema de Calidón un jabalí; y los dos pretendientes fugitivos ostentaban estas figuras en sus escudos. Adras-

to, atento a la profecía, casó por este motivo a Egialea con Polinices y a Deípile con Tideo, prometiendo que ambos príncipes recuperarían sus tronos; pero dijo que marcharía sobre Tebas primero, pues quedaba más cerca.

Adrasto reunió a sus jefes argivos, y les pidió que se armaran y que empezaran a marchar en dirección a levante. De estos campeones, Anfiarao, previendo que todos menos Adrasto morirían luchando contra Tebas, al principio se negó a ir.

Pero se daba el caso de que Erifila, la hermana de Adrasto, estaba casada con Anfiarao. Así pues, Tideo llamó a Polinices y le dijo:

—Erifila teme estar perdiendo su belleza; si tú le ofrecieras el collar mágico que Afrodita le entregó como regalo de bodas a tu antepasada Harmonía, la esposa de Cadmo, pronto obligaría a Anfiarao a venir con nosotros.

Esto se hizo discretamente, y la expedición salió, marchando a través de Nemea, donde reinaba Licurgo. Cuando le pidieron permiso para que las tropas se aprovisionaran de agua en su país, Licurgo se lo concedió, y su sierva Hipsípila los acompañó a la fuente más cercana. Hipsípila era la niñera del hijo de Licurgo, que se llamaba Ofeltes. Dejó al niño en el suelo un momento mientras guiaba al ejército argivo al manantial, cuando una serpiente se enroscó alrededor de sus miembros y lo mordió de muerte. Cuando Adrasto y sus hombres regresaron de la fuente ya era demasiado tarde: sólo llegaron a tiempo para matar a la serpiente y enterrar al niño. Al advertirles Anfiarao de que esto era una señal de mal agüero, instituyeron los Juegos Nemeos en honor al niño.

Cuando llegaron a Citerón, Adrasto envió a Tideo, en calidad de heraldo, a visitar a los tebanos, para exigir que Eteocles renunciara al trono a favor de Polinices. Al ver que le negaban la petición, Tideo desafió a sus jefes a luchar en combate singular, uno tras otro, y salió victorioso de cada encuentro; pronto ningún tebano se atrevió a presentarse. Entonces los argivos se aproximaron a las murallas de la ciudad, y cada

uno de los campeones tomó su posición frente a una de las siete puertas.

Al ser consultado por Eteocles, el adivino Tiresias profetizó que los tebanos sólo saldrían victoriosos si un príncipe de la casa real se ofreciese libremente a Ares en sacrificio; en seguida Meneceo, hijo de Creonte, se mató delante de las puertas de la ciudad. La profecía de Tiresias se cumplió: en efecto, los tebanos fueron derrotados en una escaramuza y se retiraron a la ciudad; pero apenas Capaneo había apoyado una escala contra la muralla y había empezado a subir por ella cuando Zeus lo fulminó con un rayo. En vista de esto, los tebanos cobraron valor, haciendo una salida furiosa y matando a tres más de los siete campeones.

Para impedir más matanzas, Polinices se ofreció a decidir la sucesión del trono mediante un combate singular con Eteocles. Eteocles aceptó el reto y ambos se hirieron de muerte. Entonces Creonte, su tío, tomó el mando y derrotó por completo a los desalentados argivos. Anfiarao huyó en su carro por la ribera del río Ismeno y estaba a punto de ser atravesado por la espalda por el arma de un tebano que le perseguía cuando Zeus abrió la tierra con un rayo y el argivo desapareció sin dejar rastro, con carro y todo, y ahora reina con vida entre los muertos.

Viendo que el día estaba perdido, Adrasto escapó; pero más tarde, al enterarse de que Creonte no permitía que sus enemigos muertos recibieran sepultura, se dirigió a Atenas para suplicar ayuda y persuadió a Teseo a efectuar una marcha sobre Tebas y castigar la impiedad de Creonte. Teseo tomó la ciudad en un ataque sorpresa, encarceló a Creonte, y entregó los cadáveres de los campeones muertos a sus familiares.

Pero antes de la llegada de Teseo a Tebas, Antígona, la hermana de Eteocles y de Polinices, había desobedecido las órdenes de Creonte al construir secretamente una pira y colocar sobre ella el cuerpo de Polinices. Creonte se dio cuenta, y al ir a investigar, sorprendió a Antígona en pleno acto de desobediencia. Mandó llamar a su hijo Hemón, a quien había estado prometida Antígona, y le ordenó que la enterrase viva en la tumba de Polinices. Hemón simuló estar dispuesto a

hacer lo que le mandaban, pero en lugar de eso, se casó con Antígona en secreto y la envió a vivir entre sus pastores. Ella le dio un hijo quien, muchos años más tarde, vino a Tebas y participó en ciertos juegos fúnebres; pero Creonte, que todavía era el rey de Tebas, adivinó su identidad por la marca de serpiente en su cuerpo, que llevaban todos los descendientes de Cadmo, y lo sentenció a muerte. Heracles intercedió por su vida, pero Creonte se mostró inflexible; en vista de esto, Hemón mató a Antígona y luego se suicidó.

Los Epígonos

Los hijos de los siete campeones que habían caído en Tebas juraron vengarse de sus padres. Se conocen bajo el nombre de Epígonos. El oráculo délfico les prometió la victoria si Alcmeón, hijo de Anfiarao, asumía el mando. Pero él no sentía ningún deseo de atacar Tebas, y discutió acaloradamente con sus hermano Anfíloco sobre la conveniencia de la campaña. Al ver que no lograban estar de acuerdo sobre si debía hacerse o no la guerra, la decisión fue remitida a la madre de ambos, Erifila. A Tersandro, hijo de Polinices, la situación le resultó familiar, y en consecuencia siguió el ejemplo de su padre: sobornó a Erífila con la túnica mágica que Atenea había regalado a su antepasada Harmonía el mismo día en que Afrodita le había dado el collar mágico. Erifila se decidió por la guerra, y Alcmeón asumió el mando contra su voluntad.

En una batalla que se libró ante las murallas de Tebas, los Epígonos perdieron a Egialeo, hijo de Adrasto, y el adivino Tiresias advirtió a los tebanos que su ciudad iba a ser saqueada. Las murallas, anunció, estaban predestinadas a permanecer en pie sólo mientras al menos uno de los siete campeones originales siguiera con vida, y Adrasto, que era entonces el único superviviente, moriría de pena cuando se enterara de la muerte de Egialeo. En consecuencia, el camino más prudente a seguir por los tebanos era el de huir aquella misma noche. Tiresias añadió que le daba igual que siguieran o dejaran de seguir su consejo; estaba

escrito que él moriría en cuanto Tebas cayera en manos argivas. Así pues, los tebanos huyeron al amparo de la noche, dirigiéndose hacia el norte con sus esposas, sus hijos, sus armas y unos cuantos bienes, y cuando ya hubieron viajado suficientemente lejos, mandaron hacer el alto y fundaron la ciudad de Hestiea. Al amanecer, Tiresias, que iba con ellos, se detuvo para beber en el manantial de Tilfusa y falleció repentinamente.

Aquel mismo día, que fue el mismo en que Adrasto tuvo la noticia de la muerte de Egialeo y murió de pena, los argivos, al descubrir que Tebas había sido evacuada, forzaron la entrada, arrasaron los muros, y recogieron los despojos. Enviaron lo mejor del botín a Apolo, en Delfos, incluyendo a Manto, la hija de Tiresias, que se había quedado atrás; y ella se convirtió en su pitonisa.

Pero este no fue el fin del asunto. Tersandro se jactó casualmente, en presencia de Alcmeón, de que casi todo el mérito de la victoria argiva era suyo, pues sobornó a Erifila, del mismo modo en que lo había hecho su padre antes que él, para que diera las órdenes de emprender la marcha. Así fue como Alcmeón se enteró por vez primera que la vanidad de Erifila había causado la muerte de su padre, y que pudo muy bien haber causado la suya propia. Consultó el oráculo délfico, y Apolo respondió que Erifila merecía morir. Alcmeón interpretó equivocadamente estas palabras como una dispensación del matricidio y en efecto, a su regreso dio muerte a Erifila. Pero cuando se estaba muriendo, Erifila maldijo a Alcmeón con estas palabras:

—¡Países del mundo entero: no deis cobijo a mi asesino!

Desde aquel momento las vengadoras Erinias lo persiguieron y enloquecieron.

Alcmeón huyó primero a Tesprotia y luego a Psófide, donde el rey Fegeo lo purificó en honor a Apolo. Fegeo lo casó con su hija Arsínoe, a quien Alcmeón entregó el collar y la túnica, que había traído en su equipaje. Pero las Erinias, haciendo caso omiso de su purificación, continuaron atormentándole, y la tierra de Psófide se volvió estéril por su culpa. Entonces el

oráculo de Delfos aconsejó a Alcmeón que se acercara al dios-río Aqueloo, por quien volvió a ser purificado; se casó con Calírroe, y se estableció en la tierra que recientemente se había formado con los sedimentos del río, y que no había estado incluida en la prohibición de Erifila. Allí vivió en paz durante un tiempo.

Un año más tarde Calírroe, temiendo que podría perder su belleza, se negó a admitir a Alcmeón en su lecho a no ser que él le entregara la famosa túnica y el famoso collar. Por amor a Calírroe se atrevió a regresar a Psófide y allí engañó a Fegeo: sin hacer mención alguna de su matrimonio con Calírroe, inventó una profecía del oráculo délfico según la cual jamás lograría deshacerse de las Erinias hasta haber dedicado tanto la túnica como el collar al santuario de Apolo. Al oír esto, Fegeo mandó a Arsínoe que se los entregara, cosa que hizo gustosamente, pues creía que regresaría a su lado en cuanto las Erinias dejaran de acosarle. Pero uno de los sirvientes soltó la verdad y Fegeo se encolerizó tanto que ordenó a sus hijos matar a Alcmeón en cuanto saliera del palacio. Arsínoe fue testigo del asesinato, y como ignoraba su duplicidad, empezó a reprender a gritos a su padre y a sus hermanos. Fegeo le suplicó que se callara y le escuchara; pero Arsínoe se tapó los dos oídos y deseó que una muerte violenta se lo llevara a él y a sus hermanos antes de la próxima luna nueva. Para desquitarse, Fegeo la encerró en un cofre y la entregó como esclava al rey de Nemea, diciendo al mismo tiempo a sus hijos:

—Llevad esta túnica y este collar a Apolo de Delfos. Él se encargará de que no cause más daño.

Entretanto Calírroe, enterada de lo que había ocurrido en Psófide, rezó para que los pequeños hijos que tenía de Alcmeón se convirtieran en hombres crecidos en un día, y vengaran su asesinato. Zeus escuchó su plegaria, y sus hijos fueron a Nemea, donde, como ya sabían, los hijos de Fegeo se habían detenido en su viaje de regreso de Delfos con la esperanza de poder persuadir a Arsínoe a retirar su maldición. Pero ella no quiso escucharles a ellos tampoco, y los hijos de Calírroe, después de sorprenderlos y darles muerte, corrieron a Psófide y mataron a Fegeo antes de que la

siguiente luna apareciese en el firmamento. Puesto que ningún rey ni dios-río de Grecia consintió en purificarles de sus crímenes, viajaron hacia poniente hasta llegar a Epiro y colonizaron la región de Acarnania, que recibió su nombre en honor al mayor de los dos, Acarnán.

TÁNTALO

Existen desacuerdos sobre el linaje y el origen de Tántalo. Su madre fue Pluto, una hija de Crono y de Rea, o, según algunos, de Océano y de Tetis; y su padre fue o bien Zeus, o Tmolo, la deidad con guirnalda de roble del monte Tmolo el cual, junto con su esposa Ónfale, gobernaba el reino de Lidia y había juzgado el concurso entre Pan y Apolo.

Con su esposa Eurianasa, hija del dios-río Pactolo, tuvo por hijos a Pélope, Níobe y Bróteas. Sin embargo algunos dicen que Pélope era un bastardo, o el hijo de Atlante y de la ninfa Linos.

Tántalo era amigo íntimo de Zeus, quien lo admitió a los banquetes olímpicos de néctar y ambrosía hasta que, trastornado por su buena fortuna, delató los secretos de Zeus y robó los alimentos divinos para compartirlos con sus amigos mortales. Antes de que este crimen pudiese ser descubierto, cometió uno peor. Después de haber invitado a los olímpicos a un banquete en el monte Sípilo, Tántalo se dio cuenta de que la comida que tenía en su despensa no era suficiente para sus convidados, y entonces, no se sabe si para poner a prueba la omnisciencia de Zeus, o sencillamente como muestra de su buena voluntad, cortó en pedazos a su hijo Pélope, y los añadió al cocido que había preparado para ellos, igual que habían hecho los hijos de Licaón con su hermano Níctimo cuando en Arcadia tuvieron por huésped a Zeus. Todos los dioses reconocieron lo que tenían en su tajadero y se retiraron horrorizados, todos menos Deméter quien estaba tan aturdida por la pérdida de Perséfone, que se comió la carne del hombro izquierdo.

Por estos dos crímenes Tántalo fue castigado con la

ruina de su reino, y después de su muerte por mano de Zeus, con sufrir tormento eterno en compañía de Ixión, Sísifo, Ticio, las Danaides, y otros. Ahora está suspendido de la rama de un árbol frutal que se inclina sobre un lago pantanoso, consumido perennemente por hambre y sed. Las olas del lago le tocan la cintura, y algunas veces le llegan hasta la barbilla, pero cada vez que se inclina para beber retroceden, y no queda nada más que el negro fango a sus pies; o, si alguna vez logra sacar un poco de agua con las manos, se le escurre entre los dedos y lo único que consigue es mojarse los agrietados labios, quedándose más sediento que nunca. El árbol está cargado de peras, manzanas relucientes, higos dulces, aceitunas maduras y granadas que cuelgan sobre sus hombros; pero cada vez que intenta alcanzar una suculenta fruta, una ráfaga de aire las pone fuera de su alcance.

Además, una enorme piedra, un risco del monte Sípilo, sobresale por encima de su árbol y amenaza eternamente con aplastar el cráneo de Tántalo. Este es el castigo por su tercer crimen, a saber, robo, agravado por perjurio. Un día, cuando Zeus era todavía un infante en Creta, amamantado por la cabra Amaltea, Hefesto había fabricado para Hera un mastín de oro que le sirviera para guardar al niño; este mastín se convirtió más adelante en el guardián de su templo en Dicte. Pero Pandáreo, hijo de Mérope, oriundo de Mileto, se atrevió a robar el mastín, y lo llevó a Tántalo para que lo custodiara en el monte Sípilo. Cuando hubo cesado la alarma, Pandáreo le pidió a Tántalo que se lo devolviera, pero Tántalo juró por Zeus que ni había visto ni oído hablar de un perro de oro. Al llegar este juramento a oídos de Zeus, Hermes recibió órdenes de investigar el asunto; y aunque Tántalo siguió perjurándose, Hermes recuperó el perro por la fuerza o mediante un ardid, y Zeus aplastó a Tántalo bajo un peñasco del monte Sípilo.

Después de castigar a Tántalo, Zeus se complació en hacer revivir a Pélope; y para ello ordenó a Hermes que recogiera sus miembros y volviera a hervirlos en la misma caldera, a la que había hechizado. Entonces la Parca Cloto volvió a articularlos, Deméter le dio un

sólido hombro de marfil para reemplazar el que ella había roído por completo, y Rea le infundió vida con su aliento, mientras la cabra Pan bailaba de contento.

Pélope salió de la caldera revestido de tan radiante belleza que Posidón se enamoró de él al instante, y se lo llevó consigo al Olimpo en un carro tirado por caballerías de oro. Allí le nombró su copero y compañero de lecho, del mismo modo en que Zeus, más tarde, nombró a Ganimedes, y lo alimentó con ambrosía. La primera vez que Pélope se dio cuenta de que su hombro izquierdo era de marfil fue cuando se descubrió el pecho en señal de duelo por su hermana Níobe. Todos los verdaderos descendientes de Pélope llevan esta marca, y después de su muerte, el omóplato de marfil fue guardado en Pisa.

Bróteas, el feo hijo de Tántalo, esculpió la imagen más antigua de la Madre de todos los Dioses, que todavía puede verse en la Peña Codina, al norte del monte Sípilo. Fue un cazador famoso, pero se negó a honrar a Ártemis, y ésta lo enloqueció; exclamando a grandes voces que ninguna llama podía quemarle, se arrojó sobre una pira encendida y dejó que las llamas lo consumiesen.

PÉLOPE Y ENÓMAO

Pélope heredó el trono de Paflagonia de su padre Tántalo, y durante un tiempo residió en Enete, a orillas del mar Negro, desde donde también gobernaba a los lidios y a los frigios. Pero los bárbaros le expulsaron de Paflagonia y entonces se retiró al monte Sípilo en Lidia, su sede ancestral. En vista de que Ilo, rey de Troya, no le dejaba vivir en paz ni siquiera allí, sino que le ordenó que reanudara su viaje, Pélope llevó sus fabulosos tesoros al otro lado del mar Egeo. Estaba resuelto a crear un nuevo hogar para sí mismo y para su gran multitud de seguidores, pero antes quería solicitar la mano de Hipodamía, hija del rey Enómao, el arcadio, que gobernaba Pisa y Élide.

No se sabe con certeza si un oráculo le había avisa-

do que su yerno le mataría, o si él mismo se había enamorado de Hipodamía; pero Enómao ideó una nueva forma de impedir que algún día pudiese llegar a casarse. Desafió a cada uno de los pretendientes de Hipodamía por turno a una carrera de carros, y trazó una larga pista desde Pisa, que se encuentra junto al río Alfeo, frente a Olimpia, hasta el altar de Posidón en el Istmo de Corinto. Enómao insistió que Hipodamía debía cabalgar junto a cada pretendiente, distrayendo de este modo su atención de las caballerías, pero le permitía salir con una ventaja de media hora, más o menos, mientras él sacrificaba un carnero en el altar de Zeus Guerrero en Olimpia. Entonces ambos carros corrían hacia el Istmo y si Enómao adelantaba al pretendiente, éste debía morir; pero si, por el contrario, ganaba la carrera, Hipodamía sería suya y Enómao debía morir. Sin embargo, puesto que las yeguas engendradas por el viento, Psila y Harpina, que le había regalado Ares, eran sin lugar a dudas las mejores de toda Grecia, y más veloces incluso que el Viento del Norte, y puesto que su carro, conducido hábilmente por Mirtilo, estaba diseñado especialmente para las carreras, jamás había fracasado en su propósito de adelantar a su rival y traspasarlo con su lanza, otro obsequio de Ares.

Mirtilo, el auriga de Enómao, era hijo de Hermes y de Teóbule. Él también se había enamorado de Hipodamía, pero no se atrevía a participar en el concurso. Entretanto, los olímpicos habían decidido intervenir y poner fin a la matanza, porque Enómao se jactaba de que un día construiría un templo hecho de cráneos, como lo habían hecho Eveno, Diomedes y Anteo. Así pues, cuando Pélope, después de desembarcar en Élide, suplicó a su amante Posidón, a quien invocó con un sacrificio en la playa, que le proporcionara el carro más veloz del mundo para poder cortejar a Hipodamía, o si no, que contuviera el ímpetu de la lanza de bronce de Enómao, Posidón estuvo encantado de poder prestarle su ayuda. Pronto Pélope se vio dueño de un carro alado de oro, que podía correr por encima del mar sin mojar sus ejes, y cuyo tiro lo constituían unos caballos incansables, alados e inmortales.

Después de visitar el monte Sípilo y de dedicar una imagen hecha de madera verde de mirto a la diosa Afrodita Temnia, Pélope probó su carro cruzando con él el mar Egeo. Casi sin darle tiempo a mirar a su alrededor, ya había llegado a Lesbos, donde el auriga Cilas murió a causa de la velocidad del vuelo. Pélope pasó la noche en Lesbos, y en un sueño, vio el espíritu de Cilas lamentando su suerte, y reclamando honores heroicos. Al amanecer, quemó su cuerpo, erigió un túmulo sobre sus cenizas, y fundó el santuario de Apolo Cilano cerca de allí. Luego volvió a partir, conduciendo él mismo su carro.

Cuando llegó a Pisa, Pélope se alarmó al ver la hilera de cabezas clavadas encima de las puertas del palacio, y empezó a lamentar su ambición. Por consiguiente, prometió a Mirtilo que si traicionaba a su amo, le daría la mitad del reino y el privilegio de pasar la noche de bodas con Hipodamía cuando la hubiese ganado.

Antes de apuntarse a la carrera, Pélope ofreció un sacrificio a Atenea de Cidonia. Algunos dicen que el espíritu de Cilas se le apareció y se comprometió a ayudarle; otros, que su auriga fue Esfero; pero la creencia más generalizada es que él mismo condujo sus caballerías, con Hipodamía de pie a su lado.

Mientras tanto, Hipodamía se había enamorado de Pélope, y lejos de dificultar sus progresos, había ofrecido ella misma recompensar generosamente a Mirtilo si de algún modo pudiese obstaculizarse la carrera de su padre. Así pues, Mirtilo sacó las clavijas de los ejes del carro de Enómao, y las sustituyó por otras hechas de cera. Al acercarse los carros al Istmo y en el momento en que Enómao, en su enérgica persecución, estaba apuntando su lanza, dispuesto a clavársela a Pélope por la espalda, las ruedas del carro salieron volando y cayó enredado entre los restos del vehículo, siendo arrastrado hasta su muerte. Más tarde su espíritu vagaba alrededor de la estatua «excitacaballos» en Olimpia. Pero Enómao, antes de morir, maldijo a Mirtilo, y rezó para que pereciera a manos de Pélope.

Entonces Pélope, Hipodamía y Mirtilo salieron a dar un paseo, al atardecer, cruzando el mar en carro.

—¡Ay de mí! —exclamó Hipodamía—. ¡No he bebido nada en todo el día y estoy muerta de sed!

El sol se estaba poniendo y Pélope detuvo su carro en la isla desierta de Helene, que queda cerca de la isla de Eubea, y subió a la playa en busca de agua. Cuando regresó con el casco lleno, Hipodamía corrió hacia él llorando y se quejó de que Mirtilo había intentado violarla. Pélope reprendió severamente a Mirtilo, y le golpeó la cara, pero Mirtilo protestó indignado:

—Esta es la noche de bodas, en la que juraste que podría gozar a Hipodamía. ¿Acaso vas a faltar a tu promesa?

Pélope no respondió, limitándose a tomar las riendas de manos de Mirtilo y seguir adelante. Cuando se aproximaban al cabo Geresto, Pélope de pronto le dio una patada a Mirtilo que lo hizo salir volando y caer de cabeza al mar; y Mirtilo, mientras se hundía, maldijo a Pélope y a toda su raza.

Hermes colocó la imagen de Mirtilo entre las estrellas formando la constelación del Auriga; pero el mar arrojó su cuerpo sobre la costa de Eubea y fue enterrado en Feneo, en Arcadia, detrás del templo de Hermes.

Pélope siguió conduciendo, hasta que llegó al extremo occidental de la corriente del Océano, donde Hefesto lo limpió de toda culpa de sangre; después regresó a Pisa y sucedió a la corona de Enómao. Pronto subyugó casi todo lo que en aquel entonces se conocía por Apia, o Pelasgiótide, y le cambió el nombre por el de Peloponeso, que significaba «la isla de Pélope», en honor a sí mismo. Su valor, sabiduría, riqueza, y sus numerosos hijos le hicieron ganar la envidia y la veneración de toda Grecia.

Para expiar el asesinato de Mirtilo, que era hijo de Hermes, Pélope construyó el primer templo de Hermes en el Peloponeso; también intentó desenojar al espíritu de Mirtilo, construyéndole un cenotafio en el hipódromo de Olimpia, y rindiéndole honores de héroe. Algunos dicen que no era Enómao el verdadero Excitacaballos: era el fantasma de Mirtilo.

Sobre la tumba de los desafortunados pretendientes de Hipodamía, en el lado opuesto del río Alfeo, Pélope

erigió un túmulo muy alto, rindiéndoles también a ellos honores heroicos; y a un estadio de distancia, más o menos, se alzaba el santuario de Ártemis Cordax, llamado así porque los seguidores de Pélope que habitaban aquel lugar celebraban sus victorias bailando la Danza de la Cuerda, que habían traído de Lidia.

Atreo y Tiestes

El padre de Euristeo, Esténelo, después de haber desterrado a Anfitrión, y de haberse apoderado del trono de Micenas, mandó venir a Atreo y a Tiestes, sus cuñados, y los instaló en la cercana ciudad de Midea. Unos años más tarde, cuando tanto Esténelo como Euristeo estaban muertos, un oráculo aconsejó a los habitantes de Micenas que eligiesen un príncipe de la casa pelópida para gobernarlos. Así pues, pidió a Atreo y a Tiestes que vinieran de Midea y debatieran cuál de estos dos (que estaban predestinados a estar siempre reñidos) debía ser coronado rey.

Pues bien, Atreo había jurado en una ocasión que sacrificaría lo mejor de sus rebaños a Ártemis; y Hermes, ansioso por vengar la muerte de Mirtilo en los Pelópidas, consultó con su viejo amigo, la cabra Pan, quien hizo que apareciese un cordero cornudo con el vellón de oro en medio del rebaño acarnanio que Pélope había dejado a sus hijos Atreo y Tiestes. Previó que Atreo lo reclamaría como suyo, y que, debido a su poca disposición por rendir a Ártemis los honores que le correspondían, se embrollaría en una guerra fratricida con Tiestes. Atreo cumplió su promesa, al menos en parte, al sacrificar la carne del cordero; pero luego disecó el vellón y lo guardó bajo llave en un cofre. Llegó a sentirse tan orgulloso de aquel tesoro, que parecía tener vida propia, que no podía evitar jactarse de ello en la plaza del mercado, y el envidioso Tiestes, por quien Aérope, la recién casada esposa de Atreo, había concebido una pasión, convino en ser su amante si ella le entregaba el cordero. Pues Ártemis había hechizado el vellón, y todo esto lo había tramado la diosa.

En el debate Atreo reclamó el trono de Micenas por

derecho de primogenitura, y también por ser poseedor del cordero.

—Así pues, ¿declaras públicamente que su dueño deberá ser el rey? —le preguntó Tiestes.

—Así es —respondió Atreo.

—Y yo asiento —dijo Tiestes, sonriendo inexorablemente.

Entonces un heraldo convocó a la gente de Micenas para que aclamaran a su nuevo rey, pero Tiestes se levantó inesperadamente recriminándole por ser un fanfarrón vanaglorioso, y acompañó a los magistrados a su casa, donde les mostró el cordero, justificó su derecho a poseerlo, y fue proclamado rey legítimo de Micenas.

Sin embargo, Zeus estaba a favor de Atreo, y mandó a Hermes a visitarle y decirle:

—Llama a Tiestes, y pregúntale si está dispuesto a renunciar al trono a tu favor si el sol llega a retroceder en la esfera.

Atreo hizo lo que le mandaban, y Tiestes convino en abdicar si tal portento sucediese. Entonces Zeus invirtió las leyes de la Naturaleza. Helio, que ya se encontraba a medio camino, hizo girar violentamente su carro y torció las cabezas de sus caballos en dirección al amanecer. Las siete Pléyades, y todos los demás astros, volvieron sobre sus pasos, y aquella tarde, por primera y última vez, el sol se puso en el este. Habiendo de esta forma dado fe del engaño y de la codicia de Tiestes, Atreo accedió al trono de Micenas y lo desterró.

Cuando, más adelante, Atreo descubrió que Tiestes había cometido adulterio con Aérope, casi no podía contener su ira. No obstante, durante algún tiempo, simuló que lo perdonaba.

Entonces Atreo envió un heraldo para que indujese a Tiestes a regresar a Micenas, ofreciéndole una amnistía y la mitad del reino; pero en cuanto Tiestes hubo aceptado esta oferta, mató despiadadamente a Aglao, Orcómeno y Calileonte, los tres hijos de Tiestes con una de las Náyades, en el mismo altar de Zeus en que se habían refugiado; y luego buscó y dio muerte al infante Plístenes Segundo, y también a Tántalo Segundo, su gemelo. Los despedazó a todos, de miembro en

miembro, y después de escoger algunos trozos y de hervirlos en una caldera, se los sirvió a Tiestes para darle la bienvenida a su regreso. Cuando Tiestes se hubo hartado de comer, Atreo mandó sacar las cabezas, las manos, y los pies ensangrentados en otra fuente, para que comprendiera lo que ya tenía en el vientre. Tiestes cayó hacia atrás, vomitando, y echó una ineluctable maldición sobre la descendencia de Atreo.

Nuevamente exiliado, Tiestes huyó primero a la corte del rey Tesproto, en Sición, donde su propia hija Pelopia era sacerdotisa. Pues deseoso de venganza a toda costa, había consultado el oráculo délfico el cual le había aconsejado que engendrara un hijo en su propia hija. Tiestes encontró a Pelopia ofreciendo un sacrificio de noche a Atenea Colocasia y sintiéndose reacio a profanar los ritos, se ocultó en una arboleda cercana. Al poco rato Pelopia, que encabezaba una danza solemne, resbaló en un charco de sangre que había manado del cuello de una oveja negra, la víctima, y se manchó la túnica. Corrió inmediatamente al estanque de peces del templo, se quitó la túnica, y cuando se estaba lavando la mancha Tiestes salió bruscamente de la arboleda y la violó. Pelopia no lo reconoció porque llevaba puesta una máscara, pero se las arregló para robarle la espada; y Tiestes, al darse cuenta de que la vaina estaba vacía, y temiendo ser detectado, escapó a Lidia, la tierra de sus antepasados.

Entretanto, temiendo las consecuencias de su crimen, Atreo consultó el oráculo délfico, y esto fue lo que le dijo:

—¡Haz que Tiestes regrese de Sición!

Cuando llegó a Sición era demasiado tarde para poder encontrar a Tiestes, y habiéndose enamorado de Pelopia, que él suponía ser la hija del rey Tesproto, pidió permiso para convertirla en su tercera esposa, pues por aquel entonces ya había ejecutado a Aérope. Tesproto no desengañó a Atreo, y la boda se celebró en seguida. A su debido tiempo dio a luz el hijo que había engendrado en ella Tiestes, y lo abandonó en una montaña; pero los pastores que cuidaban las cabras lo rescataron y se lo dieron a una cabra para que lo amamantara: de ahí su nombre, Egisto, o «fuerza de

cabra». Atreo creía que Tiestes había huido de Sición al tener noticia de su venida; creía también que el hijo era propio, y también que Pelopia había sufrido una demencia pasajera, como les ocurre algunas veces a las mujeres después del parto. Así pues, hizo que los pastores le devolvieran a Egisto y lo crió como su heredero.

Una sucesión de malas cosechas azotó entonces Micenas y Atreo envió a sus hijos, Agamenón y Menelao, a Delfos, para pedir noticias de Tiestes, a quien encontraron por casualidad a su regreso de otra visita al oráculo. Le obligaron a regresar a Micenas y allí Atreo, después de arrojarlo al calabozo, ordenó a Egisto, que entonces contaba con siete años de edad, que le diera muerte mientras dormía.

Tiestes se despertó de pronto y se encontró a Egisto inclinándose sobre él, espada en mano: rápidamente se echó a un lado y escapó a la muerte. Entonces se levantó, desarmó al niño con un puntapié dirigido astutamente a la muñeca, y saltó para coger la espada. ¡Pero se trataba de su propia espada, perdida hacía siete años en Sición! Agarró fuertemente a Egisto por los hombros y exclamó:

—¡Dime inmediatamente cómo llegó esto a tus manos!

—¡Ay de mí! —respondió Egisto tartamudeando—. Me lo dio mi madre Pelopia.

—Yo te salvaré la vida, muchacho —dijo Tiestes—, si tú cumples las tres órdenes que voy a darte ahora.

—Soy tu siervo en todo —sollozó Egisto, quien no había esperado clemencia alguna.

—La primera orden es que traigas a tu madre aquí —le dijo Tiestes.

Entonces Egisto trajo a Pelopia a la prisión y ella, al reconocer a Tiestes, se echó a llorar abrazada a su cuello, llamándole su queridísimo padre, y le compadeció por sus sufrimientos.

—¿Cómo encontraste esta espada, hija? —preguntó Tiestes.

—La saqué de la vaina de un extraño desconocido que me violó una noche en Sición —respondió.

—Es mía —dijo Tiestes.

Pelopia, presa de horror, le arrebató la espada y se la clavó en el pecho. Egisto se quedó estupefacto, sin comprender lo que habían dicho.

—Ahora lleva esta espada a Atreo —fue la segunda orden de Tiestes— y dile que ya has cumplido su encargo. ¡Luego regresa!

Sin pronunciar palabra, Egisto llevó el objeto ensangrentado a Atreo, quien bajó alegremente a la orilla del mar a ofrecerle un sacrificio de acción de gracias a Zeus, convencido de que por fin se había librado de Tiestes.

Cuando Egisto regresó al calabozo, Tiestes le reveló que era su padre, y le dio la tercera orden:

—Mata a Atreo, Egisto, hijo mío, ¡y esta vez no vaciles!

Egisto hizo lo que le habían mandado, y Tiestes volvió a reinar en Micenas.

Entonces apareció otro cordero cornudo con vellón de oro entre los rebaños de Tiestes, y se convirtió en carnero al crecer, y desde entonces, cada nuevo rey pelópido quedaba confirmado de este modo en posesión de su cetro de oro; estos carneros pacían tranquilamente en una dehesa cercada por muros imposibles de escalar.

Agamenón y Clitemestra

Cuando Egisto dio muerte a Atreo, sus hijos, Agamenón y Menelao, eran todavía infantes. Su nodriza los cogió, uno bajo cada brazo, y huyó con ellos a pedir refugio a Polifides, rey de Sición, a instancia del cual fueron entonces confiados a Eneo el etolio. Después de haber pasado algunos años en la corte de Eneo, el rey Tindáreo de Esparta les devolvió sus fortunas. Después de marchar sobre Micenas, exigió un juramento de Tiestes mediante el cual legaría el cetro a Agamenón, como heredero de Atreo, y partiría hacia el exilio, para no volver jamás. Así pues, Tiestes marchó a Citera, mientras que Egisto, temiendo la venganza de Agamenón, huyó a la corte del rey Cilarabes, hijo del rey Esténelo, el argivo.

Agamenón declaró primero la guerra contra Tántalo, rey de Pisa, matándolo en batalla y obligando a su viuda Clitemestra, hija de Leda y del rey Tindáreo de Esparta, a casarse con él. En consecuencia, los Dioscuros, hermanos de Clitemestra, marcharon sobre Micenas; pero Agamenón ya había acudido a su benefactor Tindáreo, quien le perdonó y le permitió quedarse con Clitemestra. Después de la muerte de los Dioscuros, Menelao se casó con la hermana de éstos, Helena, y Tindáreo abdicó a su favor. Clitemestra le dio a Agamenón un hijo, Orestes, y tres hijas: Electra, Ifigenia y Crisótemis.

Cuando Paris, el hijo del rey Príamo de Troya, raptó a Helena provocando así la Guerra de Troya, tanto Agamenón como Menelao se ausentaron de su hogar durante diez años; pero Egisto no se unió a la expedición, pues prefirió quedarse en Argos y buscar la forma de vengarse de la Casa de Atreo.

Ahora bien, Nauplio, el esposo de Clímene, al no conseguir ninguna compensación de Agamenón y de los demás jefes griegos por el apedreamiento de su hijo Palamedes, había abandonado Troya, haciéndose a la mar y costeando Ática y el Peloponeso, incitando a las solitarias esposas de sus enemigos al adulterio. Por consiguiente, cuando Egisto se enteró de que Clitemestra figuraba entre las más dispuestas a dejarse convencer por Nauplio, planeó no sólo convertirse en su amante, sino además matar a Agamenón con su ayuda en cuanto terminara la guerra de Troya.

Hermes, enviado por Zeus Omnisciente a Egisto, le aconsejó que abandonara su proyecto, explicándole que cuando Orestes llegase a la edad viril, sin duda vengaría a su padre. Sin embargo, Hermes no logró disuadir a Egisto. Al principio, Clitemestra rechazó sus requerimientos amorosos, porque Agamenón, informado de la visita de Nauplio a Micenas, había dado instrucciones al bardo de su corte para que la vigilase de cerca y le diera cuenta, por escrito, de la más mínima señal de infidelidad. Pero Egisto cogió al viejo juglar y lo abandonó sin comida en una isla solitaria, donde las aves de rapiña pronto le estaban royendo los huesos. Entonces Clitemestra cedió a los abrazos de Egisto,

y él celebró su inesperado éxito con ofrendas quemadas que dedicó a Afrodita, y con obsequios de tapices y oro para Ártemis, pues esta diosa guardaba rencor a la Casa de Atreo.

Clitemestra tenía pocos motivos para amar a Agamenón: después de matar a su anterior esposo Tántalo, y al niño recién nacido que estaba amamantando, se había casado con ella por la fuerza, y luego se había marchado a una guerra que prometía no tener fin; además, había sancionado el sacrificio de Ifigenia en Áulide, y se decía que a su regreso iba a traer consigo a Casandra, la profetisa, hija de Príamo, como su esposa en todo menos en nombre. Es cierto que Casandra le había dado a Agamenón hijos gemelos: Teledamo y Pélope, pero no parece que Agamenón tuviese intención de insultar a Clitemestra. Su informador había sido Éax, el hijo superviviente de Nauplio quien, en venganza por la muerte de su hermano, estaba provocándola con malevolencia para que cometiera un asesinato.

En consecuencia, Clitemestra conspiró con Egisto para matar a Agamenón y también a Casandra. Sin embargo, ante el temor de que se presentaran inesperadamente, le escribió una carta a Agamenón pidiéndole que encendiera una almenara en el monte Ida cuando cayera Troya; y ella misma organizó una cadena de hogueras para ir pasando la señal hasta Argólide. También había un vigía estacionado en el tejado del palacio en Micenas, con la mirada fija en el monte Aracne. Por fin, una noche oscura, el vigía vio la llamarada lejana de una almenara y corrió a despertar a Clitemestra. Entonces Egisto apostó a uno de sus propios hombres en una atalaya cerca del mar, prometiéndole dos talentos de oro a cambio de las primeras noticias del desembarco de Agamenón.

En cuanto Agamenón desembarcó se arrodilló para besar el suelo, llorando de alegría. Mientras tanto el vigía corrió a Micenas a recoger su recompensa, y Egisto eligió a veinte de sus más valientes guerreros, los apostó en el palacio a modo de emboscada, mandó preparar un gran banquete y entonces, montado en su carro, bajó a dar la bienvenida a Agamenón.

Clitemestra saludó a su esposo, fatigado éste por el viaje, con grandes muestras de alegría; extendió una alfombra azul en su honor y lo condujo a la casa de baños; pero Casandra se quedó fuera del palacio, presa de un trance profético, negándose a entrar y exclamando que olía a sangre, y que la maldición de Tiestes gravitaba sobre el comedor. Cuando Agamenón se hubo lavado y hubo sacado un pie de la bañera, Clitemestra dio un paso hacia delante, como si fuera a arroparlo con una toalla, pero en lugar de eso echó una red sobre su cabeza. Y así, enredado como un pez, Agamenón pereció a manos de Egisto, quien le hirió dos veces con una espada de doble filo. Cayó hacia atrás en la bañera de bordes de plata, y allí Clitemestra se vengó de sus agravios decapitándolo con un hacha. Luego salió corriendo a matar a Casandra con la misma arma, sin molestarse primero en cerrar los ojos o la boca de su esposo; pero con sus cabellos se limpió la sangre que la había salpicado, para que pareciese que él mismo se había ocasionado la muerte.

Dentro del palacio se estaba librando una fiera batalla entre la guardia personal de Agamenón y los partidarios de Egisto, pero Egisto salió airoso. Afuera, la cabeza de Casandra rodó por el suelo, y Egisto también tuvo la satisfacción de matar a los hijos gemelos de la profetisa, fruto de su unión con Agamenón; sin embargo, no consiguió deshacerse de otro hijo bastardo de Agamenón, llamado Haleso, que logró escapar, y quien, después de mucho vagar en el exilio, fundó la ciudad italiana de Falerios.

La venganza de Orestes

Orestes fue criado por sus amantes abuelos Tindáreo y Leda y, cuando todavía era un muchacho, acompañó a Clitemestra y a Ifigenia a Áulide. La noche del asesinato, Orestes, que contaba entonces con diez años de edad, fue rescatado por su hermana Electra la cual, con la ayuda del anciano tutor de su padre, lo envolvió en una túnica bordada con dibujos de animales salva-

jes, que ella misma había tejido, y lo sacó a escondidas de la ciudad.

Después de estar oculto algún tiempo entre los pastores del río Tano, que divide Argólide y Laconia, el tutor se dirigió con Orestes a la corte de Estrofio, un aliado firme de la Casa de Atreo, que gobernaba en Crisa, al pie del monte Parnaso. En Crisa, Orestes tuvo por compañero de juegos a un muchacho aventurero llamado Pílades, hijo de Estrofio, que era algo más joven que él, y la amistad que les unió estaba destinada a ser proverbial. De boca del anciano tutor supo con dolor que el cuerpo de Agamenón había sido arrojado de la casa y enterrado apresuradamente por Clitemestra, sin libaciones ni ramas de mirto; y que a la gente de Micenas se les había prohibido asistir al funeral.

Egisto reinó en Micenas durante siete años, y sin embargo fue poco más que un esclavo para Clitemestra, la verdadera gobernadora de Micenas, y vivió lleno de un mezquino temor a la venganza. Incluso cuando estaba rodeado por una leal guardia personal extranjera, jamás pasaba una sola noche profundamente dormido, y había ofrecido una buena recompensa por el asesinato de Orestes.

Electra había estado prometida a su primo Cástor de Esparta, antes de su muerte y de su semideificación. Aunque ahora los principales príncipes de Grecia se disputaban su mano, Egisto tenía miedo de que tuviese un hijo que pudiese vengar a Agamenón, y en consecuencia anunció que no podía aceptarse a ninguno de los pretendientes. Hubiera dado muerte a Electra gustosamente, pues ella le demostraba un odio implacable, ante el temor de que yaciera secretamente con uno de los oficiales de palacio y le diera un hijo bastardo; pero Clitemestra, que no sentía remordimiento alguno por el papel que había desempeñado en el asesinato de Agamenón, se lo prohibió. Sin embargo, le dejó casar a Electra con un campesino micénico el cual, por miedo a Orestes y, además, porque era casto de naturaleza, jamás llegó a consumar este enlace desigual.

Así pues, abandonada por Clitemestra, que ya le

había dado a Egisto tres hijos, llamados Erígone, Aletes y la segunda Helena, Electra vivió en la más miserable pobreza, bajo constante y estrecha vigilancia. Finalmente se decidió que, a no ser que aceptara su suerte, como había hecho su hermana Crisótemis, y dejara de llamar públicamente a Egisto y a Clitemestra «adúlteros asesinos», sería desterrada a alguna ciudad lejana y encerrada allí en un calabozo en el que jamás penetrara la luz del sol. Sin embargo Electra despreciaba a su hermana Crisótemis por su servilismo y por su falta de lealtad hacia su fallecido padre, y enviaba frecuentes recordatorios a Orestes de la venganza a la que estaba obligado.

Orestes, que ya había alcanzado la edad viril, visitó el oráculo délfico, para preguntar si debía o no debía dar muerte a los asesinos de su padre. La respuesta de Apolo, autorizada por Zeus, fue que si no vengaba a Agamenón se convertiría en un desterrado de la sociedad, al que le estaría prohibida la entrada en cualquier santuario o templo, y sería víctima de una lepra que le roería la carne, haciendo que de ella brotara un moho blanco. Se le recomendó derramar libaciones junto a la tumba de Agamenón, colocar sobre ella un rizo de su cabello y luego, sin la ayuda de una compañía de lanceros, imponer astutamente el castigo merecido a los asesinos. Al mismo tiempo la pitonisa comentó que las Erinias no perdonarían fácilmente el matricidio, y que por lo tanto, en nombre de Apolo, le entregaba un arco hecho de cuerno, con el que podría rechazar sus ataques, si llegasen a volverse insoportables. Después de llevar a cabo sus órdenes, debía regresar a Delfos, donde Apolo le protegería.

En el octavo año Orestes regresó secretamente a Micenas, pasando por Atenas, decidido a matar a Egisto y también a su propia madre.

Una mañana, visitó, en compañía de Pílades, la tumba de Agamenón, y allí, después de cortarse un mechón de pelo, invocó al Infernal Hermes, patrón de la paternidad. Al ver que se acercaba un grupo de esclavas, que venían sucias y despeinadas para hacer de plañideras, se refugió en un matorral cercano para observarlas. Pues bien, la noche anterior Clitemestra había

soñado que daba a luz una serpiente a la que envolvió en pañales y amamantó. De prontó dio un grito mientras dormía, alarmando a todo el palacio al exclamar que la serpiente había sacado sangre de su pecho, además de leche. La opinión de los adivinos a los que consultó fue que había incitado la cólera de los muertos; y aquellas esclavas plañideras iban, por consiguiente, a derramar libaciones sobre la tumba de Agamenón en su nombre, con la esperanza de aplacar su espíritu. Electra, que formaba parte del grupo, derramó libaciones en su propio nombre y no en el de su madre, ofreció plegarias de venganza y no de perdón, y pidió a Hermes que invocara a la Madre Tierra y a los dioses del mundo subterráneo para que escucharan su ruego. Al fijarse en un mechón de pelo puesto sobre la tumba, llegó a la conclusión de que sólo podría pertenecer a Orestes, por dos motivos: porque se parecía mucho a su propio pelo en color y textura, y porque nadie más se hubiese atrevido a hacer tal ofrenda.

Atormentada por la esperanza y la duda, estaba midiendo su pie en las pisadas que Orestes había dejado en la arcilla junto a la tumba y hallando un parecido de familia, cuando éste salió de su escondite, le demostró que el mechón era suyo, y le enseñó la túnica con la que había escapado de Micenas.

Electra lo acogió con gran alegría, y juntos invocaron a su antepasado, el Padre Zeus, a quien recordaron que Agamenón siempre le había rendido los más altos honores y que si la Casa de Atreo se extinguía, no quedaría nadie en Micenas para ofrecerle las acostumbradas hecatombes: pues Egisto adoraba a otras deidades.

Cuando las esclavas le contaron a Orestes el sueño de Clitemestra, él se reconoció a sí mismo en la serpiente y declaró que, en efecto, haría lo mismo que la astuta serpiente y sacaría sangre de su falso cuerpo. Luego mandó a Electra entrar en el palacio y no decirle nada a Clitemestra acerca de su encuentro; él y Pílades la seguirían, al cabo de un rato, y pedirían hospitalidad en la entrada, como si fueran extranjeros peregrinos, fingiendo ser focios y utilizando el dialecto parnasiano. Si el portero les negaba la entrada, la falta

de hospitalidad de Egisto escandalizaría la ciudad; si se la concedía, se vengarían con toda seguridad.

Poco después Orestes llamó a la puerta de palacio y preguntó por el dueño o la dueña de la casa. La propia Clitemestra salió, pero no reconoció a Orestes. Él fingió ser un eolio de Dáulide, portador de tristes noticias de un tal Estrofio, a quien había conocido por casualidad en la carretera que lleva a Argos: a saber, que su hijo Orestes había muerto, y que sus cenizas estaban guardadas en una urna de bronce. Estrofio quería saber si debía enviar las cenizas a Micenas, o enterrarlas en Crisa.

Clitemestra hizo pasar a Orestes en seguida y, disimulando su alegría delante de los sirvientes, envió a su vieja nodriza, Geilisa, en busca de Egisto, que se encontraba en un templo cercano. Pero Geilisa supo reconocer a Orestes a pesar de su disfraz, y entonces, cambiando el mensaje, le dijo a Egisto que se alegrara porque ya podía regresar solo y desarmado para saludar a los portadores de buenas nuevas: su enemigo estaba muerto.

Sin sospechar nada, Egisto entró en el palacio donde, para crear más distracción, acababa de llegar Pílades, llevando consigo una urna de bronce. Le dijo a Clitemestra que contenía las cenizas de Orestes, y que Estrofio había decidido ahora enviarlas a Micenas. Esta aparente confirmación del primer mensaje hizo que Egisto estuviese completamente desprevenido: de este modo a Orestes no le resultó nada difícil desenvainar la espada y derribarlo. Entonces Clitemestra reconoció a su hijo, e intentó ablandarle el corazón descubriéndose el pecho y apelando a sus obligaciones filiales; sin embargo Orestes la decapitó con un solo golpe de la misma espada, y ella cayó junto al cuerpo de su amante. Erguido sobre los cuerpos, se dirigió a los sirvientes de palacio, sosteniendo en alto la red en la que había muerto Agamenón, exculpándose elocuentemente por el asesinato de Clitemestra con este recordatorio de su traición, y añadiendo que Egisto había sufrido el castigo que la ley imponía a los adúlteros.

No contentándose con dar muerte a Egisto y a Clitemestra, Orestes se deshizo de la segunda Helena, hija

de éstos; y Pílades rechazó el ataque de los hijos de Nauplio, que habían venido a socorrer a Egisto.

El juicio de Orestes

Los micénicos que habían apoyado a Orestes en su insólita acción no permitieron que los cuerpos de Clitemestra y de Egisto permanecieran dentro de su ciudad, sino que los enterraron a cierta distancia de las murallas. Aquella noche Orestes y Pílades montaron guardia junto a la tumba de Clitemestra, por si acaso alguien intentaba robarla; pero durante su vigilia aparecieron las Erinias, con sus cabellos de serpientes, sus cabezas de perro y sus alas de murciélago, blandiendo sus látigos. Enloquecido por estos feroces ataques, contra los cuales el arco de cuerno de Apolo resultó inútil, Orestes cayó postrado en un lecho, en el que yació durante seis días, con la cabeza envuelta en su capa, y negándose a comer o a lavarse.

El viejo Tindáreo llegó entonces de Esparta, haciendo acusaciones de matricidio contra Orestes y convocó a los jefes micénicos para que juzgaran su caso. Decretó que hasta que se celebrara el juicio a nadie le estaría permitido hablar ni con Orestes ni con Electra, y que había que negarles a ambos cobijo, fuego y agua. De este modo Orestes no pudo siquiera lavarse sus manos manchadas de sangre.

Mientras tanto Menelao desembarcó, cargado de tesoros, en Nauplia, donde un pescador le dijo que Clitemestra y Egisto habían sido asesinados. Mandó a Helena ir delante para confirmar la noticia en Micenas, pero de noche, por miedo a que los parientes de los que habían perecido en Troya la apedreasen. Helena, sintiendo vergüenza de llorar públicamente la muerte de su hermana Clitemestra, ya que ella misma había causado aún más derramamiento de sangre con sus infidelidades, le pidió a Electra, que cuidaba ahora del afligido Orestes:

—Te ruego, sobrina, que lleves la ofrenda de mis cabellos a la tumba de Clitemestra y la coloques enci-

ma, después de haber derramado libaciones para su espíritu.

Electra, al ver que la vanidad de Helena la había impedido cortarse más que las puntas de su cabello, se negó a hacerlo.

—Será mejor que envíes a tu hija Hermíone —respondió secamente.

Así pues, Helena mandó venir a Hermíone del palacio.

Entonces Menelao entró en el palacio, donde fue recibido por Tindáreo, su padre adoptivo, el cual, vestido de riguroso luto, le advirtió que no pusiera pie en tierra espartana hasta haber castigado a sus criminales sobrinos. Tindáreo mantenía que Orestes debía haberse contentado con permitir a sus conciudadanos que desterraran a Clitemestra. Si ellos hubiesen exigido su muerte debería haber intercedido por ella. Tal como estaban las cosas en aquellos momentos había que convencerles, de grado o por la fuerza, de que no sólo Orestes, sino también Electra que lo había incitado, debían morir lapidados por matricidas.

Ante el temor de ofender a Tindáreo, Menelao consiguió el veredicto deseado. Pero gracias a la elocuente súplica del propio Orestes que estaba presente en la sala y que contaba con el apoyo de Pílades, los jueces conmutaron la sentencia por otra de suicidio. Entonces Pílades acompañó a Orestes, negándose noblemente a abandonar a ninguno de los dos, ni a Orestes ni a Electra, a quien estaba prometido, y propuso que, ya que los tres tenían que morir, castigaran primero la cobardía y la deslealtad de Menelao dando muerte a Helena, la culpable de toda las desventuras que les habían acaecido. Por consiguiente, mientras Electra esperaba fuera de las murallas con el fin de detener a Hermíone a su regreso de la tumba de Clitemestra y guardarla como rehén para asegurar de este modo la buena conducta de Menelao, Orestes y Pílades entraron en palacio, con espadas ocultas bajo sus capas, y se refugiaron en el altar central, como si fueran suplicantes. Helena, que estaba sentada cerca de allí, se dejó engañar por sus lamentaciones, y se acercó a ellos para darles la bienvenida. En esto, los dos desenvaina-

ron sus espadas y mientras Pílades ahuyentaba a las esclavas frigias de Helena, Orestes intentó asesinarla. Pero Apolo, cumpliendo órdenes de Zeus, la arrebató y la transportó al Olimpo envuelta en una nube, donde se convirtió en un ser inmortal uniéndose a sus hermanos, los Dioscuros, para ser guardiana de marineros desamparados.

Entretanto, Electra había conseguido detener a Hermíone, la había llevado al palacio y había atrancado las puertas. Al ver que su hija estaba en peligro, Menelao ordenó su rescate inmediato. Sus hombres abrieron las puertas de golpe y cuando Orestes estaba a punto de prender fuego al palacio, dar muerte a Hermíone y matarse a sí mismo con la espada o las llamas, Apolo apareció providencialmente, le arrebató la antorcha de las manos, y obligó a los guerreros de Menelao a retroceder. Apolo ordenó a Menelao que tomara una nueva esposa, que casara a Hermíone con Orestes, y que regresara a Esparta para gobernar; el asesinato de Clitemestra ya no debía preocuparle, ahora que los dioses habían intervenido.

Orestes se dirigió entonces a Delfos, perseguido todavía por las Erinias. La sacerdotisa pitia se horrorizó al verle agachado como un suplicante sobre la piedra umbilical de mármol —manchada con la sangre de sus manos, que todavía no se había lavado— con la horrible compañía de Erinias negras que dormían a su lado. Sin embargo, Apolo la tranquilizó al prometerle que actuaría como abogado de Orestes, a quien ordenó enfrentarse a sus sufrimientos con valor. Después de un período de exilio tendría que dirigirse a Atenas y allí abrazar la antigua imagen de Atenea quien, como ya habían profetizado los Dioscuros, le protegería con su égida de cara gorgónea, y anularía la maldición. Mientras las Erinias seguían durmiendo profundamente, Orestes escapó, con la ayuda de Hermes.

El exilio de Orestes duró un año: se alejó vagando, cruzando tierras y mares, perseguido por las incansables Erinias y purificándose constantemente tanto con sangre de cerdo como con agua corriente; sin embargo estos ritos sólo servían para mantener a sus atormenta-

doras a raya durante una o dos horas, y no tardó en perder el juicio.

Cuando hubo transcurrido un año, Orestes visitó Atenas, que por aquel entonces estaba gobernada por un pariente suyo llamado Pandión. Se dirigió de inmediato al templo de Atenea situado en la Acrópolis, se sentó, y abrazó su imagen. Pronto llegaron las negras Erinias, sin aliento, después de haber perdido su pista cuando cruzaba el Istmo. Aunque a su llegada nadie había querido acogerle, porque sufría el odio de los dioses, al cabo de un tiempo algunas personas se atrevieron a invitarle a sus casas, donde se sentó en mesa aparte y bebió de una copa de vino separada.

Las Erinias, que ya habían empezado a acusarle ante los atenienses, pronto recibieron el apoyo de Tindáreo y de su nieta Erígone, hija de Egisto y de Clitemestra. Pero Atenea corrió a Atenas, y, después de juramentar a los ciudadanos más nobles para actuar como jueces, convocó el Areópago para juzgar el segundo caso de homicidio que se había presentado ante este tribunal.

A su debido tiempo se celebró el juicio, en el que Apolo hizo de abogado defensor, y la mayor de las Erinias de fiscal. Con un discurso muy detallado, Apolo negó la importancia de la maternidad, afirmando que una mujer no era más que el surco inerte en el que el esposo echaba su simiente, y que la acción de Orestes quedaba sobradamente justificada, ya que el padre era el único progenitor merecedor de este nombre. Al salir empatados los votos, Atenea confesó estar totalmente de parte del padre, y dio su voto decisivo a favor de Orestes. Así pues, una vez absuelto honorablemente, regresó lleno de alegría a Argólide, jurando que sería un fiel aliado de Atenas mientras viviese. Sin embargo, las Erinias se lamentaron fuertemente por esta abolición de la antigua ley, llevada a cabo por unos dioses advenedizos; y Erígone se ahorcó, llena de humillación.

La pacificación de las Erinias

En agradecimiento por su absolución, Orestes dedi-

có un altar a Atenea Guerrera; pero las Erinias amenazaron con dejar caer una gota de sangre de sus propios corazones que ocasionaría la aridez en los campos, añublaría las cosechas y destruiría a toda la descendencia de Atenas, si el veredicto no se revocaba. Atenea, sin embargo, calmó su cólera con adulación: reconociendo que eran mucho más sabias que ella misma, sugirió que establecieran su residencia en una gruta en Atenas, donde reunirían a multitudes de fieles, más de los que podrían esperar hallar en ninguna otra parte. Si aceptaban esta invitación ella decretaría que no prosperaría ningún hogar en el que no se las venerase; pero ellas, a cambio, debían comprometerse a invocar buenos vientos para sus naves, fertilidad para su tierra, y matrimonios fecundos para sus gentes, y al mismo tiempo extirpar a los impíos, para que a ella le pareciera bien concederle a Atenas la victoria en la guerra. Después de reflexionar un poco, las Erinias aceptaron graciosamente estas proposiciones.

Con muestras de gratitud, de buenos deseos, y con encantamientos para prevenir los vientos abrasadores, la sequía, el añublo y la sedición, las Erinias —que en adelante recibieron el tratamiento de Las Solemnes— se despidieron de Atenea y fueron conducidas por su gente, en una procesión con antorchas, a la entrada de una profunda gruta, que se convirtió entonces en un santuario oracular y también, al igual que el Santuario de Teseo, en un lugar de refugio para los suplicantes.

Sin embargo sólo tres de las Erinias habían aceptado la generosa oferta de Atenea; el resto siguió acosando a Orestes, y algunas personas incluso se atreven a negar que Las Solemnes hubiesen sido Erinias. El nombre de «Euménides» les fue dado a las Erinias por Orestes el siguiente año, después de su osada aventura en el Quersoneso táurico, cuando finalmente logró aplacar su furia en Carnea con el sacrificio de una oveja negra.

Ifigenia entre los taurios

Perseguido aún por aquellas Erinias que habían he-

cho oídos sordos a los elocuentes discursos de Atenea, Orestes marchó a Delfos lleno de desesperación, y allí se arrojó sobre el suelo del templo y amenazó con quitarse la vida a no ser que Apolo le salvara de sus azotes. En respuesta, la pitonisa le ordenó que se hiciera a la mar, remontando el Bósforo y dirigiéndose luego al norte cruzando el mar Negro; sus penas sólo cesarían cuando hubiese arrebatado una antigua imagen de Ártemis de su templo en el Quersoneso táurico, y la hubiese traído a Atenas.

Pues bien, el rey de los taurios era Toante, un hijo de Dioniso y de Ariadna, y padre de Hipsípila; y sus gentes, llamados así porque en una ocasión Osiris unció unos toros *(tauroi)* y labró sus tierras, eran de origen escita. Vivían de la rapiña, y cada vez que uno de sus guerreros hacía prisionero a alguien, lo decapitaba, se llevaba la cabeza a su casa, y allí la empalaba en una estaca muy alta encima de la chimenea, para que su hogar pudiera vivir bajo la protección del muerto. Además, todos los marineros que habían sufrido un naufragio o que se habían visto obligados a entrar en su puerto debido al mal tiempo, eran inmolados públicamente como ofrenda a Ártemis Táurica. Después de haber ejecutado ciertos ritos preparatorios, lo derribaban con una maza y clavaban su cabeza, una vez cortada, a una cruz; después de esto enterraban el cuerpo o lo arrojaban al mar desde el precipicio coronado por el templo de Ártemis. Pero a todos los forasteros nobles que caían en sus manos, los mataba con una espada la sacerdotisa virgen de la diosa, echando luego su cuerpo al fuego sagrado que surgía del Tártaro y que arde en aquel recinto divino. La antigua imagen de la diosa, que Orestes tenía órdenes de llevarse, había caído allí de los Cielos. Este templo descansaba sobre unas enormes columnas; la entrada la formaban cuarenta escalones y el altar era de mármol blanco permanentemente manchado de sangre.

Pues bien, Ifigenia había sido salvada del sacrificio en Áulide, envuelta en una nube, y llevada por los aires al Quersoneso táurico donde inmediatamente la habían nombrado gran sacerdotisa y le habían otorgado el derecho exclusivo de cuidar de la imagen sagrada.

A partir de entonces los taurios la llamaban Ártemis. Ifigenia detestaba el sacrificio humano, pero obedecía piadosamente a la diosa.

Orestes y Pílades no sabían nada de todo esto; todavía creían que Ifigenia había sido inmolada por el cuchillo de sacrificio en Áulide. Sin embargo, se dirigieron apresuradamente al país de los taurios en una nave de cincuenta remos que dejaron anclada a su llegada, bajo la vigilancia de sus remeros, mientras ellos se escondían en una cueva marina. Tenían intención de acercarse al templo al anochecer, pero antes fueron sorprendidos por unos pastores crédulos los cuales, tomándolos por los Dioscuros, o por algún otro par de inmortales, se arrojaron a sus pies y los adoraron. En aquel momento Orestes volvió a enloquecer, bramando como un becerro y aullando como un perro; confundió un rebaño de becerros con las Erinias y salió corriendo de la cueva, espada en mano, dispuesto a matarlos. Una vez desengañados, los pastores avasallaron a los dos amigos quienes, por orden de Toante, fueron conducidos al templo para ser sacrificados de inmediato.

Durante los ritos preliminares Orestes conversó en griego con Ifigenia; pronto descubrieron, con gran alegría, la identidad de cada cual, y al enterarse de la naturaleza de su misión, ella empezó a bajar la imagen para que él se la llevara. Pero de pronto apareció Toante, impaciente por la lentitud del sacrificio, y demostrando gran ingenio, Ifigenia fingió que estaba acariciando la imagen. Le explicó a Toante que la diosa había apartado la mirada de las víctimas que él le había enviado, porque uno era un matricida y el otro su cómplice: ninguno de los dos era apto para el sacrificio. Tendría que llevarlos, junto con la imagen, que había sido impurificada por su presencia, a limpiarlos en el mar, y ofrecer a la diosa un sacrificio de corderos lechales a la luz de unas antorchas. Entretanto Toante debía purificar el templo con una antorcha, cubrirse la cabeza cuando salieran los forasteros, y dar las órdenes oportunas para que todo el mundo se quedara en casa y evitara de este modo el contagio.

Totalmente engañado, Toante empezó a purificar el

templo. Al poco rato Ifigenia, Orestes y Pílades transportaron la imagen hasta la orilla del mar guiados por la luz de unas antorchas, pero en lugar de bañarla en el mar, la subieron apresuradamente a bordo de la nave. Los sirvientes taurios del templo, que habían venido con ellos, empezaron entonces a sospechar una traición y enseñaron los dientes. Fueron subyugados en una dura lucha, después de la cual los marineros de Orestes se pusieron a remar y alejaron la nave de aquel lugar. Pero de pronto sopló un viento fuerte que la empujó nuevamente hacia la costa rocosa, y todos hubieran perecido si Posidón no hubiese calmado el mar, a instancias de Atenea; luego con un viento favorable, se dirigieron a la isla de Esmintos.

Este era el hogar de Crises, el sacerdote de Apolo, y de su nieto del mismo nombre, cuya madre Criseida propuso entonces entregar los fugitivos a Toante. Pues aunque algunos mantienen que Atenea visitó a Toante, cuando estaba tripulando una flota para zarpar en persecución de los evadidos, y que lo engatusó con tanta habilidad que incluso consintió en repatriar a las esclavas griegas de Ifigenia, lo que sí es cierto es que llegó a Esmintos con intenciones sanguinarias. Entonces Crises el Mayor, al enterarse de la identidad de sus huéspedes, reveló a Crises el Joven que éste no era, como siempre había pretendido Criseida, hijo de Apolo, sino de Agamenón, y que por lo tanto era hermanastro de Orestes y de Ifigenia. En esto Crises y Orestes arremetieron hombro con hombro contra Toante y lograron darle muerte; y Orestes, cogiendo la imagen, navegó felizmente hasta su hogar en Micenas, donde las Erinias por fin abandonaron su persecución.

El reinado de Orestes

Aletes, el hijo de Egisto, usurpó entonces el reino de Micenas, creyendo que Orestes y Pílades habían sido inmolados en el altar de Ártemis Táurica. Pero Electra fue a consultar el oráculo de Delfos, dudando de su veracidad. Ifigenia acababa de llegar a Delfos y Electra fue informada de que era ella la asesina de Orestes.

Para vengarse, cogió una tea del altar y, no habiendo reconocido a Ifigenia al cabo de tanto tiempo, estaba a punto de cegar sus ojos con ella cuando el propio Orestes entró y lo explicó todo. Entonces los hijos de Agamenón, nuevamente unidos, regresaron alegremente a Micenas, donde Orestes puso fin a la larga enemistad entre la Casa de Atreo y la Casa de Tiestes dando muerte a Aletes, cuya hermana Erígone, según dicen, también hubiera perecido a manos de Orestes si Ártemis no la hubiera arrebatado y llevado a Ática.

Algunos dicen que Ifigenia murió en Braurón, o en Mégara, donde hoy en día tiene un santuario; otros, que Ártemis la inmortalizó, convirtiéndola en Hécate la Joven. Electra, casada con Pílades, le dio por hijos a Medonte y a Estrofio Segundo, y está enterrada en Micenas. Orestes se casó con su prima Hermíone: por este matrimonio fue padre de Tisámeno, su heredero y sucesor, y con Erígone, su segunda esposa, tuvo por hijo a Pentilo.

Cuando Menelao murió, los espartanos invitaron a Orestes a convertirse en su rey, prefiriéndole a él, por ser nieto de Tindáreo, antes que a Nicóstrato y a Megapentes, hijos de Menelao con una muchacha esclava. Orestes, quien con la ayuda de las tropas proporcionadas por sus aliados focios, ya había añadido gran parte de Arcadia a los dominios micénicos, se convirtió entonces, además, en señor de Argos pues el rey Cilarabes, nieto de Capaneo, no dejó descendencia. También subyugó a los aqueos pero, obedeciendo el oráculo délfico, emigró finalmente de Micenas a Arcadia donde, a los setenta años de edad, murió de una mordedura de serpiente en Orestio, u Orestia, la ciudad que había fundado durante su exilio.

Orestes fue enterrado en Tegea, pero durante el reinado de Anaxandrides, que compartía su mandato con Aristón, y que fue el único laconio que tuvo dos mujeres y que habitó dos casas al mismo tiempo, los espartanos, desesperados porque hasta entonces habían perdido todas las batallas libradas contra los tegeos, fueron a pedir consejo a Delfos y recibieron instrucciones de apoderarse de los huesos de Orestes. Puesto que no se conocía su paradero, enviaron a Licas, uno de

los benefactores de Esparta, a pedir más información. Recibió la siguiente respuesta en hexámetros:

Al llano en Tegea arcadia dirígete pronto:
allí hay dos vientos que siempre han de estar soplando
y golpe tras golpe el mal sobre el mal se extiende;
la tierra que es tan fecunda tu príncipe encierra.
¡Llévalo a casa y de Tegea tú serás dueño!

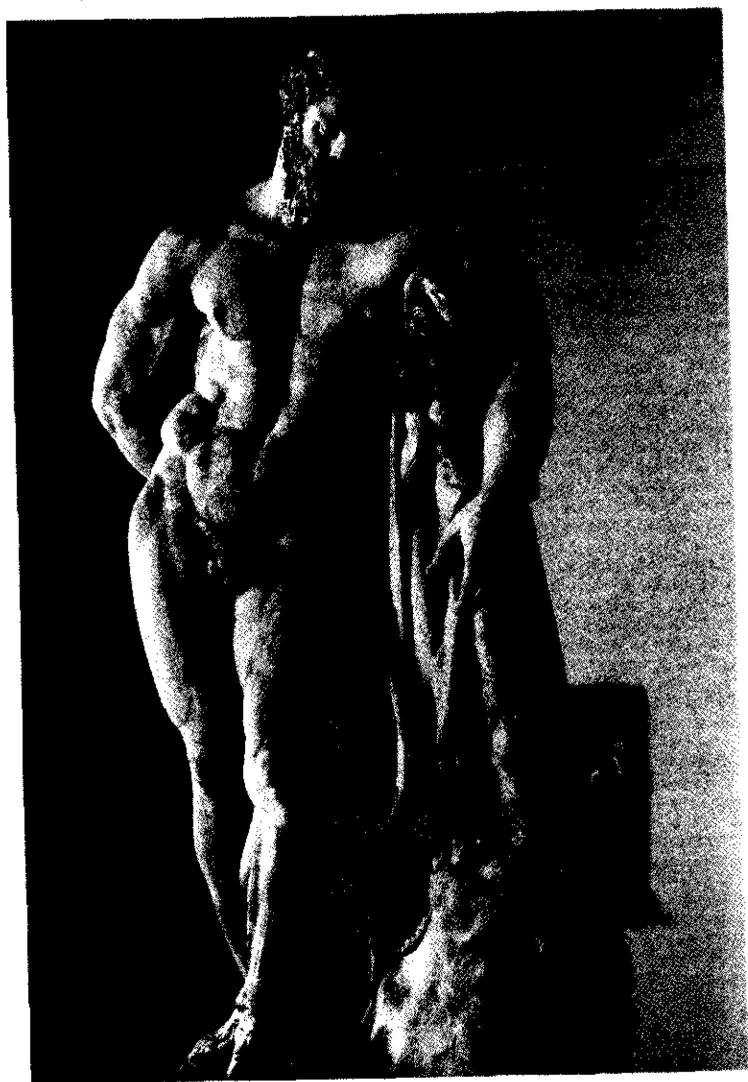
Gracias a una tregua temporal entre los dos estados, Licas no halló ninguna dificultad para visitar Tegea; allí se encontró con un herrero forjando una espada con hierro en lugar de bronce, y se quedó boquiabierto al ver una cosa tan insólita.

—¿Te sorprende este trabajo? —preguntó el jovial herrero—. ¡Pues tengo algo aquí que todavía te sorprenderá más! Es un ataúd, de siete codos de largo, que contiene un cadáver de la misma longitud, y que encontré bajo el suelo de la herrería cuando estaba cavando aquel pozo que ves ahí.

Licas imaginó que los vientos mencionados en los versos debían ser los que originó el fuelle del herrero; los golpes los de su martillo, y el mal que se extendía sobre el mal, la cabeza de su martillo que iba formando la espada, pues la Edad de Hierro trajo consigo tiempos crueles. Inmediatamente regresó a Esparta con esta noticia, y allí los jueces, siguiendo sus propias indicaciones, fingieron condenarle por un crimen de violencia; entonces, huyendo a Tegea como si estuviera escapando a su ejecución, persuadió al herrero a ocultarlo en la herrería. A medianoche robó los huesos del ataúd y regresó apresuradamente a Esparta, donde volvió a enterrarlos cerca del santuario de las Parcas. Desde entonces los ejércitos espartanos siempre resultaron victoriosos en sus luchas contra los tegeos.

Tisámeno heredó los dominios de su padre, pero fue expulsado de las ciudades capitales de Esparta, Micenas y Argos por los hijos de Heracles, y se refugió con su ejército en Aquea. Su hijo Cometes emigró a Asia.

6. HERACLES



Heracles (Museo Nacional, Nápoles)

El nacimiento de Heracles

Electrión, hijo de Perseo, rey supremo de Micenas y esposo de Anaxo, marchó vengativamente sobre los tafios y los telebeos. Éstos se habían unido en una fructuosa correría para apoderarse de sus rebaños, en la que habían resultado muertos los ocho hijos de Electrión. Mientras él estaba ausente, su sobrino, el rey Anfitrión de Trecén, actuaba como regente.

—Gobierna bien, y cuando regrese victorioso, te casarás con mi hija Alcmena —exclamó Electrión al despedirse.

Anfitrión, informado por el rey de Élide que el ganado robado estaba ahora en sus manos, pagó el enorme rescate exigido, e hizo regresar a Electrión para que identificara las reses. Electrión, no contento en absoluto al enterarse de que Anfitrión esperaba que le devolviera el dinero del rescate, preguntó severamente qué derecho tenía la gente de Élide de vender bienes robados, y por qué Anfitrión había tolerado un fraude. No dignándose responder, Anfitrión descargó su irritación arrojando un mazo a una vaca que se había alejado del rebaño: el mazo golpeó contra sus cuernos, rebotó, y mató a Electrión. Por ello Anfitrión fue desterrado de Argólide por su tío Esténelo.

Anfitrión, acompañado por Alcmena, huyó a Tebas, donde el rey Creonte lo purificó y concedió la mano de su hermana Perimede al único hijo que le quedaba a Electrión, llamado Licimio, un bastardo nacido de su unión con una mujer frigia llamada Midea. Pero la piadosa Alcmena se negó a yacer con Anfitrión hasta que éste hubiese vengado la muerte de sus ocho hermanos. Así pues, Creonte le dio permiso para reunir un ejército beocio para este fin. Entonces, con la ayuda de contingentes atenienses, focios, argivos y locrios, Anfi-

trión venció a los telebeos y a los tafios, y entregó sus islas a sus aliados.

Mientras tanto Zeus, aprovechándose de la ausencia de Anfitrión, se hizo pasar por él, y después de asegurar a Alcmena que sus hermanos ya estaban vengados —ya que, en efecto, Anfitrión había obtenido la victoria necesaria aquella misma mañana— yació con ella toda una noche a la que dio una duración de tres. Pues Hermes, cumpliendo órdenes de Zeus, había ordenado a Helio que apagara los fuegos solares, que mandase a las Horas desuncir sus caballerías, y que pasara el día siguiente en casa, porque la procreación de un campeón tan grande como el que tenía en mente Zeus no podía realizarse con prisas. A continuación Hermes ordenó a la Luna que se moviera despacio, y al Sueño que adormeciera a la humanidad para que nadie se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo. Alcmena, totalmente engañada, escuchó encantada el relato de Zeus sobre la aplastante derrota infligida sobre Pterelao en Ecalia, y jugueteó inocentemente con su supuesto esposo durante aquellas treinta y seis horas. Al día siguiente, cuando Anfitrión regresó, hablando elocuentemente de su victoria y de la pasión que sentía por ella, Alcmena no le invitó al lecho nupcial con el entusiasmo que él había esperado encontrar en ella.

—No dormimos nada anoche —se quejó ella— y supongo que no esperarás que escuche dos veces la historia de tus hazañas, ¿verdad?

Anfitrión, que no lograba entender estos comentarios, fue a consultar con el adivino Tiresias, y éste le dijo que Zeus le había puesto los cuernos; y a partir de entonces no se atrevió jamás a dormir con Alcmena, por temor a incurrir en celos divinos.

Nueve meses más tarde, en el Olimpo, Zeus se estaba jactando casualmente de que había engendrado un hijo, que estaba a punto de nacer, el cual se llamaría Heracles, que significa «La Gloria de Hera», y gobernaría la noble casa de Perseo. Al oír esto, Hera le hizo prometer que cualquier príncipe que naciera antes del anochecer en la familia de Perseo sería el rey supremo. Zeus prestó juramento inquebrantable a tal efecto, después de lo cual Hera se dirigió inmediatamente a Mi-

cenas y allí adelantó los dolores de parto de Nicipe, esposa del rey Esténelo. Luego corrió a Tebas y se acuclilló con las piernas cruzadas ante la puerta de Alcmena, con la ropa atada en nudos y los dedos fuertemente entrelazados; de este modo retrasó el nacimiento de Heracles, hasta que Euristeo, hijo de Esténelo, un niño sietemesino, ya dormía en su cuna. Cuando apareció Heracles, una hora tarde, resultó tener un hermano gemelo, Ificles, hijo de Anfitrión, una noche más joven que él. Al principio Heracles fue llamado Alceo, o Palemón.

Cuando Hera regresó al Olimpo, y se jactó con calma de haber logrado apartar a Ilitía, diosa de los partos, de la puerta de Alcmena, Zeus se encolerizó terriblemente; agarrando a su hija mayor Ate, que le había impedido percatarse del engaño de Hera, juró con todas sus fuerzas que jamás volvería al Olimpo. Cogiéndola por sus dorados cabellos y haciéndola girar por encima de su cabeza, Zeus arrojó a Ate violentamente a la tierra. Aunque Zeus no podía faltar a su palabra y permitir que Heracles gobernara la casa de Perseo, persuadió a Hera para que conviniera en que, después de ejecutar los doce trabajos que Euristeo le mandase, su hijo se convirtiera en dios.

Ahora bien, a diferencia de los anteriores amores humanos de Zeus, desde Níobe en adelante, Alcmena había sido seleccionada más que para su placer, con la idea de engendrar un hijo lo suficientemente poderoso como para poder proteger tanto a los dioses como a los hombres de la destrucción. Alcmena fue la última mujer mortal con la que yació Zeus, y él la honró tanto, que en lugar de violarla brutalmente, se hizo pasar por Anfitrión y la cortejó con palabras cariñosas y con caricias. Sabía que Alcmena era insobornable, y cuando la obsequió con un vaso carquesio, ella lo aceptó sin dudar como un despojo obtenido en la victoria.

La juventud de Heracles

Temiendo los celos de Hera, Alcmena dejó a su hijo recién nacido abandonado ante las murallas de Tebas; y

allí, a instigación de Zeus, Atenea acompañó a Hera a dar un paseo aparentemente improvisado.

—¡Fíjate, querida! ¡Qué niño tan extraordinariamente robusto! —dijo Atenea, fingiendo sorpresa mientras se detenía a recogerlo—. ¡Su madre debió de estar loca al abandonarlo en un campo rocoso! Vamos, tú tienes leche. ¡Deja que la pobre criatura mame un poco!

Hera, sin pensar, lo tomó en sus brazos y se descubrió el pecho, del que Heracles mamó con tal fuerza y le causó tanto dolor, que la diosa lo arrojó al suelo; un chorro de leche salió volando por los cielos y se convirtió en la Vía Láctea.

—¡Pequeño monstruo! —exclamó Hera.

Pero Heracles ya era inmortal, y Atenea se lo devolvió a Alcmena con una sonrisa, diciéndole que lo vigilara y criara bien. De este modo Hera se convirtió en la madre de leche de Heracles, aunque sólo lo había sido durante unos instantes; y por ello los tebanos le llaman hijo de Hera, y dicen que había sido Alceo antes de que ella lo hubiese amamantado, pero que cambió su nombre en honor a la diosa.

Una noche, cuando Heracles ya tenía ocho o diez meses de edad y todavía no estaba destetado, Alcmena, después de haber lavado y amamantado a sus gemelos, los puso a dormir bajo un cobertor hecho de vellón de cordero, encima del ancho escudo de bronce que Anfitrión le había quitado a Pterelao. A medianoche Hera envió dos serpientes prodigiosas con escamas azules a la casa de Anfitrión, con órdenes estrictas de destruir a Heracles. Las puertas se abrieron cuando se aproximaron; se deslizaron por el umbral y por los suelos de mármol hasta llegar al dormitorio de los niños, echando llamas por los ojos, y derramando veneno por los colmillos.

Los gemelos se despertaron y vieron a las serpientes retorciéndose encima de ellos, sacándoles sus lenguas hendidas con movimientos rápidos, pues Zeus nuevamente había llenado de una luz divina la habitación. Ificles chilló, y al agitar las piernas quitó el cobertor; luego, al intentar huir, cayó rodando del escudo al suelo. Sus asustados gritos y la extraña luz que brillaba bajo la puerta del dormitorio, despertaron a Alcmena.

—¡Levántate, Anfitrión! —exclamó.

Sin detenerse siquiera para ponerse las sandalias, Anfitrión saltó de la cama de madera de cedro y agarró su espada. En aquel momento la luz de la habitación de los niños se apagó. Gritando a sus soñolientos esclavos para que le trajeran lámparas y antorchas, Anfitrión entró precipitadamente; y Heracles, que no había dado ni un gemido, exhibió orgullosamente las serpientes, a las que estaba estrangulando en aquel momento, una en cada mano.

Mientras Alcmena consolaba al aterrorizado Ificles, Anfitrión volvió a tapar a Heracles con el cobertor, y regresó a la cama. Al amanecer, cuando el gallo hubo cantado tres veces, Alcmena mandó llamar al anciano Tiresias y le contó el prodigio. Tiresias, después de anunciar las futuras glorias de Heracles, le aconsejó que preparara un hogar ancho con astillas secas de aulaga, espinas y zarzas, y que sobre ellas quemara las serpientes a medianoche. Por la mañana, la doncella debía recoger sus cenizas, llevarlas a la roca donde se había posado la Esfinge, dispersarlas con el viento, y alejarse corriendo sin echar la mirada atrás. A su regreso había que purgar el palacio con humo de azufre y con agua de manantial salada; y había que coronar su techo con olivo silvestre. Finalmente había que sacrificar un jabalí en el gran altar de Zeus. Alcmena hizo todo esto.

Cuando Heracles dejó de ser un niño, Anfitrión le enseñó a conducir un carro y a tomar las curvas sin rozar las columnas. Cástor le dio clases de esgrima, y le adiestró en la utilización de armas, en tácticas de caballería y de infantería, y en los rudimentos de la estrategia. Uno de los hijos de Hermes se convirtió en su maestro de boxeo, y Eurito le enseñó a tirar con el arco. Pero Heracles pronto superó a todos los arqueros que jamás habían existido, incluyendo a su compañero Alcón, padre del argonauta Falero, que era capaz de disparar a través de unas anillas colocadas, una tras otra, sobre los cascos de una fila de soldados, y partir en dos una flecha sujeta a la punta de una espada o de una lanza.

Eumolpo le enseñó a Heracles a cantar y a tocar la

lira, mientras que Lino, hijo del dios-río Ismeno, le introdujo al estudio de la literatura. En cierta ocasión, mientras Eumolpo estaba ausente, Lino le dio también las clases de lira; pero Heracles, negándose a cambiar los principios que le había enseñado Eumolpo, y recibiendo una paliza por su terquedad, mató a Lino golpeándolo con la lira. Cuando fue juzgado por asesinato, Heracles citó una ley de Radamantis que justificaba la resistencia enérgica a un agresor, y de este modo consiguió su propia absolución. No obstante Anfitrión, ante el temor de que el muchacho cometiera más crímenes violentos, lo envió a una finca de ganado, donde permaneció hasta cumplir los dieciocho años, superando a sus contemporáneos en altura, fuerza y valor. No se sabe quién le enseñó a Heracles astronomía y filosofía, y sin embargo era erudito en ambas materias.

Los ojos de Heracles arrojaban fuego, y su puntería nunca fallaba ni con la jabalina, ni con la flecha. Al mediodía comía frugalmente; para cenar, su comida favorita era la carne asada y las tortas de cebada dorias. Llevaba una sencilla túnica de falda corta y prefería pasar una noche bajo las estrellas a pasarla bajo techado. Un profundo conocimiento del arte de predecir el futuro hacía que se alegrara ante la aparición de un buitre cuando estaba a punto de emprender un nuevo trabajo.

—Los buitres —solía decir— son las aves más nobles; no atacan siquiera a las más pequeñas criaturas vivas.

Heracles afirmaba que jamás había empezado una pelea, pero que siempre había tratado a sus agresores del mismo modo en que ellos habían querido tratarle a él. Un tal Térmero solía matar a los viajeros desafiándolos a una lucha de cabezadas; el cráneo de Heracles resultó ser el más fuerte, y aplastó la cabeza de Térmero como si fuera un huevo. Pero Heracles era cortés de naturaleza, y fue el primer mortal que por voluntad propia entregó los muertos al enemigo para su sepultura.

Las hijas de Tespio

Al cumplir los dieciocho años, Heracles abandonó la finca de ganado, resuelto a destruir el león del Citerón que estaba haciendo estragos en los rebaños de Anfitrión y de su vecino, el rey Tespio, el Erectida ateniense. El león tenía otra guarida en el monte Helicón al pie del cual se encuentra la ciudad de Tespias.

El rey Tespio tenía cincuenta hijas, fruto de su matrimonio con Megamede, hija de Arneo. Ante el temor de que no encontraran esposos apropiados, determinó que cada una de ellas tuviera un hijo con Heracles, pues Heracles se hospedó en Tespias durante cincuenta noches seguidas.

—Puedes quedarte con mi hija mayor, Procris, como compañera de lecho —le dijo hospitalariamente.

Pero cada noche otra de sus hijas visitaba a Heracles, hasta que hubo yacido con todas ellas. Hay quien afirma, no obstante, que las gozó a todas en una sola noche, menos a una, que rechazó sus abrazos y permaneció virgen hasta su muerte, sirviéndole como sacerdotisa en el santuario de Tespias. Pero había engendrado cincuenta y un hijos en sus hermanas: Procris, la mayor, le dio los gemelos Antileonte e Hipeo; y la hermana menor, otro par.

Después de haber averiguado el paradero del león, y de despacharlo con una maza sin pulir cortada de un olivo silvestre que había arrancado en el monte Helicón, Heracles se vistió con su piel y se puso por casco sus mandíbulas abiertas.

Ergino

Unos años antes de estos acontecimientos, durante el festival de Posidón celebrado en Onquesto, un incidente sin importancia irritó a los tebanos, y a raíz de esto, el auriga de Meneceo arrojó una piedra que hirió de muerte al rey minia Clímeno. Clímeno fue llevado de regreso a Orcómeno y allí, con su último aliento, ordenó a sus hijos que le vengaran. El mayor de éstos, llamado Ergino, cuya madre era la princesa beocia Bú-

cige, reunió un ejército, marchó sobre los tebanos y los derrotó por completo. Según las condiciones de un tratado, los tebanos debían pagarle a Ergino un tributo anual de cien cabezas de ganado durante veinte años como compensación por la muerte de Clímeno.

A su regreso de Helicón, Heracles se encontró con los heraldos minias que se dirigían a recoger el tributo tebano. Cuando les preguntó cuál era su misión, los heraldos le respondieron con desprecio que habían venido una vez más a recordar a los tebanos la clemencia de que era capaz Ergino al no cortarles las orejas, las narices y las manos a todos los hombres de la ciudad.

—¿Es éste el tributo que realmente anhela Ergino? —preguntó Heracles encolerizado. Acto seguido lisió a los heraldos del modo que ellos habían descrito y los hizo regresar a Orcómeno.

Cuando Ergino ordenó al rey Creonte de Tebas que le entregara al autor del ultraje, éste se mostró totalmente dispuesto a obedecerle, pues los minias habían desarmado Tebas y, además, no cabía esperar la intervención amistosa de ningún vecino en una causa tan injustificada. Sin embargo Heracles persuadió a los jóvenes compañeros a dar un golpe por la libertad. Recorrió todos los templos de la ciudad y arrancó todos los escudos, los cascos, los petos, las grebas, las espadas y las lanzas que habían sido consagrados como despojos. De este modo, Heracles armó a todos los tebanos en edad de combate, les enseñó a utilizar sus armas y él mismo asumió el mando. Un oráculo le prometió la victoria si la persona de sangre más noble de Tebas estuviese dispuesto a matarse. Todos dirigieron sus miradas expectantes hacia Antípeno, un descendiente de los Hombres Sembrados; pero al ver que él no se mostraba partidario de morir por el bien común, sus hijas Androclea y Alcis lo hicieron de buen grado en su lugar.

Poco después, los minias marcharon sobre Tebas, pero Heracles les tendió una emboscada en un desfiladero estrecho, dando muerte a Ergino y a la mayoría de sus capitanes. Heracles se aprovechó de esta victoria, conseguida prácticamente sin ayuda de nadie, para realizar un ataque repentino sobre Orcómeno, cuyas

puertas derribó a golpes, saqueando luego el palacio y obligando a los minias a pagar un tributo doble a Tebas. Por desgracia, su padre adoptivo, Anfitrión, murió en la batalla.

La locura de Heracles

Al derrotar a los minias, Heracles se convirtió en el más famoso de todos los héroes; y su recompensa fue casarse con la hija mayor de Creonte, llamada Mégara, y ser nombrado protector de la ciudad, mientras que Ificles se casó con la hija menor. Hay quien afirma que Heracles tuvo dos hijos con Mégara; otros dicen que tuvo tres, cuatro, o incluso ocho. Se conocen como los Alcides.

Seguidamente Heracles venció a Pirecmes, rey de los eubeos, y aliado de los minias, cuando marchó sobre Tebas; luego aterrorizó a toda Grecia al mandar que unos potros desgarraran su cuerpo, partiéndolo en dos, y que fuera abandonado sin enterrar junto al río Heracleo.

Hera, irritada por los excesos de Heracles, lo enloqueció. Primero atacó a su adorado sobrino Yolao, el hijo mayor de Ificles, el cual logró escapar a sus violentas embestidas; luego, tomando a sus propios hijos por enemigos, los derribó de un golpe y arrojó sus cuerpos al fuego, junto con otros dos hijos de Ificles con quienes estaban realizando ejercicios marciales.

Cuando Heracles recobró su cordura, se encerró en un aposento oscuro durante unos días, eludiendo todo trato humano y luego, habiendo sido purificado por el rey Tespio, se dirigió a Delfos, para averiguar qué debía hacer. La pitonisa, llamándole por primera vez Heracles, en lugar de Palemón, le aconsejó que residiera en Tirinto, que sirviera a Euristeo durante doce años y que realizase los trabajos que él le impusiera, en pago de lo cual sería premiado con la inmortalidad. Al oír estas palabras, Heracles sintió una gran desesperación, aborreciendo la idea de servir a un hombre que, como bien sabía, era muy inferior a él, y temiendo por otro lado oponerse a su padre Zeus. Muchos amigos vinieron a

consolarle en su pena, y finalmente, cuando el paso del tiempo hubo aliviado un poco su dolor, se puso a disposición de Euristeo.

Se ha dicho que cuando Heracles dio comienzo a sus trabajos, Hermes le entregó una espada, Apolo un arco y unas flechas de astil liso con plumas de águila, Hefesto un peto de oro y Atenea un manto. Y se ha añadido que en el transcurso de los trabajos, Atenea y Hefesto rivalizaron la una con el otro para beneficiar a Heracles: ella le concedió el don de disfrutar de los placeres pacíficos, él la protección de los peligros de la guerra. El obsequio de Posidón fue un tiro de caballos, el de Zeus, un escudo magnífico e irrompible. Había muchas historias trabajadas sobre este escudo en esmalte, marfil, electro, oro y lapislázuli; además, las doce cabezas de serpiente esculpidas alrededor del ombligo tenían mandíbulas que entrechocaban cada vez que Heracles entraba en batalla, aterrorizando a sus adversarios. La verdad, sin embargo, es que Heracles detestaba las armaduras, y que después de su primer trabajo casi siempre andaba sin una lanza siquiera, confiando más en su maza, y en su arco y sus flechas. Casi nunca utilizaba la maza con punta de bronce que le había entregado Hefesto, pues prefería las que él mismo cortó de olivos silvestres, primero en el Helicón, luego en Nemea. La segunda maza fue reemplazada más tarde por otra tercera, también cortada de un olivo silvestre, cerca de la costa del mar Sarónico: fue la maza que, en su visita a Trecén, apoyó contra la imagen de Hermes. Echó raíces, brotó, y se convirtió en un árbol imponente.

Su sobrino Yolao compartió con él los trabajos actuando como su auriga, o su escudero.

El primer trabajo: el león de Nemea

El primer trabajo que Euristeo impuso a Heracles cuando éste se estableció en Tirinto, fue el de dar muerte y despellejar al león de Nemea, o de Cleonas, una bestia enorme con una piel a prueba del hierro, el bronce y la piedra.

Al llegar a Cleonas, entre Corinto y Argos, Heracles se hospedó en la casa de un jornalero, o pastor, llamado Molorco, cuyo hijo había sido muerto por el león. Al ver que Molorco estaba a punto de ofrecer un carnero a Hera, como sacrificio propiciatorio, Heracles lo contuvo.

—Espera treinta días —le dijo—. Si regreso sano y salvo, ofrece el sacrificio a Zeus Salvador; si no regreso, ¡ofrécemelo a mí como héroe!

Heracles llegó a Nemea al mediodía, pero como el león había despoblado el vecindario, no halló a nadie que pudiera darle indicaciones; tampoco podía verse huella alguna. Después de haber escudriñado primero el monte Apesas —llamado así en honor a Apesanto, un pastor que el león había matado— Heracles visitó el monte Treto, y al poco rato divisió al león que regresaba a su guarida, manchado de sangre después de las matanzas de aquel día. Lanzó toda una descarga de flechas contra el animal, pero rebotaron sin dañarle al tocar la gruesa piel, y el león, bostezando, se relamió los labios. Después utilizó la espada, que se dobló como si fuera de plomo; finalmente levantó su maza y le asestó un golpe tan fuerte en el hocico que el animal entró en su caverna de doble entrada, sacudiendo la cabeza, aunque no por el dolor, sino por el zumbido que quedó en sus oídos. Entonces Heracles, mirando tristemente su maza despedazada, colocó una red en una de las entradas de la cueva y entró por la otra. Dándose cuenta de que el monstruo era completamente invulnerable, empezó a luchar cuerpo a cuerpo con él. El león le arrancó un dedo de un mordisco, pero Heracles, aprisionándole la cabeza, se la estrujó hasta que murió estrangulado.

Con el cadáver del animal a cuestas, Heracles regresó a Cleonas, lugar al que llegó a los treinta días de su partida, y encontró a Molorco a punto de ofrecerle un sacrificio heroico; en su lugar, ofrecieron uno juntos a Zeus Salvador. Hecho esto, Heracles se cortó una maza nueva, y después de hacer unos cambios en los Juegos Nemeos que hasta entonces se habían celebrado en honor a Ofeltes, y dedicarlos a Zeus, se llevó el cadáver del león a Micenas. Euristeo, asombrado y aterrorizado,

le prohibió que volviera a entrar jamás en la ciudad; en adelante debía exhibir los frutos de sus trabajos ante las puertas de Micenas.

Durante un tiempo Heracles se quedó perplejo sin saber cómo despellejar al león, hasta que, por inspiración divina, se le ocurrió utilizar las propias garras del animal, afiladas como navajas, y pronto pudo llevar su piel invulnerable como armadura, y la cabeza como casco. Mientras tanto Euristeo mandó a sus herreros que le fabricaran una jarra de bronce que él escondió bajo tierra. En adelante, siempre que se anunciaba la llegada de Heracles, se refugiaba en ella y enviaba sus órdenes por medio de un heraldo: un hijo de Pélope, llamado Copreo, a quien había purificado por un asesinato.

EL SEGUNDO TRABAJO: LA HIDRA DE LERNA

El segundo trabajo mandado por Euristeo fue la destrucción de la hidra de Lerna, un monstruo, hijo de Tifón y de Equidna, criado por Hera para poner en peligro a Heracles.

Lerna está situada junto al mar, a unas cinco millas de la ciudad de Argos. Al oeste se alza el monte Pontino, con su arboleda sagrada de plátanos. Cada año se celebran en Lerna unos ritos nocturnos secretos en honor a Dioniso, el cual descendía al Tártaro desde este lugar cuando quería ir en busca de Sémele; y no lejos de allí se celebraban los misterios de Deméter de Lerna, en un recinto que marca el lugar donde Hades y Perséfone también descendieron al Tártaro.

Esta región fértil y sagrada estuvo en un tiempo aterrada por la presencia de la hidra, que tenía su guarida bajo un plátano en el nacimiento del río Amimone, alimentado por siete fuentes, y que rondaba por el pantano insondable de Lerna cercano al río, tumba de muchos viajeros incautos. La hidra tenía un prodigioso cuerpo con forma de perro, y ocho o nueve cabezas de serpiente, una de ellas inmortal; pero algunos le atribuyen cincuenta, o cien, o incluso diez mil cabezas. Sea como fuere, era tan venenosa que su aliento, o el

olor de sus pisadas, bastaba para destruir una vida.

Atenea había meditado cuál sería para Heracles la mejor manera de matar a este monstruo, y cuando llegó allí, en el carro conducido por Yolao, ella le enseñó dónde estaba la guarida de la hidra. Siguiendo el consejo de la diosa, obligó a la hidra a salir arrojando flechas encendidas, y luego contuvo la respiración mientras la atrapaba. Pero el monstruo se enroscó en sus pies, intentando hacerle tropezar. Heracles apaleó las cabezas con su maza, pero en vano: en cuanto aplastaba una de ellas, crecían dos o tres más en su lugar.

Un enorme cangrejo se acercó a toda prisa desde el pantano para ayudar a la hidra, y mordisqueó el pie de Heracles; éste, aplastando furiosamente su caparazón, dio voces para que Yolao viniese en su ayuda. Yolao prendió fuego a un extremo de la arboleda y luego, para impedir que de la hidra brotaran nuevas cabezas, quemó las raíces de cada una de ellas con las ramas ardientes; de este modo se pudo detener el flujo de la sangre.

Utilizando entonces una espada, o una hoz, Heracles cortó la cabeza inmortal, parte de la cual era de oro, y la enterró, todavía silbando, bajo una pesada roca junto al camino que conducía a Eleo. Desentrañó el cadáver y bañó sus flechas en la hiel. A partir de entonces, la más pequeña herida que producía con una de ellas era invariablemente mortal.

En premio a los servicios prestados por el cangrejo, Hera colocó su imagen entre los doce signos del zodíaco; pero Euristeo no consideró este trabajo como debidamente ejecutado, porque Yolao le había proporcionado las teas.

El tercer trabajo: la cierva de Cerinia

El tercer trabajo de Heracles consistía en capturar la cierva de Cerinia, y traerla viva desde Énoe hasta Micenas. Este veloz animal moteado tenía pezuñas de bronce y cornamenta de oro como la de un ciervo, de modo que algunos la creen ciervo. Estaba consagrada a Ártemis, quien, cuando todavía era una niña,

vio a cinco ciervas, más grandes que toros, que pacían a orillas del río tesalio de oscuros guijarros llamado el Anauro, al pie de los montes Parrasios; el sol centelleaba en sus cuernos. Echó a correr, persiguiéndolas, y apresó a cuatro de ellas, una tras otra, con sus propias manos, enganchándolas luego a su carro; la quinta huyó cruzando el río Celadón hasta llegar al monte Cerinia, tal como había previsto Hera, que ya tenía en mente los trabajos de Heracles.

No queriendo ni matar ni herir a la cierva, Heracles realizó este trabajo sin ejercer la más mínima fuerza. La persiguió incansablemente durante un año entero, y la caza le llevó hasta la lejana Istria y la tierra de los hiperbóreos. Cuando, agotada por fin, se refugió en el monte Artemisio, y descendió luego al río Ladón, Heracles disparó una flecha con la que sujetó sus piernas delanteras, haciéndola pasar entre el hueso y el tendón, y sin que manara sangre. Entonces la apresó, la cargó sobre sus hombros, y atravesó Arcadia apresuradamente en dirección a Micenas. Artemis vino al encuentro de Heracles, reprochándole el haber maltratado a su animal sagrado, pero él alegó necesidad y culpó a Euristeo. De este modo su cólera se aplacó, y le permitió llevar la cierva con vida a Micenas.

El cuarto trabajo: el jabalí de Erimanto

El cuarto trabajo que le fue impuesto a Heracles fue el de capturar vivo el jabalí de Erimanto: una feroz y enorme bestia que rondaba las laderas cubiertas de cipreses del monte Erimanto, y los matorrales del monte arcadio Lampea, y que causaba estragos en los campos que rodeaban Psófide.

Al pasar por Fóloe de camino a Erimanto —donde dio muerte a un tal Sauro, un cruel bandido— fue entretenido por el centauro Folo, hijo de Sileno con una de las ninfas de los fresnos. Folo le sirvió a Heracles carne asada, pero él prefirió comerla cruda, y no se atrevió a abrir la jarra de vino comunal de los centauros hasta que Heracles le recordó que se trataba de la misma jarra que, cuatro generaciones antes,

Dioniso había dejado en la cueva precisamente en preparación para este acontecimiento. Los centauros, al oler el fuerte vino, montaron en cólera. Armados con grandes rocas, abetos arrancados de raíz, teas y hachas de carnicero, se apresuraron hacia la cueva de Folo. Mientras Folo se ocultaba, aterrado, Heracles rechazó con audacia a Anquio y a Agrio, sus dos primeros asaltantes, con una descarga de teas. Néfele, la nebulosa abuela de los centauros, hizo caer un chaparrón de lluvia que aflojó la cuerda del arco de Heracles y dejó la tierra resbaladiza. Sin embargo él se mostró merecedor de sus pasadas hazañas y dio muerte a varios centauros, entre ellos a Orio y a Hileo. El resto huyó hasta llegar a Malea, donde se acogieron a la protección de Quirón, su rey, quien había sido expulsado del monte Pelión por los lapitas.

La última flecha que les disparó Heracles atravesó el brazo de Élato y quedó clavada, vibrando todavía, en la rodilla de Quirón. Desolado por el accidente sufrido por su viejo amigo, Heracles extrajo la flecha y, aunque el propio Quirón proporcionó el vulnerario para curar la herida, no sirvió de nada y se retiró, dando alaridos de dolor, a su cueva; sin embargo no podía morir porque era inmortal. Más adelante Prometeo ofreció aceptar su inmortalidad, y Zeus aprobó este acuerdo.

Entretanto, mientras enterraba a sus parientes muertos, Folo sacó una de las flechas de Heracles y la examinó.

—¿Cómo pudo una criatura tan robusta sucumbir a un mero rasguño? —se preguntó.

Pero la flecha se le escapó de las manos, se le clavó en el pie, y la muerte le sobrevino al instante. Heracles abandonó la persecución y regresó a Fóloe, donde enterró a Folo con excepcionales honras fúnebres al pie de la montaña que ha tomado su nombre.

Heracles se dispuso entonces a perseguir al jabalí por las orillas del río Erimanto. Apresar con vida a un animal tan salvaje era una tarea de extraordinaria dificultad; pero él lo desalojó de un matorral con gritos de ¡sus! y lo obligó a meterse en un espeso ventisquero; allí saltó sobre su lomo. Lo ató con cadenas y lo transportó vivo sobre sus hombros hasta Micenas; pero

cuando se enteró de que los argonautas se estaban reuniendo para realizar su viaje a Cólquide, dejó caer el jabalí ante la plaza del mercado, y en lugar de aguardar nuevas órdenes de Euristeo, que estaba escondido en su jarra de bronce, se marchó con Hilas a unirse a la expedición. No se sabe quién despachó al jabalí capturado, pero sus colmillos se conservaron en el templo de Apolo en Cumas.

El quinto trabajo: los establos del rey Augias

El quinto trabajo de Heracles fue el de limpiar el inmundo corral del rey Augias en un solo día. Euristeo imaginó con júbilo el asco que experimentaría Heracles al tener que meter el estiércol en cestos y llevárselos luego, cargándolos sobre sus hombros. Augias, rey de Élide, era el hijo de Helio, fruto de su unión con Naupidame, una hija de Anfidamante. Otros le consideran hijo de Posidón. En ganado lanar y vacuno era el hombre más rico de la tierra, pues, gracias a una dispensa divina, sus rebaños eran inmunes a las enfermedades e inimitablemente fértiles, y no malparían jamás. Aunque en casi todos los casos criaban hembras, Augias poseía trescientos toros negros patialbos y doscientos toros sementales colorados; también doce toros excepcionales, de un color blanco plateado, consagrados a su padre Helio. Estos doce defendían sus rebaños contra las bestias salvajes que merodeaban por allí procedentes de las colinas boscosas.

Ahora bien, el estiércol del corral y de los rediles de Augias no se había limpiado en muchos años, y aunque el fétido olor no afectaba a las bestias, sí esparcía su pestilencia por todo el Peloponeso. Además, los pastos de los valles tenían una capa tan gruesa de estiércol que ya no podían labrarse para sembrar grano.

Heracles saludó desde lejos a Augias, y se comprometió a limpiar el corral antes del anochecer, a cambio de la décima parte de sus rebaños. Augias se echó a reír, lleno de incredulidad, y llamó a Fileo, su hijo mayor, para que fuera testigo de la oferta de Heracles.

—Jura que realizarás el trabajo antes del anochecer —exigió Fileo.

El juramento que prestó entonces Heracles en nombre de su padre, fue el primero y el último que juró. Augias también prestó juramento para comprometerse a cumplir con su parte del trato.

Siguiendo el consejo de Menedemo el eleo, y con la ayuda de Yolao, Heracles hizo primero unas brechas en dos puntos del muro del corral, y luego desvió los vecinos ríos, el Alfeo y el Peneo, de manera que sus aguas atravesaron el corral con ímpetu, dejándolo limpio, y luego limpiaron también los rediles y los pastos de los valles. De este modo Heracles realizó el trabajo en un solo día, devolviendo la salud a la tierra y sin mancharse ni el dedo meñique. Pero cuando Copreo le informó a Augias que Heracles ya había recibido órdenes de Euristeo de limpiar los corrales, se negó a pagarle la recompensa e incluso se atrevió a negar que él y Heracles habían hecho un trato.

Heracles sugirió que el caso se sometiera a arbitraje; pero cuando los jueces ya estaban sentados y Fileo, a quien Heracles había mandado comparecer, atestiguaba la verdad, Augias se levantó de un salto, lleno de cólera, y los desterró a ambos de Élide, afirmando que había sido engañado por Heracles ya que los dioses de los ríos, y no él, habían realizado el trabajo. Para empeorar aún más las cosas, Euristeo se negó a considerar este trabajo como uno de los diez, porque Heracles había sido contratado por Augias.

El sexto trabajo: las aves de Estinfalo

El sexto trabajo de Heracles consistió en deshacerse de las innumerables aves de picos de bronce, garras de bronce y alas de bronce, pájaros comedores de hombres, consagrados a Ares, que, asustados por los lobos del Barranco de los Lobos en el camino de Orcómeno, habían huido en bandada al pantano de Estinfalo. Aquí criaban y se remojaban junto al río del mismo nombre, echándose a volar de vez en cuando en grandes bandadas, para dar muerte a hombres y animales con

sus descargas de plumas de bronce y dejando caer al mismo tiempo un excremento venenoso que añublaba los cultivos.

Al llegar al pantano, que estaba rodeado por espesos bosques, Heracles descubrió que era incapaz de ahuyentar a los pájaros con sus flechas, pues eran demasiado numerosos. Además, el pantano resultaba poco sólido para soportar el peso de un hombre a pie, y poco líquido para la utilización de una barca. Mientras Heracles aguardaba, indeciso, en la orilla, Atenea le entregó un par de castañuelas de bronce, fabricadas por Hefesto; o tal vez fuera un sonajero. Colocándose en un espolón del monte Cilene, que da al pantano, Heracles hizo sonar las castañuelas, o agitó el sonajero, y produjo tal estruendo que las aves alzaron el vuelo formando una enorme bandada, enloquecidas de terror. Derribó a veintenas de ellas cuando huían hacia la isla de Ares en el mar Negro, donde más adelante fueron descubiertas por los argonautas.

El séptimo trabajo: el toro de Creta

Euristeo ordenó a Heracles, para su séptimo trabajo, que capturara al toro cretense que Minos no había querido sacrificar a Posidón y que engendró el Minotauro en Pasífae. Por aquel entonces estaba causando detrozos en Creta, sobre todo en la región regada por el río Tetris, arrancando los cultivos y derribando los muros de los huertos.

Cuando Heracles navegó a Creta, Minos le ofreció toda la asistencia posible, pero él prefirió capturar al toro sin ayuda de nadie, aunque arrojaba llamas ardientes por la boca. Después de una larga lucha, logró llevar al monstruo hasta Micenas, donde Euristeo, después de dedicarlo a Hera, lo dejó en libertad. Sin embargo Hera, que detestaba aquel regalo porque contribuía a la gloria de Heracles, lo mandó primero a Esparta, y luego de regreso a través de Arcadia y por el Istmo hasta Maratón, en Ática, desde donde Teseo más tarde lo arrastró hasta Atenas y lo sacrificó a Atenea.

El octavo trabajo: las yeguas de Diomedes

Para su octavo trabajo, Euristeo ordenó a Heracles que capturara las cuatro yeguas salvajes del rey tracio Diomedes —no se sabe con certeza si era el hijo de Ares y de Cirene, o si nació como fruto de unas relaciones incestuosas entre Astéria y su padre Atlante— que gobernaba los bistones guerreros, y cuyos establos, en la ciudad hoy día desaparecida de Tirida, constituían el terror de Grecia. Diomedes tenía las yeguas atadas con cadenas de hierro a unos pesebres de bronce, y las alimentaba con la carne de sus inocentes huéspedes.

Heracles zarpó, con un grupo de voluntarios, rumbo a Tracia, deteniéndose en el viaje para hacerle una visita a su amigo, el rey Admeto de Feras. Cuando llegó a Tirida logró dominar a los mozos de caballos y obligó a las yeguas a dirigirse al mar, donde las dejó en un otero al cuidado de su paniaguado Abdero; luego se dio la vuelta para rechazar a los bistones que venían persiguiéndole a toda velocidad. Ya que ellos excedían en número a sus hombres, los derrotó abriendo ingeniosamente un canal y haciendo que el mar inundara la baja llanura; cuando dieron media vuelta y echaron a correr, él los persiguió, dejó sin sentido a Diomedes con un golpe de su maza, arrastró su cuerpo alrededor del lago que entonces ya se había formado, y lo dejó delante de sus propias yeguas, las cuales laceraron la carne todavía con vida. Saciada ya del todo su hambre —pues durante la ausencia de Heracles también habían devorado a Abdero—, las dominó sin grandes dificultades.

El noveno trabajo: el ceñidor de Hipólita

El noveno trabajo de Heracles fue ir en busca del ceñidor de oro, perteneciente a Ares, que llevaba puesto la reina amazona Hipólita, y entregárselo a Admete, la hija del rey Euristeo. Con una nave y un grupo de voluntarios, entre los que se encontraban Yolao, Telamón de Egina, Peleo de Yolco y, según algunas fuen-

tes, Teseo de Atenas, Heracles zarpó rumbo al río Termodonte.

Las amazonas eran hijas de Ares, fruto de sus amores con la náyade Harmonía, nacidas en las cañadas de Acmonia en Frigia; pero hay quien dice que su madre fue Afrodita, u Otrere, hija de Ares. Al principio vivieron junto al río Amazonio, cuyo nombre es ahora Tanais en honor al hijo de la amazona Lisipe, el cual ofendió a Afrodita por despreciar el matrimonio y entregarse a la guerra. En venganza, Afrodita hizo que Tanais se enamorara de su madre; pero antes que ceder a una pasión incestuosa, se arrojó al río y se ahogó. Para escapar a los reproches de su fantasma, Lisipe llevó entonces a sus hijas, siguiendo la costa del mar Negro, hasta una llanura junto al río Termodonte, que nace en las altas montañas Amazonas. Allí formaron tres tribus, cada una de las cuales fundó una ciudad.

Las amazonas sólo reconocían la descendencia por línea materna, y Lisipe había decretado que los hombres debían realizar todos los trabajos del hogar, mientras que las mujeres luchaban y gobernaban. Para ello mandaban romper los brazos y las piernas de los niños recién nacidos, dejándolos imposibilitados para la guerra o para viajar. Estas mujeres antinaturales, a quienes los escitas llaman eórpatas, no mostraban ningún respeto por la justicia o la decencia, sino que fueron famosas guerreras, siendo las primeras en utilizar caballería. Llevaban arcos de bronce y escudos cortos en forma de media luna; sus cascos, ropas y cinturones estaban hechos con pieles de animales salvajes. Antes de trabar batalla, Lisipe construyó la gran ciudad de Temiscira, y derrotó a todas las tribus hasta la altura del río Tanais. Con los despojos de sus campañas construyó templos dedicados a Ares, y otros a Ártemis Taurópola, cuyo culto estableció. Sus descendientes extendieron el imperio amazónico hacia el oeste cruzando el río Tanais hasta Tracia; también, por la costa sur, hacia el oeste cruzando el Termodonte hasta Frigia. Tres famosas reinas amazonas, Marpesia, Hipo y Lámpado, se apoderaron de una gran parte de Asia Menor y de Siria, y fundaron las ciudades de Efeso, Esmirna, Cirene y Mirina. Fue durante esta expedición que las amazonas

tomaron Troya, cuando Príamo era todavía un niño. Pero mientras que algunos destacamentos del ejército amazónico regresaron a casa con enormes cantidades de despojos, los restantes, quedándose para consolidar su poder en Asia Menor, fueron expulsados por una alianza de tribus bárbaras, y perdieron a su reina Marpesia.

Cuando Heracles fue a visitar a las amazonas, éstas ya habían regresado al río Termodonte, y sus tres ciudades estaban gobernadas por Hipólita, Antíope y Melanipa. Durante el viaje hizo escala en la isla de Paros, famosa por su mármol, que el rey Radamantis había legado a un tal Alceo, un hijo de Androgeo; pero cuatro de los hijos de Minos, Eurimedonte, Crises, Nefalión y Filolao, también se habían establecido allí. Dos miembros de la tripulación de Heracles, al desembarcar en busca de agua, fueron asesinados por los hijos de Mino por lo que Heracles, lleno de indigación, dio muerte a los cuatro, y hostigó hasta tal punto a los parios, que éstos enviaron mensajeros para ofrecerle, en compensación por los marineros muertos, que eligiese a dos hombres, los que él quisiera, para ser sus esclavos. Satisfecho con esta oferta, Heracles levantó el sitio y eligió al rey Alceo y a su hermano Esténelo, llevándoselos a bordo de su nave. Luego navegó por el Helesponto y el Bósforo hasta el país de los mariandinos en Misia, donde fue recibido por el rey Lico, el paflagonio, hijo de Dáscilo y nieto de Tántalo. A cambio, apoyó a Lico en una guerra contra los bébrices, matando a muchos, incluso a su rey Migdón, hermano de Ámico, y recuperó gran parte de la tierra de los paflagonios que estaba en manos de los bébrices; Heracles la devolvió a Lico, quien la llamó Heraclia desde entonces, en su honor. Más tarde Heraclia fue colonizada por los habitantes de Mégara y de Tanagra, por consejo de la pitonisa de Delfos, quien les dijo que establecieran una colonia junto al mar Negro, en una región dedicada a Heracles.

Al llegar a la desembocadura del río Termodonte, Heracles echó anclas en el puerto de Temiscira, donde Hipólita fue a hacerle una visita, y sintiéndose atraída por su cuerpo musculoso, le ofreció el ceñidor de Ares como prenda de amor. Pero mientras tanto Hera, disfrazada con ropas de amazona, había ido de un lado

a otro haciendo correr el rumor de que estos extranjeros planeaban raptar a Hipólita, en vista de lo cual, las guerreras, encolerizadas, montaron sus caballos y dirigieron un ataque contra la nave. Heracles, que sospechaba alguna traición, mató de improviso a Hipólita, le quitó el ceñidor, se apoderó de su hacha y de sus otras armas, y se preparó para defenderse. Dio muerte, una por una, a todas las jefas amazónicas, obligando a su ejército a huir después de una gran matanza.

A su regreso de Temiscira, Heracles fue nuevamente al país de los mariandinos, y participó en los juegos fúnebres celebrados en honor a Priolao, hermano del rey Lico, que había muerto a manos de los misios. Heracles boxeó con Ticia, el campeón mariandino, le rompió todos los dientes y lo mató con un golpe en la sien. En prueba de su pesar por este accidente, sojuzgó a los misios y a los frigios en nombre de Dáscilo; pero también sojuzgó a los bitinios hasta la desembocadura del río Rebas y hasta la cima del monte Colone, reclamando para sí su reino. Los paflagonios de Pélope se rindieron voluntariamente. No obstante, en cuanto Heracles hubo partido, los bébrices, bajo el mando de Amico, hijo de Posidón, volvieron a robarle a Lico sus tierras, y extendieron su frontera hasta el río Hipio.

Después de haber zarpado desde aquel lugar con rumbo a Troya, Heracles salvó a Hesíone de un monstruo marino y continuó luego su viaje a Eno, en Tracia, donde fue bien recibido por Poltis; y en el momento en que iba a salir nuevamente a la mar, disparó su arco contra Sarpedón, un hijo de Posidón, el hermano insolente de Poltis, en la playa de Eno, causándole la muerte. Luego subyugó a los tracios que se habían establecido en Tasos, y otorgó la isla a los hijos de Androgeo, a los que se había llevado de Paros; y en Torone, Polígono y Telégono, hijos de Proteo, le desafiaron a una lucha en la que dio muerte a los dos.

Regresando por fin a Micenas, Heracles entregó el ceñidor a Euristeo, quien lo entregó a Admete. En cuanto al resto del botín obtenido de las amazonas: presentó sus ricas vestiduras al templo de Apolo en Delfos, y el hacha de la reina Hipólita a la reina Ónfale, la cual la incluyó entre las insignias de los reyes lidios. Este

hacha fue llevada finalmente a un templo cario de Zeus Labrades y colocada en la mano de la divina imagen.

El décimo trabajo: el ganado de Geriones

El décimo trabajo de Heracles consistió en traer el famoso ganado de Geriones de Eritrea, una isla cercana al Océano, sin exigencias ni pagos. Geriones, hijo de Crisaor y de Calírroe, hija ésta del Titán Océano, era el rey de Tarteso, en España, y tenía fama de ser el hombre más fuerte de la tierra. Había nacido con tres cabezas, seis manos y tres cuerpos unidos por la cintura. El ganado de Geriones, formado por vacas coloradas de andar pesado, animales de extraordinaria belleza, estaba al cuidado del pastor Euritión y del perro guardián de dos cabezas llamado Ortro —que anteriormente había sido propiedad de Atlante— nacido de Tifón y Equidna.

Al pasar por Europa, Heracles dio muerte a muchos animales salvajes, y cuando por fin llegó a Tarteso, levantó dos columnas, una frente a la otra, a cada lado del estrecho, una en Europa y la otra en África. (Estas Columnas de Heracles se identifican generalmente con el monte Calpe en Europa, y Abile, o Abílix en África.) Hay quien afirma que los dos continentes habían estado unidos, y que él abrió un canal entre los dos, o que separó los dos peñones; otros dicen que, al contrario, hizo más angosto el estrecho para impedir la entrada de ballenas y de otros monstruos marinos.

Helio brilló sobre Heracles y éste, al ver que era imposible trabajar con tanto calor, tensó su arco y disparó una flecha al dios.

—¡Basta ya! —exclamó Helio enfadado.

Heracles se disculpó por su mal humor y destensó inmediatamente su arco. Helio, para igualar su cortesía, le prestó a Heracles su copa de oro, que tenía forma de nenúfar, y en ella navegó hasta Eritrea; pero el Titán Océano, para ponerle a prueba, hizo que la copa cabeceara violentamente sobre las olas. Una vez más, Heracles sacó su arco, asustando a Océano y obligándole a calmar las aguas.

A su llegada subió al monte Abas. El perro Ortro se precipitó sobre él, ladrando, pero un golpe de la maza de Heracles lo dejó sin vida y Euritión, el pastor de Geriones, que llegó corriendo en ayuda de Ortro, murió del mismo modo. Entonces Heracles empezó a llevarse el ganado. Menetes, que apacentaba el ganado de Hades cerca de allí, llevó la noticia a Geriones. Desafiado a una lucha, Heracles arremetió contra el costado de Geriones y le disparó, atravesando sus tres cuerpos con una sola flecha. Hera corrió a auxiliar a Geriones, y Heracles la hirió con una flecha en el pecho derecho obligándola a huir. De este modo obtuvo el ganado sin exigencias ni pagos, y embarcó en la copa de oro en la que seguidamente navegó hasta Tarteso para devolverla, muy agradecido, a Helio. De la sangre de Geriones brotó un árbol el cual, cuando salen las Pléyades, da unos frutos sin pepitas parecidos a las cerezas.

Existen muchos argumentos sobre cómo llevó luego el ganado hasta Micenas, pero según un relato probable, pasó por el territorio de Abdera, una colonia fenicia, y luego por España, dejando atrás como colonizadores a algunos de sus seguidores. En los Pirineos cortejó y enterró a la princesa bébrice Pirene, de quien toma el nombre esta cordillera. Luego visitó Galia, donde abolió una bárbara costumbre nativa de matar a los extranjeros, y se ganó tantos corazones con sus generosas acciones que pudo fundar una gran ciudad, a la que llamó Alesia, o «Peregrinación», en recuerdo de sus viajes. Los galos honraron a Alesia como el hogar y la ciudad madre de todo su territorio y alegaban ser descendientes de Heracles por su unión con una alta princesa llamada Gálata que lo eligió como amante y engendró aquel pueblo guerrero.

Cuando Heracles conducía los rebaños de Geriones por Liguria, dos hijos de Posidón llamados Alebión y Dercino intentaron robárselos y ambos resultaron muertos. En un momento de su batalla contra las hostiles fuerzas ligures, Heracles se quedó sin flechas y se arrodilló, llorando, herido y agotado. Como el suelo estaba cubierto de musgo blando, no encontró ninguna piedra que pudiese arrojar al enemigo —Ligis, el hermano de

Alebión, era su jefe— hasta que Zeus, apiadándose de sus lágrimas, oscureció la tierra con una nube de la que cayó una lluvia de piedras; y con éstas hizo huir a los ligures. Zeus colocó entre las estrellas una imagen de Heracles luchando contra los ligures, conocida como la constelación Engonasis. Otro recuerdo de esta batalla se conserva en la tierra: el ancho y redondo llano situado entre Marsella y la desembocadura del río Ródano, a unas quince millas del mar, llamado «La Llanura de las Piedras» porque está llena de piedras del tamaño del puño de un hombre; también pueden encontrarse allí manantiales de agua salobre.

En su travesía de los Alpes ligures, Heracles abrió un camino adecuado para su ejércitos y su bagaje; también dispersó a todas las bandas de ladrones que infestaban el puerto, antes de llegar a Galia cisalpina y a Etruria. No fue hasta después de haber vagado por toda la costa de Italia, cruzando el mar hasta Sicilia, que se le ocurrió este pensamiento:

—¡He tomado el camino equivocado!

Los romanos dicen que, al llegar al Albula —más tarde llamado el Tiber—, fue acogido por el rey Evandro, un exiliado de Arcadia. Al anochecer cruzó el río a nado, dirigiendo el ganado hacia delante, y se tumbó para descansar sobre la hierba del campo. En una profunda cueva cerca de allí, vivía un enorme y horrible pastor con tres cabezas llamado Caco, un hijo de Hefesto y Medusa, que era el terror y la vergüenza del bosque Aventino, y arrojaba fuego por cada una de sus tres bocas. Cráneos y brazos humanos colgaban clavados sobre el dintel de su cueva, y el suelo en su interior relucía con la blancura de los huesos de sus víctimas. Mientras Heracles dormía, Caco robó sus dos mejores toros, y también cuatro vaquillas, a las que arrastró por las colas hasta meterlas en su guarida.

Con la primera luz del amanecer Heracles se despertó, y se dio cuenta en seguida de que faltaban las reses. Después de buscarlas inútilmente, estaba a punto de reemprender su viaje con el resto, cuando una de las vaquillas robadas mugió de hambre. Heracles, guiándose por el sonido, llegó a la cueva, pero descubrió que la entrada estaba obstruida por una roca que ni

una yunta de diez bueyes hubiera podido apartar; sin embargo él la levantó y la dejó a un lado como si se tratara de un guijarro y entonces, sin inmutarse ante las llamas humeantes que arrojaba Caco, luchó con él a brazo partido y le machacó la cara hasta dejarla hecha pulpa.

Con la ayuda del rey Evandro, Heracles construyó un altar dedicado a Zeus, en el que sacrificó a uno de los toros recuperados, y luego tomó las medidas necesarias para organizar su propio culto. Según los romanos, Heracles liberó al rey Evandro del tributo que debía a los etruscos; luego dio muerte al rey Fauno, que tenía la costumbre de inmolar a los extranjeros en el altar de su padre Hermes; y también engendró a Latino, el antepasado de los latinos, en la viuda de Fauno. También se cree que Heracles fundó las ciudades de Pompeya y de Herculano, que luchó con gigantes en la llanura flegrea de Cumas, y que construyó un dique de una milla de longitud que atravesaba el golfo Lucrino y que se llamó el Camino Herácleo, por el que condujo el ganado de Geriones.

Se dice, además, que cuando se tumbó para descansar cerca de la frontera entre Regio y Locris epicefiriano, un toro escapó del rebaño y después de tirarse al mar, llegó a nado hasta Sicilia. Heracles fue tras él y lo halló oculto entre los rebaños de Érix, rey de los élimos, un hijo de Afrodita y de Butes. Élix, que era boxeador y luchador, le retó a una competición de cinco combates. Heracles aceptó el reto con la condición de que Érix apostara su reino contra el toro fugitivo, y ganó los primeros cuatro combates; finalmente, en el encuentro de lucha libre, levantó a Érix por los aires, lo arrojó al suelo y lo mató, con lo cual demostró a los sicilianos que no todos los nacidos de diosas son necesariamente inmortales. De este modo, Heracles ganó el reino de Érix, cuyo usufructo concedió a sus habitantes hasta que uno de sus propios descendientes viniera a reclamarlo.

Siguiendo su camino a través de Sicilia, Heracles llegó al lugar en que ahora se encuentra la ciudad de Siracusa; allí ofreció sacrificios e instituyó el festival anual junto al abismo sagrado de Cíane, por el que

Hades se llevó a Core al mundo subterráneo. Para aquellos que honraban a Heracles en la llanura de Leontini, dejó recuerdos imperecederos de su visita. Cerca de la ciudad de Agirio, fueron halladas las marcas dejadas por las pisadas de sus reses en un camino de piedras, como si fuera en cera; Heracles, considerando este fenómeno como una indicación de su propia inmortalidad, aceptó los honores divinos que le rindieron los habitantes y que hasta entonces había rechazado constantemente. Luego, en reconocimiento de sus favores, cavó un lago con una circunferencia de cuatro estadios ante las murallas de la ciudad y fundó santuarios locales en honor a Yolao y a Geriones.

Al regresar a Italia en busca de otro camino que le llevara a Grecia, Heracles subió sus rebaños por la costa oriental con la intención de conducirlos a través de Istria hasta Epiro y desde allí al Peloponeso pasando por el Istmo. Pero al llegar a la cabeza del mar Adriático, Hera mandó un tábano que espantó las vacas haciéndolas huir en desorden cruzando Tracia y adentrándose en el desierto escita. Allí Heracles las alcanzó, y después de haber recuperado la mayor parte de las reses extraviadas, las hizo regresar cruzando el río Estrimón, cuyas aguas contuvo con un dique de piedras para este fin. No tuvo más aventuras hasta que Alcioneo, el pastor gigante, después de haberse adueñado del Istmo de Corinto, arrojó una roca al ejército que nuevamente seguía a Heracles, aplastando nada menos que doce carros y el doble de jinetes. Éste era el mismo Alcioneo que en dos ocasiones robó el ganado sagrado de Helio: una vez en Eritrea y la otra en la ciudadela de Corinto. Seguidamente corrió hacia delante, volvió a coger la roca y la arrojó esta vez contra Heracles; pero Heracles la recibió con su maza y se la devolvió al gigante, matándolo de esta forma.

El onceavo trabajo: las manzanas de las Hespérides

Heracles había realizado estos trabajos en un período de ocho años y un mes; pero Euristeo, descontando

el segundo y el quinto, le impuso dos más. El trabajo onceavo consistió en ir a recoger los frutos del manzano de oro, el regalo de bodas que la Madre Tierra le hiciera a Hera, con el cual había estado tan encantada que lo había plantado en su propio jardín divino. Este jardín se encontraba en las laderas del monte Atlas, donde las jadeantes caballerías del Sol completan su viaje y donde los rebaños de ovejas y vacas de Atlante, mil de cada especie, vagan por los pastos de su innegable propiedad. Cuando Hera descubrió un día que las hijas de Atlante, las Hespérides, a quienes había confiado el árbol, estaban hurtando las manzanas, mandó al dragón Ladón, el eterno vigilante, que se enroscara al árbol para guardarlo.

Aunque las manzanas eran de Hera, Atlante se enorgullecía de ellas como jardinero, y cuando un día Temis le dijo a modo de advertencia: «Un día muy lejano, Titán, verás el oro arrancado de tu árbol por un hijo de Zeus», Atlante, que aún no había sido castigado con el terrible deber de sostener el globo celestial sobre sus hombros, construyó unos fuertes muros alrededor del huerto, y expulsó a todos los forasteros de su país.

Heracles, que no sabía en qué dirección se hallaba el jardín de las Hespérides, atravesó resueltamente el país de Iliria hasta llegar al río Po, hogar del dios marino oracular Nereo. Cuando Heracles llegó, las ninfas del río, hijas de Zeus y de Temis, le enseñaron a Nereo, que estaba dormido. Heracles agarró al viejo y canoso dios marino, y sin soltarle a pesar de sus muchas transformaciones proteas, le obligó a profetizar cómo podían obtenerse las manzanas de oro.

Nereo aconsejó a Heracles que no arrancara él mismo las manzanas sino que utilizara a Atlante como su agente, exonerándole entretanto de su terrible carga; en consecuencia, cuando llegó al jardín de las Hespérides, le pidió a Atlante que le hiciera un favor. Atlante hubiese emprendido casi cualquier tarea con tal de obtener un respiro de una hora, pero temía a Ladón, por lo que Heracles lo mató con una flecha que disparó por encima del muro del jardín. Entonces Heracles inclinó la espalda para recibir el peso del globo celestial, y Atlante se alejó, regresando al poco rato con tres man-

zanas que sus hijas habían cogido. Este sentimiento de libertad le pareció delicioso.

—Yo mismo le llevaré estas manzanas a Euristeo, sin falta —dijo—, si tú sostienes los cielos unos meses más.

Heracles fingió estar de acuerdo, pero como Nereo le había advertido que no aceptara tal oferta, le rogó a Atlante que sostuviera el globo un momento más, mientras se ponía una almohadilla en la cabeza. Atlante, fácilmente engañado, dejó las manzanas en el suelo y volvió a soportar su carga; después de lo cual, Heracles las recogió y se marchó de allí con un irónico adiós.

Después de algunos meses Heracles llevó las manzanas a Euristeo y éste se las devolvió; entonces las entregó a Atenea y la diosa las restituyó a las ninfas, ya que iba en contra de la ley que la propiedad de Hera saliera de sus manos. Sintiéndose sediento después de este trabajo, Heracles golpeó el suelo con el pie e hizo brotar un chorro de agua que más adelante salvó las vidas de los argonautas cuando naufragaron y quedaron abandonados en el desierto libio. Mientras tanto Hera, llorando la muerte de Ladón, colocó su imagen entre las estrellas formando la constelación de la Serpiente.

Heracles no regresó a Micenas por una ruta directa. Primero atravesó Libia, cuyo rey Anteo, hijo de Posidón y de la Madre Tierra, tenía por costumbre obligar a los extranjeros a luchar con él hasta que quedaban exhaustos, momento en que los mataba; pues no sólo era un atleta fuerte y diestro, sino que cada vez que tocaba la tierra cobraba nuevas fuerzas. Guardaba los cráneos de sus víctimas para techar un templo de Posidón. No se sabe si Heracles, que estaba empeñado en poner fin a esta bárbara costumbre, desafió a Anteo, o si fue desafiado por él. Sin embargo, Anteo no resultó una víctima fácil; era un gigante que vivía en una cueva bajo un peñasco altísimo, donde se hartaba de carne de leones y dormía en el suelo para conservar e incrementar su ya colosal fuerza.

Al prepararse para la contienda, ambos combatientes se quitaron sus pieles de león, pero mientras que Heracles se untó con aceite, al estilo olímpico, Anteo esparció arena caliente sobre sus brazos y piernas por

si acaso el contacto con la tierra a través de las plantas de sus pies resultara insuficiente. Heracles resolvió conservar sus fuerzas y agotar a Anteo, pero después de lanzarlo al aire y dejarlo completamente tendido en el suelo, vio con asombro cómo los músculos del gigante se hinchaban y un saludable flujo de sangre se difundía por sus miembros mientras la Madre Tierra le revivía. Los combatientes volvieron a agarrarse, y poco después Anteo se tiró al suelo espontáneamente, sin esperar que lo arrojaran, en vista de lo cual Heracles, dándose cuenta de lo que tramaba, lo levantó por los aires, le rompió las costillas y, a pesar de los cavernosos gemidos de la Madre Tierra, lo sostuvo en alto hasta que murió.

A continuación, Heracles visitó el oráculo en Amón, y luego se desvió hacia el sur, y fundó una ciudad con cien puertas llamada Tebas en honor a su lugar de nacimiento; pero algunos dicen que Osiris ya la había fundado. Durante todo este tiempo, el rey de Egipto era el hermano de Anteo, Busiris, un hijo de Posidón y de Lisianasa, la hija de Épafo. Pues bien, el reino de Busiris había sufrido, cierta vez, una sequía y un hambre que duraron ocho o nueve años, y el rey había mandado llamar a unos augures griegos para que le aconsejaran. Su sobrino, un adivino chipriota, llamado Frasio, hijo de Pigmalión, anunció que el hambre cesaría si cada año se sacrificaba a un extranjero en honor a Zeus. Busiris empezó con el propio Frasio, y luego inmoló a otros huéspedes fortuitos, hasta la llegada de Heracles, quien dejó que los sacerdotes lo llevaran preso al altar. Le ataron el cabello con una cinta y Busiris, invocando a los dioses, estaba a punto de levantar el hacha de sacrificio cuando Heracles rompió de un golpe sus ataduras y dio muerte a Busiris, a Anfidamante, hijo de Busiris, y a todos los sacerdotes asistentes.

Seguidamente Heracles atravesó Asia y finalmente llegó a las montañas del Cáucaso, donde Prometeo había sido encadenado, mientras cada día un grifo, nacido de Tifón y de Equidna, le desgarraba el hígado. Hacía tiempo que Zeus se había arrepentido de haberle impuesto este castigo, porque desde entonces Prometeo le había enviado el generoso consejo de no casarse con

Tetis, por si acaso engendraba a un hijo más importante que él mismo; y ahora, cuando Heracles le suplicó el perdón para Prometeo, se lo concedió sin poner reparos. Sin embargo, habiéndolo condenado una vez a un castigo eterno, Zeus le puso como condición que, para seguir pareciendo un prisionero, llevara puesta una de las anillas de sus cadenas, montando en ella una piedra cáucasa, siendo éste el primer anillo que llevó montura. Pero los sufrimientos de Prometeo estaban destinados a continuar hasta que algún inmortal descendiera voluntariamente al Tártaro en su lugar; entonces Heracles recordó a Zeus que Quirón estaba ansioso por renunciar a su don de inmortalidad desde que había sufrido aquella herida incurable. Así pues, ya no quedaba ningún impedimento, y Heracles, invocando a Apolo Cazador, disparó su arco contra el grifo atravesándole el corazón y liberó a Prometeo.

El doceavo trabajo: la captura de Cerbero

El último y más difícil de los trabajos de Heracles fue el de traer del Tártaro al can Cerbero. Como medida preliminar, se dirigió a Eleusis, donde pidió que le dejaran participar en los misterios y llevar la corona de mirto. Puesto que en los tiempos de Heracles sólo se admitía a los atenienses, Teseo sugirió que un tal Pilio lo adoptara. Así lo hizo Pilio, y cuando Heracles se hubo purificado de su matanza de los centauros, porque nadie con las manos manchadas de sangre podía contemplar los misterios, fue debidamente iniciado por Museo, el hijo de Orfeo, mientras que Teseo le apadrinaba.

Habiéndose limpiado y preparado de este modo, Heracles descendió al Tártaro por Ténaro en Laconia. Fue guiado por Atenca y por Hermes, pues cada vez que se sentía agotado por sus trabajos y en su desesperación llamaba a Zeus, Atenea bajaba corriendo a consolarle. Aterrado por el aspecto ceñudo de Heracles, Caronte lo transportó a la otra orilla del Éstige sin poner reparos. Cuando Heracles salió del destartalado barco,

todos los espíritus huyeron, con excepción de Meleagro y de la Gorgona Medusa. Al ver a Medusa desenvainó su espada, pero Hermes lo tranquilizó diciéndole que no era más que un fantasma; y cuando apuntó una flecha a Meleagro, que llevaba puesta una brillante armadura, Meleagro se rió.

—No tienes nada que temer de los muertos —le dijo, y ambos charlaron amistosamente durante un rato, al cabo del cual Heracles ofreció casarse con la hermana de Meleagro, Deyanira.

Cerca de las puertas del Tártaro, Heracles encontró a sus amigos Teseo y Pirítoo pegados a sus crueles sillas, y tirando de Teseo con fuerza lo puso en libertad, pero tuvo que dejar atrás a Pirítoo; luego sacó la piedra bajo la cual Deméter había encarcelado a Ascálafo; y luego, deseoso de complacer a los espíritus con un obsequio de sangre caliente, sacrificó una de las reses de Hades. Su pastor, Menetes, o Menecio, hijo de Ceutónimo, lo desafió a una lucha, pero Heracles lo agarró por la cintura y le partió las costillas. En esto, Perséfone, que salió de su palacio y saludó a Heracles como a un hermano, intervino y le rogó que perdonara la vida a Menetes.

Cuando Heracles pidió el perro Cerbero, Hades, que estaba en pie al lado de su esposa, le respondió en tono severo:

—Es tuyo, si logras dominarlo sin utilizar ni tu maza ni tus flechas.

Heracles halló al perro encadenado a las puertas de Aqueronte; lo agarró firmemente por el cuello, del que salían tres cabezas, cada una de las cuales llevaba una melena de serpientes. La cola cubierta de púas se levantó de inmediato para herirle, pero Heracles, protegido por su piel de león, siguió apretándole el cuello hasta que Cerbero no pudo respirar y se rindió.

Con la ayuda de Atenea, Heracles volvió a cruzar el río Éstige sin peligro, y luego, arrastrándolo a ratos y otras veces cargando con él, Heracles subió a Cerbero por el desfiladero situado cerca de Trecén, por el que Dioniso había conducido a su madre Sémele. Cuando Heracles llegó con él a Micenas, Euristeo, que estaba ofreciendo un sacrificio, le entregó una porción de es-

clavo, reservando los mejores trozos para sus propios parientes; y Heracles demostró su lógico resentimiento dando muerte a tres de los hijos de Euristeo: Perimedes, Euribio y Erípilo.

El asesinato de Ífito

Cuando Heracles regresó a Tebas después de haber realizado sus trabajos, dio en matrimonio a su esposa Mégara, que contaba entonces con treinta y tres años de edad, a su sobrino y auriga Yolao, que sólo tenía dieciséis, comentando que su propia unión con ella había sido poco propicia. Luego empezó a buscar una esposa más joven y más afortunada, y al enterarse de que su amigo Éurito, hijo de Melanio, rey de Ecalia, había ofrecido casar a su hija Yole con el arquero que disparara mejor que él y que sus cuatro hijos, se encaminó hacia allá. Apolo le había regalado un estupendo arco a Éurito y le había enseñado él mismo a utilizarlo, y ahora Éurito afirmaba que superaba al dios en puntería; sin embargo, a Heracles no le resultó nada difícil ganar la competición. El resultado desagradó en extremo a Éurito y cuando se enteró de que Heracles había rechazado a Mégara después de asesinar a sus hijos, se negó a concederle la mano de Yole. Después de haber bebido mucho vino para adquirir confianza, le dijo a Heracles:

—Jamás podrías compararte a mí y a mis hijos como arquero, si no fuera porque haces trampas al utilizar flechas mágicas que no pueden errar el tiro. Declaro la competición nula y de todos modos, ¡no confiaría mi adorada hija a un rufián como tú! Además, eres esclavo de Euristeo, y como esclavo sólo te mereces las bofetadas de un hombre libre.

Con estas palabras sacó a Heracles del palacio. Heracles no tomó represalias en seguida, como muy bien pudo haber hecho; pero juró que se vengaría.

Tres de los hijos de Éurito, a saber, Deyón, Clitio y Toxeo, habían apoyado a su padre en sus pretensiones deshonestas. Sin embargo el mayor, cuyo nombre era Ífito, declaró que con toda justicia Yole debía ser en-

tregada a Heracles; y cuando, poco después, doce yeguas de cría de patas fuertes y doce robustos muletos desaparecieron de Eubea, se negó a creer que Heracles era el ladrón. En realidad habían sido robados por el conocido ladrón Autólico, el cual había cambiado por arte de magia su aspecto y se los había vendido a Heracles, que no sospechaba nada, como si fueran de su propiedad. Ífito siguió las huellas de las yeguas y de los muletos y descubrió que conducían a Tirinto, y esto le hizo sospechar que, después de todo, Heracles se estaba vengando del insulto que le había inferido Éurito. Encontrándose de pronto cara a cara con Heracles, quien acababa de regresar de salvar a Alcestis, disimuló sus sospechas y se limitó a pedirle consejo en relación a aquel asunto. Heracles no reconoció los animales, por la descripción de Ífito, como los que le había vendido Autólico, y con su acostumbrada cordialidad le prometió buscarlos si él consentía en ser su huésped. Pero entonces empezó a comprender que estaba bajo sospecha de robo y esto hirió su sensible corazón. Después de un gran banquete, acompañó a Ífito a la torre más alta de Tirinto.

—Mira a tu alrededor —le pidió— y dime si puedes ver a tus yeguas paciendo por estos alrededores.

—No las veo —admitió Ífito.

—¡Entonces me has acusado falsamente en tu corazón de ser un ladrón! —rugió Heracles, enloquecido por la cólera, y lo mató arrojándolo desde la torre.

Poco después Heracles fue a ver a Neleo, rey de Pilos, y le pidió que le purificara; pero Neleo se negó, porque Éurito era su aliado. Tampoco ninguno de sus hijos, exceptuando a Néstor, quiso recibir a Heracles, y éste finalmente persuadió a Deífobo, el hijo de Hipólito, a purificarle en Amiclas. Sin embargo, seguía sufriendo pesadillas y en consecuencia se dirigió a Delfos a preguntar al oráculo cómo podría librarse de ellas. La pitonisa Jenoclea se negó a contestar tal pregunta.

—Asesinaste a tu invitado —le dijo—. ¡Yo no tengo oráculos para personas como tú!

—¡Entonces me veré obligado a instituir mi propio oráculo! —exclamó Heracles.

Y diciendo estas palabras saqueó el santuario lle-

vándose sus ofrendas votivas e incluso arrebató el trípode sobre el cual estaba sentada Jenoclea.

—Heracles de Tirinto es un hombre muy distinto a su tocayo de Canopo —dijo la pitonisa en un tono severo mientras él se llevaba el trípode del santuario; quería dar a entender que el Heracles egipcio había venido a Delfos en cierta ocasión y se había comportado con cortesía y reverencia.

Apolo se levantó, lleno de indignación, y luchó con Heracles hasta que Zeus separó a los combatientes con un rayo, obligándoles a estrecharse la mano en señal de amistad. Heracles devolvió el trípode sagrado y juntos fundaron la ciudad de Gitio, donde las imágenes de Apolo, de Heracles y de Dioniso estaban colocadas, una al lado de la otra, en la plaza del mercado. Entonces Jenoclea le dio a Heracles el siguiente oráculo:

—Para librarte de tu aflicción has de dejar que te vendan como esclavo por un año entero y el precio que den por ti ofrecerlo a los hijos de Ífito. Zeus está furioso porque has violado las leyes de hospitalidad, sea cual fuere la provocación.

—¿De quién he de ser siervo? —preguntó Heracles con humildad.

—La reina Ónfale de Lidia te comprará —respondió Jenoclea.

—Obedezco —dijo Heracles—, ¡pero algún día esclavizaré al hombre que me ha causado este sufrimiento, y también a toda su familia!

ÓNFALE

Heracles fue llevado a Asia y puesto a la venta como esclavo sin nombre por Hermes, patrón de todas las operaciones financieras de importancia, quien a continuación entregó el dinero de la compra, tres talegos de plata, a los huérfanos de Ífito. No obstante Éurito prohibió obstinadamente a sus nietos que aceptaran toda compensación monetaria, diciendo que la sangre sólo podía pagarse con sangre y lo que ocurrió con la plata, eso sólo lo sabe Hermes. Tal como había profetizado la pitonisa, Heracles fue adquirido por Ónfale,

reina de Lidia, una mujer que sabía apreciar una ganga cuando la veía; y él la sirvió lealmente durante un año, o durante tres, librando Asia Menor de los bandidos que la infestaban.

Entre los muchos trabajos secundarios que Heracles realizó durante esta esclavitud cabe señalar su captura de dos Cercopes efesios que le robaban constantemente el sueño. Eran dos hermanos gemelos llamados Pasalo y Acmón, hijos de Océano y de Tía, los más consumados tramposos y mentirosos que haya conocido la humanidad, quienes recorrían el mundo cometiendo continuamente nuevos engaños. Tía les había advertido que se apartaran de Heracles y sus palabras: «¡Mis pequeños Traseros Blancos, ¡todavía tenéis que conocer al gran Trasero Negro!» llegó a ser proverbial; por esto hoy en día «trasero blanco» significa «cobarde, vil, o lascivo». Solían volar alrededor de la cama de Heracles, transformados en moscardas, hasta que una noche los agarró, les obligó a adoptar nuevamente su forma verdadera, y se los llevó, colgando patas arriba de un palo que sujetaba sobre el hombro. Ahora bien, el trasero de Heracles, que no quedaba cubierto por su piel de león, se había ennegrecido como un viejo escudo de cuero al estar expuesto al calor del sol, y también debido al fuego que habían exhalado Caco y el toro de Creta, y los Cercopes estallaron en risas inmoderadas al encontrarse supendidos, boca abajo, con los ojos fijos en él. Su alborozo sorprendió a Heracles y al descubrir cuál era su causa, se sentó sobre una roca y echó a reír, él también, con tantas ganas que le persuadieron para que los dejase en libertad.

Finalmente, junto al río lidio Ságaris, Heracles mató de un tiro a la serpiente gigante que estaba destrozando hombres y cultivos; y la agradecida Ónfale, habiendo descubierto por fin su identidad y su linaje, lo dejó libre y lo mandó nuevamente a Tirinto, cargado de regalos, mientras que Zeus ideó la constelación Ofiuco para conmemorar aquella victoria.

Ónfale había comprado a Hércules como amante más que como luchador. Engendró en ella tres hijos, a saber, Lamo, Agelao, antepasado éste del famoso rey Creso que intentó inmolarse sobre una pira cuando los

persas tomaron Sardes, y Laomedonte. Hay quien añade un cuarto hijo, Tirreno, el que inventó la trompeta y condujo a los emigrantes lidios a Etruria, donde adoptaron el nombre de tirrenios; pero es más probable que Tirreno fuera el hijo del rey Atis, un descendiente lejano de Heracles y de Ónfale. Heracles ya era el padre, por sus relaciones amorosas con una de las mujeres de Ónfale llamada Malis, de Cleodeo y también de Alceo, fundador de la dinastía lidia que el rey Creso expulsó del trono de Sardes.

Llegaron noticias a Grecia de que Heracles había desechado su piel de león y su corona de álamo y que en su lugar llevaba collares de joyas, un turbante de mujer, un mantón de color púrpura y un ceñidor meonio. Se sentaba allí —según contaban— rodeado de juguetonas muchachas jonias, cardando la lana del pulido cesto, o hilándola, y temblando, al hacerlo, cuando su ama le regañaba. Ella le pegaba con su zapatilla dorada siempre que sus torpes dedos aplastaban el huso, y le hacía relatar sus pasadas hazañas para divertirse; y sin embargo, Heracles no parece haberse sentido avergonzado. De aquí que los pintores lo muestren con enaguas amarillas, y dejándose peinar y hacer la manicura por las doncellas de Ónfale, mientras que ella se viste con su piel de león y sostiene su maza y su arco.

Sin embargo, lo que había ocurrido no fue más que lo siguiente. Un día, cuando Heracles y Ónfale visitaban los viñedos de Tmolo, ella luciendo un vestido de color púrpura, con bordados de oro, y con sus cabellos perfumados, él sujetando galantemente un parasol sobre su cabeza, Pan los divisó desde una alta colina. Enamorándose de Ónfale, se despidió de la diosa de la montaña exclamando:

—¡En adelante sólo ella será mi amor!

Ónfale y Heracles llegaron a su destino, una gruta apartada; donde se divirtieron intercambiándose la ropa. Ella le puso un ceñidor de malla, absurdamente pequeño para su cintura, y su vestido púrpura. Aunque ella aflojó las cintas al máximo, se le descosieron las mangas, y los tirantes de sus sandalias eran demasiado cortos para su empeine.

Después de cenar, fueron a dormir en lechos sepa-

rados, pues habían prometido ofrecer un sacrificio de amanecer a Dioniso, quien exige a sus devotos pureza matrimonial para tales ocasiones. A medianoche, Pan entró sigilosamente en la gruta, y buscando a tientas en la oscuridad, encontró lo que él creía ser el lecho de Ónfale, porque la persona que en él dormía iba vestido de seda. Con manos temblorosas desdobló las sábanas al pie de la cama y se introdujo en ella arrastrándose como un gusano; pero Heracles se despertó, levantó un pie, y le dio una patada que lo lanzó al otro lado de la gruta. Al oír un fuerte golpe y un chillido, Ónfale se levantó de un salto y pidió que le trajeran luces; cuando éstas llegaron ella y Heracles se echaron a reír hasta que les cayeron las lágrimas al ver a Pan tumbado en un rincón acariciándose las magulladuras. Después de aquel día, Pan aborreció los vestidos y mandó a sus sacerdotes venir desnudos a sus ritos; fue él quien se vengó de Heracles haciendo correr el rumor de que este caprichoso intercambio de ropas con Ónfale era habitual y perverso.

Hesíone

Después de servir como esclavo a la reina Ónfale, Heracles regresó a Tirinto, habiendo recobrado totalmente la cordura, y una vez más planeó una expedición contra Troya. Estas fueron sus razones. Él y Telamón, bien cuando regresaban del país de las amazonas, bien cuando desembarcaron con los argonautas en Sigeo, habían quedado asombrados al ver a Hesíone, la hija de Laomedonte, completamente desnuda excepto por sus joyas, encadenada a una roca en la costa de Tróade. Por lo visto Posidón había enviado un monstruo marino a castigar a Laomedonte por no haberle pagado a él y a Apolo la cantidad estipulada cuando construyeron las murallas de la ciudad y cuidaron de sus rebaños. Hay quien dice que debería haberle sacrificado todo el ganado nacido en su reino aquel año; otros, que sólo les había prometido un salario bajo como jornaleros, pero que aun así les estafó más de treinta dracmas troyanos. En venganza, Apolo envió una peste, y Posi-

dón ordenó a este monstruo que devorara a los llaneros y arruinara sus campos arrojando sobre ellos agua de mar.

Laomedonte visitó el oráculo de Zeus en Amón, y el dios le aconsejó que expusiera a Hesíone en la orilla del mar para ser devorada por el monstruo. Sin embargo, él se negó obstinadamente a hacerlo, a no ser que los nobles troyanos le dejaran sacrificar primero a sus propias hijas. Desesperados, consultaron con Apolo el cual, al estar tan enfadado como Posidón, no les ofreció ninguna solución. La mayoría de padres enviaron inmediatamente a sus hijas al extranjero para salvarlas del peligro, pero Laomedonte intentó obligar a un tal Fenodamante, que había guardado a sus tres hijas en casa, a exponer a una de ellas; en vista de lo cual, Fenodamante arengó a la asamblea, declarando que Laomedonte era el único responsable de sus presentes desgracias, y que debería sufrir por ello sacrificando a su hija. Al final se decidió echarlo a suertes, y la suerte recayó sobre Hesíone, quien, por consiguiente, fue atada a la roca, donde la halló Heracles.

Al verla, Heracles rompió sus cadenas, subió a la ciudad y se ofreció a matar al monstruo a cambio de dos incomparables yeguas, o caballos, inmortales y blancos como la nieve, que corrían como el viento por encima del agua y de los campos de trigo y que Zeus le había regalado a Laomedonte en compensación por el rapto de Ganimedes. Laomedonte aceptó el trato de buena gana.

Con la ayuda de Atenea, los troyanos construyeron entonces para Heracles un alto muro que sirvió para protegerle del monstruo cuando sacó su cabeza del agua y avanzó cruzando la llanura. Al llegar al muro, abrió sus enormes quijadas y entonces Heracles saltó dentro de su boca, completamente armado, y bajó por su garganta. Pasó tres días en el vientre del monstruo, y salió victorioso, aunque la lucha le había costado todos los pelos de su cabeza.

Lo que ocurrió a continuación está muy debatido; sin embargo, la versión más circunstanciada es que Laomedonte estafó a Heracles al sustituir los caballos inmortales por otros mortales, y que en consecuencia

Heracles amenazó con hacer la guerra a Troya, y se hizo a la mar, preso de cólera. Primero visitó la isla de Paros, donde construyó un altar dedicado a Zeus y a Apolo, y luego el Istmo de Corinto, donde profetizó la perdición de Laomedonte; finalmente reclutó soldados en su propia ciudad de Tirinto.

No hay acuerdo sobre si Heracles embarcó rumbo a Troya con dieciocho largas naves de cincuenta remos cada una, o sólo con seis pequeñas embarcaciones y escasas fuerzas. Pero entre sus aliados estaban Yolao, Telamón, hijo de Éaco, Peleo, Oícles el argivo, y Deímaco el beocio.

Al desembarcar cerca de Troya, Heracles dejó a Oícles para que vigilara las naves mientras él dirigía a los demás campeones en un asalto a la ciudad. Laomedonte, cogido por sorpresa, no tuvo tiempo de reunir a su ejército, pero distribuyó espadas y antorchas entre la plebe y los hizo bajar apresuradamente a prender fuego a la flota. Oícles le resistió hasta morir, luchando en una noble batalla de retaguardia, mientras sus camaradas sacaban las naves a la mar y escapaban. Entonces Laomedonte regresó a la ciudad a toda prisa, y después de librar escaramuzas con las fuerzas dispersas de Heracles, logró entrar nuevamente en la ciudad y atrancar las puertas tras de sí.

Como no tenía paciencia para un largo sitio, Heracles ordenó un asalto inmediato. El primero en abrir brecha en la muralla y entrar fue Telamón, quien eligió la pared oeste construida por su padre Éaco, por ser el punto más débil, pero Heracles le pisó los talones, enloquecido de celos. Telamón, dándose cuenta de pronto que la espada desenvainada de Heracles estaba apuntando a su propio corazón, tuvo la presencia de ánimo de inclinarse para recoger algunas piedras grandes que había hecho caer del muro.

—¿Qué estás tramando? —rugió Heracles.

—¡Estoy construyendo un altar para Heracles el Vencedor, Heracles el que Previene los Peligros! —respondió el ingenioso Telamón—. El saqueo de Troya te lo dejo a ti.

Heracles le dio brevemente las gracias y siguió corriendo. Entonces derribó a Laomedonte y a todos sus

hijos, con excepción de Podarces, el único en sostener que Heracles debería haber recibido las yeguas inmortales; luego saqueó la ciudad. Después de haber saciado su venganza, premió a Telamón con la mano de Hesíone a quien dio permiso para rescatar a cualquiera de sus paisanos cautivos. Ella eligió a Podarces.

—Muy bien —dijo Heracles—. Pero primero ha de ser vendido como esclavo.

Así pues, Podarces fue puesto a la venta, y Hesíone pagó por él con el velo de oro que cubría su cabeza: de aquí que Podarces recibiera el nombre de Príamo, que significa «redimido».

Después de haber quemado Troya, dejando desiertas sus carreteras, Heracles puso a Príamo en el trono y partió por mar de Tróade, llevando consigo a Glaucia, hija del río Escamandro. Durante el sitio, había sido la amante de Deímaco y cuando éste había caído en batalla, le había pedido protección a Heracles. Heracles la llevó a bordo de su nave, contentísimo de que la descendencia de un amigo tan noble pudiese sobrevivir: pues Glaucia estaba encinta, y más tarde dio a luz a un hijo llamado Escamandro.

Ahora bien, mientras el Sueño arrullaba a Zeus y lo adormecía, Hera pidió a Bóreas que provocara una tempestad para obligar a Heracles a desviar su rumbo hacia la isla de Cos. Zeus se despertó encolerizado y amenazó con arrojar al Sueño desde el aire superior haciéndole caer en el golfo de Érebo; pero el Sueño fue a suplicar protección a la Noche, a la que ni Zeus se atrevía a contrariar. En su frustración, empezó a tirar a los dioses desde lo alto del Olimpo. Algunos dicen que fue en esta ocasión que encadenó a Hera a las vigas, sujetándola por las muñecas y poniéndole yunques en los tobillos; y que también fue entonces cuando arrojó violentamente a Hefesto a la tierra. Así, después de haber desahogado por completo su mal humor, rescató a Heracles de Cos y lo condujo nuevamente a Argos.

La conquista de Élide

Poco después de su regreso, Heracles reunió una

fuerza de tirintios y de arcadios y, con los voluntarios de las más nobles familias griegas que se unieron a ellos, se dirigieron contra Augias, rey de Élide a quien guardaba rencor a causa del quinto trabajo. Sin embargo Augias, previendo este ataque, se había preparado para resistirlo nombrando generales de su ejército a Éurito y a Ctéato, hijos de su hermano Áctor y de Molíone, hija de Molo, y dejando formar parte del gobierno de Élide a Amarinceo, que generalmente es descrito como un hijo del inmigrante tesalio Pitio.

Los hijos de Áctor son llamados Moliónidas, en honor a su madre, para distinguirlos de los del otro Áctor, que se casó con Egina. Eran gemelos nacidos de un huevo de plata, y superaban en fuerza a todos sus contemporáneos; sin embargo, a diferencia de los Dioscuros, estaban unidos por la cintura de nacimiento.

Heracles no se cubrió de gloria en esta guerra elea. Enfermó, y cuando los Moliónidas aniquilaron su ejército, que estaba acampado en el centro de Élide, los corintios intervinieron proclamando la Tregua Ístmica. Entre los heridos por los Moliónidas se encontraba el hermano gemelo de Heracles, Ificles; sus amigos le llevaron sin conocimiento a la ciudad de Feneo, en Arcadia, donde más tarde moriría y sería convertido en héroe.

Cuando Heracles regresó a Tirinto, Euristeo le acusó de tener miras sobre la monarquía suprema, cuando él mismo había sido confirmado como rey supremo por Zeus, y lo desterró de Argólide. Acompañado por su madre Alcmena y por su sobrino Yolao, Heracles se reunió entonces con Ificles en Feneo, y allí tomó por amante a Laónome, hija de Guneo.

Más tarde, cuando Heracles se enteró de que los eleos enviaban una procesión para rendir honores a Posidón en el tercer Festival Ístmico, y que los Moliónidas iban a presenciar los juegos y participar en los sacrificios, les tendió una emboscada ocultándose en un matorral junto a la carretera de Cleonas, y los mató a ambos de un disparo de flecha; también dio muerte al primo de éstos, el otro Éurito, un hijo del rey Augias.

Molíone pronto supo quién había asesinado a sus hijos, y obligó a los eleos a exigir una satisfacción de

Euristeo, basándose en que Heracles era oriundo de Tirinto. Al ver que Eristeo declinaba toda responsabilidad de los delitos de Heracles, a quien había desterrado, Molíone pidió a los corintios que excluyeran a todos los argivos de los Juegos Ístmicos hasta haber recibido una satisfacción por el asesinato. Al negarse a hacer tal cosa, Molíone echó una maldición sobre todos los eleos que se atreviesen a participar en el festival.

Después, Heracles le pidió a Onco que le prestara su caballo de crines negras, Arión; lo domó, reunió un nuevo ejército en Argos, Tebas y Arcadia, y saqueó la ciudad de Élide. Algunos dicen que dio muerte a Augias y a sus hijos, y que estableció a Fileo, el rey legítimo, en el trono eleo; otros, que al menos perdonó la vida de Augias.

La captura de Pilos

A continuación Heracles saqueó y quemó la ciudad de Pilos, porque sus habitantes habían salido en ayuda de Élide. Mató a todos los hijos de Neleo, excepto al menor, Néstor, que se encontraba en Gerania, pero el propio Neleo escapó con vida.

Atenea, campeona de la justicia, luchó al lado de Heracles; Pilos fue defendida por Hera, Posidón, Hades y Ares. Mientras Atenea trababa batalla con Ares, Heracles arremetió contra Posidón, maza contra tridente, y le obligó a rendirse. Seguidamente corrió, lanza en mano, a ayudar a Atenea, y en su tercera embestida atravesó el escudo de Ares, tirándolo de cabeza al suelo; entonces, arremetiendo poderosamente con la lanza, la clavó en el muslo de Ares, penetrando profundamente en la carne divina. Ares, sintiendo un dolor agudo, huyó al Olimpo, donde Apolo extendió ungüentos calmantes sobre la herida curándosela en menos de una hora; entonces reanudó la lucha, hasta que una de las flechas de Heracles le hirió en el hombro, obligándole a abandonar definitivamente el campo de batalla. Mientras tanto, Heracles también había herido a Hera en el pecho derecho con una flecha armada de tres lengüetas.

El hijo mayor de Neleo, Periclímeno, el argonauta, había recibido de Posidón el don de una fuerza sin límites y el poder de adoptar la forma que él quisiese, tanto de pájaro, como de bestia o de árbol. En esta ocasión se transformó primero en león, luego en serpiente y al cabo de un rato, con el fin de pasar desapercibido, se posó sobre el clavo que sujetaba el yugo de los caballos de Heracles en forma de hormiga, o mosca, o abeja. Atenea le dio un ligero codazo a Heracles y éste, reconociendo a Periclímeno, alcanzó su maza, en vista de lo cual Periclímeno se transformó en águila e intentó sacarle los ojos; sin embargo, una flecha inesperada del arco de Heracles le hirió bajo el ala. Cayó desplomado al suelo y la flecha le atravesó el cuello en la caída, matándolo.

Heracles entregó la ciudad de Mesene a Néstor, en fideicomiso para sus propios descendientes, recordando que Néstor no había tenido nada que ver con quienes le robaron el ganado de Geriones; y pronto empezó a quererle aún más que a Hilas y a Yolao. Néstor fue la primera persona que prestó juramento en nombre de Heracles.

Deyanira

Después de pasar cuatro años en Feneo, Heracles decidió abandonar el Peloponeso. Encabezando un gran ejército arcadio, cruzó por mar hasta Calidón, en Etolia, donde estableció su residencia. Puesto que ahora ya no tenía hijos legítimos, ni esposa, cortejó a Deyanira, la supuesta hija de Eneo, cumpliendo así con la promesa que le había hecho al espíritu de su hermano Meleagro. Pero Deyanira era realmente la hija del dios Dioniso y de la esposa de Eneo, Altea.

Muchos pretendientes llegaron al palacio de Eneo en Pleurón, pidiendo la mano de la hermosa Deyanira, que conducía un carro y practicaba las artes marciales; pero todos renunciaron a ella cuando descubrieron que competían con Heracles y con el dios-río Aqueloo. Es bien sabido que el inmortal Aqueloo aparece en tres formas: como toro, como serpiente moteada, y como

hombre con cabeza de toro. De su desgreñada barba caen continuamente chorros de agua, y Deyanira hubiera preferido morir antes que casarse con él.

Cuando Eneo llamó a Heracles para que expusiese su oferta de matrimonio, éste se jactó de que, si se casaba con Deyanira, no sólo tendría a Zeus por suegro, sino que además también ella se vería reflejada en la gloria de sus doce trabajos.

Aqueloo (entonces en forma de hombre con cabeza de toro) se mofó de esto, observando que también él era un personaje conocido, padre de todas las aguas griegas, y no un forastero despreocupado como Heracles, y que el oráculo de Dodona había ordenado a todos sus visitantes que le ofrecieran sacrificios. Luego insultó a Heracles diciéndole:

—¡O no eres hijo de Zeus, o tu madre es una adúltera!

Heracles frunció el ceño.

—A mí se me da mejor luchar que discutir —le dijo—, ¡y no permitiré que se insulte a mi madre!

Aqueloo se quitó su túnica verde y luchó con Heracles hasta que cayó de espaldas, después de lo cual se transformó hábilmente en una serpiente moteada y se escapó culebreando.

—¡Yo estrangulé serpientes en mi cuna! —dijo riendo Heracles, inclinándose para agarrarle la garganta. Entonces Aqueloo se convirtió en toro y embistió; Heracles se desplazó ágilmente hacia un lado y cogiéndolo por los dos cuernos, lo arrojó al suelo con tanta fuerza que el cuerno derecho se le partió completamente. Aqueloo se retiró, terriblemente avergonzado, y ocultó su lesión bajo una guirnalda de ramas de sauce.

Después de casarse con Deyanira, Heracles marchó con los caledonios sobre la ciudad tesprota de Éfira —más tarde llamada Cíquiro— donde venció y dio muerte al rey Fileo. Entre los cautivos se encontraba Astíoque, la hija de Fileo, y por su unión con ella Heracles se convirtió en el padre de Tlepólemo, aunque hay quien afirma que la madre de Tlepólemo fue Astidamía, hija de Amintor, a quien Heracles raptó de Éfira elea, ciudad famosa por sus venenos.

Tres años más tarde, en una fiesta, Heracles se en-

colerizó con un joven pariente de Eneo, llamado Éunomo, hijo de Arquíteles, el cual, cuando se le dijo que vertiera agua sobre las manos de Heracles, le salpicó torpemente las piernas. Heracles dio un cachete al muchacho, pero con más fuerza de la prevista, y lo mató. Aunque Arquíteles le perdonó por este accidente, Heracles decidió pagar con la debida pena del exilio, y se marchó con Deyanira y con el hijo de ambos, Hilo, a Traquis, hogar del sobrino de Anfitrión, Ceix.

De camino, llegó con Deyanira al río Eveno, que entonces estaba muy crecido, y allí el centauro Neso, alegando que era el barquero autorizado por los dioses y que había sido elegido por su honestidad, ofreció, a cambio de una modesta gratificación, transportar a Deyanira a pie enjuto hasta la otra orilla, mientras Heracles cruzaba a nado. Heracles aceptó, pagó el viaje a Neso, lanzó su maza y su arco al otro lado del río, y se tiró de cabeza al agua. Pero Neso, en lugar de atenerse al trato, salió a galope en dirección opuesta llevando a Deyanira en sus brazos; luego la tiró al suelo e intentó violarla. Ella chilló pidiendo ayuda, y Heracles, después de haber recuperado inmediatamente su arco, apuntó con cuidado y, desde una distancia de media milla, atravesó el pecho de Neso con su flecha.

Neso se arrancó la flecha y le dijo a Deyanira:

—Si mezclas la simiente que he arrojado sobre el suelo con sangre de mi herida, le añades aceite de oliva y untas la camisa de Heracles con esta mezcla, nunca más tendrás motivo para quejarte de su infidelidad.

Deyanira recogió apresuradamente los ingredientes y los puso en un tarro que luego selló y guardó sin decirle ni una palabra sobre el asunto a Heracles.

Con Deyanira, Heracles ya había tenido por hijos a Hilo, Ctesipo, Gleno, y Hodites; también a Macaria, su única hija.

Heracles y Cicno

Heracles llegó luego a Itono, una ciudad de Ptiótide, donde se alza el antiguo templo de Atenea. Allí conoció a Cicno, un hijo de Ares y de Pelopia, que constante-

mente ofrecía premios valiosos a los huéspedes que se atrevieran a batirse en un duelo de carro con él. El eternamente victorioso Cicno les cortaba las cabezas, y utilizaba sus cráneos para decorar el templo de su padre Ares. Cicno, por cierto, no era el mismo de este nombre que Ares había engendrado en Pirene y que transformó en cisne cuando murió.

Apolo, que empezaba a irritarse con Cicno porque acechaba y luego robaba los rebaños de vacas que eran enviados a Delfos para ser sacrificados, incitó a Heracles a aceptar el desafío de Cicno. Quedó acordado que Heracles tendría la ayuda de su auriga Yolao, y que Cicno recibiría la de su padre Ares. Aunque este no era su estilo habitual de lucha, Heracles se colocó las grebas de bronce pulido que le había hecho Hefesto, el peto de oro curiosamente labrado que le había dado Atenea, y un par de hombreras de hierro. Armado con arco y flechas, lanza, casco y un sólido escudo que le había proporcionado Hefesto, cumpliendo órdenes de Zeus, subió ágilmente a su carro.

Atenea descendió entonces del Olimpo y advirtió a Heracles que, aunque Zeus le había autorizado a matar y despojar a Cicno, tenía que limitarse a defenderse de Ares y aunque saliera victorioso, no debía privarle ni de sus caballos ni de su espléndida armadura. Luego subió al carro al lado de Heracles y de Yolao, sacudiendo su égide, y la Madre Tierra crujió al salir disparada la cuadriga. Cicno condujo la suya a toda velocidad hacia ellos, y tanto él como Heracles fueron arrojados al suelo por el golpe de su encuentro, lanza contra escudo. Sin embargo, se pusieron en pie de un salto y después de un corto combate, Heracles le atravesó el cuello con su arma. Luego se encaró con Ares valientemente, y éste le arrojó una lanza; Atenea, frunciendo el ceño con enfado, la desvió. Ares arremetió contra Heracles, espada en mano, pero lo único que logró fue recibir una herida en el muslo y Heracles le hubiera asestado otro golpe si Zeus no hubiese separado a los combatientes con un rayo. Heracles y Yolao despojaron entonces el cadáver de Cicno, mientras Atenea acompañaba a Ares, que estaba medio desmayado, al Olimpo. Cicno fue enterrado por Ceix en el valle del

Anauro, pero, cumpliendo órdenes de Zeus, el río, que estaba crecido, se llevó su lápida.

Yole

En Traquis, Heracles reunió un ejército de arcadios, melios, y locrios epimenidios, y marchó sobre Ecalia para vengarse del rey Éurito, quien se negaba a entregarle la princesa Yole, a la que había ganado honradamente en una competición de tiro con arco; pero lo único que dijo a sus aliados fue que Éurito había estado exigiendo un tributo injusto a los eubeos. Tomó la ciudad por asalto, acribilló a Éurito y a sus hijos a flechazos y, después de haber enterrado a varios de sus camaradas que habían caído en batalla, a saber, Hípaso, el hijo de Ceix, y Argeo y Melas, hijos de Licimio, saqueó Ecalia y tomó cautiva a Yole. Antes que entregarse a Heracles, Yole le permitió asesinar a toda su familia ante sus propios ojos, y luego se arrojó desde lo alto de las murallas de la ciudad; sin embargo, sobrevivió, porque sus faldas se hincharon con el viento y amortiguaron la caída. Entonces Heracles la envió, junto con otras mujeres ecalias, a Deyanira, en Traquis, mientras él visitaba el promontorio eubeo de Ceneo. Habría que observar aquí que cuando se despidió de Deyanira, Heracles había revelado una profecía: al cabo de quince meses, estaba predestinado o bien a morir, o bien a pasar el resto de su vida en perfecta tranquilidad. La noticia se la habían traído las palomas gemelas del viejo oráculo de roble en Dodona.

La apoteosis de Heracles

Después de haber consagrado altares de mármol y una arboleda sagrada a su padre Zeus en el promontorio de Ceneo, Heracles preparó un sacrificio de acción de gracias por la toma de Ecalia. Ya había enviado a Licas a pedirle a Deyanira una camisa fina y una capa de las que siempre llevaba para tales ocasiones.

Deyanira, que estaba cómodamente instalada en Tra-

quis, ya se había resignado a la costumbre de Heracles de tomar amantes; y cuando adivinó que Yole era la última de éstas, sintió lástima más que resentimiento por la fatídica belleza que había sido la ruina de Ecalia. Y sin embargo, ¿no era intolerable que Heracles esperara verla a ella y a Yole viviendo bajo el mismo techo? Puesto que ya no era joven, Deyanira decidió utilizar el supuesto encantamiento amoroso como medio para retener el afecto de su esposo. Habiéndole tejido una camisa nueva para sacrificios a la espera de su feliz llegada, abrió el tarro secretamente, mojó un trozo de lana en la mezcla, y frotó con ella la camisa. Cuando llegó Licas, metió la camisa en un cofre, lo cerró, y se lo entregó diciéndole:

—Bajo ningún concepto expongas la camisa a la luz o al calor antes de que Heracles esté a punto de ponérsela para el sacrificio.

Licas ya había salido, conduciendo su carro a toda velocidad cuando Deyanira, mirando casualmente el trozo de lana que había tirado al suelo en el patio soleado, quedó horrorizada al ver cómo ardía, quedando como serrín, mientras que sobre las losas hervía una espuma roja. Dándose cuenta de que Neso la había engañado, envió un mensajero a toda prisa para hacer regresar a Licas, y, maldiciendo su insensatez, juró que si Heracles moría, ella no le sobreviviría.

El mensajero llegó demasiado tarde al promontorio de Ceneo. Heracles ya se había puesto la camisa y había sacrificado doce toros inmaculados como primicia de sus despojos: en total, había traído al altar un rebaño mixto de cien cabezas. Estaba derramando vino de un cuenco sobre los altares y echando incienso sobre las llamas, cuando de pronto pegó un grito como si una serpiente le hubiese mordido. El calor había derretido el veneno de la Hidra contenido en la sangre de Neso, y éste se extendió por todos los miembros de Heracles, corroyendo su carne. Pronto el dolor se hizo insoportable y con un rugido angustiado, volcó los dos altares. Intentó arrancarse la camisa, pero la tenía tan pegada al cuerpo que se arrancó también la carne, dejando al desnudo los huesos. Su sangre silbaba y borbotaba como agua de un manantial cuando se está templando un me-

tal candente. Se tiró de cabeza en el arroyo más cercano, pero el veneno no hizo más que arder con más intensidad; aquellas aguas empezaron entonces a hervir y fueron llamadas Termópilas, o «paso caliente».

Recorriendo la montaña, arrancando árboles por el camino, Heracles se encontró con el aterrorizado Licas, acurrucado en el hueco de una roca, sujetándose las rodillas con las manos. Licas intentó exculparse pero fue en vano: Heracles lo agarró, le hizo dar tres vueltas por encima de su cabeza, y lo arrojó con fuerza al mar Eubeo. Allí quedó transformado: se convirtió en una roca de aspecto humano, que sobresalía un poco por encima de las olas; los marineros la llamaban Licas y tenían miedo de pisarla, porque creían que era sensible. El ejército, que observaba desde lejos, profirió un grito de dolor, pero nadie se atrevió a acercarse hasta que, retorciéndose de dolor, Heracles mandó venir a Hilo, y le pidió que le llevara a morir en soledad. Hilo lo llevó hasta el pie del monte Eta, en Traquis (una región célebre por su hierba ballestera), pues el oráculo délfico ya lo había indicado, a Licimio y a Yole, como el lugar destinado para la muerte de su amigo.

Horrorizada por esta noticia, Deyanira se ahorcó o, según algunos, se apuñaló con una espada en su lecho matrimonial. La obsesión de Heracles había sido castigarla antes de morir, pero cuando Hilo le aseguró que era inocente, como quedó demostrado por su suicidio, suspiró perdonándola y expresó su deseo de que Alcmena y todos sus hijos se reuniesen para escuchar sus últimas palabras. Sin embargo, Alcmena se encontraba en Tirinto con algunos de los hijos de Heracles, y casi todos los demás se habían establecido en Tebas. Así pues, sólo pudo revelar la profecía de Zeus, que ya se había cumplido, a Hilo.

—Ningún hombre vivo podrá matar jamás a Heracles; un enemigo muerto será su ruina.

Entonces Hilo le pidió instrucciones, y Heracles le dijo:

—Jura por la cabeza de Zeus que me llevarás al pico más alto de esta montaña, y que allí me quemarás, sin lamentaciones, sobre una pira hecha de ramas de roble y troncos de olivos silvestres machos. Júrame,

además, que te casarás con Yole en cuanto seas mayor de edad.

Aunque estas peticiones le escandalizaron, Hilo prometió cumplirlas.

Cuando todo estuvo dispuesto, Yolao y sus compañeros se retiraron un poco, mientras Heracles subió a la pira y daba órdenes de encenderla. Pero nadie se atrevió a obedecer, hasta que un pastor eolio que acertó a pasar por allí, llamado Peante, ordenó a Filoctetes, su hijo habido con Demonasa, que hiciera lo que pedía Heracles. En agradecimiento Heracles legó su carcaj, su arco y sus flechas a Filoctetes, y cuando las llamas empezaron a lamer la pira extendió su piel de león sobre la plataforma colocada en su cima, y se tumbó, utilizando su maza por almohada; tenía una expresión tan extasiada como la de un invitado enguirnaldado y rodeado de copas de vino. Entonces cayeron rayos del cielo y al instante dejaron la pira reducida a cenizas.

En el Olimpo, Zeus se felicitaba porque su hijo predilecto se había portado tan noblemente.

—La parte inmortal de Heracles —anunció— está a salvo de la muerte, y pronto lo acogeré en esta región bendita. Pero si hay alguien aquí que lamente su deificación, tan bien merecida, aquel dios o aquella diosa tendrán que aprobarlo igualmente, ¡les guste o no!

Todos los olímpicos asintieron, y Hera decidió tragarse el insulto, que claramente iba dirigido a ella, porque ya había arreglado castigar a Filoctetes por su acto de generosidad, con la mordedura de una víbora lemnia.

Los rayos habían consumido la parte mortal de Heracles. Ya no se parecía en nada a Alcmena sino que, como una serpiente que ha mudado su vieja piel, aparecía envuelto en toda la majestad de su divino padre. Una nube lo quitó de la vista de sus compañeros mientras Zeus, en medio del fragor de los truenos, lo subía a los Cielos en su carro; allí Atenea le llevó de la mano y lo presentó con toda solemnidad a sus deidades compañeras.

Ahora bien, Zeus había destinado a Heracles para ser uno de los Doce Olímpicos y, sin embargo, no quería expulsar a ninguno de los dioses presentes para hacerle sitio. Así pues, persuadió a Hera a adoptar a He-

racles mediante una ceremonia de renacimiento: a saber, yéndose a la cama, simulando estar de parto, y sacándolo luego por debajo de sus faldas, ritual de adopción que era el de uso general en muchas tribus bárbaras. Desde entonces, Hera consideró a Heracles como hijo suyo, y sólo quería a Zeus más que a él. Todos los inmortales se alegraron de su llegada y Hera lo casó con su bonita hija Hebe, con la que tuvo dos hijos: Alexiares y Aniceto. Y de hecho, Heracles se había ganado el sincero agradecimiento de Hera cuando intervino en la rebelión de los Gigantes, al dar muerte a Pronomo, cuando había intentado violarla.

7. LOS ARGONAUTAS Y MEDEA



Los Argonautas con Atenea. Gran bol de doble asa (Louvre)

Los argonautas se reúnen

Después de la muerte del rey eolio Creteo, Pelias, hijo de Posidón, un hombre ya viejo, usurpó el trono de Yolco que pertenecía a su hermanastro Esón, el heredero legítimo. Poco después, un oráculo le advirtió que moriría a manos de un descendiente de Eolo, por lo que hizo ejecutar a cuantos importantes eolios se atrevía a apresar, exceptuando a Esón, cuya vida perdonó por respeto a su madre Tiro, pero al que mantuvo prisionero en el palacio, obligándole a renunciar a su herencia.

Ahora bien, Esón se había casado con Polimela, quien le había dado un hijo, llamado Diomedes. Pelias hubiese dado muerte al niño despiadadamente, pero Polimela llamó a sus parientes para que lo lloraran como si hubiese nacido muerto, y luego lo sacó a escondidas de la ciudad, llevándolo al monte Pelión; allí el centauro Quirón lo crió, como hizo con Asclepio, Aquiles, Eneas, y otros famosos héroes.

Un segundo oráculo advirtió a Pelias que se guardara de un hombre con una sola sandalia y cuando, un día en que se encontraba en la playa, un grupo de nobles aliados se unieron a él en la celebración de un solemne sacrificio a Posidón, le llamó la atención un joven magnesio, alto, de cabellos largos, y vestido con una túnica de cuero ajustada y una piel de leopardo. Iba armado con dos lanzas de hoja ancha y llevaba una sola sandalia.

La otra sandalia se le había perdido en el fangoso río Anauro gracias al ardid de una vieja quien, esperando en la orilla opuesta, rogaba a los que por allí pasaban que la transportaran al otro lado del río. Nadie se apiadaba de ella, hasta que este joven forastero le ofreció cortésmente sus anchas espaldas; pero empezó a tambalearse bajo su peso, pues se trataba nada menos

que de la diosa Hera disfrazada. Por lo visto, Pelias había ofendido a Hera al no ofrecerle sus sacrificios acostumbrados, y ella estaba resuelta a castigarle por esta negligencia.

Así pues, cuando Pelias preguntó bruscamente al forastero: «¿Quién eres tú y cómo se llama tu padre?», él respondió que Quirón, su padre adoptivo, le llamaba Jasón, aunque anteriormente se le conocía como Diomedes, hijo de Esón.

Pelias le dirigió una mirada feroz y siniestra.

—¿Qué harías tú —preguntó de pronto— si un oráculo anunciara que uno de tus conciudadanos estaba predestinado a matarte?

—Yo le enviaría a Cólquide a buscar el vellón del carnero de oro —respondió Jasón, sin saber que había sido Hera quien le había puesto aquellas palabras en la boca—. Y decidme, os lo ruego, ¿con quién tengo el honor de hablar?

Cuando Pelias reveló su identidad, Jasón no se alteró. Reclamó con audacia el trono usurpado por Pelias y, puesto que tenía el firme apoyo de su tío Feres, rey de Feras, y de Amitaón, rey de Pilos, que habían venido a participar en el sacrificio, Pelias tuvo miedo de negarle su primogenitura.

—Pero primero —insistió— ¡voy a pedirte que libres a nuestro amado país de una maldición!

Entonces Jasón supo que Pelias estaba siendo perseguido por el espíritu de Frixo, quien había huido de Orcómeno una generación antes, viajando sobre el lomo de un carnero divino, para evitar que lo inmolaran. Se refugió en Cólquide donde, a su muerte, se le negó una sepultura digna; y, según el oráculo de Delfos, el país de Yolco, donde se habían establecido muchos parientes minias de Jasón, jamás prosperaría a no ser que su espíritu fuera transportado nuevamente en una nave a su hogar, junto con el vellocino del carnero de oro. El vellocino colgaba ahora de un árbol en la arboleda de Ares en Cólquide, vigilado noche y día por un dragón que no dormía. Una vez realizada esta piadosa hazaña, declaró Pelias, abandonaría con gusto el trono, ya que se estaba convirtiendo en una carga para un hombre de edad tan avanzada como él.

Jasón no pudo negarle a Pelias este servicio, y por consiguiente envió heraldos a todas las cortes de Grecia, pidiendo voluntarios dispuestos a zarpar con él. También persuadió a Argo, el tespio, a construirle una nave de cincuenta remos; y esto se hizo en Págasas, con madera curada procedente del monte Pelión; después de lo cual, la propia Atenea colocó un madero oracular en la proa del *Argo*, cortado del roble de su padre Zeus en Dodona.

En distintas épocas se han recopilado muchas y muy diversas listas de los argonautas, pues así se llaman los compañeros de Jasón, pero los siguientes nombres son los que dan las autoridades más dignas de confianza:

Acasto, hijo del rey Pelias
Áctor, hijo de Deyón el focio
Admeto, príncipe de Feras
Anfiarao, el adivino argivo
El Gran Anceo de Tegea, hijo de Posidón
El Pequeño Anceo, el lélege de Samos
Argo de Tespias, constructor del *Argo*
Ascálafo de Orcómeno, hijo de Ares
Asterio, hijo de Cometes, un pélope
Atalanta de Calidón, la cazadora virgen
Augias, hijo del rey Forbante de Élide
Butes de Atenas, el maestro apicultor
Calais, el hijo alado de Bóreas
Canto, el eubeo
Cástor, el luchador espartano, uno de los Dioscuros
Cefeo, hijo de Áleo el arcadio
Ceneo el lapita, que había sido mujer
Corono el lapita, de Girtón en Tesalia
Equión, hijo de Hermes, el heraldo
Ergino de Mileto
Estáfilo, hermano de Fano
Eufemo de Ténaro, el nadador
Euríalo, hijo de Mecisteo, uno de los Epígonos
Euridamante el dólope, del lago Xinias
Falero, el arquero ateniense
Fano, el hijo cretense de Dioniso

Heracles de Tirinto, el hombre más fuerte que jamás haya existido, ahora un dios
Hilas el dríope, escudero de Heracles
Idas, hijo de Afareo de Mesene
Idmón el argivo, hijo de Apolo
Ificlo, hijo de Testio el etolio
Ífito, hermano del rey Euristeo de Micenas
Jasón, el capitán de la expedición
Laertes, hijo de Acrisio el argivo
Linceo, el vigía, hermano de Idas
Melampo de Pilos, hijo de Posidón
Meleagro de Calidón
Mopso el lapita
Nauplio el argivo, hijo de Posidón, notable navegante
Oileo el locrio, padre de Áyax
Orfeo, el poeta tracio
Palemón, hijo de Hefesto, un etolio
Peante, hijo de Táumaco, el magnesio
Peleo el mirmidón
Peneleo, hijo de Hipálcimo, el beocio
Periclímeno de Pilos, el transformista, hijo de Posidón
Polifemo, hijo de Élato, el arcadio
Pólux, el boxeador espartano, uno de los Dioscuros
Tifis, el timonel, de Sifas en Beocia
Zetes, hermano de Calais

y nunca, ni antes ni después, hase reunido tan valiente tripulación.

Los argonautas son conocidos a menudo como minias, porque fueron a buscar el espíritu de Frixo, nieto de Minia, y el vellón de su carnero; y porque muchos de ellos, incluyendo al propio Jasón, descendían de las hijas de Minia. Este Minia, un hijo de Crises, había emigrado de Tesalia a Orcómeno en Beocia, donde fundó un reino, y fue el primer rey que construyó una tesorería.

Las mujeres de Lemnos y el rey Cícico

Después de haber capturado al jabalí de Erimanto, Heracles apareció de pronto en Págasas, y fue solicita-

do unánimemente para capitanear el *Argo*; pero acordó generosamente servir bajo las órdenes de Jasón quien, aunque era un principiante, había planeado y anunciado la expedición. Así pues, después de la botadura de la nave, y de haberse echado a suertes la distribución de los bancos, cada uno ocupado por dos remeros, fue Jasón quien inmoló una yunta de bueyes a Apolo de los Embarcos. Mientras el humo del sacrificio se elevaba de modo propicio a los cielos, formando oscuras columnas arremolinadas, los argonautas se sentaron a tomar su banquete de despedida, en el que Orfeo calmó con su lira varias reyertas de borrachos. Habiendo zarpado de allí al rayar el día, pusieron rumbo a Lemnos.

Alrededor de un año antes de esto, los hombres lemnios se habían peleado con sus esposas, quejándose de que apestaban, y habían convertido en sus concubinas a unas muchachas tracias capturadas en correrías. En venganza, las mujeres lemnias los asesinaron a todos despiadadamente, tanto a viejos como a jóvenes, con excepción del rey Toante, cuya vida su hija Hipsípila había salvado en secreto, dejándolo marchar a la deriva en un bote sin remos. Pues bien, cuando el *Argo* apareció y las mujeres lemnias lo tomaron por una nave enemiga de Tracia, se colocaron las armaduras de sus esposos muertos y corrieron audazmente hacia la costa, para rechazar el ataque que les amenazaba. Pero el elocuente Equión, desembarcando, bastón en mano, para cumplir su misión de heraldo, pronto las tranquilizó; y entonces Hipsípila convocó un consejo en el que propuso enviar un obsequio de comida y de vino a los argonautas, pero no admitirlos en su ciudad de Mirina, por temor a que las acusaran de la matanza. Polixo, la anciana nodriza de Hipsípila, se levantó entonces y arguyó que sin hombres, la raza lemnia pronto quedaría extinta.

—Lo más prudente —dijo— sería ofreceros en amor a aquellos aventureros de alta cuna; de este modo, no sólo pondríais nuestra isla bajo fuerte protección, sino que engendraríais una robusta estirpe.

Este consejo desinteresado fue fuertemente aplaudido, y los argonautas fueron bien recibidos en Mirina. Naturalmente, Hipsípila no le contó a Jasón toda la

verdad, sino que, tartamudeando y sonrojándose, explicó que, después de sufrir muchos malos tratos a manos de sus maridos, sus compañeras se habían alzado en armas y los habían obligado a emigrar. El trono vacante de Lemnos, le dijo, sería suyo si él se lo pidiera. Jasón, aunque aceptaba agradecido su oferta, declaró que antes de establecerse en la fértil Lemnos debía completar su búsqueda del Vellocino de Oro. No obstante, Hipsípila pronto persuadió a los argonautas a aplazar su partida; pues cada uno de los aventureros estaba rodeado de numerosas jóvenes, todas deseando ansiosamente compartir el lecho con él. Hipsípila reclamó para sí a Jasón, y fue entonces cuando engendró a Euneo y a su gemelo Nebrófono, a quien algunos llaman Deípilo, o Toante el Joven. Euneo se convirtió más adelante en rey de Lemnos y proporcionó vino a los griegos durante la guerra de Troya.

Muchos otros hijos fueron engendrados también en esta ocasión por los demás argonautas y, de no haber sido por Heracles, que estaba guardando el *Argo* y que finalmente se dirigió resueltamente a Mirina, dando golpes en las puertas con su maza y ordenando a sus camaradas que volvieran a sus puestos, es muy posible que el vellocino de oro no saliera nunca de Cólquide. Pronto los obligó a bajar a la costa, y aquella misma noche zarparon con rumbo a Samotracia, donde fueron debidamente iniciados en los misterios de Perséfone y de sus siervos los Cabiros, los cuales salvan a los marineros en los naufragios.

Los argonautas siguieron navegando, dejando Imbros a estribor, y, como era bien sabido que el rey Laomedonte de Troya guardaba la entrada al Helesponto y no dejaba entrar ninguna nave griega, pasaron el estrecho de noche y a toda prisa, manteniéndose cerca de la costa tracia, y llegaron sanos y salvos al mar de Mármara. Al acercarse al territorio de los doliones, desembarcaron en el istmo de una escarpada península, llamada Arctón, que está coronada por el monte Dídimo. Allí fueron bien recibidos por el rey Cícico, el hijo de Eneo, antiguo aliado de Heracles, quien acababa de casarse con Clite, de Percote, ciudad de Frigia, y les invitó cordialmente a compartir su banquete de

bodas. Mientras todavía duraban las festividades, los guardias del *Argo* fueron atacados con rocas y mazas por ciertos gigantes de seis manos nacidos de la tierra, procedentes del interior de la península, pero los rechazaron.

Luego los argonautas dedicaron su piedra de anclaje a Atenea y después de poner a bordo una más pesada, se alejaron de la costa remando, con cordiales despedidas, y pusieron rumbo al Bósforo. Pero de pronto un viento del nordeste se arremolinó sobre ellos y en vista de lo poco que avanzaban, Tifis decidió hacer virar la nave y volvieron a toda prisa al socaire de la península. El navío fue desviado de su rumbo y los argonautas, después de arrastrarlo a una playa encontrada al azar, fueron asaltados inmediatamente por guerreros bien armados. Sólo después de vencerlos en una encarnizada batalla, dando muerte a algunos y haciendo huir a los demás, descubrió Jasón que había tocado tierra en la costa oriental de Arctón, y que el noble rey Cícico, que había tomado a los argonautas por piratas, yacía muerto a sus pies. Clite enloqueció al saber la noticia y se ahorcó; y las ninfas de la arboleda lloraron tan lastimosamente que sus lágrimas formaron una fuente que ahora lleva su nombre.

Los argonautas celebraron juegos fúnebres en honor a Cícico, pero siguieron detenidos por el mal tiempo durante muchos más días. Por fin un martín pescador revoloteó por encima de la cabeza de Jasón y se posó chirriando sobre la proa del *Argo*; y entonces Mopso, que entendía el lenguaje de los pájaros, explicó que todo iría bien si aplacaban a la diosa Rea. Ella había exigido la muerte de Cícico para desquitarse de la de su león sagrado, que el rey había matado en el monte Díndimo, y ahora estaba enfadada con los argonautas por haber causado una carnicería tan grande entre sus hermanos de seis brazos nacidos de la tierra. Así pues, erigieron una imagen dedicada a la diosa, esculpida por Argos en una antigua cepa, y bailaron completamente armados en la cima de la montaña. Rea agradeció su devoción: hizo que brotara una fuente de las rocas cercanas a aquel lugar. Entonces se levantó una brisa favorable, y continuaron su viaje. Pero los doliones pro-

longaron su duelo todo un mes, sin encender fuegos y subsistiendo a base de alimentos crudos, costumbre que fue observada durante los Juegos Cícicos que se celebraron anualmente.

Hilas, Ámico y Fineo

Desafiados por Heracles, los argonautas celebraron entonces una competición para ver quién podría remar durante más tiempo. Después de muchas laboriosas horas, aliviados sólo por la lira de Orfeo, Jasón, los Dioscuros y Heracles fueron los únicos que resistieron la prueba, después de que cada uno de sus camaradas se hubiese declarado perdedor. La fuerza de Cástor empezó a decaer y Pólux, viendo que ésta era la única forma de hacerle desistir, desarmó su propio remo. Pero Jasón y Heracles continuaron impulsando el *Argo* hacia delante, sentados en lados opuestos de la nave, hasta que, al poco rato, cuando llegaban a la desembocadura del río Cío en Misia, Jasón se desmayó. Casi en el mismo momento, el remo de Heracles se partió. Lanzó miradas feroces e indignadas a su alrededor; y sus agotados compañeros metieron otra vez sus remos en las chumaceras y vararon el *Argo* junto al río.

Mientras preparaban la cena Heracles salió en busca de un árbol que le sirviese para construirse un remo nuevo. Desarraigó un enorme abeto, pero cuando regresó de nuevo, arrastrando el árbol para recortarlo junto al fuego del campamento, descubrió que su escudero Hilas había salido, una hora o dos antes, para ir a buscar agua a la cercana fuente de Pegae, y que todavía no había vuelto; Polifemo había ido en su busca.

Con gritos de «¡Hilas!, ¡Hilas!», Heracles se precipitó frenéticamente dentro del bosque y pronto se encontró con Polifemo, quien le informó:

—¡Qué desgracia! Oí la voz de Hilas pidiendo auxilio a gritos y corrí al lugar de donde procedían. Pero cuando llegué a Pegae no hallé ningún rastro de lucha con animales salvajes o con cualquier otro enemigo. Sólo quedaba su cántaro de agua abandonado junto al manantial.

Heracles y Polifemo siguieron buscando toda la noche, y obligaron a todos cuantos misios encontraban por el camino a ayudarles en la búsqueda, pero todo fue en vano; el hecho es que Dríope y sus hermanas ninfas de Pegae se habían enamorado de Hilas, y le habían persuadido mañosamente de ir a vivir con ellas en una gruta subterránea.

Al amanecer se levantó una brisa favorable, y puesto que ni Heracles ni Polifemo aparecieron, a pesar de que todos gritaron sus nombres hasta que las laderas de los montes resonaban con el eco, Jasón dio órdenes de reanudar el viaje. Esta decisión fue fuertemente impugnada y mientras el *Argo* se iba alejando cada vez más de la costa, varios de los argonautas le acusaron de haber abandonado a Heracles para vengarse de su derrota en el concurso de remo. Incluso intentaron obligar a Tifis a dar media vuelta al navío; pero Calais y Zetes se interpusieron y éste fue el motivo por el que Heracles los mató más adelante en la isla de Tenos.

Después de amenazar con asolar el país de Misia si sus habitantes no continuaban la búsqueda de Hilas, muerto o vivo, y de dirigir una fructuosa incursión contra Troya, Heracles reanudó sus trabajos; pero Polifemo se estableció cerca de Pegae y construyó la ciudad de Crío, donde reinó hasta que los cálibes le mataron en una batalla.

Después de esto, el *Argo* tocó tierra en la isla de Bébricos, también en el mar de Mármara, gobernada por el arrogante rey Ámico, un hijo de Posidón. Este Ámico presumía de boxeador y tenía por costumbre desafiar a los extranjeros a combatir con él, lo que invariablemente significaba su ruina; pero si se negaban, los arrojaba sin ceremonia por un acantilado al mar. En esta ocasión se acercó a los argonautas y se negó a darles comida o agua hasta que uno de sus campeones accediera a enfrentarse a él en el cuadrilátero. Pólux, que había ganado el concurso de boxeo en los Juegos Olímpicos, se ofreció voluntario y se puso los guantes de cuero crudo que Ámico le ofrecía.

Ámico y Pólux abrieron el combate, una lucha a brazo partido, en un pequeño valle florido, no lejos de la playa. Los guantes de Ámico estaban tachonados con

púas de bronce, y los músculos de sus brazos velludos sobresalían como rocas cubiertas de algas. Era con mucho el más pesado de los dos, y varios años más joven que su contrincante pero Pólux, luchando al principio con cautela y eludiendo sus embestidas, que parecían las de un toro, pronto descubrió los puntos flacos en su defensa y no tardó en verlo arrojando sangre por hinchada boca. Después de un prolongado asalto en el que ninguno de los dos daba muestra alguna de perder fuerzas, Pólux consiguió que Ámico aflojara la guardia, le aplastó la nariz con un golpe limpio de la izquierda, y le asestó más castigos despiadados a ambos lados de ella, utilizando para ello ganchos y golpes potentes. Lleno de dolor y desesperación, Ámico agarró el puño izquierdo de Pólux y tiró de él con su mano izquierda, a la vez que descargaba sobre él un tremendo derechazo; pero Pólux se arrojó en la dirección del tirón. El golpe de Ámico no dio en el blanco y Pólux, en respuesta, le dio un gancho con la derecha en la oreja que lo dejó aturdido, seguido de un golpe de abajo arriba tan poderoso que le rompió los huesos de la sien y lo mató instantáneamente.

Cuando vieron que su rey yacía muerto en el suelo, los bébrices se alzaron en armas, pero los compañeros de Pólux, que vitoreaban a su campeón, los hicieron huir con facilidad y saquearon el palacio real. Para aplacar a Posidón, el padre de Ámico, Jasón ofreció entonces un sacrificio de veinte toros colorados que fueron hallados entre los despojos.

Al día siguiente los argonautas volvieron a hacerse a la mar, y llegaron a Salmidesos en Tracia Oriental donde reinaba Fineo, el hijo de Agenor. Los dioses le habían cegado por profetizar el futuro con demasiada exactitud, y también le mandaron un par de Harpías: detestables criaturas hembras con alas que, a cada comida; entraban volando en el palacio y arrebataban los alimentos de su mesa, ensuciando el resto y dejándolo todo tan apestoso que resultaba incomestible. Cuando Jasón le pidió consejo a Fineo sobre cómo conseguir el vellocino de oro, éste le contestó:

—¡Primero líbrame de las Harpías!

Los sirvientes de Fineo prepararon un banquete para

los argonautas y, al verlo, las Harpías descendieron de inmediato, con sus acostumbradas tretas. Pero Calais y Zetes, los hijos alados de Bóreas, se levantaron, espada en mano, y las persiguieron por el aire, cruzando el ancho mar. Algunos dicen que alcanzaron a las Harpías en las islas Estrófades, pero que les perdonaron la vida cuando éstas volvieron e imploraron piedad; pues Iris, la mensajera de Hera, se interpuso, prometiéndoles que regresarían a vivir en su cueva en Dicte, Creta, y que nunca más molestarían a Fineo.

Fineo instruyó a Jasón sobre cómo navegar por el Bósforo, y le dio un informe detallado del clima, la hospitalidad y la suerte que cabía esperar en su viaje a Cólquide.

—Y una vez que hayas llegado a Cólquide —añadió—, ¡confía en Afrodita!

Ahora bien, Fineo se había casado primero con Cleopatra, hermana de Calais y Zetes y luego, al morir ésta, con Idea, una princesa escitia. Idea tenía celos de los dos hijos de Cleopatra, y sobornó a falsos testigos para acusarlos de toda clase de maldades. Pero Calais y Zetes, descubriendo la conspiración, liberaron a sus sobrinos de la cárcel y Fineo volvió a otorgarles sus privilegios y mandó a Idea que regresara a casa de su padre.

De las Simplégades a Cólquide

Fineo había advertido a Jasón del peligro que suponían las temibles rocas llamadas Simplégades, que guardaban la entrada del Bósforo, envueltas en una perpetua capa de neblina. Cuando una nave intentaba pasar entre ellas se juntaban y la aplastaban; pero, siguiendo el consejo de Fineo, Eufemo soltó una paloma para que volara por delante del *Argo*. En cuanto las rocas le hubieron cortado las plumas de la cola, y se abrieron de nuevo, los argonautas las atravesaron, remando a toda velocidad, ayudados por Atenea y por la lira de Orfeo, y sólo perdieron su adorno de popa. A partir de entonces, y de acuerdo con una profecía, las rocas quedaron arraigadas, una a cada lado del estrecho, y

aunque la fuerza de la corriente hacía casi imposible controlar el navío, los argonautas tiraron de sus remos hasta que quedaron doblados como arcos, y alcanzaron el mar Negro sin sufrir ningún desastre.

Siguiendo la costa meridional, pronto tocaron tierra en el islote de Tinias. Desde allí se dirigieron a la ciudad de Mariandina, donde recibieron la cálida bienvenida del rey Lico. Lico ya había recibido la noticia, por corredor, de que su enemigo el rey Ámico estaba muerto, y en agradecimiento ofreció a los argonautas que su hijo Dáscilo les guiase en su viaje por la costa. Al día siguiente, cuando estaban a punto de embarcar, Idmón, el adivino, fue atacado por un feroz jabalí que andaba oculto entre los juncos del río Lico, haciéndole un corte profundo en el muslo con sus enormes colmillos. Idas corrió en ayuda de Idmón, y cuando el jabalí volvió a embestir, lo espetó en su lanza; sin embargo, Idmón se desangró y murió, a pesar de los cuidados de los argonautas, quienes lo lloraron durante tres días. Luego Tifis enfermó y murió y sus camaradas se sumieron en una honda tristeza mientras elevaban un túmulo sobre sus cenizas, junto al que habían construido para Idmón. Primero el gran Anceo, y después de él Ergino, Nauplio y Eumefo, ofrecieron tomar el puesto de timonel que Tifis había dejado vacante; pero Anceo resultó elegido, y les sirvió bien.

Desde Mariandina continuaron rumbo al este a vela durante muchos días, hasta que llegaron a Sinope, en Paflagonia, donde Jasón halló reclutas para ocupar los asientos vacíos en sus bancos: a saber, los hermanos Deileonte, Autólico y Flogio, de Trica, los cuales habían acompañado a Heracles en su expedición al país de las amazonas, pero quienes, al separarse de él accidentalmente, quedaron abandonados en esta región extranjera.

Luego el *Argo* pasó por delante del país de las amazonas, y también por el de los cálibes, que trabajan el hierro y que no cultivan la tierra ni cuidan rebaños, sino que viven enteramente de las ganancias proporcionadas por sus fraguas; también pasaron por delante del país de los tibarenos, donde es costumbre que los maridos se pongan a gemir como si estuvieran de parto,

mientras sus esposas están dando a luz; y por el de los mosinos, que viven en castillos de madera, forman parejas promiscuamente, y van armados con unas lanzas tremendamente largas y escudos blancos en forma de hojas de hiedra.

Cerca del islote de Ares, grandes bandadas de pájaros volaron por encima del *Argo*, dejando caer plumas de bronce, una de las cuales hirió a Oileo en el hombro. En esto, los argonautas, recordando las advertencias de Fineo, se pusieron los cascos y gritaron con todas sus fuerzas; la mitad de ellos remaban, mientras que los demás los protegían con escudos, contra los cuales golpeaban sus espadas. Fineo también les había aconsejado que desembarcaran en el islote, y así lo hicieron entonces, ahuyentando a miríadas de pájaros, hasta que no quedó ni uno solo. Aquella noche alabaron su sabiduría y fue entonces cuando se levantó una tremenda tempestad y cuatro eolios, agarrados a una viga de madera, fueron arrojados a la playa, cerca de su campamento; estos náufragos resultaron ser Citisoro, Argo, Frontis y Melas, hijos de Frixo y de Calcíope, hija ésta del rey Eetes de Cólquide, y por consiguiente parientes cercanos de muchos de los allí presentes. Habían naufragado en un viaje a Grecia, donde tenían intención de reclamar el reino de Orcómeno que había pertenecido a su abuelo Atamante. Jasón les dio una calurosa bienvenida, y todos juntos ofrecieron sobrios sacrificios, sobre una piedra negra en el templo de Ares. Cuando Jasón les explicó que su misión consistía en regresar a Grecia con el espíritu de Frixo y recuperar además el vellocino del carnero de oro sobre el que éste había viajado, Citisoro y sus hermanos se encontraron frente a un dilema, pues aunque le debían devoción a la memoria de su padre, temían ofender a su abuelo si exigían el vellocino. Sin embargo, ¿qué decisión podían tomar a no ser la de hacer causa común con estos primos que les habían salvado la vida?

Luego el *Argo* siguió avanzando, costeando la isla de Filira, y pronto la cordillera del Cáucaso se elevaba sobre los argonautas, y entraron en la desembocadura del ancho río Fasis, cuyas aguas riegan Cólquide. Después de derramar una libación de vino mezclado con

miel que dedicaron a los dioses de aquel país, Jasón ocultó el *Argo* en un remanso del río y convocó un consejo de guerra.

El rescate del vellocino

En el Olimpo, Hera y Atenea estaban debatiendo ansiosamente cómo su protegido, Jasón, podría conseguir el vellocino de oro. Por fin decidieron hablar con Afrodita, quien prometió que su travieso hijito Eros despertaría en Medea, la hija del rey Eetes, una repentina pasión por él.

Entretanto, en el consejo de guerra celebrado en el remanso, Jasón propuso ir, acompañado por los hijos de Frixo, a la cercana ciudad de Ea, donde gobernaba Eetes, y pedir el vellocino como un favor; sólo si esto les fuera denegado recurrirían al engaño o a la fuerza. Todos recibieron bien esta sugerencia y Augias, hermanastro de Eetes, se unió a la expedición.

Cuando Jasón y sus compañeros se acercaron, fueron recibidos primero por Calcíope, quien se sorprendió al ver a Citisoro y a sus tres otros hijos regresando tan pronto, y, cuando escuchó su relato, colmó a Jasón de palabras de agradecimiento por haberlos rescatado. Luego llegó Eetes, acompañado por Idía, y con vivas muestras de indignación —pues Laomedonte se había comprometido a impedir la entrada al mar Negro a todos los griegos— le pidió a su nieto predilecto, Argo, que le explicara la intrusión. Argo contestó que Jasón, a quien él y sus hermanos debían la vida, había venido a llevarse el vellocino de oro de acuerdo con lo dispuesto por un oráculo. Al ver en la cara de Eetes una mirada furiosa, añadió en seguida:

—Y a cambio de este favor, estos nobles griegos subyugarán con placer a los saurómatas al gobierno de vuestra majestad.

Eetes soltó una carcajada de desprecio y luego ordenó a Jasón que regresara por donde había venido antes de que les cortara a todos la lengua y las manos.

En aquel momento, la princesa Medea salía del palacio, y cuando Jasón respondió con suavidad y corte-

sía, Eetes, algo avergonzado de sí mismo, se comprometió a entregarle el vellocino, aunque con unas condiciones que parecían realmente imposibles de cumplir. Jasón debía uncir dos toros con patas de bronce que echaban fuego por la boca, creaciones de Hefesto; labrar el Campo de Ares hasta formar cuatro surcos; luego sembrarlo con los dientes de serpiente que le diera Atenea, los que sobraron de la siembra de Cadmo en Tebas. Jasón se quedó estupefacto, preguntándose cómo iba a ejecutar estas proezas inauditas, pero Ero apuntó una de sus flechas a Medea, y se la clavó en el corazón, hincándola hasta las plumas.

Calcíope, al acudir aquella noche a la alcoba de Medea, para conseguir su ayuda en nombre de Citisoro y de los hermanos de éste, descubrió que se había enamorado locamente de Jasón. Al ofrecerse Calcíope como intermediaria, Medea se comprometió con ahínco a ayudarle a uncir los toros con aliento de fuego y a conseguir el vellocino, imponiendo como única condición que regresara como su esposa en el *Argo*.

Llamaron a Jasón y él juró por todos los dioses del Olimpo que sería eternamente fiel a Medea. Ella le ofreció un frasco con una loción, el zumo del azafrán cáucaso de doble tallo, rojo como la sangre, que le protegería del ardiente aliento de los toros. Jasón aceptó el frasco con gratitud y después de una libación de miel, lo destapó y se bañó el cuerpo, la lanza y el escudo con el líquido. De este modo pudo apaciguar a los toros y engancharlos a un arado con una yunta inquebrantable. Labró todo el día, y al anochecer sembró los dientes, de los que brotaron inmediatamente unos hombres armados. Provocó una pelea entre éstos para que lucharan entre sí, como había hecho Cadmo en una ocasión similar, arrojando entre ellos un tejo de piedra; luego despachó a los supervivientes heridos.

Sin embargo, el rey Eetes no tenía intención alguna de desprenderse del vellón, y tuvo la desvergüenza de negar el trato. Amenazó con prender fuego al *Argo* y asesinar a toda su tripulación; pero Medea, a quien había tenido la imprudencia de confiarse, condujo a Jasón y a un grupo de argonautas al recinto de Ares, a unas seis millas de distancia. Allí estaba colgado el

vellocino, guardado por el detestable e inmortal dragón de mil anillos, más grande que el propio *Argo*, y nacido de la sangre del monstruo Tifón que Zeus destruyó. Medea calmó al dragón silbante con ensalmos y luego, utilizando ramas de enebro recién cortadas, le salpicó los párpados con unas gotas soporíficas. Jasón descolgó el vellocino del árbol a hurtadillas, y juntos corrieron a la playa donde se encontraba el *Argo*.

Los sacerdotes de Ares ya habían dado la alarma y en una acción de retirada, los colquideos hirieron a Ífito, a Meleagro, a Argo, a Atalanta y a Jasón. Pero todos ellos lograron trepar a bordo del *Argo* que les aguardaba, y se alejaron de allí remando a toda prisa, perseguidos por las galeras de Eetes. Ífito fue el único en sucumbir a sus heridas; Medea pronto curó a los demás con un vulnerario de invención propia.

El asesinato de Apsirto

Sobreviven muchos relatos distintos del regreso del *Argo* a Tesalia aunque por lo común se cree que, siguiendo los consejos de Fineo, los argonautas costearon el mar Negro en dirección contraria al sol. Algunos dicen que cuando Eetes los alcanzó, cerca de la desembocadura del Danubio, Medea mató a su joven hermanastro Apsirto, al que había llevado consigo a bordo del navío, y que lo cortó en pedacitos entregándolos luego uno por uno a la rápida corriente. Esta cruel estratagema retrasó la persecución, porque obligaba a Eetes a recoger cada pedazo, uno tras otro, para su posterior sepultura en Tomi.

Sin embargo, el relato más circunstanciado y coherente es que Apsirto, enviado por Eetes en persecución de Jasón, atrapó el *Argo* en la desembocadura del Danubio, donde los argonautas acordaron hacer desembarcar a Medea en una isla cercana consagrada a Artemis, dejándola durante unos días al cuidado de una sacerdotisa; entretanto un rey de los brigios juzgaría el caso y decidiría si ella debía regresar a su hogar o acompañar a Jasón hasta Grecia, y también determinaría en manos de quién debía quedar el vellocino. Pero Me-

dea envió un mensaje secreto a Apsirto, fingiendo que había sido raptada a la fuerza, y suplicando que la salvara. Aquella noche, cuando Apsirto visitó la isla, rompiendo de este modo la tregua, Jasón lo siguió, lo acechó y le dio muerte por la espalda. Luego cortó sus extremidades, y lamió tres veces un poco de la sangre derramada, escupiéndola después cada vez, para impedir que le persiguiera su espíritu. En cuanto Medea estuvo nuevamente a bordo del *Argo,* los argonautas atacaron a los colquideos, que ahora se hallaban sin jefe, dispersaron su flotilla, y escaparon.

Después del asesinato de Apsirto, el *Argo* regresó por el Bósforo, siguiendo el mismo camino por el que había venido, y pasó sin peligro por el Helesponto, porque los troyanos ya no podían oponerse a su paso. Pues Heracles, a su regreso de Misia, había reunido seis naves con las que había sorprendido y destruido la flota troyana. Luego se abrió camino a golpes de su maza hasta entrar en Troya y reclamó al rey Laomedonte las yeguas comedoras de hombres del rey Diomedes que había dejado a su cargo algunos años antes. Al ver que Laomedonte negaba tener conocimiento alguno de dichas yeguas, Heracles lo mató a él y a todos sus hijos, con excepción del pequeño Podarces, o Príamo, a quien nombró rey en su lugar.

Jasón y Medea ya no estaban a bordo del *Argo.* Su madero oracular había vuelto a hablar, negándose a transportar a ninguno de los dos hasta que se hubieran purificado por el asesinato, y desde la desembocadura del Danubio habían emprendido el camino por tierra hasta Eea, la isla que constituía el hogar de Circe, la tía de Medea. Medea llevó a Jasón allí siguiendo la ruta por la que los obsequios envueltos en paja de los hiperbóreos llegan cada año a Delos. Circe, a quien acudieron como suplicantes, los purificó, aunque de mala gana, con la sangre de una cerda joven.

Ahora bien, los perseguidores colquideos habían recibido la advertencia de no regresar sin traer a Medea y el vellocino, y adivinando que la princesa se había ido a ver a Circe para purificarse, siguieron al *Argo* por el mar Egeo, luego por el Peloponeso, y subiendo por la costa de Iliria, llegando a la conclusión correcta de

que Medea y Jasón habían convenido en que los irían a recoger a Eea.

El «Argo» regresa a Grecia

Al llegar a Corcira, que entonces se llamaba Drepane, los colquideos encontraron el *Argo* varado frente al islote de Macris; su tripulación estaba celebrando alegremente el feliz resultado de su expedición. Entonces el jefe de los colquideos visitó al rey Alcínoo y a la reina Arete, exigiendo, en nombre de Eetes, la entrega de Medea y del vellocino. Arete, a quien Medea había pedido protección, no dejó dormir a Alcínoo aquella noche, quejándose de los malos tratos a los que con demasiada frecuencia someten los padres a sus errantes hijas, y persuadiéndole finalmente a decirle cuál sería el fallo que pronunciaría a la mañana siguiente, a saber: «Si Medea es todavía virgen regresará a Cólquide; si no lo es, queda libre para quedarse junto a Jasón».

Dejándolo profundamente dormido, Arete envió a su heraldo para que advirtiera a Jasón de lo que le esperaba; y entonces Jasón se casó con Medea sin más tardar en la cueva de Macris, la hija de Aristeo, quien durante un tiempo fue nodriza de Dioniso. Los argonautas celebraron la boda con un suntuoso banquete y extendieron el vellocino de oro sobre el lecho nupcial. A la mañana siguiente se pronunció debidamente el fallo, Jasón reclamó a Medea como su esposa, y los colquideos no pudieron ni ejecutar las órdenes de Eetes ni tampoco regresar a su patria por temor a su cólera. Por consiguiente algunos se instalaron en Corcira, y otros ocuparon aquellas islas ilirias, no lejos de la Eea de Circe.

Cuando, un año o dos más tarde, Eetes se enteró de estos acontecimientos, casi murió de rabia y envió un heraldo a Grecia exigiendo la persona de Medea como compensación por las injurias de las que había sido víctima; pero fue informado de que todavía no se había recibido ninguna satisfacción por el rapto de Io llevado a cabo por hombres de la raza de Eetes (aunque la verdad es que huyó porque la persiguió un tábano) y que

por consiguiente no tenían por qué ofrecer ninguna por la partida voluntaria de Medea.

Ahora sólo le quedaba a Jasón doblar el cabo Malea y regresar con el vellón a Yolco. Pasó sin peligro frente a las islas de las Sirenas, donde los cautivadores acordes de aquellas mujeres-pájaro fueron contrarrestados por los acordes todavía más bellos de la lira de Orfeo. Sólo Butes saltó al agua con el propósito de nadar hasta la costa, pero Afrodita lo salvó, llevándoselo al monte Érix, pasando por Lilibeo, y allí le convirtió en su amante.

Los argonautas siguieron navegando con buen tiempo por la costa oriental de Sicilia, donde pudieron observar los impecables rebaños blancos de Helio, aunque se abstuvieron de robar ninguno. De pronto fueron alcanzados por un terrible Viento del Norte el cual, en nueve días, les impulsó hasta la parte más remota de Libia; allí una gigantesca ola se llevó el *Argo* por encima de las peligrosas rocas que bordean la costa y retrocedió, dejándolo en seco a una milla o más tierra adentro. Un desierto sin vida se extendía hasta el horizonte, y los argonautas ya se habían preparado para morir, cuando la Triple Diosa de Libia, vestida con pieles de cabra, se le apareció a Jasón en un sueño y lo tranquilizó. Con esto se animaron y, después de colocar el *Argo* sobre unos rodillos, lo empujaron con la fuerza de sus hombros hasta el lago salado Tritonis, que quedaba a una distancia de varias millas, tarea que les llevó doce días. Todos hubieran muerto de sed de no ser por un manantial que Heracles había hecho brotar a chorro del suelo, poco tiempo antes, cuando iba en busca de las manzanas de oro de las Hespérides.

Canto murió entonces a manos de Cafauro, un pastor garamante cuyos rebaños se estaba llevando, pero sus compañeros le vengaron. Y justo cuando acababan de enterrar los dos cuerpos, Mopso pisó una serpiente libia que le mordió en el tobillo; una espesa niebla se extendió por sus ojos, se le cayó el cabello, y murió con terribles sufrimientos. Los argonautas, después de rendirle honores de héroe en su entierro, volvieron a desesperar nuevamente, pues no encontraban ninguna salida al lago.

Sin embargo Jasón, antes de emprender el viaje, ha-

bía consultado con la pitonisa de Delfos, quien le había entregado dos trípodes de bronce macizo; en aquel momento Orfeo le aconsejó que propiciara a las deidades del país con uno de ellos. Al hacerlo, el dios Tritón apareció y se llevó el trípode sin ni siquiera darle las gracias, pero Eufemo se interpuso en su camino y le preguntó cortésmente:

—Por favor, señor, ¿tendríais la amabilidad de decirnos cómo llegar al mar Mediterráneo?

Por toda respuesta, Tritón señaló en dirección al río Tacape pero luego, como si se lo hubiese pensado mejor, le ofreció un terrón. Eufemo agradeció el obsequio con el sacrificio de un cordero, y Tritón consintió en tirar del *Argo* por la quilla, hasta que hubo entrado nuevamente en el mar Mediterráneo.

Dirigiéndose hacia el norte, los argonautas llegaron a Creta, donde Talos, el centinela de bronce creado por Hefesto, les impidió desembarcar, arrojando piedras contra el *Argo,* como era su costumbre. Medea llamó al monstruo con voz dulce, prometiendo hacerle inmortal si bebía cierta pócima mágica; pero se trataba de una bebida somnífera y mientras él dormía, Medea sacó el clavo de bronce que taponaba la única vena de su cuerpo, que corría desde el cuello hasta los tobillos. El licor divino, un líquido incoloro que le servía de sangre, salió a chorro, y murió.

La noche siguiente, el *Argo* fue atrapado en una tempestad procedente del sur, pero Jasón invocó a Apolo, quien envió un relámpago gracias al cual pudieron ver, a estribor, la isla de Anafe, una de las Espóradas, donde Anceo consiguió varar la nave. En agradecimiento, Jasón erigió un altar dedicado a Apolo.

Cuando llegaron a Egina celebraron un concurso que consistía en ver quién sería el primero en llenar un cántaro de agua y llevarlo al navío. Desde Egina el viaje a Yolco era sencillo, un viaje que veintenas de barcos hacen cada año, y lo realizaron con buen tiempo y sin peligros.

La muerte de Pelias

Un anochecer de otoño, los argonautas llegaron nuevamente a la bien conocida playa de Págasas, pero no encontraron a nadie allí que les diera la bienvenida. Es más, se rumoreaba en Tesalia que todos habían muerto; por esto Pelias se había atrevido a dar muerte a los padres de Jasón, Esón y Polimela, y a un hijo pequeño, Prómaco, que habían tenido después de la partida del *Argo*. Sin embargo Esón pidió permiso para quitarse él mismo la vida y una vez concedida su petición, bebió sangre de toro y de este modo expiró. Al verlo, Polimela se mató con un puñal, después de maldecir a Pelias, quien arrojó despiadadamente a Prómaco contra el suelo del palacio, sacándole los sesos.

Al escuchar este relato por boca de un solitario barquero, Jasón le prohibió que hiciera correr el rumor del regreso del *Argo*, y convocó un consejo de guerra. Todos sus camaradas opinaban que Pelias merecía la muerte, pero cuando Jasón pidió un asalto inmediato a Yolco, Acasto observó que, como era de suponer, él no podía oponerse a su padre; y los demás pensaron que era mejor dispersarse, cada uno a su propio hogar, y allí, si fuera necesario, reunir contingentes para una guerra en nombre de Jasón. De hecho, Yolco parecía estar demasiado bien guarnecida para que una compañía tan pequeña como la que ellos formaban, pudiera asaltarla.

Sin embargo, Medea se interpuso y se comprometió a rendir a la ciudad sin ayuda de nadie. Ordenó a los argonautas que ocultaran su nave y que se escondieran ellos también, en una playa retirada desde la cual podía verse Yolco. Cuando vieran que alguien agitaba una antorcha desde el tejado del palacio, esto significaría que Pelias estaba muerto, que las puertas estaban abiertas, y que ya podían tomar la ciudad.

Durante su visita a Anafe, Medea había encontrado una imagen hueca de Artemis y la había traído consigo en el *Argo*. En aquel momento vistió a sus doce siervas feacias con extraños disfraces, haciéndolas transportar la imagen por turnos, mientras se dirigía con ellas hacia Yolco. Al llegar a las puertas de la ciudad, Medea, que

se había disfrazado de vieja arrugada, ordenó a los centinelas que la dejaran pasar. Gritó con voz chillona que la diosa Ártemis había venido del país nebuloso de los hiperbóreos, en un carro tirado por serpientes voladoras, para traer buena fortuna a Yolco. Los asombrados centinelas no se atrevieron a desobedecer, y Medea y sus siervas, corriendo furiosamente por las calles como ménades, despertaron a sus habitantes incitando en ellos un frenesí religioso.

Interrumpido su sueño, Pelias preguntó aterrorizado qué quería de él la diosa. Medea respondió que Ártemis estaba a punto de reconocer su piedad rejuveneciéndole, y permitiendo de este modo que pudiese engendrar herederos para tomar el lugar del poco filial Acasto, fallecido recientemente en un naufragio cerca de la costa de Libia. Pelias puso en duda esta promesa hasta que Medea, haciendo desaparecer el simulacro de vejez con el que se había recubierto, se volvió joven ante sus propios ojos.

—¡Tal es el poder de Ártemis! —exclamó.

Luego vio cómo cortaba un viejo carnero de ojos legañosos en trece pedazos y los hervía en una caldera. Utilizando ensalmos colquideos, que Pelias tomó por hiperbóreos, y rogando solemnemente a Ártemis que la ayudara, Medea fingió entonces que rejuvenecía al carnero muerto, pues un cordero vivaracho se hallaba oculto, junto con otros utensilios mágicos, dentro de la imagen hueca de la diosa. Pelias, totalmente engañado, consintió en echarse sobre un lecho, donde Medea pronto le durmió con un hechizo. Luego mandó a sus hijas, Alcestis, Evadne y Anfínome, que lo descuartizaran, del mismo modo en que la habían visto a ella descuartizar el carnero, y que hirvieran los pedazos en la misma caldera.

Alcestis se negó piadosamente a derramar la sangre de su padre, por buena que fuera la causa; pero Medea, después de dar todavía más pruebas de sus poderes mágicos, persuadió a Evadne y a Anfínome a utilizar sus cuchillos con resolución. Cuando el trabajo estuvo terminado, las subió al tejado, haciéndolas llevar una antorcha cada una, y les explicó que debían invocar la Luna mientras la caldera se calentaba hasta hervir. Des-

de su escondite, los argonautas vieron el fulgor lejano de las antorchas y recibiendo la señal con alegría, entraron corriendo en Yolco, donde no hallaron resistencia.

Sin embargo, temiendo la venganza de Acasto, Jasón abdicó del trono a su favor, y tampoco protestó la sentencia de exilio que el consejo de Yolco le impuso, pues tenía esperanzas de ocupar un trono más rico en otra parte.

En cuanto a las hijas de Pelias: Alcestis se casó con Admeto de Feras, a quien estaba prometida desde hacía tiempo; Evadne y Anfínome fueron desterradas por Acasto a Mantinea donde, después de su purificación, lograron contraer honrosos matrimonios.

Medea en Éfira

Jasón visitó primero Orcómeno, en Beocia, donde colgó el vellocino en el templo de Zeus Lafistio; luego dejó el *Argo* varado en el Istmo de Corinto, y allí dedicó la nave a Posidón.

Ahora bien, Medea era el único descendiente de Eetes, el rey legítimo de Corinto, quien, al emigrar a Cólquide, había dejado como regente a un tal Buno. Habiendo quedado vacante el trono, después de la muerte sin descendencia del usurpador Corinto, hijo de Maratón (el cual se hacía llamar «Hijo de Zeus»), lo reclamó Medea, y los corintios aceptaron gustosamente a Jasón como su rey. Pero, después de reinar durante diez años prósperos y felices, empezó a sospechar que Medea había conseguido su sucesión envenenando a Corinto, y propuso divorciarse de ella a favor de Glauce, hija del rey Creonte.

Medea, aunque no negaba su crimen, quería que Jasón cumpliese el juramento que había hecho en Eea en nombre de todos los dioses, y al ver que él protestaba diciendo que un juramento forzado no tenía validez, apuntó que él también le debía a ella el trono de Corinto.

—Cierto —respondió Jasón—, pero los corintios han aprendido a tenerme más respeto a mí que a ti.

En vista de que él seguía inflexible, Medea, fingiendo sumisión, envió un regalo de bodas a Glauce en manos de los príncipes reales —pues le había dado a Jasón siete hijos y siete hijas—, a saber, una corona de oro y una larga túnica blanca. En cuanto Glauce se las puso unas llamas inextinguibles se dispararon hacia arriba y la consumieron no sólo a ella —aunque se arrojó de cabeza a la fuente del palacio—, sino también al rey Creonte, a un grupo formado por otros distinguidos invitados tebanos, y a toda la demás gente reunida en el palacio, excepto a Jasón, quien escapó arrojándose desde una ventana superior.

En este momento Zeus, admirando en extremo su espíritu de lucha, se enamoró de ella, pero ella rechazó sus requerimientos. Hera se sintió agradecida:

—Haré que tus hijos sean inmortales —le dijo—, si tú los tiendes sobre el altar de sacrificios en mi templo.

Así lo hizo Medea, huyendo luego en un carro tirado por serpientes aladas, un préstamo de su abuelo Helio, después de haber legado el reino a Sísifo.

Medea en el exilio

Medea recurrió primero a Heracles, en Tebas, lugar en que había prometido darle cobijo si Jasón llegara a serle infiel algún día, y le curó de la locura que le había hecho matar a sus hijos; no obstante, los tebanos no le permitieron establecerse entre ellos porque Creonte, a quien ella había asesinado, había sido su rey. Así pues, marchó a Atenas, y el rey Egeo se casó gustosamente con ella. Luego, desterrada de Atenas por el intento de envenenamiento de Teseo, embarcó con rumbo a Italia y enseñó a los marrubios el arte de encantar serpientes. Después de una breve visita a Tesalia, donde compitió, pero sin éxito, con Tetis en un concurso de belleza juzgado por Idomeneo el cretense, se casó con un rey asiático.

Al enterarse finalmente de que el trono colquideo de Eetes había sido usurpado por su tío Perses, Medea se dirigió a Cólquide con Medeo, quien dio muerte a Perses, volvió a poner a Eetes en su trono, y agrandó

el reino de Cólquide incluyendo en él el territorio de Media. Algunos pretenden que por aquel entonces Medea ya se había reconciliado con Jasón pero la verdad es que Jasón, después de haber perdido el favor de los dioses, a quienes había faltado al respeto cuando rompió la promesa dada a Medea, vagó sin hogar de ciudad en ciudad, odiado por los hombres. En su vejez llegó a Corinto, y se sentó a la sombra del *Argo* recordando sus pasadas glorias, y llorando al pensar en los desastres que habían caído sobre él. Estaba a punto de ahorcarse con una cuerda sujeta a la proa, cuando de pronto ésta se vino abajo y le mató. Entonces Posidón colocó la imagen de la popa del *Argo,* que era inocente de homicidio, entre las estrellas.

Medea no murió jamás, sino que se volvió inmortal y reinó en los Campos Elíseos donde, según algunos, fue ella, y no Helena, quien se casó con Aquiles.

En cuanto a Atamante, cuya falta, al no sacrificar a Frixo, había sido la causa de la expedición de los argonautas, estaba a punto de ser él mismo inmolado en Orcómeno, siendo ésta la ofrenda expiatoria exigida por Zeus Lafistio, cuando su nieto Citisoro regresó de Eea y lo salvó.

ÍNDICE

1. En el Principio

2. Los Dioses Olímpicos

3. Sobre Héroes, Dioses y Hombres

4. Minos y Teseo

5. Tebas y Micenas

6. Heracles

7. Los argonautas y Medea